Jordi Sierra i Fabra

Algunos días de mayo y uno de junio

Tres sacerdotes muertos en el Congreso Eucarístico



PLAZA JANÉS

INSPECTOR MASCARELL 15

Jordi Sierra i Fabra

Algunos días de mayo y uno de junio



INSPECTOR MASCARELL
15

PLAZA JANÉS

Esta novela está dedicada
a la memoria de
Antonia Cortijos Sánchez
(16-5-1948/22-11-2022)

Día 1

Domingo, 25 de mayo de 1952

1

Miquel sostuvo el pequeño documento en la mano.

Su licencia de detective privado.

Asombroso.

David Fortuny tenía esas cosas. A veces llegaba a sorprenderle. Ni se imaginaba cómo había conseguido seguir los oportunos pasos para que él, un exconvicto del Régimen, pasara todos los filtros. Pero ahí estaba el papel, ahí lo decía. Era legal. Ya no sería necesario que se escondiese.

—No habrá falsificado nada, ¿verdad? —le había preguntado.

—¡Que no, hombre, que no! ¿Por quién me toma?

La mirada de Miquel lo dijo todo. De las de ni creérselo.

—¡Mire que es suspicaz! ¿Piensa que iba a hacerle algo así? Yo moví los hilos, sí, pero usted fue el que superó los requisitos. ¡Hasta ha jurado portarse bien y cumplir con las leyes!

—Es capaz de todo con tal de tenerme en la agencia.

Lo era.

Pero lo cierto es que él ya le había cogido el gusto.

Los últimos casos casi los habían hermanado. Ni Fortuny era tan facha ni él estaba tan enfadado con el mundo. De una forma u otra, volvía a sentirse policía, como antaño. Un policía sin pistola, de tapadillo, burlando de alguna manera a la dictadura.

Leyó una vez más la licencia.

Aquel papel le permitía ser un poco más libre.

—¿A quién habrá sobornado? —se dijo a pesar de todo.

¿Una licencia de detective privado a un policía de la República?

Bueno, cosas más raras se veían todos los días.

Se miró en el espejo. Sacó pecho. La vida tenía estas cosas. De inspector de policía en la República a prisionero en la dictadura, de sentenciado a muerte a indultado, de viudo a casado, de perder a un hijo en la guerra a ser padre de una niña en la posguerra, de hombre muerto a hombre vivo. No hacía ni cinco años que había regresado a Barcelona, los haría en dos meses, en julio, y desde entonces todo había sido un vértigo, un tobogán emocional. La docena o más de líos de su pasado más inmediato formaban ya un impresionante reguero de hechos a cuál más sorprendente. Ni cuando era inspector recordaba tantos casos inesperados como los que había resuelto en esos casi cinco años. ¿Atraía los problemas o simplemente era su vida?

Ahora, trabajando de pleno derecho con Fortuny en su agencia…

Una agencia de dos.

En el fondo se preguntaba qué haría David Fortuny sin él.

Patro le pilló tan pasmado como estaba en medio de la habitación.

—¿Qué haces?

—Nada, nada. —Se guardó la licencia en el bolsillo.

—¿Pensativo?

—Siempre, ¿no?

—Pero últimamente pareces más contento.

—¿Ah, sí?

Ella no quiso entrar en detalles. Se la notaba apresurada.

—¿Estás o no?

—Sí, sí, ya…

—No sé por qué te pones corbata —le dijo haciendo un gesto de pesar con la cabeza—. Es domingo.

—La costumbre, mujer.

—También es costumbre llevar sombrero y tú nunca te has puesto uno.

—Porque no me gusta.

—Pues da un aire muy elegante, así como de señor.

—¿No parezco un señor por no llevar sombrero?

—Yo no he dicho eso.

—Primero te pones sombrero, te acostumbras, y más en invierno, y acabas con una boina a los ochenta.

—¡Qué exagerado eres! —Soltó un bufido.

—¡Oh, sí! —se puso vehemente él.

Patro se le acercó. Lo primero que hizo fue anudarle bien la corbata. Lo segundo, estirarle la camisa y pasarle la mano, como si le quitara el polvo, aunque en realidad era un mimo para que estuviera guapo. Lo último fue mirarle a los ojos.

Miquel conocía de sobra aquella mirada. Dulce, suave, pero también inquisidora.

—¿Estás bien? —le susurró su mujer.

—Sí, ¿por qué?

—La primavera siempre te altera.

—No es verdad —intentó defenderse.

—Yo creo que sí. Y no estoy diciendo que sea malo.

—¿Por qué lo crees? ¿En qué se me nota? ¿Qué he hecho? —la bombardeó.

Patro pareció memorizar un listado.

—Te quedas mirando por la ventana, suspiras más, se te ponen ojitos tiernos por un montón de cosas, anoche me abrazaste con tanta fuerza que casi me ahogas, en lugar de mirar al suelo al andar levantas la cabeza y observas más el mundo que te rodea… ¿Sigo?

—Pues yo no me he dado cuenta.

—Bueno, yo sí. Y me gusta.

La abrazó. Y sí, recordó el abrazo de la noche pasada, cuando no solo fue eso, un abrazo, sino que se puso a temblar, víctima de una rara emoción. Una descarga de los sentidos.

Quiso llorar, fundirse con ella.

—Venga, ¿nos vamos? —le susurró Patro.

—¿Dónde está el trasto?

—¡No la llames trasto! —Se enfadó separándose de él con brusquedad.

—Pero si lo es.

—¡Es la cosita más dulce y buena…!

—Menos cuando le da por abrir cajones, que es a cada momento. ¡Mira que es curiosa y chafardera!

—¡Pues habrá salido a su padre, el poli!

Miquel la atrapó antes de que diera media vuelta para marcharse de la habitación.

—Espera, mujer.

—¡Que no, que se está haciendo tarde!

Miquel la retuvo.

—A ti, en cambio, la primavera te sienta la mar de bien.

—Gracias, guapo. —Le guiñó un ojo.

—Dios, mírate. —La puso de cara al espejo, con él detrás—. Pareces una niña.

—Ya —suspiró Patro.

—En serio.

—¡Una niña de treinta años!

—Recién cumplidos —objetó él.

—¿Quieres ponerte la americana de una vez? ¡Tengo hambre!

Fin de la conversación. Recogió la chaqueta de encima de la cama y la siguió. Mientras caminaba por el pasillo, Patro llamó:

—¡Raquel!

Silencio.

Unos pasos más.

—¡Raquel, nos vamos!

El mismo silencio.

—¿Dónde estará? —Se inquietó un poco Miquel.

La encontraron en la habitación de los armarios y los utensilios de la casa, casi metida de cabeza en un cajón. El segundo empezando por abajo. Ya había sacado un par de jerséis de invierno.

—¡Raquel! —exclamó Patro.

La niña reculó como pudo y los miró sorprendida pero no asustada. Sonrió como solía hacer, para desarmarlos con su encanto.

—Habrá que empezar a vaciar los cajones de la segunda fila —susurró Miquel.

—¡Eso no se hace! —la riñó Patro.

La niña mantuvo la sonrisa.

Luego alargó la mano, cogió una de las prendas y se la enseñó.

A Miquel se le cayó la baba.

—¿Quieres hacer el favor de reñirla tú también? —Se enfadó su mujer—. ¡Eres su padre!

—Mi parte de padre quiere reñirla, pero mi parte de abuelo no.

—¡Mira que eres…! —Le soltó un golpe en el brazo.

Ahora sí, la pequeña se puso seria.

Miquel se agachó para cogerla.

—No nos peleamos, cielo. Es la forma que tiene mamá a veces de acariciarme.

Raquel sonrió de nuevo y miró a su madre como si quisiera retarla a que volviera a reñirla.

—¡Tal para cual! —protestó Patro dándose por vencida mientras volvía a ponerlo todo en el cajón—. ¿Nos vamos a comer o no? Que a este paso nos dan las tantas.

Ya no hubo más. En un minuto estaban en la puerta. Desde que había aprendido a caminar, Raquel se resistía a ir en el cochecito. Esta vez su madre la encasquetó en él, seria, y la niña se rindió. Si la dejaban caminar por la calle, aunque fuese cogida de la mano, era imposible ir en línea recta. Todo llamaba su atención, especialmente los escaparates. Pegaba la nariz y las manos abiertas en los cristales.

Nada más salir, señaló calle Gerona abajo.

—¿Quieres ver si pasa el tren? —le preguntó Miquel.

—Ahora no, cariño —dijo Patro—. Hoy es domingo y no hay trenes.

Justo en aquel momento, contradiciéndola, pasó un tren por las vías de la calle Aragón, echando, como siempre, un chorro de humo negro al cielo. Desde la esquina con la calle Valencia, vieron la espesa nube emergiendo del nivel inferior.

—¡Vaya por Dios! —Miquel empujó el cochecito hasta un portal—. ¡No entiendo por qué no cubren esas vías! ¡Acabaremos muriendo intoxicados el día menos pensado! ¡No sé cómo los vecinos de la calle no están ya hartos!

—Tendrán las ventanas cerradas todo el día, hasta en verano.

Mientras a Raquel se le pasaba el enfado por no ir a ver el tren, esperaron un minuto a que el

aire fuese más respirable.

—¿De verdad crees que la primavera me altera? —preguntó Miquel de pronto.

—Que no es nada malo —previno ella—. A mí me encanta.

—Es que no me había dado cuenta.

—También estás más fogoso. —Le guiñó un ojo.

Él se sentía igual de fogoso que en invierno, pero no dijo nada.

—De todas formas, cada estación tiene lo suyo, ¿no? —continuó Patro—. En invierno, cuando nos arrebujamos bajo las mantas… —Acabó dándole un beso en la mejilla.

Reemprendieron el camino. Miquel empujaba el cochecito. Patro iba colgada de su brazo. El bar de Ramón estaba a tiro de piedra. Como siempre que paseaban, era imposible que Patro se estuviera callada. Se aferró un poco más a él y dijo:

—Miquel, ¿crees que con la mercería y Raquel estoy un poco apartada de ti?

—No. ¿Por qué lo dices? —se extrañó.

—Es que…

—¿Cómo vas a estar apartada? —exclamó con preocupación.

—Tú estás metido ahora con lo de Fortuny.

—Pero no tengo trabajo todos los días. Y, aunque lo tuviera, ¿qué quieres, ayudarme?

—No lo hice mal en febrero, cuando lo de Dalena.

—Eso es verdad. Serías una buena agente.

—Espía.

—Calla, Mata Hari.

—Por lo menos me lo cuentas —suspiró—. Me gusta que lo compartamos todo.

Miquel ya no dijo nada. Una vez más, recordó que a Quimeta nunca le hablaba del trabajo. Los casos policiales se quedaban en la puerta del piso de la calle Córcega. No sabía si era por ella, por tratarse de otro tiempo, o porque con Patro todo era diferente.

Desde el primer día.

Tan diferente como lo era y como se sentía él.

¿Había cambiado tanto en cinco años?

¿Era menos gruñón, menos taciturno, menos pesimista?

¿Tan fuerte era la contribución del amor o la paternidad para superar incluso la derrota del pasado, el miedo del presente y la incertidumbre del futuro bajo la bota franquista?

Dejó de pensar al llegar al bar y cruzar la puerta. Al instante les impactó el aroma de la buena comida tanto como el del humo de los cigarrillos. Fue justo al ver a Ramón, acercándose con los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja, cuando Miquel recordó de pronto que, por la tarde, se jugaba la final de la Copa del Generalísimo, entre el Barça y el Valencia.

¿Cómo lo había olvidado?

Más que nunca, ese día el bar era un santuario.
Se arrepintió casi al momento de haber ido a comer.
—¡Maestro! —gritó el forofo Ramón tan feliz como siempre.

2

Ramón los acompañó a la mesa más alejada de la barra y, por lo tanto, con menos humo. A Miquel cada día le molestaba más la peste a tabaco, y con Raquel la protección aumentaba. La niña tosía y hacía aspavientos cuando notaba el olor. Cada vez que decía que algún día prohibirían fumar, Patro se lo quedaba mirando como si hablase de una utopía.

—¿En este país, donde fumar «hace hombre»? —insistía.

Y él le recordaba sonriendo con mordacidad:

—Franco no fuma.

El bar rezumaba gloria futbolera. Había más banderas y la radio estaba a punto para que se escuchase la retransmisión del partido por la tarde. Miquel se sintió abrumado por no ser más patriota, porque ser del Fútbol Club Barcelona era ser patriota.

Catalán, claro.

El brazo no armado de Cataluña.

—¿No me dijiste que te irías a Madrid a ver la final? —le preguntó a Ramón mientras Patro acomodaba a su hija y se sentaba a la mesa.

—¡Y tenía pensado ir! ¡No solo por ver el partido en vivo, sino por cerrar y ahorrarme a tanto cura que ya lo llena todo por lo del Congreso! Pero mi mujer… —Hizo un ademán de resignación—. Oiga, que el negocio es el negocio, ya sabe. Entre que el viaje y la entrada son caros, y que hay que hacer caja cada día… ¡Y va a ser un partidazo, que se lo digo yo! ¡Un Barça-Valencia de final de Copa, ahí es nada! ¡Pero les vamos a dar una tunda!

—Los valencianos pensarán igual.

—¡Pero si a este Barça no hay quien le tosa, hombre! ¡Después de la Liga y la Copa, iremos a por la Copa Latina a París, que eso sí son palabras mayores! ¡Una especie de Copa de Europa, con los mejores clubes del continente! —Adoptó un gesto de suficiencia—. ¡Ahora mismo, con Kubala, los reyes del mundo! ¿Qué tiene el Valencia, a Puchades, a Badenes? —Miquel no tenía ni idea de quiénes eran—. ¡El Barça saldrá con Ramallets en la portería; Martín, Biosca y Seguer en la defensa; Gonzalvo y Bosch en la media; y Basora, César, Vila, Kubala y Manchón en la delantera! ¡Va a ser bestial!

—¿Y cómo sabes ya que van a jugar ellos?

—¡Porque lo dice *El Mundo Deportivo*, mire!

Lo llevaba doblado en un bolsillo del delantal. Lo sacó y lo desplegó. El titular iba de lado a lado: «Una final inédita con sus mejores hombres». Y, en efecto, daba ya las dos alineaciones. Miquel imaginó que probables, aunque seguía sin entender mucho.

Ramón era un pesado amigable y dicharachero. En el fondo le gustaba seguirle la corriente. Y, a veces, como altavoz social, hasta le informaba de cosas que ignoraba. Llevaba tiempo con sus perlas en torno al Congreso Eucarístico de Barcelona, la gran efeméride que, finalmente, enfilaba la recta de salida.

—Eres incorregible. —Miquel se dejó caer en la silla—. Fútbol, fútbol, fútbol…

—Si no fuera por eso… —Subió y bajó los hombros. Luego susurró en plan conspirador dirigiéndose a los dos—: Mire que estos días los ateos lo tenemos mal, ¿eh?

—Pero es bonito —se atrevió a decir Patro—. La gente está animada, es todo un acontecimiento, la prueba de que las cosas van mejor y de que el mundo nos mira ya de otra forma. Si no, el Congreso no se haría en España, ¿verdad? —No esperó la respuesta de los dos hombres—. La ciudad está preciosa, engalanada, como en Navidad, la han limpiado de arriba abajo, han hecho jardines, fuentes, y hasta se construye un barrio de casas baratas para la gente humilde. A mí no me parece mal.

—Usted, lo que es, es una santa —la enjabonó Ramón.

—No fastidies —dijo Miquel.

—¡Ya me entiende, caramba! —Pensó que iba siendo hora de terminar la charla inicial, que a veces se hacía eterna—. ¿Me deja a la niña, que me la llevo a la cocina a ver qué hay para ella?

Se fue con Raquel, encantada de que alguien la tomara en brazos.

—Ésta se va con cualquiera que le haga un mimo —se quejó Miquel.

—¿Y lo que le encanta que se la lleve a la cocina a ver qué pilla?

Esperaron a que regresaran. Muchas veces ni siquiera pedían. Ramón les daba lo mejor que tenía en el menú. Miquel alargó la mano y cogió *La Vanguardia* de la mesa de al lado. Empezaba el Congreso Eucarístico, para el que Barcelona y España llevaban preparándose desde hacía meses, y eso significaba, entre otras cosas, que Franco haría acto de presencia de un momento a otro después de entregar la copa al equipo que ganase en unas horas en Chamartín.

Los titulares eran explícitos: «Ante el XXXV Congreso Eucarístico Internacional», «Ayer llegaron los cardenales Frings, Guevara y De Gouveia y el patriarca de las Indias, doctor Eijo Garay», «El altar de la plaza de Pío XII»…

De momento, nada del Caudillo.

Y ni idea de quiénes eran aquellos cardenales.

—Espero que no encierren a Lenin como en el 49 —dejó ir.

—Ahora ya no creo que metan presos a todos los delincuentes fichados, como hacían antes —lo meditó Patro.

—Yo no me fiaría —rezongó él—. Ésos no se andan con chiquitas. Querrán dar la mejor imagen. Solo faltaría un montón de curas quejándose de que les han limpiado la cartera.

—Pero Agustino está trabajando, ya no se mete en líos —insistió Patro defendiendo al exchorizo, ahora reconvertido en amigo de la familia, y llamándole por su nombre en lugar del apodo.

Miquel dejó *La Vanguardia* encima de la mesa.

—Vamos a salir más papistas que el papa. —Chasqueó la lengua—. ¡La reserva espiritual de Occidente!

Ramón y Raquel regresaban. La niña lo hacía con una piruleta de vivo color rojo. La sujetaba como si le fuera el alma en ello. Al llegar a la mesa se la enseñó a su madre.

—Ya le he dicho que ha de ser para después de comer —se lo aclaró Ramón.

Raquel dejó que Patro le cogiera la piruleta, pero al ver que iba a guardársela en el bolso le exigió que la pusiera encima de la mesa, a la vista.

—¡Es más lista que el hambre! —dijo Ramón con orgullo—. ¡Guapa como la madre y lista como el padre!

—O sea que si sale al revés… —bromeó Miquel.

—Miquel, que me muero de hambre —acabó protestando ella.

El dueño del bar tomó nota de la indirecta.

—¿Piden o a mi aire?

—A tu aire, ¿pero qué hay? —le sondeó Miquel.

Al final acabó siendo lo que había sugerido Ramón. Los dejó y fue a la cocina a por los platos. Raquel intentaba atrapar todo lo que había encima de la mesa.

—Mira que te gusta darle palique —exclamó Patro.

—¿Yo? ¡Pero si es él, que no para de hablar!

—Ya. Será que no le sigues la corriente.

—Porque es como el «parte» de Radio Nacional de España: lo sabe todo y está al día de todo. Me apuesto lo que quieras a que ya está enterado de lo que va a pasar cada día en el dichoso Congreso.

Patro le señaló el periódico.

—¿Vamos al cine luego? Si no es de tiros, Raquel ya se está calladita. El último día incluso se durmió.

Una verdad como un templo. Ya no hacía falta que la dejaran con nadie para escaparse al cine, aunque, con las explosiones, si era de guerra, o los tiros, si era de gánsteres o del Oeste, a veces se asustaba.

Miquel le echó un vistazo a la cartelera.

No tuvo tiempo de terminársela, porque Ramón volvía ya con los platos.

—¡Para chuparse los dedos! —Les hizo la propaganda.

—Ramón, ¿tú sabes más o menos lo que va a pasar esta semana?

—¡Pues claro! ¡Hay que estar prevenidos!

Patro fulminó a su marido con la mirada.

—Cuenta, cuenta. —La ignoró él—. Así me ahorro leerlo en el periódico.

—Pues nada. —Se sentó en una de las dos sillas libres, animado por la petición—. Ustedes coman, que yo se lo voy contando. La cosa va a empezar el martes, con la llegada del enviado del papa, el cardenal Tedeschini, que será la máxima autoridad eclesiástica. El miércoles 28 irá de punta a punta de la ciudad para que la gente le ovacione y acabará en el altar que han levantado en la plaza de Pío XII. El día 29 se celebrará un acto para obreros y campesinos en la basílica de Santa María del Mar. El 30 un montón de prelados irán a hospitales y casas de la caridad. El 31 habrá actos en el Palacio Nacional y el Palacio de la Música Catalana, uno en plan solemne y el otro en plan poético. Las dos grandes guindas populares van a ser la ordenación de sacerdotes en el estadio de Montjuich y, para cerrar el Congreso, la misa en la plaza de Pío XII, en la parte alta de la Diagonal. Bueno, la avenida del Generalísimo. Esto será la apoteosis. He leído que lo de Montjuich va a ser la ordenación sacerdotal más grande de la historia: ochocientos veinte nuevos curas. —Suspiró y bajó la voz para agregar—: No sé dónde van a meterlos.

—No serán todos españoles, digo yo.

—¿Ve? Eso no lo había pensado. —Se detuvo apenas un segundo antes de continuar—: Se calcula que al final habrá más de un millón de personas. Puede que hasta uno y medio. ¿Se lo imagina? No vamos a caber. Por eso han traído un montón de barcos para que hagan de hoteles improvisados. Claro que, siendo el primer Congreso que se hace después de la Segunda Guerra Mundial, es lógica la expectación. La gente católica tiene ganas de fe y esperanza. Vamos, que lo necesita. Eso sí, prepárese porque vamos a escuchar el himno que ha compuesto Luis Aramburu, con letra de José María Pemán, hasta en la sopa. ¿No se ha fijado en la de altavoces que hay por todas partes?

—¿Y el tío Paco?

Patro miró a su alrededor temerosa de que alguien le hubiera oído a pesar de haber bajado la voz al límite.

—¡Ah, sí, lo olvidaba! —reaccionó Ramón—. Franco llega el 28 a bordo del buque insignia de la Armada, el crucero Miguel de Cervantes. Vendrá de Valencia, y así, por mar, lo suyo tendrá más empaque. Y tranquilo, que ya se enterará de que está aquí porque el cañonero Magallanes le saludará con veintiún salvas de bienvenida. ¡Lo van a oír hasta en Montserrat!

—¡Vaya por Dios! —refunfuñó Miquel con la boca medio llena.

Ramón estaba complacido, pero no había terminado.

—Nos espera una buena semanita —apuntó.

—Como para quedarse en casa.

—Pues la gente saldrá a las calles, ya lo verá. Resulta que ahora todos somos católicos.

—Es lo que somos. Ya se encargó Franco de matar a los otros.

—¡Te van a oír! —Siguió escandalizada Patro.

—Algún día se escribirán cosas de esto, y lo que saldrá a la luz entonces… —vaticinó Ramón.

—¿Sabes si han hecho o van a hacer redadas de delincuentes comunes? —preguntó Miquel pensando en Lenin.

—No creo, pero… —Miró a Patro como dudando de contarlo, pero por ser mujer, no por saber su pasado. Al final se decidió—: Lo que sí han hecho ha sido llevarse a todas las putas a Figueras. O se han ido ellas, eso ya no lo sé. —Sonrió malévolo—. Imagino que con tanto sacerdote suelto habrán decidido prevenir antes que curar almas. Me ha contado un amigo que utiliza los servicios de una que se han instalado allí, en un lugar llamado Torre Vasca, en la carretera de Olot. Se ve que es una torrecita al lado de un parque.

—Pues estarán contentos los de Figueras.

—Bien. —Finalmente Ramón se levantó porque la mirada de Patro no auguraba nada bueno —. Creo que les dejo comer en paz. ¿Está todo rico?

—Ya sabes que sí —asintió Miquel.

—¡Pues hala, que aproveche!

Se marchó y se quedaron en silencio. Patro comía tratando de evitar que Raquel metiera la mano en el plato. Estaba seria.

—No te enfades, mujer —dijo él.

—Si es que habláis sin tener en cuenta que las paredes oyen —protestó ella—. ¡Que hayan abierto las cárceles no significa que no puedas volver a una! ¡Y, como se te lleven, me muero!

Miquel suspiró.

—Creo que esta semana me quedaré en casa.

Acababa de decirlo.

Acababa de decirlo y justo en ese momento vieron entrar a un jadeante y atribulado David Fortuny por la puerta, mirando a todos lados hasta descubrirlos.

—¡No fastidies! —Fue lo único que se le ocurrió decir a Miquel.

3

David Fortuny llegó hasta ellos pasando a toda prisa por entre las mesas. Con la primavera, al ir ligeros de ropa, la parcial parálisis del brazo izquierdo se le notaba un poco más, aunque había que fijarse en ello para darse cuenta de la minusvalía. A Miquel le bastó con verle la cara para darse cuenta de la urgencia.

No le gustó.

Observó a Patro de reojo.

—¡Menos mal que le encuentro! —Fue lo primero que exclamó el aparecido.

—¿Qué le pasa? —Frunció el ceño Miquel.

Se sentó en la misma silla que había estado ocupando Ramón y, entonces sí, las saludó a ella y a la niña.

—¡Hola, Patro, que aproveche! ¿Y tú qué te cuentas, preciosa?

Raquel cogió la piruleta por si acaso.

—Fortuny… —rezongó Miquel sin ocultarle lo que pensaba de su presencia allí.

El detective fue directo.

—¡Hay trabajo!

—¿En domingo?

—Sí, y es urgente. ¿Por qué se cree que estoy aquí? Pensaba que ya no iba a pillarle, que estarían yendo al cine o algo así.

—Es que nos vamos al cine —le advirtió Miquel.

—Que no, Mascarell, que no puede ser. —Fingió que le dolía en el alma decirlo y se dirigió a Patro—: Lo siento de veras, pero si no fuera algo grave…

—Mañana. —Fue escueto Miquel antes de beber un sorbo de agua.

—¡Que no! ¿Quiere que vaya solo?

—Es el detective.

—¡Ahora lo somos los dos!

—Yo soy el ayudante.

—¡Vamos, no sea así! —Se desesperó—. ¡Es un primo mío, el padre Amancio!

—¿Tiene un primo cura?

—Primo segundo o tercero, no estoy seguro. Pero primo al fin y al cabo.

—Lo que me faltaba por oír —gruñó Miquel.

—¿Cree que me gusta molestarles en domingo?

—Mire, Fortuny. —Trató de parecer categórico y salvar las apariencias ante Patro, aunque empezaba a pensar que lo tenía crudo—. Va usted, a ver qué le cuenta y para qué le quiere, y mañana me pasa el parte a mí.

David Fortuny llenó los pulmones de aire.

—No se lo pediría si no fuera especial.

—¿Cómo de especial?

—Bueno, mi primo no me lo ha dicho del todo.

—Pero algo le habrá dicho para que esté aquí ahora.

—Pues…

—Fortuny… —le apremió ante la vacilación.

—Dice que se han suicidado tres curas y que le parece raro —acabó soltándolo.

Miquel parpadeó.

Un Congreso, miles de sacerdotes en la ciudad, ¿y su compañero le hablaba de tres curas… suicidados?

—No fastidie. —Mostró su extrañeza.

—Ya, ya. ¡Qué va a decirme a mí!

—¿Tres?

—¿Se da cuenta? ¡Por eso le necesito! A mi primo se le notaba en la voz lo preocupado que estaba.

—¿Y esto se sabe, se ha divulgado?

—No lo sé, aunque no lo creo. Con todo lo que se nos viene encima esta semana…

Patro todavía no había hablado. Lo hizo en ese momento.

—Anda, ve. —Le presionó la mano a Miquel.

—Cariño… —Puso la mejor de sus caras de amargura.

—David tiene razón —insistió ella—. El trabajo es el trabajo. ¿Tú descansabas antes de la guerra?

—Era inspector —le recordó.

—Ahora eres detective. Y con licencia. —Le miró con cariño.

—Ve tú al cine, anda.

—¿Sola? No, ni hablar.

—Vas con Raquel.

—Eso es como ir sola. Se me sienta al lado un baboso…

Miquel se dirigió al aparecido.

—Le odio.

—Ya sabe que no, pero por hoy se lo paso. ¿Nos vamos? —Hizo ademán de ponerse en pie

antes de comprobar si la comida estaba finiquitada—. ¿Ha terminado?

—Me falta el postre. —Le pinchó un poco.

—¿Y ya lo ha pedido?

Miquel se rindió. Besó a Patro y a Raquel. Luego se puso en pie. Antes de llegar a la puerta apareció Ramón, con cara de preocupación.

—¿Ya se va, maestro?

—Una urgencia.

—¿En domingo?

No le contestó. No hizo falta. Le puso una mano en el hombro y le deseó:

—Que gane el Barça.

—Eso está hecho. —Sacó pecho el hombre—. Como que al menos les vamos a meter tres o cuatro.

—También basta con uno a cero —le recordó para frenar su exceso de triunfalismo.

Salieron a la calle. La moto estaba aparcada justo delante del bar. Con el buen tiempo no hacía falta que le cubriera el sidecar con el plástico ni que se tapara para no pillar una buena. A David Fortuny se le notaba la prisa.

—¿Me lo ha contado todo? —le preguntó Miquel sin hacer el gesto de ir a sentarse en la angostura del sidecar.

—Sí, ¿por qué?

—No sé. —Arrugó la cara—. Le veo muy nervioso.

—Caray, por mi primo.

—¿Esto no le huele mal?

—¡Pues claro que me huele mal! —expresó su incertidumbre—. ¡Los curas no se suicidan! ¡Y si encima son tres…! ¡Pero, tal y como me lo ha contado Amancio por teléfono, lo que más le preocupa es que haya más! ¿Se lo imagina? —Ocupó su lugar a los mandos de la moto—. ¡Ande, suba!

—No sé qué querrá su primo que hagamos nosotros —insistió.

—¿Quiere subir de una vez, pesado?

—¿Está lejos?

—En el convento de San Gabriel.

No recordaba que hubiera un convento llamado así. Tampoco le importaba. La suerte estaba echada y el domingo perdido. Lo malo era si aquello se convertía en un caso de verdad.

Curas suicidados como antesala del Congreso Eucarístico.

Tenía un pacto con David Fortuny: cuando él iba en el sidecar, su compañero no corría y se lo tomaba con calma. Esta vez el pacto saltó por los aires a las primeras de cambio, al pasarse un

semáforo en rojo y esquivar con un margen de escasos centímetros a una anciana un poco más allá. Miquel se aferró al asidero.

—¡Afloje! —le gritó.

Lo hizo, pero poco. Por fortuna el convento no estaba lejos, aunque sí apartado de calles más céntricas y populosas. Como la mayoría de ellos, era un edificio regio, adusto, de dos plantas y alargado. Una mole de gruesas paredes y ventanas pequeñas. Al verlo sí recordó que, en la guerra, lo había ocupado la CNT.

Todo de vuelta a la normalidad.

David Fortuny detuvo la moto en la entrada. Miquel ya era un experto en salir de su cubículo sin ayuda. Se estiró la americana y eructó por lo bajo porque la comida se le acababa de subir a la garganta. Lo que menos deseaba era vomitarla.

—¿Qué puesto tiene su primo aquí? —quiso saber—. No me diga que es el que manda.

—No, el que manda no, pero casi. Tiene uno de esos cargos raros. Con tanta jerarquía en la Iglesia… Se llama Amancio Delgado.

Cruzaron el umbral de la puerta y, al momento, el panorama cambió. Allí dentro bullía un mundo. Otro mundo. Los gruesos muros separaban a la gente de la calle de aquel universo poblado de sotanas que iban y venían, moviéndose como hormigas en el hormiguero. Había curas por todas partes, hablando entre sí, caminando, todos con su aspecto risueñamente feliz, todos preparados para su semana grande. Si habían llegado barcos para hospedar a tanto visitante, parecía lógico que también los conventos estuvieran abarrotados.

Miquel recordó el caso resuelto apenas un mes antes.

También en un convento.

David Fortuny iba delante. No se molestó en pararse con ninguno de los curas de los pasillos o las salas. Entró en una estancia sin llamar, como si ya hubiera estado allí antes, y preguntó por el padre Delgado.

—Nos está esperando —aclaró.

El sacerdote, un hombre mayor, como de sesenta años y bien comido a juzgar por su prominente abdomen, se levantó sin mediar palabra.

—Si quieren acompañarme —los invitó a seguirle.

4

Amancio Delgado era un sacerdote de la vieja escuela. O, por lo menos, lo parecía. Alto, solemne, recio, de cara rubicunda y papada atroz que le hacía perderse el cuello, manos grandes y sotana abotonada de arriba abajo. Un largo camino. Miquel nunca sabía si se la desabotonaban o se la quitaban por la cabeza, como un camisón.

Mera curiosidad.

—Gracias por venir, David. —Le estrechó la mano a su primo—. No sabes cómo siento hacerte perder una tarde de domingo tan hermosa. Y encima con el partido.

La sombra de la final de Copa era alargada.

—Éste es mi socio, Miquel Mascarell —le presentó el detective.

—Tanto gusto, señor. —Le estrechó también la mano.

Miquel notó la flacidez a pesar de todo su empaque. Recordó que cuando un sacerdote tendía la mano solía ser para que se la besaran.

—El gusto es mío —dijo cortés.

—Si quieren tomar asiento…

Le obedecieron. Había dos sillas delante de la mesa del despacho. Él ocupó la suya al otro lado, alta y con los bordes del respaldo labrados en la vieja y gastada madera. Los reposabrazos acababan con dos hojas de acanto más decorativas que prácticas. El rostro del sacerdote, serio, denotaba su preocupación y la desazón que lo envolvía. No les ofreció nada, ni por cortesía. Se le veía ansioso por comenzar.

—David, lo que te he contado…

—Me has dejado impresionado.

—Imagínate: tres sacerdotes. Tres buenos hombres. Si la palabra «suicidio» es impensable siquiera en uno, ya no digamos en dos, pero en tres… Es tan increíble que…

—¿Alguno tenía motivos? —habló Miquel por primera vez.

—¡Ninguno! —casi saltó el sacerdote—. ¿Cómo iba a quitarse la vida uno de nosotros? —Se santiguó para dar mayor énfasis a sus palabras—. La vida es un regalo de Dios, y un regalo divino no se desprecia así. Lo que ha sucedido es un misterio tan tan grande que no me entra en la cabeza. Y, sin embargo, la frialdad de los datos dice todo lo contrario. No hay otro indicio en ninguno de los casos, aunque sí dudas, muchas dudas, sobre todo en el segundo.

—¿Dejaron alguna nota de despedida? —continuó Miquel.

—No.

—¿Ninguno de los tres?

—Ninguno.

—¿No le parece extraño?

—¡Todo es extraño, ya se lo he dicho! —Se agitó—. Y siendo tan seguidos… —Se pasó una mano desesperada por la cara—. Estamos aterrorizados pensando que sea una plaga o… qué se yo.

—Y que pueda repetirse.

Amancio Delgado se estremeció.

—Ni siquiera sé si pueden ayudarnos, la verdad. Pero es que no se me ocurrió a quién recurrir.

—¿Cómo sabe que fueron suicidios?

La pregunta de Miquel flotó entre ellos. David Fortuny los miraba alternativamente. El detective ya sabía que, cuando estaba su nuevo socio presente, la voz cantante la llevaba él.

La respuesta tardó en llegar.

—Bueno… —El sacerdote tragó saliva—. El primero se disparó, el tercero se cortó las venas…

—¿Y el segundo? —insistió Miquel al ver que se detenía.

—Se arrojó bajo las ruedas de un tranvía —le costó decirlo.

—¿Qué dice la policía?

—Pues… —Hizo un gesto difuso—. No mucho, la verdad.

—Pero lo han investigado.

—Sí, claro.

—¿Y no le han comunicado el resultado de esas investigaciones?

—Estos días van desbordados —pareció excusarlos—. Con la ciudad duplicando prácticamente sus habitantes, tanta gente de un lado a otro, tantas personalidades a las que atender y cuidar, la visita del Generalísimo… Tratándose de suicidios y siendo los indicios tan claros… —Se hizo un poco más pequeño en su asiento, de nuevo aplastado por la realidad—. Si están investigando, desde luego, no me han dicho nada más aparte de lo que pueda contarles yo. Me hicieron preguntas, hablaron con quien tenían que hablar… Bueno, el último se produjo ayer mismo, es el más reciente y apenas habrán tenido tiempo de hacer nada. El padre Jiménez se cortó las venas el viernes por la noche. Le encontraron ayer sábado. Yo ya estaba alarmado, pero con él se me hizo evidente que esta pesadilla absurda y sin sentido adquiría dimensiones irreales. Cuando nos llamó el mismísimo señor obispo, preocupado, el que quiso morirse fui yo.

—¿Habló con él?

—Sí, personalmente.

—¿Por qué le llamó a usted?

—Porque me conoce y porque los tres sacerdotes finados pertenecen a nuestra orden y vivían aquí. Bueno —levantó las manos—, el padre Jiménez cumplía servicio en una parroquia temporalmente.

Miquel se mordió el labio inferior. Captaba la tensión, el miedo en el primo de David Fortuny. Pero también comprendía que al llamarlos lo único que hacía era aferrarse a un clavo ardiendo. Más que una solución absurda, buscaba una esperanza, la necesidad ansiosa de hacer algo. Si la policía creía que eran tres suicidios, poco iban a investigar, y menos en aquellos días de locura religiosa. Y, si existía una plaga de curas que se suicidaban, ¿cómo prevenir un cuarto intento?

—Padre Delgado —habló de nuevo—. ¿Qué piensa que podamos hacer nosotros en un caso así?

—David me dijo una vez que usted es muy bueno, señor. Posiblemente el mejor investigador de Barcelona, incluso de España.

—¿Eso le dijo? —Evitó mirar a Fortuny—. Mire, somos dos personas normales, y esto es un convento que, además, parece lleno de gente por lo del Congreso. No sabríamos ni por dónde empezar ni qué preguntar. Imagíneselo. —Cambió la voz fingiendo hablarle a alguien imaginario para agregar—: Perdone, ¿tiene usted intención de suicidarse?

—Quizá baste con unas indagaciones.

—Al contrario. Cuando se investiga algo, de entrada lo mejor es la discreción.

—Entiendo. —El sacerdote comenzaba a desfallecer.

—Supongamos que no se suicidaron —dejó ir Miquel.

Se hizo el silencio.

El padre Delgado parpadeó.

—Supongamos que alguien les hizo daño y lo camufló como suicidios.

Continuó el silencio.

Más breve.

—Eso sería tan espantoso como…

De pronto, en la estancia, pareció extenderse un frío invernal.

Miquel empezó a darse cuenta de que no iban a salir de allí sin más. Se resignó e hizo la primera pregunta con intención.

—¿Tenían alguna relación los tres muertos?

—No.

—Pero eran amigos, conocidos…

—Se conocían, sí, claro. Aquí nos conocemos todos, pero ahora hemos alojado a muchos que han llegado de fuera. Puede que ellos tres hablasen entre sí, como todos, aunque con edades tan diferentes…

—Descubrir las causas de sus muertes tal vez signifique remover cosas.

—Eran tres sacerdotes. No creo que haya mucho que remover —dijo como si defendiera la santidad de cualquiera que llevara una sotana.

Miquel se retrepó en su asiento. Cabalgó una pierna encima de la otra y unió las manos, dispuesto a lo que iba a seguir.

—¿Por qué no me hace una cronología de los hechos? —pidió.

Amancio Delgado asintió.

Dio la impresión de estar más calmado.

—El primero fue el padre Sanjuán, Dalmacio Sanjuán. Hace diez días se disparó un tiro en la sien.

—¿Dónde?

—En el parque de la Ciudadela.

—¿Alguien le vio, escuchó algo…?

—Fue de noche.

—¿Y la pistola…?

—En la mano, claro.

—Continúe.

—El segundo, el padre Sebastián Santos, al parecer se echó bajo las ruedas de un tranvía hace cinco días. Hubiera sido el más dudoso de no ser por lo sucedido con el tercero, el padre Patricio Jiménez, que como ya le he dicho se cortó las venas el viernes por la noche en la parroquia donde hacía una suplencia estos meses. Lo hizo en la bañera, claro. Con una Biblia en un lado y abrazado a un crucifijo de madera. Fue la forma en la que dio a entender que antes de morir se entregaba a Jesucristo y quería ser enterrado como Dios manda.

—¿Qué edades tenían?

—Sesenta y dos, setenta y cinco y treinta y dos.

—¿Ocupaciones?

—El padre Sanjuán, ahora mismo, ninguna. Acababa de regresar de Ecuador, donde sirvió pastoralmente desde 1935. Vino enfermo y le operaron nada más llegar. Precisamente acababa de salir del hospital.

—¿Con un veredicto malo?

—¡No, al contrario! —Agitó las manos—. ¡Según el médico, estaba bien! ¡Iba a recuperarse!

—¿Y se quitó la vida?

—¡No tiene sentido!, ¿verdad?

—Háble me del segundo, el padre Santos.

—Él, por edad, hacía funciones específicas dentro de la congregación. Se sentía en plenitud y estaba perfectamente. Y algo más: era un santo. Pero un santo de verdad, un hombre bueno y trabajador que no admitía quedarse sentado si podía hacer algo. Todos le querían. Ese día fue a

decir misa en el convento de las Hermanas de María. También atendía en confesión a los infortunados condenados al garrote vil en la Modelo.

A Miquel se le erizó el vello.

—¿Y el tercero?

—El padre Jiménez estaba de párroco eventual en la pequeña parroquia de San Telmo. Suplía al padre Venancio, que tiene una larga baja por enfermedad. Era un sacerdote moderno, acorde con estos nuevos tiempos, activo, con ideas propias, siempre dispuesto a ayudar y echar una mano.

Un disparo en la sien, un salto hacia la muerte bajo las ruedas de un tranvía y una bañera llena de agua para morir dulcemente desangrado. Tres formas clásicas del suicidio.

—¿Qué opina, Mascarell? —Oyó que le decía Fortuny.

Miquel se enfrentó a los ojos asustados del padre Delgado.

Siempre llegaba el momento de pisar el acelerador.

—Hace un rato ha insinuado otra posible causa de sus muertes —manifestó.

—Pero esa posible causa…

—Por espantosa que sea, como bien ha dicho, sería más lógica, ¿no cree?

—¿Me está diciendo que los tres pudieron ser… asesinados? —balbuceó incrédulo Amancio Delgado.

5

Miquel se lo tomó con calma. Llegaba el momento del psicólogo.

—Solo planteo una posibilidad.

—La policía habló del efecto contagio —mesuró el sacerdote—. La muerte del primero pudo impulsar a los otros dos.

—Lo único que hago es plantearle otra opción, padre Delgado. Si el suicidio de tres sacerdotes es absurdo, ¿no cree que la idea de algo más siniestro entra dentro de las posibilidades reales del caso?

Acababa de abrumarle. Amancio Delgado pareció menguar dentro de su hábito. Se pasó una mano por los ojos.

—Me está hablando de… una monstruosidad —jadeó.

—Fui policía en la República. No sé si bueno o malo. —Le lanzó una mirada a Fortuny—. Pero si algo mantengo hoy en día es la intuición. Suelo hacerles caso a las voces de mi cabeza.

—¿Tú qué opinas, David? —le preguntó el cura a su primo.

—Si fueran asesinatos, podríamos investigar. Eso se nos da bien. —Sacó pecho—. Pero Mascarell tiene razón: tres suicidios… Es algo completamente diferente.

—En el primer caso y en el tercero, entiendo que no hubo testigos. —Retomó el pulso del diálogo Miquel—. En cambio, en el segundo… Alguien tuvo que verlo.

—El conductor del tranvía.

—¿Nadie más?

—Que yo sepa, solo se le interrogó a él.

—¿Era un paso de peatones, había más gente…?

—No lo sé —admitió—. Quedé tan consternado que… Cada golpe ha sido más demoledor que el otro, se lo aseguro. Estos días tenían que ser de fiesta y alegría, y, en cambio, en mi caso, se han convertido en una pesadilla. —Se inclinó sobre la mesa, con los codos en ella, y unió las manos como si rezara. La voz adquirió un tono mucho más vehemente, casi de súplica, al preguntarles sin más—: ¿Van a ayudarme?

—Se da cuenta de que lo que nos pide es complicado, ¿verdad?

—Lo sé, y lo entiendo.

—No tenemos ni idea de cómo funciona esto. —Abarcó con las manos todo lo que había más allá del despacho, el convento entero.

—Somos personas normales —trató de defenderse el cura.

—La Iglesia no es normal, padre. Y perdone mi crudeza.

No le gustó la respuesta.

—Señor Mascarell, David me dijo que usted fue represaliado…

—Por cumplir con mi deber y ser fiel a mi trabajo de policía al servicio de la legalidad, sí —le interrumpió.

—Quizá haya perdido a Dios en este camino.

—No se trata de eso, padre. Dios no pinta nada en esto. Yo era el mismo hace quince años. Entonces era inspector y ahora juego a ser detective. Sea como sea, busco siempre la verdad, tenga el color que tenga. Cuando se investiga algo, se encuentran cosas, la mayoría de las veces desagradables. Hay que levantar alfombras, ¿me entiende? Levantar alfombras y abrir armarios que pueden estar llenos de esqueletos.

—Pero en este caso…

—Sean suicidios o asesinatos camuflados, es lo mismo, padre Delgado. Tendremos que buscar los motivos. Si nos pide que investiguemos, a pesar de las dificultades, lo haremos. Y para ello necesitaremos su colaboración.

—La tienen —convino el sacerdote.

—Entonces, no perdamos más tiempo. —Puso la directa Miquel—. ¿Tiene los informes policiales, el resultado de las autopsias de los dos primeros…?

—No, nada. ¿Por qué iba a tener algo así? —se sorprendió.

—¿Puede conseguirlos?

—Tengo amigos en el cuerpo, sí. Y si no bastará con una llamada del señor obispo.

—Los necesito cuanto antes —quiso dejarlo claro—. Me da igual que haya un Congreso Eucarístico o que hoy se juegue la dichosa final de la Copa.

—¿Qué espera encontrar?

—No lo sé. Alguna respuesta. A veces esos informes y las correspondientes autopsias son como libros abiertos. Los detalles cuentan. Hay que leer entre líneas. Si se trata de asesinatos…

—Cada vez que dice esa palabra se me revuelve el estómago —intercaló Amancio Delgado.

—¿Más que con la palabra «suicidio»?

—No. —Bajó la cabeza—. Aunque las dos cosas son aterradoras.

—Sin embargo, si se trata de asesinatos, eso salvaría el alma de los tres, ¿no le parece?

El padre Delgado cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Mascarell —habló finalmente David Fortuny—. ¿Por qué este giro, de suicidios a asesinatos? Usted nunca aventura cosas, ni hace conjeturas a no ser que tenga una base.

—Hay una base —se dirigió a él—. Y es necesaria si queremos empezar a hacer preguntas. —Se pasó la lengua por los labios—. Dalmacio Sanjuán salía curado y a salvo de una operación.

Sebastián Santos, aun siendo el más dudoso, incluso por edad, acababa de dar misa a unas monjas. Finalmente, Patricio Jiménez, por lo que ha dicho el padre Delgado, era joven y amaba la vida. Quizá tuvieran otros problemas, personales, morales, espirituales, pero no lo sabemos y es lo que habrá que buscar.

—¿Aquí, en el convento? —quiso saber Amancio Delgado.

—No podemos interrogar a todo el mundo, así que habrá que dividirse. Más que investigar, habría que oír, escuchar lo que se dice y, si se tercia, hacer preguntas concretas en medio de una conversación. Imagino que se hablará de todo esto, ¿no?

—Sí, por supuesto.

—Entonces, tenemos dos frentes: aquí y fuera de aquí. —Miró muy directamente a su compañero.

David Fortuny se dio cuenta del tono.

—¿Qué? —Frunció el ceño.

Miquel no dijo nada. Continuó mirándole fijamente.

—¿No estará pensando…? —Se disparó el detective.

—Sabe que es necesario.

—¡No, ni hablar!

—Piénselo bien.

—¿Y por qué no se queda usted?

—Porque soy el mejor investigador de Barcelona, ¿recuerda? Yo hago preguntas y a usted se le da mejor escuchar.

—¡No fastidie! ¿Qué hago yo en un convento?

—De entrada, pasar por cura.

—¡Sí, hombre! —Se desesperó todavía más—. ¿Tengo yo pinta?

—Un buen detective ha de pasar por lo que sea y quiera. ¿Recuerda cómo me disfrazó cuando nos reencontramos y me perseguían? Me puso hasta bigote.

—¡Era distinto! —Buscó dónde aferrarse.

—Vamos, Fortuny, que solo serán un par de días. Con la de sacerdotes que hay aquí llegados de fuera, pasará por uno más. Su primo le dispensará de rezar y esas cosas, ¿verdad? —Miró al padre Delgado.

—Sí, sí. —Lo aceptó tan o más sorprendido que Fortuny.

—¿Quedan celdas libres? —preguntó Miquel.

—Bueno, mañana llegan más sacerdotes. Ahora todas están compartidas, pero no habrá problemas en…

—¡Yo no voy a dormir con nadie! —casi gritó Fortuny.

—Te daré una celda especial, David —quiso tranquilizarle.

El detective se sintió acorralado.

—¿Pero se da cuenta de lo que me pide? —imploró.

—Le repito que solo serán un par de días, tres a lo sumo. —Miquel mantenía la calma—. Todo lo que saque de aquí será relevante, se lo aseguro. Además, si por lo que sea lo sucedido tiene que ver con el Congreso, el domingo es el último día.

—¡Una semana! —Se horrorizó hasta lo indecible.

Se hizo el silencio mientras la realidad se iba imponiendo. El rostro del padre Delgado estaba muy serio. Miquel aprovechó la caída al abismo de su compañero para dirigirse al sacerdote.

—Deme todos los datos de los tres casos: nombres, detalles, direcciones, cualquier aspecto, relevante o no, que tenga que ver con los sacerdotes o los incidentes que les costaron la vida. —Eludió las palabras «suicidio» y «asesinato»—. Hospital en el que trataron a Dalmacio Sanjuán, médico que le operó, zona del parque en la que murió, nombre del conductor del tranvía que atropelló a Sebastián Santos y lugar del incidente, dirección del convento donde celebró la misa esa mañana, dirección de la parroquia de Patricio Jiménez… Ah, y si tienen familiares, por supuesto. Padres, madres, hermanos, hermanas. No se deje nada. Lo que tenga.

—¿Quiere que se lo apunte?

—Si me hace el favor…

El padre Delgado cogió una hoja de papel y una pluma estilográfica. Le quitó el capuchón con parsimonia y se puso a escribir. Hizo memoria hasta que acabó consultando unas anotaciones, primero de un dietario y luego de un archivo. Mientras lo hacía, Miquel trató de consolar a un desconsolado David.

—Lo siento.

—Ya, sí.

—Es parte del trabajo y lo sabe.

—Menudo cuento tiene con eso de que es un hábil interrogador —remarcó las dos últimas palabras.

—Cada cual tiene sus virtudes. Yo hago preguntas, pero usted sabe oír.

—Menos milongas.

—Puede ir a casa y decírselo a Amalia. Luego regresa. ¿O quiere quedarse ya y se lo digo yo?

—¡Lo que faltaba! —exclamó—. ¡Igual ella se cree que es un cuento chino!

—Si tiene mala fama, la culpa es suya.

—¡Yo no tengo mala fama!

Amancio Delgado levantó los ojos del papel. No dijo nada. Los observó, especialmente a su primo, y continuó escribiendo. Ya no volvieron a hablar hasta que el papel escrito a mano y con una pulcra letra cambió de mano.

Miquel le echó una ojeada, por si faltaba algo.

—También le he puesto mi teléfono —señaló el sacerdote.

—Gracias —dijo doblando el papel y guardándoselo en el bolsillo de la americana.

—No, supongo que debería dárselas yo a los dos, por tan insólita petición y por haberles hecho venir en domingo —hablaba con voz baja y recogida—. Hay casos que no deben de ser fáciles, y éste, con lo que tal vez encierre, imagino que es de ésos.

—Haremos lo que podamos.

—Serán retribuidos, claro.

David Fortuny puso cara de circunstancias. Solo le faltó decir: «¡Por lo menos!».

Llegaba la hora de las despedidas. Los tres se pusieron en pie al mismo tiempo. Miquel fue el primero en tender la mano. El sacerdote, ahora, se la estrechó de verdad, con un poco más de fuerza.

—Que Dios los acompañe y los guíe —deseó el sacerdote.

Miquel se mordió la lengua. No era el momento de proclamar su ateísmo.

Amancio Delgado también despidió a David Fortuny.

—Primo…

—¿Qué tal se come aquí?

—Bien, bien.

—¿Seguro?

—Vamos, David. No es tan terrible. Verás cómo te gusta. Aquí se respira paz y amor. A veces es bueno un poco de recogimiento, tomar distancia con respecto a las tribulaciones mundanas. Piensa en ello como si se tratase de unos ejercicios espirituales. Sabes que Dios te lo agradecerá y recompensará.

Miquel ya no pudo resistirse.

—Espero que con hijos —dejó ir—. Cuando se case con su santa, claro.

Incluso el padre Delgado esbozó una leve sonrisa.

6

No habían acabado de salir a la calle cuando David Fortuny estalló.

—¡Maldita sea!

—Fortuny…

—¡Ni Fortuny ni nada! ¡Menudo pollo!

—Lo siento.

—Sí, ya. —Mantuvo el tono belicoso y de protesta—. ¡Siempre me toca a mí bailar con la más fea!

—Pero es necesario tener ojos y oídos ahí dentro. —Señaló el convento.

—No digo que no. Eso sí: usted se queda con la parte más divertida.

—Me tocará ir de un lado a otro, como siempre, mientras que usted estará tan tranquilo paseando y hablando con los curas. No sé qué decirle. Tampoco olvide un detalle: yo no doy el pego como cura.

—¿Y yo sí?

—Más que yo, fijo. Y es creyente.

—¡No me venga con ésas! —Se detuvo a medio camino—. ¡Lo que pasa es que le gusta investigar solo, que eso ya se lo he notado! ¡Se me quita de encima a las primeras de cambio!

—No es verdad. Somos un equipo. —Trató de contemporizar Miquel—. En este caso hay que atender a los factores.

—¿Qué factores?

—Usted es de derechas y yo no. Católico y yo no. Ha de quedar bien con su primo y yo no. ¿Sigo?

—¡Menudo cuento tiene!

—¿Pero tengo razón o no?

El detective reanudó la marcha. Se detuvo frente a la moto y la miró con cariño. Parecía tener la cabeza en otra parte y, con los hombros caídos, su imagen era la del desaliento. Aunque en el fondo disfrutaba del momento, Miquel sintió un poco de lástima por él.

La vida monástica no era lo suyo.

Volvió la cabeza y contempló la mole del convento. Se le antojó una especie de cárcel Modelo bis.

—Desde luego, alegres no parecen. —Se rindió a la evidencia.

—Como me hagan cantar, me da algo.

—Su primo le hará disimular, no sufra. Usted dedíquese a lo suyo, pasear, escuchar, meterse en corrillos, hacer preguntas así como quien no quiere la cosa, fingir… —Recordó algo esencial —. Hable sobre todo con los viejos, los que llevan años aquí y saben de qué va la misa. Uno de los muertos tenía setenta y cinco años.

—Y los otros sesenta y dos y treinta y dos. No son precisamente de la misma quinta.

—Ése es un punto de lo más desconcertante.

—¿A que sí?

Seguían junto a la moto, sin dar el primer paso para montarse ella. Parecía como si necesitasen reflexionar en voz alta y compartir algunas impresiones.

Tampoco era la primera vez.

—Mascarell.

—¿Qué?

—La teoría del asesinato…

—¿Sí?

—¿La ha soltado así, por las buenas, o es cosa de su dichoso instinto?

—Su primo bien lo ha dicho: que se suicide un sacerdote es raro. Dos, preocupante. Tres, demencial, por no decir imposible.

—¿Y si les dio una pájara?

—¿Capaz de llevarlos a la muerte por su propia mano?

—Algo debía de unirlos.

—Exacto. Y es lo que hemos de descubrir. Si lo encontramos, estaremos más cerca de desentrañar el misterio y saber la verdad. —Miquel se apoyó en el sidecar—. Entre el suicidio y el asesinato, yo me inclino más por lo segundo.

—No veo por qué. ¿Y una teoría intermedia?

—¿Cuál sería?

David Fortuny se quedó serio.

—El primero y el tercero son más plausibles. Uno se disparó y el otro se cortó las venas. El segundo, en cambio… Siempre pudo ser empujado por alguien.

—No creo que se trate de un dos a uno. O se suicidaron o los mataron. Habrá que prestar atención a los detalles.

—¿Como cuáles?

—El primer caso —obvió las dos palabras clave— se produjo hace diez días. El segundo hace cinco y el tercero hace dos.

—No veo que eso sea relevante.

—No hay un patrón de continuidad.

—¿Ah, no? Yo diría que sí.

—La muerte del padre Sanjuán, el primero, tuvo que ser el detonante.

—A ver, ilústreme.

—No es fácil. Éste es un cántaro con demasiados agujeros. Pensando en el suicidio, una de las cosas que lo hace más absurdo es que se hayan producido tan pocos días antes de una gran fiesta de la comunidad católica como es el Congreso Eucarístico. Cualquier sacerdote querría vivir un momento como éste. El suicidio posiblemente sea uno de los peores pecados que pueda cometer un cura. Si por el contrario pensamos en asesinatos, el abanico de opciones se hace mayor. Uno se suicida por agobio mental, porque la vida, de pronto, duele tanto que se hace insoportable. En cambio, en un asesinato intervienen otros factores. ¿Alguien los odiaba? ¿Por qué? ¿El objetivo era uno de los tres y los otros dos han sido meras distracciones? ¿Existía un vínculo entre ellos tan importante como para que una persona deseara su muerte?

David Fortuny solía impresionarse a veces.

Ésta fue una de ellas.

—Sopla —suspiró—. ¿Dice en serio eso de que el objetivo pudo ser uno y los otros dos meras distracciones?

Miquel se encogió de hombros.

—Ya me conoce. Suelto teorías para escuchármelas decir a mí mismo. A veces alguna cae en tierra sembrada y florece. Hemos de contemplar todas las opciones.

—Si fuera así, ¿cuál de los tres sería el objetivo?

—El segundo.

—¿Por qué?

—El primero distraería la atención y el tercero redondearía el círculo.

—Imaginación no le falta —ponderó Fortuny.

—Será que últimamente veo muchas películas de gánsteres —trató de justificarlo, medio en serio, medio en broma—. Y también me ha dado por leer novelas de misterio. Los estadounidenses las hacen muy bien, aunque se ve enseguida quiénes son los malos. Casi prefiero las de Agatha Christie, con la sorpresa final.

—No sabía que leyera libros de misterio.

—Ya ve. —Dejó de apoyarse en la moto y miró el receptáculo del sidecar, dispuesto a meterse en él—. De todas formas esto es España, no Estados Unidos. Cuando era inspector nunca investigué nada parecido a este caso, ni tampoco había asesinos en serie, y menos casinos o rubias fatales.

—Si le digo la verdad, yo sí pienso que se suicidaron —dijo el detective—. ¿Por qué? Ni idea. ¿Que eran curas? Eso lo hace más incomprensible. ¿Tres? Extrañísimo. Pero mire, a uno le

encontraron sentado en un parque con un tiro en la cabeza y la pistola al lado, y a otro, desangrado con las venas cortadas.

—Todo pudo ser un montaje. Será que no hay formas de disimular un crimen.

—La policía habría sospechado.

—No, si se ha hecho bien. De todos modos, por eso quiero ver los informes y las autopsias. Si le soy sincero, con todo lo del Congreso encima, no creo que hayan perdido mucho tiempo investigando nada. Todo lo más, estarán en ello. Si encima le ha caído el caso a alguien inexperto…

—Los curas no lo dejarán pasar. El obispo les apretará las tuercas, seguro.

—Pero después del Congreso. Y el miedo de su primo es que se produzca una cuarta víctima, no lo olvide. Si me apura, para la policía siempre será mejor la teoría del suicidio que la de que haya un asesino matando curas.

David Fortuny se subió a la moto.

Miquel todavía no.

Volvió a quedarse pensativo.

—¿Por dónde empezará mañana? —le preguntó el detective.

—Por el segundo, Sebastián Santos.

—Venga, suba de una vez, que le llevo y luego paso por casa para contarle a Amalia el lío en que me ha metido.

—¿Yo?

—Sí, usted. Lo que debe de estar riéndose por dentro.

—Es un malpensado.

—Ya. Dentro de un rato estará en el cine, seguro, que aún le da tiempo.

En aquel momento escucharon un griterío lejano. Ahogado. Como si alguien acabase de meter un gol.

Miquel se introdujo en el sidecar. Esperó a que David Fortuny arrancara la moto, pero su compañero no lo hizo. Contemplaba el convento con cara lúgubre.

—¿Me imagina con sotana?

—Y durmiendo en una espartana celda.

Le miró con frustración.

—¿Pero yo qué le he hecho? —lamentó.

—¿Quiere arrancar de una vez?

—Le juro que voy a pasarle una factura a mi primo…

—¿De verdad cree que nos pagará?

—¡A ver!

—Es que cuando uno se topa con la Iglesia… Ésos nunca dan, siempre piden. Seguro que a la

hora de la verdad le viene con la lágrima y lo del buen corazón.

—Le dije que usted no trabajaba gratis.

—¿Yo?

—Es mi primo, ¿no? No iba a quedar mal yo con él.

—Será…

Ahora sí, puso el motor en marcha y la máquina rugió, arrancó y aceleró en menos de cinco segundos.

No había nadie en las calles.

Como si todo el mundo estuviera en casa escuchando la radio.

7

Sí, habían podido ir al cine. Por los pelos, corriendo, y a riesgo de salir demasiado tarde tratándose de un programa doble, pero cumpliendo con el ritual dominical que tanto le gustaba a Patro. Ella necesitaba su dosis semanal de películas. Las vivía intensamente. Convencerla de que fueran pese a la hora no le costó demasiado. De hecho, era como si le esperase, sabiendo que no iba a fallarle. Otra cosa había sido escoger el programa.

Miquel apostaba por *El padre de la novia*, con Spencer Tracy, en el Cataluña. Lo malo era que de la otra película, *Pekín*, no sabían nada. Patro quería ir al cine Goya a ver *La diosa de la danza*, con Rita Hayworth, porque era de música y a Raquel le encantaban, y *Solo el valiente*, de Gregory Peck, aunque en ella iba a haber disparos.

Ganó Patro.

Encima, Raquel se había quedado ya profundamente dormida con la del Oeste.

Por momentos, Miquel se había olvidado del nuevo caso.

Por momentos.

¿Podían suicidarse tres sacerdotes en diez días? Sí. ¿Era lógico? No. ¿Tenía sentido? Era lo que habían de averiguar. Si después de todo sí se habían quitado la vida, quedaba buscar una razón. Pero, si habían sido asesinados con la astucia de hacerlo pasar por suicidios, todo cambiaba. De entrada, era más peligroso.

—Si hay un asesinato, ha de haber un asesino.

—¿Qué?

—No, nada. Hablaba en voz alta.

—¿Sobre lo de los curas?

—Luego te lo cuento, en casa.

Gracias a eso habían hecho el camino de vuelta en paz, en taxi. El taxista no era de los habladores, pero sí de los mirones. Miquel estuvo a punto de pedirle que prestase atención al tráfico o iban a tener un disgusto. La plaza de Cataluña y las Ramblas estaban llenas de forofos del Fútbol Club Barcelona gritando, cantando y agitando banderas. Era con lo único que se podía gritar y agitar una bandera.

—¿Ha ganado el Barça? —hizo la pregunta más absurda.

—Sí, señor. Por cuatro a dos, en la prórroga.

—Vaya. —Pensó en Ramón.

—Iban ganando ellos, pero le han dado la vuelta al marcador.

—Bueno, mejor eso que nada. Al menos, la gente estará contenta.

El taxista se encogió de hombros.

—Yo soy del Español —dijo.

No hubo más. Una vez fuera de la zona conflictiva, el tráfico se hizo más fluido y llegaron al cruce de Gerona con Valencia en menos de cinco minutos. Miquel pagó la carrera y el taxista le dedicó una última mirada a Patro ahora que estaba de pie en la acera.

Subieron al piso.

—Venga, ponte cómodo, que preparo algo de cena. —Fue lo primero que le dijo Patro al entrar en casa.

—Tampoco te líes, mujer. Es tarde.

—No seas tonto. ¿Cómo vas a irte a la cama sin cenar?

—Pues que sea algo rápido. Una tortillita con un poco de pan.

—Menos mal que ésta se ha quedado frita.

Miraron a Raquel, en el cochecito.

—Ya la pongo yo en la cuna —se ofreció él.

Patro le dio un beso a la niña. Luego dejó que la cogiera Miquel. Con ella en brazos caminó hasta donde estaba la cuna y la dejó con mimo en su interior. Tardó casi un minuto en marcharse. Volvió a quedarse mirándola como si fuera la primera vez que la veía.

Siempre era la primera vez.

Un milagro.

Cuando salió de la habitación caminó hasta la galería. Habían estrenado el cuarto de baño hacía menos de una semana y eso sí era un lujo. A pesar de las cuatro semanas de obras, ruido y polvo, con extraños entrando y saliendo del piso, había valido la pena. Ducharse en una bañera era algo que jamás hubiera imaginado. Los días de subirse peligrosamente al lavadero quedaban atrás. Eso y las ollas de agua caliente, con la consabida incomodidad. ¿Cómo no se les ocurrió antes hacerse uno?

Ahora incluso podía sentarse en el inodoro y leer. Tan pancho.

—¡Miquel! —le llamó ella.

—¡Voy!

Apartó de su mente a los tres curas y salió de aquel nuevo santuario familiar.

Encontró la mesa ya puesta y a Patro mirándose en la ventana de perfil aprovechando que al otro lado ya era de noche. Escondía el vientre y trataba de sacar pecho estirando el cuerpo hacia arriba.

—¿Qué haces?

La respuesta fue una pregunta.

—¿Crees que lo tengo bonito?

—¿El qué?

—El pecho.

Miquel parpadeó. No le gustaban determinadas preguntas. Algunas tenían trampa. Tanto si le decía que sí como si le decía que no, habría debate. Optó por lo práctico, que, además, era cierto.

—Tienes un pecho precioso.

—¿Pero no es pequeño?

Más miedo.

—No.

—Es que cuando veo a algunas actrices…

—Tú lo has dicho: algunas. Y, además, eso: que son actrices. ¿No leíste lo que le hicieron a la Hayworth, la de la película de esta tarde? Le cambiaron el pelo, la cara, le quitaron muelas… —Se detuvo—. ¿A qué viene eso del pecho?

—A un anuncio de *La Vanguardia*. Eso de las píldoras circasianas.

—Tonterías, Patro. Ni caso.

Ella volvió a subir el mentón para realzar el perfil.

—Ya sé que está bien, pero a lo mejor… Las venden en la farmacia, así que deben de ser sanas. Y solo cuestan trece con cincuenta.

Tuvo que ponerse entre el cristal de la ventana y ella. La miró seriamente.

—No me vengas con tonterías, ¿eh? —la previno—. Si empiezas así a los treinta, ya verás a los cuarenta o los cincuenta.

—Yo lo digo para estar guapa —pareció excusarse.

—Eres guapa —lo puntualizó él—. En lugar de píldoras para el pecho de las mujeres que no lo necesitan, ¿no las hay para quitarse años, arrugas, barriga y todo lo que sí tengo yo?

—Tú no…

—Vamos a cenar —la interrumpió.

Se sentaron a la mesa. Tocaba hablar de las películas, como siempre. A ella le gustaba comentarlas. Los actores, las actrices, las historias, las escenas más bonitas o impactantes…

—Desde luego, ella sí es muy guapa. —Inició la tanda refiriéndose a Rita Hayworth—. Leí que está considerada la mujer más guapa del mundo.

—Ya me dirás quién evalúa eso.

—Gregory Peck también es guapo —vaciló—. O no, más que guapo es… interesante. Tiene esa mirada tan profunda y expresiva. Además, le van esos papeles. Me gustan esas películas en las que el protagonista es un héroe solitario que lucha contra todos y al final gana.

—Real como la vida misma.

—Para eso es cine, ¿no? —objetó ella.

—Bien mirado, sí. El día que el cine sea un espejo de la realidad ya no hará falta ir.

—Pues hay películas que lo son, Miquel.

—Y cola en los cines para verlas.

—Si te gusta el cine, has de verlo todo. Por variedad.

—Espero que no quieras ver esa que anuncian tanto, como si fuera el acontecimiento del año: *El Judas*.

—¿Por qué?

—Me huele a película de Semana Santa, para llorar y todo eso.

—No es malo llorar en el cine.

—Ya hay quien llora fuera de él y es suficiente.

Patro chasqueó la lengua y le observó con ironía.

—Gruñón.

—Listilla.

—Mira que duermes solo, ¿eh?

—Ni en broma.

—La vecina de arriba, cuando se enfada con su marido, le manda a otra habitación.

—Tú nunca te enfadas —le recordó.

—Oh, pues ya sería hora —dejó ir ella.

—Soy el mejor marido del mundo y parte del extranjero —bromeó.

Patro movió la cabeza de lado a lado, como si se rindiera. Les sobrevino un minuto de silencio. Ni siquiera habían puesto la radio. Era tarde.

Aun así, Miquel no logró escabullirse.

Casi a los postres, ella dijo:

—¿Vas a contarme de qué va eso de los curas o no?

Día 2

Lunes, 26 de mayo de 1952

8

Ya había examinado un par de veces el día anterior el listado hecho a mano por el padre Delgado. Nada más levantarse lo hizo una tercera vez, incluso antes de vestirse. Mientras repasaba los nombres y se hacía un cuadro mental con las direcciones, para calcular distancias y tiempos, recordó la pregunta de Patro la noche anterior, al acabar de contarle el caso:

—¿Por qué piensas que puede tratarse de uno o más asesinatos?

Era una buena pregunta. Aunque todo giraba en torno a lo mismo.

—Los curas no se suicidan, y menos de tres en tres.

—Pero los indicios parecen claros, ¿no?

Suicidios.

Y él no dejaba de darle vueltas.

Comenzó la jornada relativamente tarde. Cuando dormía profundamente, Patro, a veces, no le despertaba. Le dejaba dormir. Y, por más que protestase, ella no le hacía caso.

—Necesitas dormir —le decía—. Y más cuando te obsesionas por algo o investigas lo que sea.

Salió de casa y se pasó por la mercería. No para regañarla, sino para darle un beso a ella y a la niña. Las buenas costumbres no podían perderse. No hizo falta que le dijera a Patro que, a lo peor, según dónde le pillara, no iría a comer. Y más estando la mañana ya tan entrada. Ella estaba acostumbrada. Tenía para al menos dos días si quería hablar con todos los implicados, directa o indirectamente. Un par de días de ir dando, de manera muy probable, palos de ciego, pero con los que se armaría de pruebas a favor y en contra de cada tesis.

De todos los casos resueltos con David Fortuny desde que se había metido a detective privado, aquél era sin duda el más extraño y ambiguo.

—Con la Iglesia hemos topado —hizo de Quijote.

Tomó un taxi en la misma puerta de la mercería y le dio la dirección del convento de las Hermanas de María. Mientras se retrepaba en el asiento le echó un vistazo a la hora y sonrió de manera maliciosa. David Fortuny no era de los de madrugar, y estaba seguro de que en San Gabriel le habrían levantado casi al amanecer.

Sí, un poco sí lo disfrutaba.

Y eso que le iba cogiendo más y más cariño a su compañero.

Especialmente después de la noche de la borrachera y las confesiones de un mes antes.

Miró por la ventanilla.

¿Se lo parecía a él o era que la gente caminaba más contenta?

El dichoso fútbol…

El convento de las Hermanas de María era pequeño, casi podría decirse que coqueto. La casa más bien parecía una masía catalana y la iglesia adosada a ella era diminuta, con un pequeño campanario central. Sin embargo, lo mismo que había sucedido con el convento de San Gabriel, nada más entrar en el edificio se apercibió de la actividad desusada y fuera de lo común. Dos monjas sonreían y hablaban en voz alta, felices y contentas, con sendas maletitas en el suelo. No eran españolas. Y no solo por ser de piel negra. Miquel ni siquiera pilló su acento para identificar su nacionalidad. Los hinchas de la religión no le iban a la zaga a los futboleros, aunque, desde luego, eran menos ruidosos. Una monja en consonancia con el convento, diminuta, porque no llegaba al metro y medio de estatura, atendía con nervio la circulación de la entrada. Al verle aparecer a él dejó todo lo demás.

—¿Señor?

—Quería hablar con la superiora —dijo sin estar seguro de si ése era el cargo que podía ostentar.

—Me temo que hoy…

Miquel sacó su licencia de detective. Era la primera vez que la utilizaba.

—Es algo oficial —le dio empaque a la voz—. Y urgente.

La monja ya no discutió. Cuando alguien mostraba una insignia oculta en el reverso de la solapa o una credencial en plan ostentoso, significaba algo. Desapareció de su vista y él se dedicó a otear el panorama. Las dos monjas extranjeras ya eran conducidas al interior de las dependencias del convento. Otras dos salieron a recibirlas-saludarlas. Por suerte, la espera no fue muy larga. La minimonja reapareció casi al instante.

—Si me hace el favor…

Se lo hizo. La siguió por un pasillito hasta una puerta de madera que debía de tener al menos cien años, si no más. No llamó. Abrió y le hizo pasar. La superiora del convento le esperaba de pie. Era una mujer mayor, de mirada dura pero voz amable.

—¿Un detective? —fue lo primero que dijo.

—Se trata del padre Santos.

—¡Oh, ya veo! —Se santiguó—. ¿Quiere tomar asiento?

La voz, de tan amable, apenas era un susurro. Miquel se sintió sordo de pronto. Ocupó una silla, pero se inclinó hacia delante para oírla bien.

—Siento molestarla —trató de iniciar la conversación—. El padre Delgado, de San Gabriel, nos ha pedido que investiguemos lo sucedido.

—Terrible, ¿no le parece?

—Mucho, sí. Ustedes fueron las últimas que le vieron con vida.

—Por eso nos sacudió tanto la noticia. Llegó como siempre, afable y dicharachero, celebró la santa misa y se marchó tan feliz.

—¿No le dio la impresión de estar molesto, disgustado, triste…?

—Para nada.

—Por lo tanto, no parecía una persona que fuera a quitarse la vida en pocos minutos.

Se agitó en su asiento.

—¡Desde luego que no! ¡Qué ocurrencia! Cualquier cosa menos eso. Está claro que debió de resbalar o tropezar, trastabillarse, caer y tener la mala fortuna de hacerlo bajo las ruedas de aquel tranvía.

—Un sacerdote de San Gabriel se había suicidado unos días antes.

—Me hablaron de ello, sí. Me quedé estupefacta. Pero de ahí a pensar que el padre Santos iba a seguir ese triste camino…

—¿Sabe que el viernes se quitó la vida un tercer miembro de la comunidad de San Gabriel?

La noticia la pilló por sorpresa.

—¿Cómo dice?

—Un sacerdote llamado Patricio Jiménez que hacía de párroco interino de la parroquia de San Telmo, supliendo al padre Venancio. Se cortó las venas.

Su cara fue de estupor.

—No me lo puedo creer.

—Pues créalo. Por eso hay tanta inquietud.

—Señor, lo que me está diciendo es tan absurdo como… —Buscó la palabra adecuada y encontró una—: Tan absurdo como monstruoso.

—El padre Delgado está desconcertado, como puede imaginarse. La situación que han generado esas muertes es compleja, y dramática, si tenemos en cuenta la inmediatez del Congreso. Es evidente que esas muertes encierran un misterio que ha de resolverse.

Trató de sobreponerse al impacto de lo que acababa de escuchar.

—Señor, yo no conocía a esos otros dos sacerdotes, pero sí al padre Santos. Y puedo jurar sobre la Biblia que aquel día podía parecer cualquier cosa menos un presunto suicida. La teoría no se sostiene por ninguna parte.

—¿Usted habló con él?

—Solía hacerlo, aunque fuera de pasada. Ese día comentamos lo que para Barcelona y para España representaba el Congreso. Lo llevábamos esperando tanto tiempo… —Puso ojos de ensueño—. Necesitábamos algo así, para hermanarnos en Jesucristo Nuestro Señor, aunque los horrores de la guerra ya sean cosa del pasado. Lo necesitábamos para reafirmar nuestra condición católica y apostólica, y asentar nuestra fe. El padre Santos me dijo que, felizmente, era lo último

que le quedaba por ver, la guinda que coronaría su vida pastoral. Y eso que a su edad estaba perfectamente.

—¿Le dijo eso?

—Palabra por palabra. Antes de irse exteriorizó lo que sentía: que en unos días haríamos historia. ¿Se imagina? El enviado del papa, el Caudillo… Toda la cristiandad pendiente de nosotros.

Sus ojos brillaban. La exaltación de su devoción era máxima. Rozaba el éxtasis.

—¿Le contó todo esto a la policía?

—¿La policía? —se extrañó—. No, ¿por qué iba a hacerlo?

—¿No la han interrogado?

—Pues no, claro. —Mantuvo la duda—. Es evidente que lo que sucedió fue un accidente —se reafirmó en su creencia—. Lo que acaba de contarme es terrible, pero eso no me aparta de mis convicciones. No hay otra explicación posible salvo la del accidente. Una simple cuestión de mala suerte debido a su leve cojera.

—¿Cojeaba?

—Apenas si se le notaba, pero la pierna izquierda le fallaba un poco a causa de un percance sufrido hace unos años. Siempre decía que la izquierda era mala hasta para eso. Cualquier desliz pudo provocarle un mal paso.

—¿Cuánto hacía que le conocía?

—Desde el final de la Cruzada.

—¿Qué más sabía de él?

—Nada. ¿Qué voy a saber? Nuestras vidas están al servicio de Dios y la Santa Madre Iglesia. Lo demás no cuenta. Personalmente siempre me pareció un hombre bueno, justo, generoso, entregado a su labor pastoral, de los que cumplen hasta el último día y el Señor los llama a su lado. —Tomó aire antes de agregar—: Por fortuna, hay muchos como él.

Miquel se sintió vacío.

No había más preguntas.

—Siento haberla molestado. —Se levantó.

—No, no, Santo Cielo. Usted también cumple un cometido. Pero créame que lo que me ha dicho de esos sacerdotes… me ha dejado conmocionada. Tanto o más que con lo del padre Santos. Ahora mismo, en cuanto se vaya, iré a rezar por ellos.

Era la bendición de los católicos: rezar.

Una catarsis limpia y barata.

—Que tenga un buen día, señora.

Imaginó que hubiera preferido «reverenda madre» o algo así.

La monja le estrechó la mano.

Mientras salía por la puerta del convento, aparecieron otras tres monjas de allende los mares, o eso parecía. Desde luego, una era oriental, la segunda también negra, como las que vio a su llegada, y la tercera, por los rasgos, imaginó que sería de la India.

Le costó encontrar un taxi.

El taxista le miró detenidamente por el retrovisor cuando le dijo:

—A la cárcel Modelo, por favor.

9

Desde su regreso a Barcelona, era la tercera vez que estaba en la Modelo. En una, octubre de 1948, había entrado para interrogar a una persona, Juanito Pou. En la otra, abril de 1950, para recibir a Agustín Mainat a su salida.

Ésta era la del desempate.

Tenía que volver a entrar.

La primera vez había sido gracias a la influencia de aquel hijo de puta llamado Benigno Sáez de Heredia, que seguía enterrado en aquel bosquecito del paseo del Valle de Hebrón, junto al campo de fútbol de tierra. Ahora no disponía de nada, salvo su recién estrenada credencial, que probablemente no sirviera para mucho.

Pero tenía que intentarlo.

Su manía de no dejar cabos sueltos.

El taxista le dejó en la puerta de la calle Entenza. Como era habitual, había cola para entrar. Una ristra de madres, esposas, hermanas o hijos pendientes de la suerte. Al otro lado de aquellos lúgubres muros, esperaban sus hijos, maridos, hermanos o padres. Con las nuevas leyes, ya no había represaliados de la guerra, pero sí un buen número de delincuentes comunes.

Ya no se fusilaba en el Campo de la Bota, pero el garrote vil seguía funcionando.

Se dirigió a la puerta, mirando al suelo, para no enfrentarse a los ojos de las personas en la fila y solo se detuvo cuando un policía le cortó el paso. La ventaja de ser mayor y haber perdido el miedo de su etapa de prisionero de guerra era que podía mirarle a los ojos sin pestañear, casi con desafío.

—Vengo a ver al director.

No hubo más preguntas.

—Por allí.

Caminó un poco más. Había otra guardia a los pocos pasos. Ya se veía el primer patio. Uno de los agentes, éste con galones, volvió a preguntarle. Miquel repitió su deseo. El agente no se dejó impresionar como el de la puerta.

—¿Tiene cita?

—Es un asunto oficial.

La palabra «oficial» hizo su efecto. El uniformado se volvió y le ordenó a uno de sus subalternos:

—González, acompañe a este señor arriba.

«Arriba».

En aquellos tiempos se hacía raro no escuchar la misma palabra acompañada por el apellido del dictador.

El camino fue más largo, también algo retorcido, o eso le pareció. Flotaba un extraño silencio. Se dio cuenta de que ni siquiera se escuchaba el rumor del tráfico allende los muros de la cárcel. Por todas las ventanas se veían las paredes de las galerías, los barrotes. Detrás de cada una se hacinaban personas y más personas, cada cual con su historia. Desde amigos de lo ajeno, simples choricillos, a estafadores o asesinos.

No se sintió nada cómodo.

—Espere, por favor.

Esperó.

Y esperó bastante.

Veinte minutos.

El siguiente hombre era tan menudo como la superiora del convento en el que acababa de estar. Llevaba el cabello meticulosamente peinado hacia atrás y lucía un bigotito muy fino sobre el labio superior. El agente desapareció sin decir nada más.

—¿Usted dirá, señor…?

—Mascarell. Miguel Mascarell. —Optó por castellanizar el nombre—. Querría hablar unos minutos con el señor director.

El rostro del hombre fue casi de pena.

—Pues lo lamento mucho, pero no se encuentra en sus dependencias en este momento.

—¿Y algún responsable cercano a él?

—¿Podría decirme para qué asunto es? —Se mostró menos amable ante el casi inflexible tono de su visitante.

— Me gustaría hacerle unas preguntas acerca del padre Santos.

—¡Oh, ya veo! —asintió convencido—. Un gran hombre, un gran sacerdote, una triste pérdida.

—Su misteriosa muerte ha dejado algunas sombras.

Pensó que seguiría bloqueándole el paso, pero no fue así. Casi dio la impresión de que lo pensaba dos o tres segundos. O quizá fuese el recuerdo del confesor de la Modelo. Acabó pidiéndole que esperase y se marchó.

Esta vez sí miró por la ventana.

Era primavera, hacía calor. Algunos brazos colgaban indolentes por entre los barrotes de las ventanas de algunas celdas. Dos o tres rostros se perfilaban como máscaras inyectadas al otro lado de ellos. Rostros de ojos mortalmente vivos. También había prendas de ropa secándose al

sol, a modo de banderas de su infortunio. No pudo evitar pensar en sus ocho años y medio en el Valle de los Caídos. Aquello no había sido igual. En comparación, la Modelo era un hotel de lujo. Los gritos, las humillaciones…

Apretó los puños y las mandíbulas.

Era un hombre de ley, había sido un buen inspector. Creía en la justicia. Aplacó la rabia. ¿Ser feliz ahora bastaba para borrar el pasado?¿Y para camuflar el presente?

Casi cinco años de libertad frente a los tres de la guerra y los ocho y medio preso. Eso era un contraste demasiado atroz, porque el Valle seguía allí, levantándose con la sangre de los vencidos. Un lugar con la misma cruz que llevaban en sus pechos los sacerdotes y las monjas.

—¿Señor?

Éste era joven, atildado. Vestía un traje cruzado y sostenía entre sus dedos manchados de nicotina un cigarrillo que acababa de prender. Sus ojos eran inquietos. Su mirada, cauta. Miquel le tendió la mano rápidamente.

—Miguel Mascarell —repitió la castellanización del nombre—. Lamento mucho molestarle, pero, a petición del convento de San Gabriel, estamos investigando el infortunado accidente que le costó la vida al padre Santos.

—¿Investigando? —se extrañó el hombre.

—Han muerto otros dos sacerdotes en circunstancias extrañas, y el padre Amancio Delgado, el superior de San Gabriel —le adjudicó el cargo sin más—, nos ha pedido que nos interesemos por el caso.

—¿Es usted policía?

—Detective. —Esta vez no hizo siquiera ademán de ir a sacar la licencia—. Todo ha sido muy repentino, con el Congreso Eucarístico a las puertas y las fuerzas del orden desbordadas por tan magno acontecimiento.

La fraseología hizo su efecto.

—¿Ha dicho que han muerto otros dos sacerdotes?

—Así es. Según todos los indicios, suicidados.

El funcionario de prisiones levantó las cejas.

—¿En serio?

—Uno antes y otro después del padre Santos.

—Pero el padre Santos murió atropellado —manifestó.

—Pudo arrojarse él mismo bajo las ruedas de ese tranvía.

—¡No sea absurdo! —proclamó.

—¿Le conocía?

Subió y bajó los hombros haciendo un gesto explícito. También le dio una calada a su cigarrillo. Expulsó el humo hacia un lado.

—Lo justo —dijo—. No habré hablado con él más allá de media docena de veces. Pero le aseguro que era un tipo dicharachero y amable —reaccionó un poco más—. ¿Echarse él voluntariamente bajo ese tranvía? No, hombre, no. Ni hablar. Tuvo que resbalar o tropezar. Tampoco hay otra. No caminaba del todo bien, pero se resistía a llevar bastón. Por aquí tenía fama de entregado y devoto, máxime con la misión pastoral que ejercía sirviendo de consuelo a los condenados.

No agregó la expresión «a muerte».

—¿Qué hacía exactamente el padre Santos aquí? —Tuvo que preguntar entonces Miquel.

—Acabo de decírselo. —Nueva calada, más profunda—. Asistía a los reos en sus minutos finales dándoles amor y misericordia, perdonando sus pecados, rezando junto a ellos para mostrarles el camino de la salvación eterna.

—¿Nada más?

—Le avisábamos cuando iba a producirse una ejecución sumaria. Era su cometido.

Miquel tragó saliva. Empezó a costarle hablar.

—¿Tenía mucho trabajo?

—Ya no. —El hombre hizo un gesto vago, como si hablara de cualquier otra cosa en lugar de vidas humanas—. Estas últimas semanas, meses…

—Por el Congreso.

—No, no, por la gracia del Caudillo. —Se puso solemne—. Es hora de sellar la paz para siempre, ¿no cree?

No le dijo que, sin haber ya enemigos, «sellar la paz» no parecía la expresión más adecuada. Siguió en su papel.

—¿Alguien de aquí le conocía bien?

—No. —Fue terminante—. Venía, hacía lo suyo y se iba. Una labor dura, pienso yo, porque imagino lo que ese santo debía de escuchar en confesión. Crímenes horrorosos, asesinatos brutales, toda esa podredumbre roja… —Se estremeció—. Hace falta mucho valor para perdonar eso. Valor y una fe inquebrantable.

—¿Cuándo fue la última vez que le vio? —Quemó su pregunta final.

—Hace un mes, más o menos, pero no estoy seguro.

No iba a encontrar respuesta a la muerte de Sebastián Santos allí, eso era evidente. Y lo que más deseaba era marcharse cuanto antes. Comenzaba a tener claustrofobia con la opresión de aquellos muros.

Si cerraba los ojos, volvería a escuchar los sonidos del Valle.

—Siento haberle hecho perder el tiempo. —Volvió a tenderle la mano al funcionario.

El hombre se cambió el cigarrillo de la derecha a la izquierda.

El apretón fue breve.

—Siento lo de esos dos sacerdotes, pero está claro que al padre Santos le mató un infortunio —dijo—. Sea como sea, espero que encuentre las respuestas que busca. —Otra pausa—. Llamaré para que le acompañen a la puerta.

Cuando salió a la calle Entenza, la cola seguía tal cual la había dejado al entrar.

10

El despacho quedaba cerca. La «agencia de detectives» —finalmente el plural tenía sentido— era ahora otra casa para él después del piso y la mercería. Pero con David Fortuny haciéndose pasar por cura en el convento, el despacho de la primera planta estaría vacío y, como mucho, en el piso de la tercera solo encontraría a Amalia. Y ni siquiera estaba seguro de eso porque ella seguía manteniendo su propio domicilio.

Desde luego, la irrupción de David Fortuny en su vida lo había cambiado todo. Y no hacía ni un año de ello.

Por lo menos volvía a sentirse útil.

Policía.

Algo tan extraño…

Se alejó de la zona a pie y enfiló la calle Rosellón en dirección al centro. Al Hospital Clínico.

También había estado en él durante aquellos cuatro últimos días de la Guerra Civil, mientras esperaban que la entrada de las tropas de Franco sellase la derrota. Entonces investigaba la muerte de aquella adolescente masacrada. Su último caso. Su último servicio a la policía de la República cuando ya no quedaba nadie en Barcelona y no era necesario.

Pero gracias a eso había conocido a Patro.

En aquel acto de desesperación final.

Aquella joven de apenas dieciocho años que había visto desnuda en un balcón…

Cuando iba en taxi de un sitio a otro, la ciudad pasaba rápida al otro lado de las ventanillas del coche. Pero, cuando iba a pie, era distinto. En cada calle había un momento retenido en el tiempo, una huella, una detención, un interrogatorio, un recuerdo que se avivaba con su maldita buena memoria. Y si entonces, años atrás, caminaba sin ver, apresurado, ahora, más viejo, se permitía el lujo de mirar, apreciar los detalles, embeberse de tanta belleza urbana que ni la dictadura podía tapar. Además, siempre aparecían nuevos detalles. Las casas del Ensanche supervivientes de los bombardeos eran museos abiertos, los secretos del Modernismo oculto por la indiferencia del tiempo seguían allí en balcones, entradas, esculturas… Era caminando cuando cada vez se daba más cuenta de lo mucho que quería a Barcelona. Se arropaba en ella. Le protegía. Y la ciudad seguiría allí cincuenta, cien años después. Eso era lo que contaba. Franco sería una gota en la historia. Envenenada, pero gota al fin y al cabo. Barcelona, su Barcelona, sería eterna mientras el mundo existiese como tal.

Quizá por todo ello caminaba ya sin prisas.

Cuando llegó al Hospital Clínico por la parte de atrás, la calle Villarroel, echó un vistazo a los datos facilitados por el padre Amancio Delgado y recuperó el nombre que necesitaba: el del médico que había operado al primer suicidado, el padre Dalmacio Sanjuán.

Dar con la pista del doctor Suñol, Prudencio Suñol, le costó recorrer medio hospital. En el edificio oportuno recibió el primer baño de realidad.

—¿Suñol? Está en el quirófano ahora mismo, y tiene para horas.

—¿Cuántas?

—Pues que yo sepa muchas. ¿Para qué quiere verle?

—Es un asunto oficial.

De nuevo advirtió la prevención, la duda. Un hombre mayor que podía ser cualquier cosa, pero hablaba con el empaque de los que pueden hacerlo. Su interlocutor, un médico joven, se quedó un poco tenso.

—Tendrá que venir después de comer, por la tarde. O eso o le espera, y ya le digo que es una intervención muy delicada. Creo que lleva ya un par de horas con ella.

—¿Podría hablar con alguna enfermera que atendiera hace unos días a un sacerdote al que operó el doctor Suñol?

—¿El cura? —Arqueó las cejas—. ¿El que luego se pegó un tiro?

—El mismo.

—Suba a la tercera planta. Pregunte allí, que están todas.

—Gracias, muy amable.

Le dejó atrás y enfiló las escaleras prescindiendo de los ascensores. «El cura», «el que luego se pegó un tiro». Las noticias volaban, y eso que los periódicos no tenían ganas de dar malas noticias. Ni voluntad. En la España de Franco no pasaban ciertas cosas, y menos que un sacerdote se pegase un tiro.

La tercera planta tenía mucha actividad. O eso le pareció viendo el ir y venir de las enfermeras. La llegada masiva de personas a Barcelona probablemente despertaba alarmas, y quizá incluso se notase ya en las asistencias. Mantenía la idea de que curas y monjas, en su mayoría, no andaban en sus mejores años. Trató de no interrumpir el movimiento de las que iban y venían por el pasillo, y se acercó al mostrador principal desde el que se gobernaba la planta. Una vez acodado en él, esperó a que la mujer que estaba sentada detrás levantara la cabeza.

No lo hizo de inmediato. Acabó lo que estaba anotando. Pero le sonrió al prestarle atención.

—¿Sí?

—Querría hablar con la jefa de enfermeras.

—¿Algún paciente…?

—No, no. Es un tema oficial.

Nuevamente, lo del «tema oficial» hizo su efecto. La mujer dejó de sonreír.

—Tardará unos diez minutos —le informó—. Si quiere esperarla en la sala…

—También querría hablar con alguna enfermera que hubiese tratado al padre Dalmacio Sanjuán, el sacerdote que fue operado por el doctor Suñol y estuvo internado aquí varios días hasta que se recuperó.

No hizo falta aclararle nada más.

—Todas le tratamos. Era un cielo de hombre.

—Pero alguna en particular…

—Carmen, sí. —Movió la cabeza de arriba abajo una sola vez—. Ella hizo muy buenas migas con él. La hacía reír y pasaba más tiempo del normal asistiéndole.

—¿Podría verla?

La enfermera desvió la mirada y se dirigió a otra que pasaba por delante.

—Elena, ¿la Almirall tiene descanso ahora?

—Sí, está abajo, fumándose un pitillo.

La mujer del mostrador volvió a dirigirse a Miquel.

—Ya la ha oído.

—¿Cómo la reconozco?

—Estará escondida para que nadie la vea. Pero bueno…, es bajita, cabello corto, pómulos rojos, ojos grandes…

No era mucho, aunque sí suficiente. Desanduvo el pasillo, bajó las escaleras y salió a uno de los patios interiores del complejo hospitalario. Allí algunos pacientes tomaban el sol o paseaban bajo el cuidado de familiares o de las mismas enfermeras. Escrutó arriba y abajo, y no tardó en localizar un hilo de humo que salía por detrás de una esquina. Pensó que era todo un detalle que la enfermera fumase allí. Caminó hasta ella y la encontró apoyada en la pared, con el resto del cigarrillo entre los dedos, los ojos cerrados y la cara alzada en dirección al sol.

—¿Carmen Almirall?

Le cortó la paz. La sobresaltó. No solo abrió los ojos, sino que pareció despertar de un sueño plácido y tiró la colilla al suelo. Una niña pillada *in fraganti*.

—¿Sí?

—Lo siento —la tranquilizó—. No quería asustarla. Solo necesito hacerle unas preguntas.

—¿A mí? ¿De qué? —Mantuvo el sobresalto.

—Es sobre la muerte del padre Sanjuán, Dalmacio Sanjuán.

—¡Ay, calle, pobre hombre! —exclamó todavía más agitada y reaccionando de una manera incluso excesiva siendo él un desconocido—. Me llevé un disgusto cuando me lo dijeron… —De pronto se volvió incontenible—. ¡Si es que no podía creerlo! ¡Viene aquí enfermo, grave, le curan, ¿y luego sale y se pega un tiro?! Cuando me lo dijeron…

—¿Quién se lo contó?

La pregunta le pareció extraña.

—Ustedes, la policía.

—No soy policía —le aclaró—. Solo investigador privado.

—¿Y eso qué es?

—Detective.

—Ah. —Se quedó más bien igual.

—¿Qué le dijo a la policía?

—¿Yo? ¿Qué quería que les dijera? Todas estábamos igual, muy impresionadas. —Lo meditó un par de segundos—. No sé… Era un hombre serio pero encantador, y a la que se recuperó… ¡Oiga, qué cambio! A mí me gustaba oírle porque hablaba muy bien, era de esas personas cultas y se notaba. Mentaba mucho a Dios, eso sí. Dios por aquí, Dios por allá. Había llegado de Ecuador, ¿sabe? Me contó muchas cosas de allí, la gente, cómo viven… Estaba enamorado de ese país, pero ya iba a quedarse aquí.

—¿Le contó por qué?

—Porque se sentía mayor y, en el fondo, solo. Con lo enfermo que llegó…

—¿Pensaba que iba a morir?

—Sí, al llegar sí. Incluso después de la operación. Rezaba mucho. Yo estaba delante el día que el doctor Suñol le informó de que todo había salido bien y que pasadas las cuarenta y ocho horas de la intervención las constantes eran buenas.

—¿Qué dijo él?

—¿Qué iba a decir? —Su cara fue de incredulidad—. ¡Alabado sea Dios en su misericordia! —Casi levantó las manos al cielo—. Sí, ésas fueron sus palabras. No saltó de la cama para abrazar al doctor de milagro.

—¿De qué más hablaban?

—Nada, me preguntaba si tenía novio y cosas así. Era muy chafardero… Perdón, muy curioso. Voy a casarme el año que viene y me deseó felicidad.

—Creo que tenía una hermana.

—Sí. Venía a verle con el marido. Las únicas visitas que tuvo.

—¿Nadie de su convento?

—¡Pero si acababa de llegar de Ecuador y llevaba allí la tira de años! No creo que tuviera amigos en Barcelona. Me dijo que había estado fuera diecisiete años. Toda una vida.

—Así que salió de aquí feliz y contento.

Carmen Almirall lo reflexionó un momento.

Luego, dijo muy seria:

—Pues eso parecía, pero ya ve. —El ensimismamiento le duró poco. Miró su reloj—. He de

volver a subir, señor.

—La acompaño. Tengo que hablar con la jefa de enfermeras.

—¿La señora Carduch? Sí, ella también le atendió, aunque no sé si hablaron mucho. Es más seria y seca, ¿sabe usted?

—Bueno, me ha parecido que todas ustedes eran muy jóvenes.

—Ya, pero cuando la jefa se pone en plan sargento de infantería… —Le lanzó una mirada asustada mientras caminaban—. No se lo vaya a decir, ¿eh?

—Tranquila.

Subían ya las escaleras en dirección a la tercera planta.

—¿Y usted por qué investiga esto? —le preguntó de pronto—. Ha dicho que era detective. ¿Detective de qué? ¿Es de una compañía de seguros o algo así?

—El convento del padre Sanjuán trata de encontrar una explicación lógica a lo sucedido —la informó Miquel.

—Pues no sé qué lógica van a encontrarle, aunque, desde luego, algo tuvo que pasarle al salir. Nadie se pega un tiro porque sí, y más cuando acaban de salvarle la vida. —Dejó de hablar del tema y señaló al frente—: Ahí está la señora Carduch. Yo si le parece ya me voy.

La dejó ir sin poder darle las gracias y se esperó a un par de metros. La jefa de enfermeras hablaba con otra mujer con la que acababa de encontrarse.

—¿Ya estás bien, María?

La señora Carduch puso cara de cansancio al responder:

—Sí, sí. ¡Menuda semanita! Ya tenía ganas de volver.

—Debió de darte fuerte —consideró la otra—. Para que tú faltes al trabajo tantos días…

—Está claro que no soy de hierro.

—Bueno, pues nada. A seguir, que estos días vamos a tener trabajo.

Se separaron y fue entonces cuando Miquel la interceptó.

—¿Señora Carduch? —Decidió llamarla por el apellido.

—¿Sí?

—Miguel Mascarell. —Otra vez Miguel. Le tendió la mano—. ¿Podría hablar con usted un minuto?

Era una mujer grande, imponente. No le extrañó que la llamasen «sargento de infantería». Daba la impresión de ser fuerte, y no solo físicamente. También de carácter. Los ojos eran dos piedras oscuras.

—Me temo que ahora… —trató de evadirse.

—Es sobre el padre Sanjuán.

Le sorprendió. Y mucho. Se le quedó mirando como si fuera un marciano.

—¿Por qué? —preguntó.

—Un sacerdote suicidado no da muy buena imagen de su convento —trató de justificarse—. Me han encargado que haga algunas preguntas.

—Pues no sé qué decirle. —Fue áspera—. Llegó aquí grave, el doctor Suñol le salvó la vida y se fue tan contento.

—Usted debió atenderle, hablar con él…

—Como atiendo a todos los enfermos de mi planta —le cortó y abrió los brazos—. Él era uno más. Las chácharas son cosa de las enfermeras.

—Me han dicho que era un hombre serio, muy religioso…

—Mucho.

—Y que quería vivir.

—Eso parece. —Dio la impresión de resoplar—. Pero ya ve.

—No tiene ninguna lógica, ¿no cree?

María Carduch hundió en él una mirada acerada. Tan fría como distante.

—No sé qué decirle, señor. —Fue lacónica—. La policía ya hizo algunas preguntas, y les dijimos lo mismo. ¿Sabe cuántos enfermos tenemos ahora mismo? No por ser sacerdote tuvo privilegios especiales. Se curó y se fue. Eso es todo. Lo que hiciera luego…

—Había estado diecisiete años en Ecuador, salvo su hermana no tenía a nadie. —Se resistió Miquel.

María Carduch no cedió.

Rostro impávido.

Miquel se resignó. Iba a iniciar la retirada, y entonces fue ella la que le retuvo.

—¿De verdad le envía el convento?

—Sí.

—No acabo de entenderlo, pero bueno. —Subió y bajó los hombros una vez—. Imagino que con lo del Congreso… Para ellos debe de ser una mancha.

—Les preocupan tantas muertes de sacerdotes.

—¿Qué muertes? —Frunció el ceño.

—El padre Sanjuán fue el primero. Ha habido otros dos.

Miquel no estuvo seguro de si mantenía el tipo o se hacía la dura. Levantó la barbilla.

—¿Dos?

—Todo indica que también por su propia mano.

—Dios Santo… —Cedió un poco.

—Los curas no suelen hacer estas cosas —dijo Miquel empleando deliberadamente el término «cura» en lugar de «sacerdote»—. ¿Entiende ahora el motivo de que en el convento de San Gabriel estén preocupados? Tratan de saber qué los indujo a ello o si hay algo más.

—¿Qué es lo que puede haber? —Frunció todavía más el ceño.

—Nunca se sabe, señora.

Una voz la llamó desde el final del pasillo. La jefa de enfermeras volvió la cabeza hacia ella.

—¡Voy! —medio gritó antes de volver a dirigirse a Miquel—. Siento no haberle sido de más ayuda.

—Cada pequeño paso es un paso más —se limitó a contestarle.

No se dieron la mano. La mujer movía ya su considerable envergadura en dirección a la llamada.

Miquel se quedó solo en mitad del pasillo.

Incómodo.

Al comienzo de cada investigación, mientras juntaba los primeros indicios y los detalles morían o crecían indistintamente, sin dar nada por sentado, a veces se sentía impotente. Veía a personas y más personas, muchas sin nada que decir o aportar. Pero necesitaba verlas, oírlas. Dalmacio Sanjuán era el sacerdote que se había saltado la tapa de los sesos después de ser curado en el hospital. Sebastián Santos, el sacerdote de los penados de la Modelo y oficiante del convento de las Hermanas de María. Patricio Jiménez, el tercero en discordia, todavía lejos del proceso que seguía.

Tres líneas de investigación eran muchas.

Sin saber cómo, se encontró en la puerta principal del Hospital Clínico, bañado por el cálido sol de la primavera.

11

Le echó un vistazo al reloj. Haberse levantado tarde le había comido prácticamente la mañana. Eso y caminar desde la Modelo hasta el Clínico sin prisas aprovechando el buen tiempo. Podía ir a comer a casa. Pero, ya que estaba allí, hablar con el médico se le antojó prioritario para cerrar una parte del capítulo del primer muerto.

Miró arriba y abajo de la calle Casanova. Si iba hacia arriba, se encontraría con la calle Córcega, tan cerca de su primera casa, la de toda su vida con Quimeta. Intentaba no pasar nunca por sus proximidades, y menos por delante del edificio, entre Balmes y Enrique Granados. Todavía le dolía verlo. Por esta razón enfiló hacia la derecha y buscó un bar o un restaurante donde tomar algo.

Sabía que estaba huyendo.

Los malditos fantasmas.

Todavía se sentía culpable por ser feliz de nuevo.

Y estar enamorado.

—Mierda… —suspiró.

La vida era extraña. Vivir era extraño. En realidad, hacía tiempo que se había dado cuenta de que una vida entrañaba la existencia de muchas más dentro de la principal. Un páramo con cruces de caminos. ¿Hubiera preferido que no estallase una guerra, seguir con Quimeta y con su hijo Roger vivo? Entonces, no estaría con Patro y con Raquel. Luego, en este caso, ¿el precio de su felicidad pasaba por el peso de la tragedia anterior?

No quería pensar en ello.

¿Estaba deprimido?

Quizá fuese el Congreso. Venía a ser como la Navidad. Una ola de amor, paz, santidad y buenos deseos lo impregnaba todo. Y se notaba. Barcelona la religiosa. Barcelona la católica. La alegría futbolera, prosaica y mundana chocando con el espíritu de la fe. Dios estaba en todas partes, pero durante los siguientes días iba a vivir en Barcelona.

Lo triste, lo malo, era que la religión siempre entrañaba dolor: jesucristos crucificados, vírgenes dolientes, mártires, santos, lágrimas…

¿No habían reído nunca?

Compró *El Mundo Deportivo* en un quiosco. Fue un arrebato. Los lunes el único periódico era la *Hoja del Lunes*, y su lectura le resultaba más bien parca. La portada del deportivo era tan

exultante que pensó en guardar el ejemplar incluso como recuerdo. Entró en un pequeño bar-restaurante. Se sentó en una mesa al lado de la ventana, para tener luz, y esperó a ser atendido por una camarera que le recordó a la enfermera Carmen Almirall, bajita y con cara de medialuna sonriente. Se dejó recomendar por ella y pidió una escudella y un pescado del día. Mientras la veía alejarse pensó en las cartillas de racionamiento recién caducadas. Entrar en un restaurante y pedir comida era uno de los primeros lujos de la nueva España. Eso para quien pudiera pagarlos, por supuesto.

Ni siquiera recordaba cuánto les quedaba de aquel dinero caído del cielo en julio de 1947. Prefería no pensar en lo crematístico.

Mientras esperaba, les echó un vistazo a los titulares de *El Mundo Deportivo*. Por supuesto, se ensalzaba la victoria del Fútbol Club Barcelona por cuatro a dos sobre el Valencia. «El Barcelona campeón absoluto del fútbol español» y «Después de haberse adjudicado el campeonato de Liga y quedarle atribuida la Copa Eva Duarte de Perón, las máximas competiciones nacionales». Evidentemente no faltaba la foto de Franco entregando el trofeo. En la página siguiente, los detalles: «Con dos tantos en contra en los primeros treinta minutos, el Barcelona supo remontar su tremenda desventaja», «Basora, Vila, Kubala y César fueron los autores de los tantos». Seguía la detallada crónica del partido, que miles de aficionados estarían leyendo quizá al mismo tiempo que él.

Dejó la apasionada lectura, nada apasionante para él aunque solidario como barcelonés, cuando llegó la escudella. La muchacha le deseó buen provecho y añadió como colofón la palabra «caballero». Ya no eran muchas las personas que la utilizaban.

Caballero.

Empezó a comer, primero sin hambre, pero al descubrir que la escudella estaba muy buena se animó. En la mesa más próxima un hombre enjuto contemplaba la pared del fondo con aspecto de mirar o ver nada. Llevaba una banda negra en el antebrazo, señal de luto. Y daba la impresión de ser reciente, como si acabasen de cosérsela en la manga. Trató de no mirarle, aunque era difícil porque lo tenía delante. Ladeó la cabeza y se fijó en la gente al otro lado del ventanal del local.

No, no iban a ser muy buenos días para andar entre curas investigando tres muertes. No había hecho más que empezar y ya sentía el peso de la responsabilidad. Encima, Franco iba a ir de un lado para otro y las palabras «Caudillo» y «Dios» se repetirían hasta el infinito.

—¿Os suicidasteis? —le preguntó al plato—. ¿Los tres? Si es así, ¿por qué? ¿Qué relación teníais? ¿Qué os empujó a hacerlo? Y, si no os suicidasteis…, ¿quién os mató, cómo lo hizo para que, al menos en el primero y el tercero, pareciera tan claro el suicidio aunque no hubiera motivos?

Recordó que no había preguntado qué día recibió el alta del hospital el padre Sanjuán.

Llegó el segundo plato.

—¿Le ha gustado la escudella?

—Muy buena.

—Me alegro mucho. Ya verá qué fresco está el pescado. ¡Como que anoche todavía nadaba por el mar!

Era un tópico, pero siempre funcionaba.

Miró el pescado que, con un ojo abierto, tenía una cara de sorpresa absoluta.

Intentó no pensar en el caso. Algo difícil, porque cuando se metía en uno le absorbía. Degustó el pescado y se tomó su tiempo después ojeando un poco más el periódico deportivo. Parecía increíble la de modalidades disponibles para el divertimento de la gente, las muchas competiciones, nacionales e internacionales. Nombres y más nombres desconocidos para él. En la página 6 aparecían los resultados de todas las competiciones: baloncesto, hockey, natación, ciclismo, fútbol… Decenas de equipos, miles de deportistas, sueños, victorias, derrotas. Y él, para nada amante de esas cosas, de pronto era capaz de sentir el abrumador peso de la realidad. Trece años desde el final de la Guerra Civil, siete desde el término de la Segunda Guerra Mundial…

—¿Una copita de algo, caballero? ¿Un café?

El café le alteraba.

—No, gracias. ¿Tienen teléfono?

—En la barra.

—Pido unas fichas y me lo incluye en la cuenta. —Se levantó.

El teléfono estaba oculto detrás de un saliente, por esa razón no lo había visto. Le dieron dos fichas, introdujo la primera en la ranura y marcó el número del piso de David Fortuny. Cuando se convenció de que no había nadie recuperó la ficha y marcó el del despacho. Lo mismo. Hizo un tercer intento con el de Amalia. Las viudas solventes tenían ciertos lujos.

Se alegró de escuchar su voz.

—¿Dígame?

—Soy Miquel.

—¡Ah, hola! —le saludó efusiva como siempre—. Acabo de llegar. Estaba en la agencia.

—¿Haciendo de secretaria?

—Secretaria, recepcionista, amante, novia… Ya sabe que puedo con todo.

—Siento que David esté fuera de circulación.

—Espero que no venga convertido en un beato, iluminado por una repentina epifanía —se rio —. Lo que me gusta de él es su lado perverso.

—Prefiero no saberlo.

—¡Ja!

—¿Alguna novedad?

—Pues no, nada, todo tranquilo. Estos días, con tanto cura suelto, no creo que nadie se atreva a salirse de madre.

—Me refería a si David la ha llamado para contarle si ha averiguado algo.

—¡Ah, pues no! —Cambió el tono—. Ni me lo imagino vestido con una sotana. Supongo que, con la de gente que habrá en ese convento, no le será fácil dar con algo.

—Sí, lo sé —suspiró Miquel—. Sea como sea, es una de nuestras escasas opciones. Imagino que David le contaría todo.

—Me lo contó. Y no estaba nada contento.

—Solo serán unos días.

—Espero que lo resuelvan antes.

Quiso ser positivo.

—Yo también —proclamó con voz serena.

—Si hay algo, descuide que yo telefoneo a la mercería para que Patro le dé el mensaje.

—Gracias, Amalia.

—Cuídese. Parece triste.

—Es por lo del Congreso. Le juro que abruma lo suyo. Nunca he podido con esas exaltaciones religiosas.

—Es curioso, porque en el fondo usted es un santo.

—¿Me lo dice en serio?

—Sí.

—No esperaba esto de una comunista.

—A ver si le oye alguien…

—Estoy en un bar.

—Las paredes oyen.

—Entonces, cuelgo. Gracias, Amalia.

—No se canse mucho.

Colgaron al unísono.

Cinco minutos después, una vez pagada la comida, volvía a estar en la calle.

12

Prudencio Suñol le hizo esperar poco más de diez minutos en una salita. Bueno, él no, una enfermera que le dijo que estaba acabando de comer. Dobló el periódico y se lo guardó en el bolsillo de atrás del pantalón, aunque abultaba. Era una tontería, pero no le parecía serio hacer preguntas sobre posibles suicidios con un deportivo en las manos.

—Mira que eres…

Al llegar a Barcelona, hablaba con Quimeta y era capaz de oírla en su cabeza. Ahora hablaba consigo mismo, cada vez más, sobre todo cuando investigaba solo.

Y su mente era un frontón. Las palabras rebotaban en él.

El doctor Suñol tendría unos cuarenta y pocos años, alto y bien parecido, bigote elegante, cabello peinado y fijado hacia atrás. Como si formara parte del uniforme, la bata blanca, un estetoscopio colgaba a ambos lados de su cuello y dos plumas asomaban por el bolsillo izquierdo de su pecho. Había en él un deje señorial, cierto empaque. Llevaba las manos impecables. Las mismas manos que acababan de operar, seguramente a vida o muerte, a una persona unas horas antes. Dedos que habían estado llenos de sangre hurgando entre las vísceras de un enfermo. Miquel le estrechó la derecha con firmeza, pero sin apretársela, como si fuese un objeto preciado. El médico también le miró con curiosidad.

—Siéntese, por favor. —Y, mientras lo hacían los dos, agregó—: ¿Me han dicho que es detective?

—Sí, doctor.

—¿Detective privado? —Quiso estar seguro.

—Así es.

—Nos estamos poniendo al día —observó.

—Sí, pero a la española. Esto no es una película americana.

—Lo imagino. —Ya no perdió el tiempo con prolegómenos—. ¿En qué puedo ayudarle? Siento curiosidad.

—Usted atendió recientemente a un sacerdote, el padre Dalmacio Sanjuán, al que, según tengo entendido, salvó la vida.

—Cierto, sí.

—El convento del padre Sanjuán nos ha pedido que investiguemos su muerte.

—Bueno. —Mostró una expresión dudosa—. Según tengo entendido, se suicidó.

—Ha habido dos sacerdotes más después del padre Sanjuán.

Prudencio Suñol levantó las cejas.

—¿Cómo dice?

—Dos sacerdotes, en apariencia, también muertos por su propia mano.

El estupor se acrecentó.

—Pero esto es… imposible, ¿no?

Miquel no dijo nada. Sostuvo su mirada.

El médico se dejó caer hacia atrás en la silla. Contrajo su frente hasta poblarla de pliegues horizontales.

—¿Cómo…?

—Unos días después de la muerte del padre Sanjuán, un sacerdote se arrojó bajo las ruedas de un tranvía, aunque hay dudas de si pudo tropezar o resbalarse. Un tercer sacerdote se cortó las venas el viernes pasado en una bañera de la parroquia en la que servía.

—¡Jesús! —Se alarmó—. ¿Es una plaga o qué?

—No lo sabemos. De ahí la consternación y preocupación del convento de San Gabriel, de donde eran los tres.

—¿Había alguna relación entre ellos?

—Lo ignoramos. Hoy es el primer día de la investigación. Pero, según parece, el padre Dalmacio Sanjuán acababa de llegar de Ecuador después de pasar diecisiete años fuera de España. Eso lo hace improbable, aunque no de manera categórica.

Prudencio Suñol se tomó su tiempo.

—Pobre diablo… —suspiró.

—¿Se refiere al padre Sanjuán?

—Sí, claro. —Plegó los labios en una mueca de resignación—. Al diagnosticarle allí su dolencia regresó a España con la idea de morir en casa, pero cuando le traté le dije que lo suyo era operable. No sé cómo estará la medicina en Ecuador, aquí puede que estemos un poco mejor.

—¿Qué tenía?

—En términos médicos, un aneurisma que le hacía tener la vida pendiente de un hilo. No le oculté que las probabilidades de salvación eran escasas. Ni siquiera llegaban a un cincuenta por ciento. Además, en muchos casos el médico no sabe con lo que va a encontrarse realmente al abrir. Sea como sea, habría muerto igual, así que se puso en mis manos.

—Y le salvó.

—Sí. —Fue escueto.

—¿Habló mucho con él?

—No demasiado. Lo justo. Me contó que se marchó a Ecuador antes de la guerra —Miquel apreció que no hablase de Cruzada— y que desarrolló allí toda su misión pastoral a lo largo de

estos años. No sé, me pareció una buena persona, aunque todos los sacerdotes lo parecen, ¿verdad? Su forma de hablar, las pausas…

—Me han dicho las enfermeras que era muy religioso.

—Religioso es poco. —Esbozó una tenue sonrisa—. Creo que, de cada tres palabras que pronunciaba, una era Dios. Le dominaba un fervor absoluto.

—Un fervor que hace rara su muerte, ¿no le parece?

—Rara no. Absurda. Imposible. Busque el calificativo que quiera. Dicen que los sacerdotes ven la muerte como un tránsito, que saben que van a una vida mejor al lado de Dios. —Acentuó la sonrisa—. Pues el padre Sanjuán, desde luego, no tenía ninguna prisa en hacer ese viaje. Estaba realmente asustado. No quería morir. El día antes de la operación me cogió de las manos y, llorando, temblando, me imploró que le salvara. Le juré que haría todo lo posible, y entonces me las besó y me dijo que Dios me las guiaría. Realmente me impactaron sus ganas de vivir. Puede que con sesenta y dos años se sintiera con fuerzas para seguir muchos años más.

—Sé que tenía una hermana.

—Me informaron de que venía a verle, sí.

—Imagino que nunca le hablaría de los otros dos sacerdotes muertos, Sebastián Santos y Patricio Jiménez.

—No, nunca. Ni de ellos ni de nadie. En el fondo era como un extraño, un extranjero en su propia ciudad. Incluso el deje era de allí. Diecisiete años es mucho tiempo, y más con una guerra de por medio.

—¿Qué pensó cuando le dijeron que se había suicidado?

—¿Qué quería que pensara? Me quedé… No sé cómo decírselo. Creí que era una broma de mal gusto. Pasadas las cuarenta y ocho horas de rigor tras una operación tan delicada, que son las que nos damos de margen para ver la evolución de los pacientes, le dije que estaba salvado. Levantó las manos al cielo, le dio las gracias a Dios, a mí, lloró… Luego me llamó santo, hacedor de milagros, juró rezar por mí el resto de su vida… Los días siguientes, en la recuperación en planta, era otro. Feliz y contento por esta nueva oportunidad. ¿Luego se le da el alta, se va y se quita la vida?

—¿Cuánto tardó en salir de aquí y pegarse un tiro?

—De un día para otro. Un poco más de veinticuatro horas. No entiendo qué pudo pasarle en ese lapso de tiempo para cambiar tan radicalmente. Desde luego, tuvo que ser algo muy muy fuerte.

—Si es que se suicidó.

El médico fue rápido.

—¿Cómo dice?

—Fui inspector de policía. Nunca daba nada por sentado, por claro que pareciese.

—Pero si fuera así…

—Los otros dos muertos también levantarían sospechas. —Le siguió el hilo de los pensamientos.

—¿Qué dice la policía? —preguntó el médico.

—No lo sé. Puede que lo tengan claro y que, encima, estos días estén desbordados por el alud de gente que está llegando a la ciudad. El tercer sacerdote murió el viernes por la noche y se descubrió su cuerpo el sábado por la mañana. Como ve, todo es muy reciente. En el convento de San Gabriel están asustados, eso es todo. Imagínese que hubiera un cuarto muerto.

—Tres ya son muchos, señor…

—Mascarell. Perdone.

—¿Cómo se camufla un asesinato para que parezca un suicidio?

—El disparo en la sien pudo ser dado de improviso. Luego se le pone el arma en la mano a la víctima. También cabe haberla dejado inconsciente, para que ella misma apriete el gatillo y queden restos de pólvora en la piel. El caso del padre Santos, el segundo, es el más dudoso. Estaba en un paso de peatones y no hay indicios claros. Tenía setenta y cinco años y cojeaba. Todavía no he hablado con el conductor del tranvía. El tercero también se presta a manipulación. Hay que saber si el padre Jiménez estaba consciente o inconsciente cuando se cortó las venas.

—¿Qué edad tenía?

—Treinta y dos años.

Prudencio Suñol tragó saliva.

El ruido sonó como si le crujieran los huesos.

—Yo salvo vidas —dijo—. Ustedes han de recomponer por qué y cómo otros las pierden.

—Más o menos.

—¿Y las autopsias? Deberían revelar esos detalles, ¿no?

—Ignoro si en un primer caso tan aparentemente claro como el del padre Sanjuán, cerrado como suicidio, se haga una autopsia, aunque sería lógico. Pero si alguien está matando sacerdotes… —Hizo una mueca de desagrado—. Puede que sea lo bastante astuto como para no dejar huellas, ni golpes ni restos de una inyección.

—Siempre hay algo.

—Como policía le doy la razón. Ahora solo soy un investigador privado. No tengo acceso a más.

—En casos de suicidio, suele haber una nota.

—Ninguno dejó nada escrito.

—Eso sí es sospechoso —certificó el hombre—. Uno, puede, pero todos…

Se quedaron mirándose el uno al otro. Fueron tres segundos de pausa y complicidad. Miquel no tenía más preguntas. El médico supo entenderlo así. Fue el primero en levantarse.

—Siento no haberle podido ser de más utilidad.

—Todas las piezas de un rompecabezas son importantes —dijo Miquel—. Hasta la más pequeña. De momento todavía estamos escarbando en la superficie. Lo malo es la proximidad del Congreso.

Estaban ya en la puerta de la sala, con el pasillo abierto a ambos lados. Volvieron a estrecharse la mano. Dos médicos pasaban por delante de ellos en ese momento. Entonces Miquel recordó algo. Un eco del pasado. No supo ni cómo se oyó a sí mismo decir:

—¿Conoció al doctor Claret, Bertomeu Claret?

—No, ¿quién es?

—Estaba aquí en el 39. Era… —iba a decir «conocido», pero lo amplió—. Era un amigo mío.

—Pues no, lo siento.

Miquel asintió. Todavía hizo una última pregunta.

—¿Puedo saber cómo le ha ido en la operación de esta mañana?

—Bien. —El doctor Suñol sonrió, orgulloso—. Cinco horas, pero le hemos salvado la vida.

No preguntó más, si era hombre o mujer, joven o mayor. Eso no era importante.

Miquel enfiló el pasillo con la cabeza baja.

En alguna parte, alguien lloraba.

En otra, alguien reía.

13

Petra Sanjuán, la hermana de Dalmacio Sanjuán, vivía en El Clot según la información facilitada por Amancio Delgado. Miquel bajó del taxi con ánimo taciturno: le había tocado un hablador y él no estaba para muchas gaitas. El taxista, lejos de darse cuenta, se había empeñado en mantener una cháchara intermitente. El tráfico, el buen tiempo y, cómo no, el Congreso y el dichoso fútbol.

El exinspector fue más que paciente.

—Ayer recogí a dos monjas, ¿y sabe qué? —relataba el conductor—. Al llegar me pidieron que no les cobrase, que era una obra de caridad. ¡No te fastidia! ¿Caridad? ¡Que hubieran cogido el metro! Pero, ah, no, ellas en taxi. Les dije que mis cinco hijos comían todos los días.

Al llegar, Miquel le dio incluso propina.

—Para los hijos —se despidió.

La casa era de barrio, es decir, baja, de tres plantas, portería oscura, sin balcones y con una tienda de legumbres abajo. Las indicaciones del padre Amancio Delgado, desde luego, eran precisas. Un hombre meticuloso sin duda alguna. En el caso de Petra Sanjuán constaba incluso el piso, la segunda planta. Subió a pie, despacio, y al llegar al rellano tomó aire y se relajó. Luego pulsó el timbre.

La respuesta fue rápida.

—¡Voy, Tesa!

Le abrió la puerta una mujer de cincuenta y muchos años, un poco desarreglada, cabello despeinado y bata de estar por casa. Iba en zapatillas. Se le quedó mirando entre sorprendida y miedosa. No había luz en el rellano, así que, de pronto, la figura de Miquel tal vez le resultase impresionante.

Intentó ser amable.

—¿La señora Petra?

—Sí —dijo ella.

—Me llamo Miquel Mascarell. —Ya no castellanizó el nombre—. Me envía el convento de San Gabriel para que le haga unas preguntas.

Por lo menos, lo del convento era convincente.

Algo capaz de amortiguar reacciones.

—¿Unas preguntas de qué? —Mantuvo su incertidumbre.

—Acerca de su hermano, por supuesto.

—No entiendo…

—¿Podría pasar? —la interrumpió—. Solo serán unos minutos.

Volvió la cabeza hacia atrás, como para comprobar algo. Luego puso cara de fastidio. Acabó rindiéndose y se apartó de la puerta.

—Entre —le invitó—. Procure pisar por encima de los periódicos, que he fregado.

Quimeta hacía lo mismo. Después de pasar la bayeta, extendía por el suelo las páginas de *La Vanguardia* o del periódico que hubieran comprado, y pobre de él si se salía de esa especie de carretera letrada. En ese sentido, Patro era diametralmente opuesta. Otra generación. Bajó la vista al suelo e inició la marcha. No fue muy larga. Siete pasos hasta el comedor. La casa estaba limpia. Olía a lejía. No supo si sentarse o no. Lo hizo cuando ella se dejó caer en otra silla.

—Si va a hacerme preguntas, no tendrá ni idea de dinero, claro —resopló la mujer.

—¿Dinero?

—Bueno, Dalmacio era uno de ellos, ¿no? ¡Toda la vida de cura! ¡Les dije que tendrían que darme algo, una indemnización, no sé!

Estaba enfadada. Y era desagradable.

Miquel se revistió de tacto.

—Estas cosas deben ir por otro camino —dijo imitando el habla pausada y casi hipnótica de los sacerdotes—. A nosotros, al convento, lo que más nos importa es el alma de su hermano Dalmacio.

—A buenas horas —refunfuñó ella.

—¿Por qué dice eso?

—¡Le mandan al quinto pino, lejos de aquí, solo, ¿y les preocupa ahora su alma?! —estalló—. ¿Es que no había curas en Ecuador?

—Imagino que…

—Mire, no imagine nada. —Levantó la mano derecha haciendo un gesto de fastidio—. Pregunte lo que necesite y ya está. Cuando acabe todo este lío del Congreso ya iré otra vez a San Gabriel. —Se cruzó de brazos con mal genio—. ¿Qué quiere que le diga? ¿No lo saben ya todo de Dalmacio y mejor que yo? ¡Pero si acababa de llegar, apenas si le vi, se fue al hospital y luego…!

Miquel volvió a llevar aire a los pulmones.

—Referente a la muerte de su hermano —buscó las palabras más precisas, evitando términos absolutos como «suicidio»—, ¿le ha comunicado algo la policía?

—No, ¿por qué?

—Pero la han visitado.

—Sí. Vinieron a decírmelo.

—¿Y luego?

—Nada.

—¿Nada?

—¡No, nada! —Se enfadó—. Mi marido fue a preguntar después del entierro y le dijeron que «estaban en ello». ¡Estaban en ello! ¿En qué, si puede saberse? ¿No dicen que se pegó un tiro? ¡Pues ya está! Yo es que…

Movió la cabeza de un lado a otro. Empezaba a ser peligrosa. La furia se desataba y daba la impresión de ser poco controlable. Miquel sintió que caminaba sobre una fina línea cargada de inestabilidad.

—No quiero molestarla, perdone —proclamó en el mejor de los tonos.

—Ya lo sé, lo siento —gruñó sin mucha convicción—. Pero entiéndame usted. ¡Diecisiete años sin un hermano porque lo decide el clero, y cuando viene, enfermo, se cura y luego se mata! ¿Cómo quiere que esté?

—¿Se da cuenta de que todo es un sinsentido? Su hermano quería vivir. He hablado con el médico que le operó. Su muerte es absurda.

—¡Dígamelo a mí! ¡Me repitió varias veces que no estaba preparado para irse! ¡Lloró de emoción al saberse vivo!

—Entonces…

—¡Algo le pasó al salir del hospital, está claro!

—¿Usted le acompañó?

—Sí, por supuesto. Salimos juntos. Mi marido, yo y él. Le llevamos al convento y le dejamos allí.

—¿Cómo estaba?

—¡Contento, ya se lo digo! Recuerdo sus palabras al pisar la calle y ver el sol: «Voy a vivir, Petra. Dios me ha perdonado y lo ha querido así, ahora lo sé».

—¿A qué se refería con lo del perdón de Dios?

—Ni idea.

—¿No se lo preguntó?

—¡Pero si estaba todo el día con Dios en los labios! ¡Perdón, culpa…! —Hizo un gesto de fastidio—. Mire, yo soy muy poco religiosa, ¿sabe? Si hubiera visto lo que yo vi en la guerra…

Miquel trató de seguir concentrado.

—¿Sabe cómo pudo acabar en el parque de la Ciudadela de noche?

—No.

—¿De dónde pudo sacar la pistola?

—¿A mí me lo pregunta? ¡Y yo qué sé! ¡Un arma! ¡Le aterrorizaban! ¡Decía que no solo las cargaba el diablo, sino que él las empuñaba!

—Por lo tanto, definitivamente, usted no entiende lo que sucedió.

—¡Yo qué voy a entender! ¡Pasara lo que pasase, se llevó eso a la tumba! —Volvió a alterarse —. ¿No dice que ha hablado con el médico? Sabe tanto como yo.

—¿Tenía enemigos?

—¿Dalmacio? —Su cara fue de estupefacción—. No, por supuesto. ¿Cómo iba a tenerlos? —Arrugó la frente y añadió—: ¿Por qué lo pregunta?

—Porque, si no se suicidó, alguien tuvo que matarle y fingir la escena.

Petra Sanjuán se convirtió en una estatua de cera. La idea penetró de forma suave en su mente, como el cuchillo en la mantequilla. Se quedó mirando a Miquel de manera ambigua, fantasmal.

—Pero esto… es absurdo —balbuceó al fin.

—¿Más que se suicidara después de haberse salvado?

Otro largo silencio. Petra Sanjuán se miró las manos. Latía la lucha de la incertidumbre en su mente.

—¿Quién querría hacerle daño a Dalmacio? —musitó.

Miquel dejó que la pregunta de la mujer flotara en el aire.

No volvió a decir nada hasta que acabó desvaneciéndose por la falta de respuesta.

—¿Qué le dijo cuando se marchó a Ecuador? —Le tocó el turno a él.

—Que era cosa del convento.

—¿Y no fue así?

—No lo sé, pero me da que no. Empezó a hablar de «la llamada del Señor», de «nuevo camino», como justificándose… Sea como sea, cosa suya, del convento o de los dos, allá se fue. Yo creía que aquí estaba contento y feliz. Era profesor del seminario de San Agustín. Ayudaba a los futuros sacerdotes en sus pasos iniciales y más difíciles. La primera noticia que tuve de que algo barruntaba surgió una noche, aquí mismo, cenando. Estaba sentado en la misma silla en la que está usted. De pronto se puso serio, entre melancólico y apesadumbrado, y habló de la necesidad de llevar la palabra del Señor a otras partes, África, Asia, América… Le dije que allí ya se apañarían. Me contestó que nosotros, desde España, teníamos una responsabilidad por haberles dado una lengua y la fe católica. «Nos necesitan», dijo. Pero yo le vi más forzado que contento.

—¿La escribía?

—Todos los meses estos últimos años, porque al comienzo, con las guerras y todo eso…

—¿Algo extraño?

—No, para nada. Le destinaron a una pequeña aldea, cerca de Guayaquil. Me contaba un poco lo que hacía y era de lo más normal. Decía que los niños eran criaturas muy hermosas y que aquello era un paraíso en la tierra. Su labor pastoral le confortaba.

—¿Y no volvió ni una sola vez en diecisiete años?

—Se marchó en 1935. Luego llegó la guerra y, al acabar la nuestra, empezó la otra, la de todo el mundo. ¿Cómo iba a hacer el viaje? Sinceramente creí que jamás volvería a verle. Sé que allí era querido y respetado, o al menos eso me decía. La noticia de su regreso me pilló de improviso, aunque cuando supe el motivo, lo de su enfermedad…

Había dejado de estar enfadada. Ahora estaba compungida, al límite. Miquel comprendió que la mujer quemaba sus últimas fuerzas.

De todas formas, todo estaba dicho.

Iba a levantarse para despedirse cuando ella alargó la mano y le sujetó.

—Señor… —Había mucha tristeza en sus ojos—. Mi hermano jamás habría atentado contra la ley de Dios. No me imagino qué le llevó a quitarse la vida, pero si tiene usted razón y me lo mataron… —Tembló como si una ráfaga de aire la hubiese hecho sentir un ramalazo de frío—. Toda su vida la dedicó a los demás, y esto… ¿Sabe el daño que representa para su reputación? Dalmacio merece estar en el cielo, en tierra sagrada, no en el infierno… No en…

Y se puso a llorar.

14

El parque de la Ciudadela rebosaba de paseantes que aprovechaban la bondad de la primavera y la extensión de los días con más horas de luz. Era una compleja muestra del caleidoscopio humano más urbano y cosmopolita. Parejas de ancianos que se apoyaban unos a otros envueltos en sus recuerdos, parejas de novios que se miraban con el arrobo de todo inicio ajenos a nada que no fueran ellos mismos, parejas que ni siquiera sabían que lo eran y parecían esperar una señal que cambiara sus vidas, soldados que cumplían el servicio militar y buscaban novia, chicas que fingían no verlos y se reían, sin perderlos de vista con el rabillo del ojo, vendedores de comida para los pájaros, vendedores de golosinas, vendedores de sueños, padres, madres, abuelos, abuelas, niños, niñas…

El banco en el que se había suicidado Dalmacio Sanjuán estaba apartado, lejos de las partes más concurridas, como el lago o la cascada. Era una zona arbolada y aislada a la que se accedía mediante dos caminos, a derecha e izquierda. Casi podía decirse que era umbría. Con el paso de los días, nada hacía presumir que en él se hubiera producido una tragedia. Lo habían pintado, seguramente para borrar la sangre. Incluso lo reconoció por ese detalle. A pesar de todo, como si la gente lo supiera, estaba vacío, así que se sentó en él y trató de recuperar la memoria del tiempo perdido.

Cerró los ojos. Se imaginó la noche de unos días antes.

—¿Por qué vino aquí, padre Sanjuán? —le preguntó al aire.

Aunque hubiese oscurecido, ¿cuántas personas debieron verle sentado y pensaron que dormía? ¿Era visible la pistola en su mano? ¿Y el estallido del disparo?

Demasiados interrogantes.

El parque de la Ciudadela tampoco estaba cerca del convento de San Gabriel. ¿A qué había ido Dalmacio Sanjuán? ¿Y si alguien le había citado?

—Fue eso, ¿verdad? —repitió su oratoria en voz alta.

Cuanto más lo pensaba, menos veía la sombra del suicidio. Ni siquiera la sospechaba. ¿De dónde habría sacado un cura una pistola? No tenía sentido.

De momento, nada lo tenía.

Y sin un informe policial no haría más que dar palos de ciego.

Siguió sentado unos minutos, en silencio, hasta que se levantó, le echó un último vistazo al banco y se fue con la cabeza baja. Salió del parque por el paseo de Pujades y caminó un poco a

ciegas en dirección al Arco del Triunfo. Solo entonces, todavía perdido entre sus pensamientos, levantó la mano y paró un taxi.

—Al cruce de la calle Londres con la carretera de Sarriá, por favor —le pidió al taxista.

Fue una carrera plácida. Y silenciosa. La única pregunta del hombre fue la de saber en qué esquina quería que le dejara. Le contestó que le daba igual, la que le pillara más a mano, y se bajó en la parte más ancha del triple cruce, porque, además de la calle Londres y la carretera de Sarriá, allí también confluía Conde de Borrell.

Llegó al punto exacto de la muerte del padre Santos, según lo escrito por el primo de David Fortuny en el convento el día anterior, y se quedó un buen rato de pie en la acera con su pluma y un papel en la mano, a un par de metros de donde esperaba la gente cuando el semáforo estaba en rojo. Cada vez que cambiaba éste, apuntaba cuántas personas se detenían o cruzaban por allí. También anotó el paso de los tranvías y su intermitencia. Las líneas que circulaban eran la 59, la 66 y la 67. No iban a toda velocidad, pero con el semáforo en verde tampoco es que fueran a paso de tortuga. Un golpe contra aquellas estructuras metálicas bastaba para matar a quien fuera, y más si se trataba de un anciano de setenta y cinco años. Según lo escrito por Amancio Delgado, el padre Santos no solo había recibido ese golpe: había caído bajo las ruedas del tranvía.

Al cabo de diez minutos descubrió que ni una sola vez el paso se había quedado sin peatones. Siempre había alguien. La vez con menos hubo dos. La que más, ocho. Los tranvías traqueteaban por su lugar. No era la misma hora del atropello, pero la zona parecía de las más concurridas. Sebastián Santos, casi a la fuerza, no había estado solo en el momento previo a su caída.

¿Bastaba un empujón por detrás?

La respuesta era sí.

¿Alguien pudo ver algo y callar para ahorrarse problemas?

Era menos probable, pero tampoco imposible. La gente no quería líos. Además, en caso de tratarse de un empujón, quien fuera no habría esperado ni un segundo para desaparecer. El resto de los posibles testigos se habría encontrado con la tragedia golpeándoles la razón.

Quedaba algo más: si alguien le había empujado era porque le seguía, a la espera de una oportunidad, que se produjo allí como pudo producirse en otra parte.

Miquel se guardó el papel en el bolsillo y se rascó la cabeza. Las contradicciones eran suficientes para equilibrar la balanza. Pero si de algo empezaba a estar ya más que seguro era de que debía ver el caso en su conjunto. No cabían azares. ¿Dos suicidios y un accidente? Raro. ¿Tres suicidios? Sin ni una sola nota de despedida, todavía más extraño. ¿Tres asesinatos, dos de ellos eficazmente camuflados?

Su instinto se lo había gritado desde el primer momento.

—¿Qué os unía? —musitó.

Se acercó al bordillo y miró en dirección al lugar por el que se acercaban los tranvías. Luego

estudió el suelo.

El bordillo estaba bien. No tenía ningún hueco o hendidura, ni siquiera un saliente traicionero. Tampoco había árboles que pudieran impedir a los conductores de los tranvías tener una perfecta visibilidad del cruce. Se inclinó un poco más.

—Cuidado, señor —le advirtió una mujer situada a su lado.

—¡Oh, sí, claro! —Se echó para atrás.

—Hace unos días atropellaron aquí mismo a un hombre. —Indicó la calzada a sus pies—. Un pobre sacerdote.

—¿Lo vio?

—¡No, Dios me libre! Pero todo el barrio habla de ello. —Movió la cabeza con pesar—. Éste es un cruce muy malo, con tanta calle. No es la primera vez que hay un accidente. Hace tres meses chocaron dos automóviles y, el año pasado, un tranvía y una motocicleta.

El semáforo se puso en verde.

—Gracias, señora.

—De nada. A mandar.

No cruzó al otro lado. No era necesario. Dio media vuelta y se alejó por la calle Londres. De pronto se sintió un poco cansado, con ganas de llegar a casa y jugar con Raquel. Bueno, a casa o a la mercería, porque todavía era temprano.

Le gustaba la primavera.

Todo parecía distinto.

En el Valle de los Caídos simbolizaba una nueva esperanza.

No vio ningún taxi, así que continuó caminando a buen paso.

15

Raquel era la reina de la mercería, así que cuando llegó no le extrañó verla sentada encima del mostrador haciendo las delicias de dos clientas embobadas con ella. Patro la sostenía, aunque la pequeña era ágil como una mariposa. La llegada de Miquel hizo que todo cambiara, primero porque Raquel alargó los brazos para que la cogiera, y segundo porque a las dos mujeres se les acabó la sonrisa de golpe.

Patro seguía siendo la joven guapa casada inexplicablemente con un vejestorio.

Miquel ya se había acostumbrado a que le miraran de forma sospechosa, pero a veces tenía muchas ganas de soltarles un exabrupto.

Prefirió ceñirse a su papel de padre.

—¡Hola, tesoro!

Se la llevó a la parte de atrás después de saludar correctamente a las dos parroquianas y decir hola a Patro y a Teresina. Todavía alcanzó a escuchar algunos comentarios.

—Se nota que es un padrazo, ¿eh?

—Su marido es tan buena persona…

—Y tan serio…

Se sentó en el despachito de la trastienda con Raquel encima de las rodillas, de cara a él.

—¿Soy buena persona? ¿Tú crees? —le preguntó a la niña.

Raquel se echó a reír sin más.

—¿Y serio? ¿Soy serio?

La abrazó, la estrujó y le dio un beso en la cabeza. Así le sorprendió Patro al entrar. Ella también hizo lo mismo: abrazarlos a ambos y besar a Miquel en la frente.

—Más abajo —le pidió él.

El beso llegó a los labios, hasta que Raquel puso una mano junto a sus bocas, no sabían si para participar o para separarlos. Los siguientes cinco minutos fueron de relajamiento y juegos, hasta que la pequeña acabó en el suelo, que era donde más le gustaba estar. Patro cerró la puerta para que no se fuera a la tienda. Faltaba todavía media hora para terminar el horario comercial.

—¿Qué tal el día?

Miquel se encogió de hombros.

—Confuso.

—¿Por?

—Son tres sacerdotes, tres líneas de investigación. Hoy solo he escarbado en el entorno de los dos primeros. Todavía no he llegado al tercero, el que se cortó las venas.

—¿Y qué te dice tu mente policial?

—Que detrás de esas muertes se esconde algo turbio.

—No me imagino qué puedan tener de turbio tres curas.

—Vete tú a saber. Son personas, ¿no? —Plegó los labios—. Hasta que no los relacionemos entre sí, estaré a oscuras.

—¿Y si, pese a todo, no hay relación?

—¿Y se mataron, o los mataron, cada uno por su lado? —La miró escéptico—. El padre Sanjuán, el primero, el del tiro en la sien, no se resignaba a morir, quería vivir, y salió del hospital más contento que unas pascuas dándole gracias a Dios. El segundo, el padre Santos, el del atropello, sigue siendo el más misterioso e incierto. Del tercero todavía no sé nada. A ver mañana.

—Ese tercero es el que se cortó las venas, ¿no?

—Sí. Y es el que lo desbarata todo. La guinda. El cierre de un triángulo aparentemente muy cerrado.

Antes de que Patro pudiera decir nada, sonaron unos golpecitos en la puerta. Por ella asomó la cabeza de Teresina.

—Señor, le llaman al teléfono.

Sabía quién era. No tenía ni que preguntar.

Se levantó y fue con Teresina hasta la tienda. A veces pensaba que era un latazo tener el aparato bajo el mostrador y no en la trastienda, pero, si alguien llamaba o tenían que usarlo estando Patro o la chica solas, era mejor así. Las parroquianas de los juegos ya no estaban allí, pero sí otras dos. Nuevas miradas y sombras de respeto. A veces se preguntaba qué las impresionaba tanto. Se sentó en la silla y les dio la espalda, aunque por mucho que hablase en voz baja era imposible no oírle.

—Sí —dijo.

—No sabía si le encontraría. —Escuchó la voz de David Fortuny—. Iba a dejar el recado.

—¿Dónde está?

—¿Dónde quiere que esté? —El tono era de fastidio—. ¡En el convento, en el despacho de mi primo Amancio! ¿Usted qué, ya ha terminado por hoy?

—Acabo de llegar.

—¿Tiene algo?

—No demasiado, salvo una cosa.

—¿Cuál?

—El padre Sanjuán era todo menos un presunto suicida. Eso a menos que…

—¿A menos que qué?

—A menos que en las horas siguientes a su salida del hospital algo o alguien le empujara a tomar tan drástica decisión.

—Y no lo ve lógico.

—No.

—¿Qué más ha hecho?

Se lo contó, al detalle, incluidas sus visitas al banco del parque de la Ciudadela y el cruce del atropello. David Fortuny le escuchó sin interrumpirle. Al acabar, el detective dejó pasar unos segundos para asimilarlo todo.

—¿Usted qué tal? —preguntó Miquel.

—Yo le llamaba para decirle que mañana entierran al padre Jiménez. A las diez.

—¿Tan pronto?

—Sí.

—¿Le han hecho la autopsia entre ayer domingo y hoy lunes, y le entierran ya?

—Eso si se la han hecho. Lo del suicidio lo tiene claro todo el mundo.

—¿Y es un entierro… entierro?

—Ya nos dijo mi primo que, al morir con la Biblia al lado y abrazado a un crucifijo, había muerto en paz y se había entregado a Dios en cuerpo y alma.

—Menudo cuento tienen cuando les interesa.

—Sí, supongo que se las saben todas.

—¿Y dónde es el entierro?

—En la misma parroquia donde ejercía.

—Tengo las señas en el papel que me dio su primo, sí.

—¿Irá?

—Por supuesto. Los entierros son como espejos. Los aborrezco, no quiero ir ni al mío, pero cuando investigaba asesinatos no me perdía ni uno. Por lo general, en casos familiares, sabía que el asesino estaba allí. No tenía más que estudiar las caras de todos.

—Pues que le vaya bien —refunfuñó su compañero.

—Ya veo que muy contento no está.

—¿Contento? —resopló con rabia—. Usted no sabe lo que es esto.

—Me lo imagino.

—No, no lo sabe ni se lo imagina.

—Así que no tiene nada.

—¡Qué voy a tener con solo un día si apenas me he relacionado con unos pocos! —Se puso a gritar—. ¡Entre los que ya había aquí y los que llegan por lo del Congreso, esto es una colmena de sotanas! ¡Se pasan el día rezando y dando gracias a Dios por todo! —Bajó un poco la voz,

temeroso de que alguien pudiera oírle—. Cada vez que toco el tema de cualquiera de los tres muertos, se santiguan y rezan. Dios por aquí, Dios por allá. Que si los caminos del Señor son inescrutables, que si Dios dispone, que si Dios da y Dios quita… ¡Le juro que no sé qué hago aquí!

—Dará con algo, Fortuny, seguro.

—¿Algo como qué?

—Esos tres curas tenían que estar relacionados entre sí de alguna forma.

—¿Y si todo es obra de un loco matacuras? Eso suponiendo que sean asesinatos.

—Lo del asesino en serie no le digo que no tenga un punto de posibilidad, y más estos días, pero la lógica es otra.

—Mascarell, uno había pasado diecisiete años fuera de España, y los dos de aquí se llevaban cuarenta años de diferencia. ¿Qué clase de relación puede haber entre ellos?

—Santos y Jiménez debían de tener amigos en el convento. Búsquelos —suspiró—. Venga, hombre: usted es bueno liando a la gente.

—¿Eso es un cumplido?

—Yo diría que sí. Fíjese en mí, trabajando de detective.

—¿Así que yo le lie?

Miquel prefirió no contestar.

Se escuchó otro resoplido a través del hilo telefónico.

—¡Uno o dos días más y se acabó, se lo advierto! ¡O eso o acabo majara!

—Es su primo, y un caso de la agencia, allá usted. —Recordó algo—. Por cierto, necesitamos esos informes policiales. Que su primo tire de influencias o todavía andaremos más perdidos.

La reacción del detective fue aún más furibunda.

—¡Mañana le llamo, o me llama, o viene, o…! —No encontró más alternativas—. ¡Hala, buenas noches! Si viera lo que dan de cena…

Miquel colgó el auricular.

Notó el silencio a su espalda.

Volvió la cabeza y se encontró a una de las clientas haciéndose la despistada y a Teresina contando unos céntimos para darle el cambio. Recordó haber empleado palabras como «asesino», «asesinatos», «convento», «curas», «entierro»… Palabras poco apropiadas para el marido de la dueña de una simple mercería de barrio. Se levantó dispuesto a regresar a la trastienda y en ese momento vio al novio de Teresina en la calle, como casi cada tarde, esperándola paciente.

Sonrió envuelto en una extraña melancolía.

De nuevo en la trastienda se encontró a Patro preparada para regresar a casa. Raquel ya estaba instalada en su sillita.

—Vamos, ya cerrará Teresina —le dijo.

—Seguro que lo hará rápido. Tiene al novio esperándola.

—Es un buen chico.

—Ya lo sé. No hace falta que me lo recuerdes. Lo aprobé y todo.

—Eso es porque Teresina te tiene en mucha consideración.

—El hombre serio —musitó para sí mismo, aunque Patro le escuchó perfectamente.

—¿Estás bien? —quiso saber.

—Sí, ¿por qué?

—No sé, este caso parece haberte alterado un poco.

—Son curas, Patro —le recordó—. En este país, la Iglesia y el Ejército son intocables. No sé lo que voy a encontrar, y eso siempre asusta. Es peligroso.

—Tú sí me estás asustando —se preocupó ella.

—Tendré cuidado —le prometió mientras le abría la puerta del despacho.

Salieron a la tienda. Teresina estaba sola, mirando el reloj. Faltaban cinco minutos para la hora oficial de cierre. Pasaron por su lado.

—Ya puedes ir cerrando —la invitó Patro.

—Gracias —asintió la chica—. Buenas noches, que descansen.

En la calle los recibió una suave y cálida brisa vespertina. Sus ojos se cruzaron con los del novio de Teresina. El saludo fue breve. Otras veces hablaban con él. Esta vez no. Echaron calle arriba, sin prisas.

—Creo que me daré un baño para relajarme —dijo Miquel pensando en su nuevo juguete hogareño.

Día 3

Martes, 27 de mayo de 1952

16

¿A cuántos entierros había asistido a lo largo de su vida?

El día anterior le había dicho a David Fortuny que los aborrecía. Y era cierto. Sin embargo, en la marea de sentimientos que siempre se movía en ellos, encontraba no pocas verdades, respuestas, retazos perceptibles a través de gestos o palabras. Cuando alguien moría de manera inusual, dejaba una estela, un rastro a veces intangible que él, como policía, en ocasiones era capaz de interpretar. En 1934, en uno de esos entierros en los que la víctima había muerto asesinada, le bastó con pasear la mirada por entre los asistentes para acercarse a uno y decirle: «Queda usted detenido». Solo con oír eso, el hombre se le vino abajo, se echó a llorar y aceptó la culpa. Más tarde le preguntaron cómo lo había sabido, y contestó:

—Era el único que no miraba el ataúd.

La diferencia con el entierro del padre Patricio Jiménez era que se trataba del primer sacerdote de su larga lista de obituarios. Las personas asistentes, muchas, se dividían en dos bloques. Por un lado, unos pocos sacerdotes amigos o conocidos. Por el otro, miembros de la parroquia, generalmente mujeres, el grupo más numeroso. No debía de llevar mucho tiempo haciendo de párroco suplente, pero a lo largo de él, por breve que hubiera sido, parecía haber dejado una huella.

Miquel se quedó primero al fondo.

Después caminó hasta uno de los lados, para tener una mejor perspectiva.

Le sorprendió no ver a Amancio Delgado, el primo de David Fortuny.

En la primera fila de la iglesia estaban los padres y el hermano de Patricio Jiménez, obviamente abatidos por lo sucedido. A la madre había que sostenerla. El padre daba la impresión de estar más entero. El hermano era más joven, no llegaba a los treinta años de edad y su rostro era hermético. Incluso duro. Le acompañaba una muchacha no menos llorosa pero de mirada amable y boca redonda, como sus mejillas. Daban la impresión de ser una familia sencilla, normal, como la mayoría.

Miró más atentamente las siguientes filas.

Los sacerdotes estaban serios. Rezaban. Todos tenían más o menos la misma edad que el fallecido salvo unos pocos algo mayores. Había mucho dolor en el ambiente, de manera especial entre los feligreses de la iglesia. Un dolor marcado por la incredulidad en torno a la manera en que había muerto su párroco, eso suponiendo que se supiera lo del suicidio. El efecto de la

sorpresa tratándose de alguien joven, de todas formas, era evidente. Mientras el sacerdote de turno pronunciaba la homilía en mitad de la misa, imperaron las máscaras del silencio. Solo cuando el oficiante glosó al fallecido, reaparecían algunas lágrimas.

Habló de la muerte en abstracto, como concepto, sin entrar en más detalles.

Miquel se fijó en un hombre de la última fila.

Solitario.

Perdido.

Él sí lloraba, a lágrima viva, absolutamente destrozado. Unas veces tenía la cabeza baja y se mordía el puño de la mano derecha. Otras la levantaba y hundía los ojos en el techo de la iglesia. Cuando hacía eso su rostro se perfilaba con una luz especial porque era, sin duda, un hombre guapo, muy guapo. Un pintor no habría vacilado en emplearle como modelo para retratar a un santo. Pese al dolor y las lágrimas, su piel daba la impresión de ser muy suave, sin barba ni bigote. La cara de un niño, o un adolescente, atrapada en el cuerpo de un hombre. Miquel le calculó unos treinta años. Vestía de manera muy correcta, un traje oscuro, camisa blanca, corbata no menos oscura, quizá azul; la distancia le impedía concretar los detalles. Iba peinado con un toque de distinguida exquisitez, con un leve rizo apareciendo indomable sobre su frente.

La ceremonia seguía.

¿Enterrarían al padre Jiménez en un lugar sagrado del cementerio? ¿Bastaban realmente la Biblia y el crucifijo para argumentar que su alma estaba salvada pese al hecho de haberse quitado la vida, atentando con ello contra las leyes de Dios? ¿Y si después se descubría que le habían asesinado? ¿Qué haría la Iglesia en un caso así, desenterrarle, cambiarlo de lugar y repetirlo todo?

De los tres sacerdotes, era el que tenía el mejor diagnóstico para serle atribuida la muerte por su propia mano.

De momento.

Demasiados indicios que probaban lo que hizo.

O, precisamente por ello, por haber tantos, Miquel seguía sospechando.

—Si te mataste, ¿por qué no dejaste una carta? —le preguntó al ataúd, presente a los pies del altar.

Miró de nuevo al hombre de la última fila.

Había visto a muchas personas rotas por el dolor en los años de carrera policial. Cada crimen entrañaba un efecto dominó. Un abanico que se extendía por doquier alcanzando a un buen número de seres humanos. Ese dolor era imposible de cuantificar. El del hombre que lloraba era un dolor infinito, sentido, un desgarro emocional que iba más allá de todo.

Miquel dejó su lugar y se acercó a él para verle más de cerca.

Se situó a unos cinco metros.

El hombre ni se dio cuenta.

Tenía los ojos claros, casi transparentes, la nariz recta y los labios finamente dibujados sobre la pálida cera de su semblante. Las manos también eran hermosas, largos dedos, ningún anillo, uñas cuidadas. De cerca el traje daba la impresión de ser barato. Y, sin embargo, él lo llevaba como si se tratase de un príncipe.

Miquel sintió el extraño ramalazo de su intuición.

La ceremonia ya no se alargó mucho más. Cuando el sacerdote la dio por concluida, la comitiva salió al exterior en silencio y despacio. El hombre que lloraba no se movió de su banco. Miquel salió de los últimos para no perderle de vista. El cementerio parroquial quedaba a menos de veinte metros, en una especie de jardín situado a la izquierda de la iglesia, cerca de la parte posterior de la misma. Debía de ser muy viejo: las tumbas estaban gastadas y las lápidas maltratadas por el paso del tiempo. Nada era eterno, ni siquiera la piedra sobre la que se grababan los nombres y las fechas.

El hombre de las lágrimas no salió al exterior; al contrario, se acercó al altar, al lugar que había ocupado el ataúd a sus pies. Se agachó para recoger una de las flores caídas al suelo. La olió, la estrechó contra su pecho y se deshizo nuevamente en lágrimas. Pareció tambalearse.

Esta vez, Miquel le dejó solo.

En el exterior se procedía al acto final, la despedida del duelo. Las personas pasaban por delante de la familia del muerto y les daban la mano mientras expresaban sus condolencias. Fingiendo andar despistado, Miquel trató de escuchar los comentarios.

Todos rituales.

—Ha sido el mejor párroco.

—Desde luego.

—Muy innovador, tan moderno…

—Y joven.

—Por supuesto, a eso me refiero.

—Necesitábamos savia nueva. Ha sido una pena.

—Una verdadera desgracia.

—Yo es que aún no me lo creo.

—Ni tú ni nadie.

—Dicen…

—Ni caso. Ya sabes que a la gente le gusta hablar. Otra cosa no, pero darle a la lengua…

—Ya, aunque la policía hizo muchas preguntas.

—Gato encerrado sí habrá, y ya nos enteraremos, descuida.

—¿Has hablado con Asunción, la que le cuidaba?

—No. Me han comentado que no abre la boca para nada.

—Pero ella le encontró.
—Sí, ya, pero lo que te digo: muda. Imagino que serán cosas de la Iglesia.
—¡Ay, Dios, no sé dónde iremos a parar!
—¿Vamos a dar el pésame? Ya quedan pocos.
Las dos mujeres se alejaron.
Miquel miró hacia el interior de la iglesia.
El hombre que lloraba había desaparecido.

17

Le costó encontrar un taxi por la zona y tuvo que caminar cinco minutos. Cuando se acomodó en él le dio la dirección del convento de San Gabriel. Sabía que era importante hablar con la celadora de la parroquia, Asunción Miranda según lo anotado por Amancio Delgado, pero en el momento del entierro no era la mejor idea. Ahora, además, quería saber quién era el hombre que lloraba.

Sus presentimientos raramente erraban.

El taxista le dijo que hacía muy buen tiempo. Le respondió que sí. Luego trató de hablar del Congreso y de lo difícil que sería circular por Barcelona durante los días siguientes a causa de tanta personalidad yendo y viniendo por la ciudad. Fue cáustico y le soltó algo así como que «hiciera vacaciones».

El taxista ya no volvió a abrir la boca.

Un entierro a las diez, y lejos, significaba comerse una buena parte de la mañana. Se bajó en la puerta del convento y nada más entrar en él notó un cambio sustancial con relación a su primera visita: apenas había nadie.

Recordó las palabras de Ramón el domingo, al hacerle un sumario de lo que iba a venir:

—La cosa va a empezar el martes, con la llegada del enviado del papa, el cardenal Tedeschini, que será la máxima autoridad eclesiástica.

Era martes.

El Congreso Eucarístico había comenzado.

¿Quién quería perderse la visita del mismísimo representante papal?

Tuvo que preguntar dos veces por el padre Amancio Delgado, una a un atribulado sacerdote que se movía aceleradamente y otra a un segundo cura encorvado que se apoyaba en un bastón y llevaba unas enormes gafas. Acabó en la antesala del despacho del primo de David Fortuny, esperando a alguien más, hasta que se le acabó la paciencia. Al final se asomó al pasillo y ya no dejó escapar a su tercera víctima.

—El padre Delgado no está —fue informado.

—¿Y su secretario, su ayudante, su…? —No supo qué más decir ni qué cargos mentar. El domingo Fortuny le había llevado directamente.

—No hay nadie, señor. Pero espere un momento.

Volvió a quedarse solo.

Esta vez fueron menos de dos minutos.

El siguiente sacerdote llegó tranquilamente, al paso. La salutación fue rápida.

—¿El señor Mascarell?

—Sí.

—Sabía que vendría —fue conciso—. El padre Delgado me lo ha advertido antes de marcharse. Le ha dejado un sobre.

—Gracias.

—Por aquí, si me hace el favor.

Entraron en el despacho de Amancio Delgado. El sobre estaba encima de la mesa. Le extrañó que no se lo hubiera dado a su primo David, ya que lo tenía a mano. Luego pensó que, a lo peor, no era lo adecuado, por si alguien lo veía o Fortuny no dormía solo en una celda.

Miquel lo sopesó.

No era muy grueso.

—Lo han traído esta mañana —le informó el sacerdote—. Y no ha sido fácil conseguirlo. El padre Delgado ha tenido que gritar como nunca le había oído hacerlo.

—Ni me lo imagino.

—Pues imagínelo. Yo estaba delante. Creo que le decían que los informes policiales eran secretos o algo así, y él ha insistido en que para la Iglesia no había secretos. Cuando ha mentado al señor obispo…

—¿Puedo preguntarle algo?

—Por supuesto, señor. Adelante.

—¿Tiene usted una opinión formada sobre las muertes de los tres sacerdotes de su congregación?

El hombre bajó la cabeza. Era de estatura media, pero estaba muy delgado. Se le marcaban los pómulos y le sobresalía la nuez. También tenía los ojos hundidos.

—No sabría decirle —respondió—. Han sido tres tragedias, una detrás de otra. Quienes los conocíamos estamos muy afectados.

—¿Conocía usted al padre Sanjuán?

—No, a él solo le saludé cuando llegó de Ecuador. A los otros dos, sí. Buenas personas. El padre Santos, un verdadero ángel. El padre Jiménez, muy válido y predispuesto al servicio. —Señaló el sobre—. Sé que el padre Delgado le ha contratado para que investigue lo sucedido. Solo puedo decirle que ojalá lo consiga y que rezaré para que Dios guíe sus pasos.

«Le ha contratado».

Singular.

—¿Podría hablar con…? —Se dio cuenta de que no sabía cómo llamarle—. ¿El padre Fortuny, David Fortuny?

—Uno de los nuevos, sí. Ahora mismo pido que le busquen, aunque imagino que estará en su celda descansando. No se encontraba muy bien. —Sonrió con bondad—. La emoción por todo lo que está pasando estos días, ya sabe.

—Sí, lo sé —asintió como si nada.

—Puede esperar en el antedespacho.

Salieron del despacho de Amancio Delgado y él se sentó en una silla mientras el sacerdote iba a por su socio detective. El sobre le quemaba en las manos y ardía en deseos de abrirlo y empezar a leerlo para atar al menos los cabos esenciales. Se contuvo. A lo peor, para quitárselo de encima, la policía le había entregado al primo de Fortuny lo mínimo, y más si para ellos la tesis de los suicidios era la buena.

Salvo para defender de todo mal a la dictadura, no tenía ni idea de cómo funcionaba la nueva policía española, a pesar de su fama de eficaz.

Cuando David Fortuny apareció por la puerta, intentó no echarse a reír.

A duras penas.

—¡Ni una coña!, ¿eh? —Fue lo primero que le dijo el detective levantando un dedo delante de la cara de él.

—No iba a reírme.

—¡No, si por mí, en el fondo…! —Dio una vuelta sobre sí mismo haciendo ondear la falda de la sotana—. ¡Ande, no se contenga, estamos solos!

—Le sienta muy bien.

Fue la guinda. Fortuny le miró como si tuviera dos fuegos llameantes en los ojos. Miquel se dio cuenta de que estaba muy pero que muy enfadado, como jamás lo había visto. Por una vez, o dos, después del día de la borrachera un mes antes, sintió un poco de comprensión hacia él. Embutido en el largo uniforme eclesiástico, su compañero tenía una imagen inolvidable además de ridícula. Para nada se parecía a un cura de verdad.

—Mire que le despido —le advirtió Fortuny.

—No me tiente —le previno—. Y, además, ¿no éramos socios?

—Me lo estoy pensando —rezongó.

—Va, cuente.

—Déjeme que me siente. —Buscó la silla más próxima, se arremangó la parte baja de la sotana y se sentó con muy poco arte sacerdotal—. ¡Le juro que no sé cómo pueden ir todo el santo día con esto! Lo único bueno es que en verano igual no llevan ropa interior. —Apuntó con un dedo el sobre que Miquel tenía ahora sobre las rodillas—. ¿Es el informe de la policía?

—Sí. Acaban de dármelo. Me han dicho que su primo ha tenido que gritar lo suyo.

—¿Lo ha mirado?

—No. Mejor lo hago en casa, tranquilo y sin prisas. Luego me llama o le llamo yo. —Tanteó

el sobre con una mano, como si lo mimase—. Ni siquiera sé si incluirá lo de Patricio Jiménez. Espero que, al menos, tratándose del tercer sacerdote que se muere, lo preliminar sí esté. Tampoco quiero que entre alguien y nos pille. Es mejor que usted siga pasando desapercibido.

—¿Desapercibido? ¡Del todo! —Se encrespó otra vez—. Se lo dije ayer: aquí nadie habla, y menos de eso. Sin contar la de nuevos que están de paso y, encima, ni siquiera hablan español. A la que les miento a alguno de ellos lo de los suicidios, se santiguan y unen las manos mientras bajan la cabeza.

—Alguien tiene que saber algo —insistió Miquel—. Un convento es una comunidad cerrada. Y, curas o no, son humanos, no santos. A la fuerza ha de haber habladurías, algo, por pequeño que sea. Persevere.

—¡Una palabra muy oportuna y cristiana! —se burló Fortuny.

—Ya sabe lo que le digo siempre: no hay caso fácil.

—Pero éste se las trae, no me diga que no. —Cambió de pronto y preguntó—: ¿Ha ido al entierro?

—Sí.

—Y nada, ¿no?

—Todavía no lo sé —reconoció—. Tengo un pálpito.

—¿Ah, sí?

—Ideas que me rondan la cabeza, ya sabe.

—¿Va a compartirlas?

—Luego. Déjeme que haga un par de cosas y le eche un vistazo a esto. —Tocó otra vez el sobre.

—No, si por mí… —Subió las manos y las dejó caer sobre las piernas con las palmas hacia abajo a pesar de la parálisis parcial de la izquierda—. Si esta noche no saco nada… ¡Seguro que vuelven en éxtasis y será imposible ponerse a hablar de muertos!

Miquel se levantó de su silla.

David Fortuny hizo lo propio.

—¡Ánimo, socio! —Miquel le pasó un brazo afectuoso por encima de los hombros.

El detective le lanzó una mirada sospechosa.

—A veces no sé si habla en serio o se chotea, mire lo que le digo.

—Yo siempre hablo en serio. Soy demasiado viejo para hacer bromas.

—Venga, no se las dé de anciano, que ya sabe que no lo es. —Él mismo abrió la puerta que daba al pasillo—. Oiga, lo del pálpito…

—Se me ha ocurrido una teoría, aunque no sé si tiene que ver mucho salvo con lo del tercer caso.

—Usted suele acertar —convino Fortuny—. Gato viejo. Le acompaño a la puerta.

—Mejor no. Que no nos vean juntos. Ya sé el camino. Venga, suerte.
—Sí, ya —resopló su compañero.
Miquel le dejó atrás y caminó parsimoniosamente, con la cabeza baja.
Se sintió mejor al salir del convento.
Solo un poco.

18

Fue directamente a casa. Si iba a la mercería, no conseguiría concentrarse en la lectura de aquellos papeles. Raquel, Patro… Mejor estar solo y poner los cinco sentidos en los informes. Sabía por su vieja experiencia que los redactados solían ser ambiguos y, dependiendo de quién los hubiera hecho, unas veces ilegibles y farragosos y otras exageradamente grandilocuentes, con una fraseología propia de un candidato a demostrar algo sin necesidad. Le sucedía igual que con los veredictos de los jueces antes de la guerra: solo los entendían ellos. Páginas y más páginas de «considerandos» hasta llegar a la conclusión final y la sentencia, a la que uno se abocaba harto y aburrido.

Se sentó en la galería y abrió el sobre.

El primer informe era el de Dalmacio Sanjuán, el hombre que había regresado de Ecuador para sobrevivir a una operación y, aparentemente, quitarse la vida luego en un banco del parque de la Ciudadela. La pistola hallada en su mano era una Astra 400 y las balas, del tipo parabellum de 9 mm. Un arma clásica de la Guerra Civil que cualquiera podía haber conservado en secreto en casa. No se decía en el informe si se trataba de uno de los dos modelos de la zona republicana, uno fabricado en Valencia, con las iniciales RE en las cachas, y el otro fabricado en Tarrasa, la F. Ascaso, que era la preferida de las milicias anarquistas. Ambos modelos eran herederos de la pistola de 9 mm, modelo 1921, a la que los fabricantes, Esperanza y Unceta, acabaron bautizando con el nombre de Astra 400. Las diferencias básicas entre ellas eran las estrías. La original tenía una vuelta de 24 cm, la de Valencia de 26 y la de Tarrasa de 31.

Frunció el ceño al leer el siguiente detalle: «Se han practicado dos disparos con el arma. Una bala estaba todavía incrustada en la cabeza. La segunda ha aparecido en el suelo, a sus pies».

¿Había disparado una vez antes? ¿Un suicida que prueba si la pistola va bien?

No tenía sentido.

El segundo punto se refería al ángulo de entrada de la bala en la sien.

Cogió su pluma y trató de imitarlo. Uno de los ventanales con cristales opacos de la galería le sirvió de falso espejo. La posición del arma no había sido del todo horizontal, es decir, perpendicular a la cabeza. El ángulo superior no alcanzaba los noventa grados. Era menor. Eso significaba que Dalmacio Sanjuán había levantado mucho el brazo. Quizá demasiado. En cambio, si alguien se había acercado a él para matarle, ese ángulo era más lógico.

El cuerpo no había llegado a caer de lado. Otro punto a considerar. La inercia implicaba hacerlo. Sin embargo, el sacerdote estaba sentado, con la cabeza caída sobre el pecho y el brazo armado extendido al lado. Por eso, ya oscureciendo, nadie había reparado en él. No era más que un cura dormido. Solo acercándose se veían la sangre y la pistola en la mano.

En la mano.

No caída en el suelo.

Había examinado no pocos suicidios, y el cuadro siempre era diferente. Cuerpos caídos, armas apenas sujetas con la fuerza del último estertor.

Llegó al informe médico. Se le había practicado la autopsia correspondiente. Dalmacio Sanjuán no había cenado. La hora de la muerte se estimaba entre las 21.30 y las 22.30 de la noche. Se mencionaban las huellas de la reciente operación porque todavía llevaba un vendaje. No se había encontrado nada en sus bolsillos, salvo la documentación con la que había sido identificado. La conclusión final del informe era simple: «muerte por su propia mano».

La parafina había detectado restos de pólvora en ella.

Levantó la cabeza y miró los cristales de la galería. Daban al patio interior de la manzana. En el otro extremo del piso, en cambio, uno se asomaba al cruce de ambas calles, Gerona y Valencia. Le gustaban los dos, pero prefería la tranquilidad de la galería.

—¿Qué hacías en el parque a esas horas, Dalmacio? —le preguntó a su otro yo del espejo—. ¿Dónde estuviste esa tarde, todo el día? Si te mataste, ¿por qué elegiste ese lugar tan recóndito? Y, si no lo hiciste…, ¿quién te convocó? Porque, si te mataron, alguien tuvo que citarte, ¿verdad?

Dejó la mente en blanco y las preguntas murieron sin respuestas.

—Si quieres la paz, prepárate para la guerra —volvió a hablar en voz alta.

Ése era el significado de la máxima latina con la que se habían bautizado aquellas balas: *Si vis pacem, para bellum*. Un alemán llamado Georg Luger las llamó así en 1902.

Pasó al segundo informe, el de Sebastián Santos, el atropellado de setenta y cinco años. Era menos exhaustivo que el primero porque no había armas de por medio y, al parecer, tampoco autopsia. Según aquello, el cura había muerto por un «politraumatismo general ocasionado por la caída bajo las ruedas de un tranvía de la línea 67». ¿Causas de la caída? Desconocidas, pero, dada la edad de la víctima y su leve cojera, todo hacía indicar que se trataba de un «accidente fortuito». Según el conductor del tranvía, Sebastián Santos se había desplomado ante sus incrédulos ojos y antes de poder accionar el freno el cuerpo ya había desaparecido bajo el vehículo. Se golpeó la cabeza con la parte inferior y llegó al suelo para ser allí arrollado por las ruedas. Los datos médicos lo confirmaban todo.

La declaración del conductor, Mateo Salvá Carabén, estaba en la segunda página del informe: «El señor Salvá declara que el incidente fue visto y no visto, que él tenía el paso expedito con el

semáforo en verde y miraba al frente por tratarse de un cruce. No iba a más velocidad de la permitida. El accidentado apareció de improviso y todo sucedió muy rápido. El señor Salvá no recuerda si, en ese momento, había más individuos en la acera y manifiesta que, quizá, el fallecido estuviera solo, porque, al bajar del tranvía, las personas que se acercaron a auxiliarle lo hicieron corriendo desde diferentes partes del cruce».

Ningún testigo había visto nada.

¿Extraño? ¿Oportuno?

Los pasajeros del tranvía tampoco habían visto nada. El frenazo hizo que una mujer incluso cayera al suelo, pero sin lastimarse. Ni siquiera iba muy lleno, así que todos estaban sentados. Las declaraciones no aportaban nada.

Otro veredicto claro.

Y se habría tratado de dos incidentes aislados de no ser por el tercero.

El informe sobre la muerte de Patricio Jiménez, dada la proximidad del suceso, era mucho más sucinto. Probablemente se había redactado ya, de manera preliminar, al tratarse de un sacerdote. Cuanto menos se hablase del suicidio de un pastor del Señor, mejor.

El cadáver había sido hallado por la cuidadora parroquial, la señora Asunción Miranda Costa, la mañana del sábado, al proceder a desempeñar sus labores habituales. Miquel recordó que había oído el nombre un rato antes, en el entierro. Según el informe, como causa de la muerte, el cadáver presentaba cortes en ambas muñecas, no horizontales con relación a la mano, sino perpendiculares, es decir, cortes a lo largo de las muñecas. La gente creía que lo habitual era lo primero, pero no era así. Mucho más efectivo el corte perpendicular. Si se había quitado la vida, el padre Jiménez lo sabía. Se hacía mucho hincapié en los dos objetos que lo habían acompañado, la Biblia y el crucifijo al que estaba abrazado incluso con las dos muñecas bajo el nivel del agua. La ropa estaba correctamente plegada a un lado, sobre una silla, no caída ni tirada por el suelo de cualquier forma. El dato que más le llamó la atención fue el hallazgo de restos de jabón en el agua y, levemente, en la cara. Quedaban pequeñas burbujas en la bañera y el rostro del muerto todavía olía.

—¿Jabón? —Pronunció la palabra en voz alta.

¿Se había lavado antes?

Miquel dejó caer la cabeza hacia atrás.

Era curioso, seguía enfocándolo como un suicidio a pesar de su instinto y de ser el tercer caso de una imposible secuencia de suicidios.

¿O no?

Leyó la parte final.

El segundo dato curioso.

El padre Jiménez había cenado antes de matarse.

Y todavía encontró algo más, no menos desconcertante, aunque quizá no excepcional tratándose de un sacerdote:

«El cuerpo del sacerdote Patricio Jiménez Rosell presenta diversas laceraciones tanto en la espalda como en los muslos, ninguna producida en las horas previas, pero sí recientes. Las laceraciones en la espalda parecen haber sido infligidas por un látigo o cuerda. Las de los muslos, por espinas o un hierro acerado».

—Te flagelabas —suspiró Miquel.

El cilicio, las cintas de púas para los muslos.

¿Por qué?

¿Dios? ¿Culpa? ¿Pecado? ¿Perdón? ¿Expiación?

Se pasó una mano por los ojos.

Ya no había más.

Pero, desde luego, superaba lo que había esperado.

Siguió sentado en la butaca, intentando ordenar sus ideas. De acuerdo, lo había leído todo bajo el enfoque policial, partiendo de la base de los suicidios. Ahora tenía que darle la vuelta y verlo desde la perspectiva de unos asesinatos perfectamente disimulados. A Dalmacio Sanjuán podían haberle citado en el parque y por alguna razón tan poderosa que él, todavía convaleciente, no había dudado en acudir. El asesino se le había acercado por la espalda. El tiro en la sien no dejaba huellas de pólvora en la mano del sacerdote, así que el asesino le había puesto el arma entre los dedos y le había ayudado a presionar el gatillo una segunda vez. Dos balas. En el caso de Sebastián Santos, seguía existiendo la única posibilidad del empujón. Tenía que hablar con el conductor del tranvía para estar seguro de algunos detalles. Ahí sí que no había más. Finalmente, los cortes en las muñecas de Patricio Jiménez indicaban profesionalidad. Un dato llamativo. Aunque no tanto como lo del jabón. Eso sí era un misterio. ¿Le habían lavado la cara? ¿Por qué?

—Te cloroformizaron… —exhaló.

Una cara lavada para borrar los restos o el olor a cloroformo.

Ahora sí cerró los ojos. Apoyó la cabeza en el respaldo y respiró a fondo. Cuando investigaba un asesinato, se llenaba de todo lo concerniente al caso. Se sumergía en él para resolverlo desde dentro, aunque mantuviera siempre una distancia final. Esta vez, si tenía razón, se trataba de tres. Lo mismo que en el caso del primero, estaba seguro de que los otros dos también querían vivir. No importaba que uno tuviera setenta y cinco años. La vida siempre es vida. Tampoco importaba que el tercero se flagelase. Si así expiaba lo que fuera, allá él.

En ninguno de los tres sucintos informes se mencionaba la posibilidad, la duda de que una sola de las muertes hubiera sido violenta, causada por una mano ajena.

—¿Quién eres? —le preguntó al aire.

Alguien listo, muy listo.

Alguien que había esperado diecisiete años para matar, primero, al padre Sanjuán.

¿Pero y los otros?

Le arrancó de su abstracción el ruido de la puerta del piso al abrirse. Miró la hora. Allí estaban Patro y Raquel. Comería en casa. Escuchó el corretear patoso de la niña por el pasillo y la llamó para que supiera que estaba en la galería.

—¡Raquel!

Antes de que el torbellino entrara corriendo para echarse en sus brazos, escuchó la voz de Patro diciendo:

—¡Mira qué bien! ¿Ves? ¡Papá está en casa!

19

De vuelta a la parroquia del padre Jiménez, sonreía.

Maliciosamente.

Había comido de manera opípara, y mientras lo hacía, degustando con placer cada plato hasta el flan de postre, le había dado por pensar en David Fortuny tratando de ingerir la parquedad de una comida en un convento. O a lo peor se equivocaba. Los curas solían estar gordos.

Hasta Patro lo había notado.

—¿De qué te ríes?

—De nada, de nada.

—Tú no eres de los de reírte solo —le advirtió.

—Pensaba en Fortuny.

—A veces eres demasiado malo con él.

—¿Yo?

—Sí.

—De acuerdo, un poco.

—Y mira que te aprecia.

—Me necesita.

—Te aprecia —lo recalcó.

—Es un veleta. Se dobla hacia donde sopla el viento.

—¿Y eso es malo?

No, no lo era. En determinadas circunstancias no lo era en absoluto. La imagen del David Fortuny superviviente era tan real como la del Miquel Mascarell resistente.

Desde luego, tenía más futuro lo primero que lo segundo.

Se bajó del taxi por segunda vez en la puerta de la iglesia y la encontró cerrada. Rodeó el pequeño templo y llegó a la casa parroquial. Por un momento pensó que había perdido el tiempo. No tuvo que hacer sonar la aldaba porque la puerta estaba entreabierta. Por si las moscas, llamó con la voz desde la entrada.

—¿Hay alguien?

Una mujer apareció por el hueco de otra puerta. Llevaba puesto un delantal y el cabello despeinado. Recordó haberla visto por la mañana, en el entierro. Miquel la tranquilizó de inmediato porque tenía cara de susto a causa de su inesperada presencia.

—Siento molestarla. —Le sonrió—. Me envían del convento de San Gabriel.

Eso la hizo relajarse. Fue hacia él.

—¿Del convento?

—Me llamo Miquel Mascarell. Soy investigador. La orden nos ha pedido que hagamos unas preguntas acerca de lo sucedido, al margen de lo que pueda hacer la policía.

—La policía ya hizo lo que tenía que hacer, señor —dijo ella.

—Ya sabe cómo son los curas. —Hizo un gesto distendido—. Están muy preocupados.

—No me extraña —estuvo de acuerdo.

—Asunción Miranda, ¿verdad? —quiso estar seguro.

—Para servirle. —Evitó la coletilla de «a Dios y a usted».

—¿Le va bien que hablemos cinco minutos?

—Sí, claro. —Se frotó las manos con el delantal—. Solo estaba adecentando un poco esto ahora que ha pasado todo.

—¿Usted siempre se ha encargado de los párrocos de la iglesia?

—Siempre, siempre… —lo dijo para que quedara claro que no era tan mayor—. Los dos últimos sí, el padre Creixell y el padre Jiménez. El padre Creixell sigue de baja.

Miquel no supo si pedirle sentarse. Decidió que no, en un deliberado acto de informalidad. Continuó hablando de pie en mitad del pasillo de entrada. La construcción era antigua, de ladrillo, vigas de madera y arcos por encima de ellas. Había imágenes de santos por las paredes.

—¿Cómo encontró el cuerpo del padre Jiménez?

Se estremeció. Nunca iba a olvidar esa visión.

—Pues… llegué a las ocho de la mañana y me extrañó que el padre no estuviera levantado para la primera misa. Le llamé, no contestó y abrí la puerta de su habitación. La cama estaba sin deshacer, y eso me extrañó. Luego fui al baño y…

—¿Tocó algo?

—¡No! ¡Ni siquiera entré! ¡Salí corriendo, pegando gritos! Ni siquiera sé quién llamó a la policía. Tuvieron que asistirme unos médicos de aquí cerca porque no paraba de llorar.

—¿Le sorprendió que se hubiera quitado la vida?

Asunción Miranda se le quedó mirando como si la pregunta fuese la más absurda que hubiese oído en la vida. A su cara de incredulidad sumó el tono de su voz.

—Era el hombre más feliz del mundo —aseguró—. Amaba su trabajo, era joven y vitalista, se estaba entregando en cuerpo y alma a esta parroquia pese a no ser más que el suplente del padre Creixell. Estos días, además, se mostraba exultante por los actos del Congreso. Pensaba asistir a varios de ellos, misas, la ordenación sacerdotal del sábado… —Empezó a dejarse llevar por los sentimientos y se le nublaron los ojos—. Es absurdo pensar que se quitara la vida.

—Y, sin embargo, es lo que parece que hizo.

—Debió de tener un momento muy malo para llegar a algo así. ¡Por Dios, era sacerdote! Una persona tan amable, simpática… Un ángel. Se lo digo yo: un verdadero ángel. Y tan guapo… —Casi llegó a poner cara de ensueño—. Muchas feligresas lo decían. Estaban encantadas con él. Desde que estaba aquí venían mucho más a misa. A confesarse no tanto porque les debía de dar vergüenza. Ya ve usted.

—¿Su trabajo aquí consiste en limpiar y atender al párroco?

—Sí, señor. —Dio la impresión de sacar pecho, como si se enorgulleciera de ello—. Limpiar, cocinar, lavar, tener la ropa a punto… Siempre le dejaba la cena y me iba a casa a eso de las siete y media o las ocho. No me importaban las horas. Mi marido murió en la guerra y gracias a la parroquia he tenido donde comer y vivir. La noche del viernes le hice lo que más le gustaba: unos huevos revueltos con un poco de chorizo.

—¿Tenía amigos?

—Bueno, llevaba aquí unas pocas semanas. Pero era muy afable y se hacía querer, eso seguro. Muchas personas le consultaban cosas.

—¿Quién era el hombre que lloraba tanto esta mañana?

—Esta mañana llorábamos todos, señor.

—Había un hombre, en la última fila.

—No me fijé. Yo estaba delante.

—Era joven, treintañero, también muy atractivo, de piel fina, sin bigote. Llevaba un traje oscuro, corbata…

—¡Ah, sí! —reaccionó—. Ya sé quién puede ser. Pero no sé su nombre. Solía venir por aquí y hablaba con el padre Jiménez.

—¿Venía cuando estaba usted?

—No, eso no. A veces me lo cruzaba al irme. Sé que se había quedado a cenar en algunas ocasiones porque encontraba menos comida o más platos lavados al llegar por la mañana. El padre Jiménez no era de los que me lo dejaba todo sucio para que yo lo limpiara.

—¿Nunca le preguntó el nombre?

—¿Yo? —Puso cara de susto—. No, claro. No era cosa mía. ¿A mí qué iba a importarme? —Levantó la barbilla con desafío—. Pregunte por ahí. Le dirán que puedo ser cualquier cosa menos chismosa, faltaría más.

—No quería molestarla.

—Pues, la verdad, no entiendo a qué vienen esas preguntas. —Mantuvo la incomodidad.

—Hay que averiguar por qué hizo lo que hizo, ¿no le parece?

Eso la devolvió a su estado compungido.

—Sí, eso sí —asintió—. Entiendo que en el convento estén preocupados y que usted haga preguntas. Lo siento.

Miquel seguía de pie y no era lo suyo. Podía caminar lo que hiciera falta, pero estar de pie y parado le cansaba ya más de lo normal.

—¿Ha limpiado la habitación del padre Jiménez?

—¡No, ni siquiera me atrevo a entrar! Sigue como estaba.

—¿Podría verla?

—Bueno, no sé… —Reapareció la inseguridad—. Claro que si viene de San Gabriel…

—No tocaré nada, se lo prometo. Puede acompañarme si quiere.

—Preferiría no hacerlo. —Movió la cabeza en un rápido gesto nervioso mientras sus ojos reflejaban miedo—. Me da mucho respeto, ¿sabe usted? Imagino que mañana mismo vendrán los padres o el hermano del padre Jiménez a buscar sus cosas. Bueno, lo poco que tenía.

—¿Dónde es?

La mujer señaló una puerta, al fondo del pasillo.

Miquel se dirigió a ella y Asunción Miranda se quedó en su lugar. Puso la mano en el tirador de la puerta y lo accionó hacia abajo. Cruzó el umbral, entró y dejó la puerta entreabierta. Había suficiente luz porque la persiana de la ventana estaba subida. Pese a ello, giró el interruptor hacia la derecha para tener también la de la electricidad. La cama estaba hecha, impoluta. La habitación era muy sencilla, espartana incluso, y olía a limpio, como si allí no hubiera vivido jamás un ser humano. Lo primero que hizo fue abrir la mesilla de noche. En la parte inferior, un orinal metálico. En el cajón superior, una caja de pastillas con un nombre indefinible y artilugios dispares, un par de lápices, estampas de santos y vírgenes, unas tijeritas…

No tocó nada.

Fue al armario, lo abrió y se quedó mirando la ropa del muerto, colgada de media docena de perchas. Todo allí era parco, sucinto, lo esencial y poco más. En los cajones de la derecha, lo habitual, ropa interior, calcetines, pañuelos. Abajo, dos pares de zapatos y una caja.

Se agachó.

La caja, no precisamente de zapatos, sino más bien grande, estaba cerrada con llave. Aunque era de madera, no daba la impresión de pesar mucho. Se mordió el labio inferior y miró de reojo a la puerta. Estaba solo. Podía pedir la llave, pero sería delatarse y evidenciar que sí había tocado las cosas del padre Jiménez. De todas formas, siendo algo personal, lo más seguro era que la asistenta no la tuviera, o que la llave siguiera con la ropa dejada en el cuarto de baño la noche del presunto suicidio. Si la policía la había examinado, desde luego, no se notaba. Quizá por respeto al fallecido. Quizá por tratarse de un siervo de Dios.

Examinó el cierre.

Y se resignó.

Le costó muy poco abrirlo. No era precisamente de máxima seguridad. Le bastó con introducir la punta de uno de los sujetapapeles que siempre solía llevar encima y que no pocas veces le

habían ayudado en casos parecidos. Tras moverlo un poco con suavidad, el cierre acabó cediendo. Levantó la tapa de madera y se encontró, a la derecha, con otra caja más pequeña, sin cubierta, llena de fotos y recuerdos personales. Lo importante, lo que en el fondo esperaba, estaba en el lado izquierdo, cubierto por un paño.

Dos cilicios de púas, uno de hierros entrelazados y otro a modo de brazalete, pero más grande, para que éstas se hundieran en los muslos, un pequeño látigo con tiras nudosas y otro un poco más largo con las tiras de cuero lisas. También encontró tres curiosos anillos que, desde luego, no eran para las manos.

El padre Jiménez se castigaba a sí mismo.

¿Por su fe? ¿Por amor a Dios? ¿Para expiar sus culpas?

Iba a dejarlo todo tal y como estaba, pero se detuvo. La puerta seguía entreabierta aunque la asistenta no daba la impresión de querer acercarse demasiado. Cogió la caja con las fotografías y los recuerdos.

Ni siquiera tuvo que buscar mucho.

Los retratos del hombre que lloraba estaban allí. Había dos.

El primer retrato era una fotografía de estudio, la clásica imagen, posando, retocada para enmarcar o guardar de por vida. En ella se veía aquel rostro angelical que tanto había apreciado por la mañana a pesar del dolor y las lágrimas, lleno de luz y poder. El blanco y negro, casi gris, tamizando los contrastes, realzaba las formas, la nariz, los pómulos, la barbilla. El rostro casi púber de ese hombre no se diferenciaba mucho de las fotografías de las estrellas de cine. No solo era atractivo, sino esencialmente guapo, y ningún retoque del mundo para disimularlo habría ocultado su feminidad. Parecía claro que ni él ni el fotógrafo de estudio lo pretendieron. El magnetismo traspasaba la cartulina y la mirada, fija, cabalgando por encima de la dulce sonrisa, hacía que aquellos ojos transparentes fuesen dos luces.

La segunda fotografía era mucho más explícita.

El mismo hombre, apoyado indolente en una pared cubierta con una gruesa cortina oscura para que así realzara la blancura de la piel, en un desnudo frontal que mostraba la perfección de su cuerpo, además de sus atributos masculinos.

Miquel suspiró.

No siempre le gustaba dar con la verdad, y menos cuando la sospechaba o se lo gritaba su intuición.

Dejó las dos fotografías en su lugar y ya no buscó más.

Cerró la caja y se incorporó.

Miró la cama y entonces dijo:

—No te suicidaste: te mataron. Si te hubieras suicidado, habrías quemado antes estas fotos.

Las palabras cayeron a peso ante él. Fue como si rebotaran en el suelo y lo inundaran todo. Se

quedó allí, en medio de la habitación, con la cabeza dándole vueltas y más vueltas. Las muertes de los dos primeros sacerdotes, ahora, cobraban una dimensión más real. O los tres estaban definitivamente conectados o un asesino en serie se dedicaba a matar curas por la razón que fuese. Y con la suficiente habilidad como para hacerlos pasar por suicidas.

Había algo más: el asesino no se molestó en registrar la habitación del clérigo. Sus inclinaciones no importaban. Si le conocía o no era un aspecto tangencial. Por la misma razón, existía una posibilidad más: que el primer muerto, Dalmacio Sanjuán, hubiera sido el detonante de los dos siguientes. Entre las muertes de Sanjuán y Santos habían pasado más días que entre las de Santos y Jiménez.

—Señor, ¿ha terminado ya?

Reaccionó. La mujer estaba en la puerta, pero sin mirar hacia dentro, decididamente nerviosa por su irrupción.

—Sí, sí, perdone —se excusó—. Me había quedado distraído y pensativo. Lo siento.

Salió de la habitación y él mismo la cerró. Asunción Miranda no le preguntó nada. Parecía dispuesta a acompañarle a la salida. Miquel la siguió unos pasos antes de volver a hablar.

—¿Solía tomar baños en la bañera el padre Jiménez?

—No, nunca.

—¿Está segura?

—Yo lo habría notado —aseguró—. Ducharse, sí. Pero llenar la bañera y meterse dentro, no.

—¿Le suenan de algo los nombres de los padres Dalmacio Sanjuán y Sebastián Santos?

Ni siquiera tuvo que hacer memoria.

—No —dijo.

—¿Le contó algo de su pasado alguna vez, en plan confidencial o en uno de esos momentos en los que todos hacemos comentarios al recordar un instante de nuestras vidas?

—No, señor. Tampoco. Era un hombre amable, jovial, pero guardaba las distancias. Y, como le he dicho, llevaba poco tiempo aquí, aunque se había adaptado muy rápido y era feliz. Bueno… —Bajó la cabeza como si fuera a llorar—. Parecía feliz.

No iba a conseguir mucho más de la asistenta. Y la siguiente dirección estaba casi al otro lado de Barcelona. Un largo recorrido tanto si iba en taxi, para enfado de David Fortuny por el tema de los gastos, como si lo hacía en tranvía.

—Gracias —se despidió de la mujer—. Espero que el nuevo párroco que le envíen sea tan bueno como el padre Jiménez.

No lo pretendía, pero, ahora sí, ella rompió a llorar.

20

Al final fue en tranvía, ya que la línea era bastante directa, y aprovechó el viaje para pensar en todas aquellas malditas opciones mientras iba sentado viendo pasar la ciudad al otro lado de la ventanilla. Lo que acababa de descubrir de Patricio Jiménez era revelador, pero poco probable que resultase determinante. Si el asesinato hubiera tenido que ver con el aspecto sexual, el asesino se habría llevado esas fotos comprometedoras.

—O no, si… —rezongó.

Siempre había dos caras.

Sacó del bolsillo todos los datos, nombres y direcciones apuntados por Amancio Delgado. Añadió el del conductor del tranvía. Se estaba quedando sin alternativas. Luego cerró los ojos y recordó de nuevo los datos de los informes policiales. Los había dejado en casa. A veces los leía dos y tres veces, buscando algo nuevo, algo que encajase o le hubiese pasado por alto.

No encontró nada.

Cuando se bajó en su parada tuvo que caminar unos diez minutos. La casa de los padres de Patricio Jiménez era tan normal y discreta como las de la mayoría de las personas. Cuatro plantas, cuatro pisos por planta y una portera que le miró con ojos tristes y los entristeció todavía más cuando le dijo a dónde iba. Llamó al timbre y le abrió el hermano del fallecido, el casi treintañero que en la iglesia estaba algo más que serio.

Miquel se revistió de su mejor talante conciliador.

—Buenas tardes —se presentó—. Me llamo Miquel Mascarell. ¿Podría hablar con sus padres?

—No creo que sea el momento. —Fue taxativo—. ¿De qué se trata?

—Me envía el convento de San Gabriel.

—¿Y no pueden esperar unos días?

Por el hueco de la puerta que daba al pasillo apareció ella, la mujer. Miquel se dio cuenta de que acababa de escuchar las cuatro últimas palabras.

—¿Es del convento? —preguntó con voz débil.

—Mamá… —intentó detenerla su hijo.

No le hizo caso.

—Vamos, Augusto —le reprochó. Y dirigiéndose a Miquel le invitó a entrar—. Pase, pase. Si es del convento…

Se encontró en una sala-comedor en la que apenas si se cabía, porque la mesa era más grande de lo normal y había dos butacas y otra mesita con una radio en medio, además de los correspondientes aparadores con mantelerías y platos. En la única pared libre, una Santa Cena enmarcada.

—Siento molestarles hoy —insistió Miquel.

No llegaron a sentarse. Ni se lo ofrecieron. Apareció el cabeza de familia, el padre de Patricio Jiménez. Daba la impresión de haberse levantado de la cama. No le gustó ver a un extraño en casa. Desde luego, era un hombre destrozado, se le veía en la expresión, pero mantenía el tipo.

—Este señor viene del convento —le informó su mujer con el mismo hilo de voz.

—¿Y para qué nos quiere? —inquirió él de forma abrupta.

—Necesitamos…

No le dejó terminar.

—¿Quiere saber qué necesitamos nosotros? ¡Que nos dejen en paz! ¡No le dimos un hijo a la Iglesia ni a Dios para que nos pasara esto!

—Estamos investigando lo sucedido, señor. —Trató de mantener el tipo Miquel—. Y lo hacemos por el buen nombre de su hijo. Estamos seguros de que lo entenderá.

—¿Qué es lo que están investigando? —siguió el hombre

Miquel no quiso mostrar todas sus cartas. Todavía no. Si soltaba la bomba del asesinato allí en medio, no iba a conseguir encauzar la conversación. También comprendió que no podría sacar demasiado de ellos, los padres. Sí, tal vez, del hermano. Los padres, como todos los mayores, lo más seguro era que no supieran gran cosa de su propio hijo. Lo mismo que los hijos de los padres. Eran dos caminos que se movían siempre en viaje de ida, sin retorno.

Su esperanza pasó a ser Augusto Jiménez.

Ella iba de negro y llevaba una cruz colgada del cuello, pero ni su marido ni su hijo daban la impresión de ser el padre y el hermano de un sacerdote. Allí había una grieta.

—Quizá sea mejor que hable con usted, ¿le parece? —se dirigió al joven.

Augusto Jiménez miró a su padre.

—¿Papá?

—Sí, habla tú con él —rezongó el hombre—. Será mejor. Luego nos lo cuentas.

—Pero… —trató de protestar ella.

—Anda, Claudia, ven. —La tomó del brazo su marido.

La madre del sacerdote muerto se resignó.

—Sí, Rosendo —aceptó su suerte.

Los vieron salir del comedor. Miquel no esperó a que el joven le invitara a sentarse. Lo hizo directamente. Augusto Jiménez no era tan atractivo como su hermano mayor, pero tampoco mal parecido. De cerca le calculó unos veintiocho o veintinueve años. Su semblante seguía siendo

duro y sus ojos poco amigables. El hijo menor de la familia daba la impresión de ser el díscolo, incluso más próximo al padre que a la madre.

«¡No le dimos un hijo a la Iglesia ni a Dios para que nos pasara esto!» era toda una declaración de principios.

—¿Va a contarme qué está sucediendo y qué están investigando? —Se sentó Augusto Jiménez —. Usted no es sacerdote, ¿verdad?

—No. Soy investigador privado. —Le mostró su nueva licencia—. Detective.

El hermano de Patricio Jiménez frunció el ceño.

—Mire, no entiendo nada —dijo.

—¿Le importa que le haga unas preguntas y luego le cuento lo que está sucediendo?

Eso aún le intrigó más. Pero acabó rindiéndose.

—¿Qué quiere saber?

—En primer lugar, me gustaría que me hablara de Patricio.

—¿Y qué quiere que le diga yo? No teníamos apenas nada en común. Desde niño se le metió en la cabeza lo de hacerse sacerdote y ya no cesó en su empeño. Nuestra relación no era lo que se dice fluida. Nunca tuve la sensación de tener un hermano, sino más bien un santo. Nunca jugamos juntos, yo era el trasto y él… Pensé que era una obsesión, incluso una tontería. Pero no, iba en serio. Y mi madre encantada. Mi padre lo llevó fatal, en cambio ella… Como si así se ganara el cielo. —Apretó las mandíbulas—. Mi hermano con Dios y a mí me tocaba lo otro, casarme y darles nietos. Todo perfecto. —Le miró con acritud—. ¿Sabe algo? Ni siquiera me importa que les diga eso a los de San Gabriel. Me da igual. Me considero agnóstico.

—Lo que me diga quedará entre nosotros, se lo aseguro. Además, yo tampoco soy creyente.

Otra mirada, esta escéptica.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y trabaja para ellos?

—No trabajo para ellos. Investigo, que es diferente.

—Mire, señor…

—Mascarell.

—Mire, señor Mascarell, yo ya no soportaba a los curas desde mucho antes. Pero al ver que se llevaban a mi hermano… Odio la santurronería, la palabrería con la que lo justifican todo, «Dios lo da, Dios lo quita», «si el Señor lo quiere…». —Chasqueó la lengua—. Mi hermano se ha matado y ni siquiera sabemos el porqué.

—¿Cree que era feliz?

—¡Y yo qué sé! Lo parecía, ¿no? Estaba contento de que le hubieran asignado una parroquia. Bueno, contento es poco. Se sentía en la gloria. Es tan absurdo que quisiera quitarse la vida

que… —dejó la frase sin terminar.

Miquel decidió que ya era el momento.

—Hay formas de disimular un asesinato —aventuró.

La cara de Augusto Jiménez sufrió el cambio esperado. Arqueó las cejas, agrandó los ojos.

—¿Asesinato?

—Sí.

—¿Y quién iba a querer matar a un pobre cura de una parroquia de tercera y que encima no era sino el sustituto? No me haga reír, hombre.

—¿Sabe que su hermano ha sido el tercer sacerdote aparentemente suicidado en diez días?

Se quedó estupefacto.

Mudo.

—Todos del mismo convento —añadió Miquel.

—¿Está hablando en serio?

—Sí.

—¿Investiga la posibilidad de que a Patricio le mataran? —logró decir a duras penas.

—Personalmente sospecho que lo de su hermano fue un montaje.

Augusto Jiménez se dejó caer hacia atrás.

Lanzó una mirada de soslayo en dirección a la puerta por la que habían desaparecido sus padres, temeroso de que hubieran oído algo. Por eso bajó aún más la voz.

—Perdone, pero esto es…

—¿Un disparate? Más lo es que un sacerdote se suicide. Su hermano no tenía motivos para ello.

—¿Los otros dos…?

—Lo estoy investigando. —Trató de sonar calmado y equidistante—. Todo son preguntas y, de momento, ninguna respuesta. Tan raro es lo de su hermano como lo del primer sacerdote, que según la teoría oficial se pegó un tiro nada más salir del hospital en el que acababan de salvarle la vida. El segundo cayó, se tiró o le empujaron bajo las ruedas de un tranvía.

El joven continuaba asombrado.

—Por favor, que mis padres no se enteren de eso de momento —le pidió.

—Por eso he preferido hablar con usted.

La actitud de Augusto Jiménez había cambiado. Del enfado a la sorpresa parecía mediar un abismo difícil de controlar.

—¿Le veía mucho? —preguntó Miquel.

—La verdad es que poco, lo reconozco —suspiró—. Nunca soporté verle con sotana. Por feliz que fuese, siempre pensé que era una pérdida de tiempo, una vida entregada inútilmente. No se lo podía decir, por supuesto. Tampoco es que quisiera herirle. Yo le quería.

—¿Sabe algo de su vida personal, sus intimidades?

—No. —Hizo un gesto ambiguo frunciendo el ceño—. ¿Qué clase de intimidades quiere que tenga un cura?

—Todos tenemos una vida interior —dijo Miquel.

—Nunca compartió esas cosas conmigo… si es que había algo.

—¿Sabe quién era el hombre que lloraba esta mañana al final de la iglesia, en el último banco?

—No me he fijado en nadie —repuso—. Bastante tenía con cuidar de mis padres. Ni me imagino lo que ha de ser perder a un hijo.

—¿Podría preguntárselo a ellos?

Augusto Jiménez miró de nuevo en dirección a la puerta por la que se habían ido.

—¿Es necesario?

—Es importante —insistió Miquel.

—¿Por qué?

—Trato de hacer justicia y de que todas las piezas encajen.

Ya no se lo pensó dos veces. Se resignó, se levantó y salió de la sala. Miquel oyó el rumor de su charla con ella. Luego reaparecieron los dos.

Pese al abatimiento, la mujer le sonrió con dulzura.

—¿Sí?

—Esta mañana había un hombre joven en la última fila de la iglesia llorando desconsoladamente. Me pregunto si usted sabría quién era.

—Todo el mundo lloraba, señor.

—Éste me ha parecido diferente. Era un joven muy desolado, guapo, cara de niño, ojos transparentes…

No tuvo que continuar.

—Ah, sí, Federico —dijo ella.

—¿Le conoces? —preguntó Augusto Jiménez antes de que lo hiciera Miquel.

—Era muy amigo de Patricio. —Mantuvo la sonrisa—. De hace años, después del seminario, al acabar la guerra. Un muchacho de muy buena familia, de posición. Patricio me contó que sus padres habían muerto y él tuvo que hacerse cargo de todo.

—¿Sabe el apellido? —retomó el interrogatorio Miquel.

—Federico Balsareny.

—¿Y el segundo apellido?

—Eso no lo sé, señor.

—¿Su dirección…?

—Tampoco. No se me ocurrió preguntárselo nunca. ¿Para qué? —Movió un poco los hombros —. De hecho, si ha ido al funeral, me sorprende que no se me haya acercado, al menos para

decirme hola y darme el pésame. ¿Dice que lloraba y estaba desolado?

—Sí, señora.

—Bueno, todo el mundo quería a tu hermano, ¿verdad, hijo?

Augusto Jiménez reaccionó. Ni siquiera le preguntó a Miquel si había terminado.

—Anda, mamá, ya está, gracias. Ve a descansar. Yo acabo con este señor y vengo enseguida.

La mujer levantó la mano derecha y acarició la mejilla de su segundo hijo. Un gesto maternal, de eterna protección. Se despidió de Miquel con otro, liviano, apenas vivo. Luego desapareció definitivamente acompañada por él.

La ausencia fue breve.

El rostro del joven había cambiado. Del enfado a la duda y la prevención.

—¿Tiene más preguntas? —le dijo a su visitante sin sentarse.

—¿Puedo hacérselas en el recibidor?

—Claro. Sí, mejor.

Miquel se levantó. Regresaron a la entrada del piso. Ninguno de los dos abrió la puerta. La luz era mortecina, como de velatorio.

—¿De qué se trata? —quiso saber con un deje de alarma Augusto Jiménez.

—Todo el mundo parece coincidir en que su hermano era un hombre alegre, feliz, tanto con su vocación como por el hecho de que ahora dirigiera una parroquia.

—Así es.

—¿Sabía usted que se mortificaba?

—¿Cómo dice?

—La autopsia ha revelado heridas en la espalda y los muslos. Las primeras por latigazos, las segundas producidas con cilicios.

—Dios… —Se llevó una mano a la boca.

—Esa clase de cosas suelen hacerlas algunos sacerdotes, no solo por disciplina o para mortificarse, sino para castigarse.

—¿Castigarse por qué?

Estuvo a punto de decírselo.

Se detuvo.

Siempre necesitaba confirmar las cosas.

Sin responder a la pregunta de Augusto Jiménez, le tendió la mano para despedirse y le dijo:

—No deje que sus padres vean el informe de la autopsia. Y algo más: vaya usted a por las pertenencias de su hermano. No permita que lo haga nadie más. Hay una caja con fotografías y algunos utensilios. Cuando esté en su poder, trate de verla el primero, y solo. Ya sabrá qué hacer.

—¿Usted ha visto esa caja?

La mano seguía tendida.

—Si a su hermano le mataron, lo descubriré. —Fue su modo de decir adiós.

—Espere, espere… —Trató de retenerle el joven al estrechársela.

Miquel no le hizo caso. Ya había abierto la puerta y estaba al otro lado del quicio, en el rellano.

—Volveré cuando sepa la verdad, se lo prometo.

Augusto Jiménez supo entenderlo.

21

Por segundo día consecutivo, regresó a casa temprano. No era lo habitual cuando estaba metido en un caso. Trataba de alargar las horas y resolverlo cuanto antes, pero el de los tres sacerdotes era distinto.

No se parecía en nada a ningún otro. Y tenía demasiadas ramificaciones.

También necesitaba el teléfono, y éste estaba en la mercería.

Cuando llegó encontró a Teresina sola y sin clientas en la tienda. La empleada estaba ordenando cajas, como si acabase de irse una de las habituales parroquianas pesadas que para escoger un color de hilo pedía ver todas las muestras y dudaba y dudaba hasta decidirse.

—La señora Patro ha ido a hacer unas compras —le informó.

Asintió, se sentó en la silla de detrás del mostrador y cogió el listín telefónico. La madre de Patricio Jiménez le acababa de decir que Federico Balsareny era «un muchacho de muy buena familia, de posición» y que «sus padres habían muerto y él tuvo que hacerse cargo de todo».

Con suerte, podía tener teléfono.

Examinó el listín alfabético. Encontró tres Balsareny con la inicial F en el nombre. Anotó los números y las direcciones y levantó el auricular para marcar el primero.

Se detuvo antes de llegar a completarlo.

Hablar por teléfono no resolvería nada. Necesitaba encontrarse con el más que posible amante de Patricio Jiménez cara a cara, ver su reacción y tratar de interrogarle sin ofenderle ni causarle miedo. Por mucho menos uno podía acabar en la cárcel. Federico Balsareny tenía relaciones íntimas con un sacerdote. La lógica estaba ahí.

Colgó el auricular.

Luego se metió en la trastienda y se sentó en una de las sillas. No estaba cansado, pero lo parecía. Su cabeza iba de un lado a otro, saltando de Santos a Sanjuán, de Sanjuán a Jiménez y de Jiménez a Santos, para acabar los tres formando una maraña mental difícil de separar.

Venía de ver a unos padres que acababan de perder a un hijo. Él también había perdido al suyo.

Recordó un fragmento de la conversación con Augusto Jiménez:

«—¿Sabe algo? —le había dicho el joven—. Ni siquiera me importa que les diga eso a los de San Gabriel. Me da igual. Me considero agnóstico.

—Lo que me diga quedará entre nosotros, se lo aseguro. Además, yo tampoco soy creyente.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y trabaja para ellos?

—No trabajo para ellos. Investigo, que es diferente».

Investigaba.

Quimeta sí era creyente.

¿Había perdido él la fe en todo con la maldita guerra, la muerte de su familia y el cautiverio? No, antes ya era así, pero lo escudaba con el trabajo, se protegía bajo esa pantalla impenetrable y profesional. Un policía tenía que ser independiente, neutral, no dejarse llevar por emociones propias o sentimientos que alterasen sus percepciones. Sin embargo, ahora, ser agnóstico, o más, ateo, en una España volcada al catolicismo, era todavía más duro. ¿O se trataba de eso, de llevar la contraria?

—No, no lo es —se dijo en voz alta.

Le molestaba el fanatismo religioso, cómo los pobres y los desheredados aceptaban su sino refugiándose en la fe. En un mundo absurdo, después de dos guerras, la última con cuarenta, cincuenta o más millones de muertos, ¿cómo podía haber espacio para la fe? Si Dios existía, ¿a qué jugaba? Un millón, diez, cincuenta millones de muertos representaban mucho dolor, mucho sufrimiento. ¿Por qué tuvo que morir Roger? Y no le servía de nada ser feliz ahora con Patro y con Raquel. No había ley de compensación.

Ley de compensación.

Nunca había pensado en ello.

Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no se dio cuenta de la llegada de Patro, con Raquel dormida en el cochecito. Solía hacerlo cuando paseaban y se relajaba. Una especie de réplica a cuando estaba despierta y no paraba.

—Hola. —Patro dejó el cesto con lo que había ido a comprar y se inclinó para darle un suave beso en los labios.

Un roce de ángel.

—Hola. —Se lo devolvió él.

—¿En qué estabas pensando?

—No, en nada, solo descansaba.

—Ya. —No le creyó ella.

—Bueno, cuando investigo algo me abstraigo a veces.

—Lo sé —convino Patro—. Ya sabes que me gusta verte así.

—¿Preocupado?

—No, con los cinco sentidos puestos en lo que haces. Casi puedo escuchar el runrún de tus pensamientos. Luego, todas las piezas encajan y lo resuelves.

—No siempre.

—Siempre —manifestó con firmeza.

—No sé yo qué haría sin ti —lo aceptó él.

—¡Uy, yo sí lo sé! —Se echó a reír.

—¿Ah, sí?

—Más de una clienta me ha dicho que eres un hombre muy interesante, guapo y seductor, además de conservarte bastante bien para tu edad.

—Anda ya, Patro —rezongó.

—Bueno, pues allá tú. Yo te digo lo que hay.

—Creía que me miraban sospechosamente: el crápula que se casa con la belleza de la mercería.

—Puede que alguna lo piense o lo crea, no lo sé. Yo solo te cuento lo que me han comentado dos o tres, que para mí es suficiente.

—Nunca me lo habías dicho.

—Te lo digo ahora. —Ella se sentó sobre sus rodillas y le rodeó con los brazos—. Y no sé por qué lo hago, la verdad. A ver si te da por ponerte como un pavo. O peor: te pasas el día en la mercería.

Miquel le cogió la cara con las manos. Luego la acercó y la besó despacio.

Los tres sacerdotes desaparecieron de su mente.

—¿Nos vamos ya a casa, cenamos y nos acostamos temprano? —le propuso a su mujer cuando se separaron.

Día 4

Miércoles, 28 de mayo de 1952

22

Esta vez abrió los ojos antes que ella.

Alargó la mano y comprobó la hora en el despertador. Faltaban diez minutos para que Patro se levantara. Él podía seguir en la cama o no. Los últimos días había dormido más de la cuenta por la mañana.

Recordó por qué acababa de despertarse de forma repentina.

Franco.

El Caudillo entraba en una iglesia bajo palio, y él, Miquel Mascarell, sostenía uno de los cuatro varales. Lo malo era que pesaba y estaba a punto de dejarlo caer. ¡El palio abatiéndose sobre el Generalísimo!

Una pesadilla.

No solía soñar cosas así, y menos con Franco. Que seguía en el Valle de los Caídos sí, a veces. O que estaba con Quimeta y Roger también. Lo peor eran los bombardeos, cómo corrían a refugiarse donde fuera, principalmente en el metro, aunque en los meses finales Quimeta ya no pudiera ni moverse.

Miquel volvió la cabeza y miró a Patro.

Siempre le sorprendía la pureza nívea de su rostro en la penumbra. En momentos así ya no era una mujer, volvía a ser la joven que conoció inesperadamente aquellos últimos días de la guerra en Barcelona.

Extendió un brazo y la rozó.

Bastaba con eso. Era como una señal.

Patro se activó y, aún dormida, se deslizó hacia él para que le pasara el brazo por detrás de la cabeza.

Les encantaba estar así.

Sí, diez minutos podían dar para mucho cuando se apuraban al máximo.

Cerró los ojos y aspiró el perfume que emanaba del cabello de su mujer. Bueno, su olor natural. Casi de inmediato visualizó el caso en el que andaba metido intentando, como solía hacer siempre por las mañanas, ordenar las ideas y ver los caminos, los pasos a dar. Recordó que Francisco Franco Bahamonde llegaba por la mañana a Barcelona. Todos a las calles. Lo del día anterior, la visita del cardenal Tedeschini, el enviado del papa, le había acabado pasando desapercibido porque en ningún momento pisó el centro. Pero lo de Franco sería diferente.

Llegada en barco, cañonazos, paseo triunfal por el puerto, las Ramblas, su avenida del Generalísimo hasta su residencia palaciega… Y las calles llenas de gente agitando pañuelos y gritando enardecida. Unos, convencidos; otros, resignados. Una mala cara podía ser vista. No convenía. Después de todo, tocaba seguir, ¿no? Los David Fortuny de la supervivencia se alineaban sabiendo que la dictadura ya no iba a ser cosa de cuatro días, ni siquiera de cuatro años.

Quizá fueran décadas.

Al día siguiente, los periódicos le dedicarían sus habituales loas y esas portadas quedarían para la historia. El salvador de la patria sería brevemente eterno.

Y, a pesar de todo, Barcelona era Barcelona.

Besó a Patro en la frente. Por toda respuesta, ella movió la mano y le acarició la mejilla.

Cinco minutos más.

—Me gusta oírte el corazón —musitó con la voz como vertida sobre el pecho de él.

—A mí también me gusta oírmelo. Buena señal.

—Tonto.

Otro beso.

—Raquel lleva días sin berrear antes de hora.

—Raquel no berrea, llora —le reprochó Patro.

—Pues madruga, pero se hace oír.

—Eso sí.

—Será la primavera.

—Sí, no creo que le guste demasiado el frío.

Dejaron de hablar. Patro empezó a desperezarse. No necesitaba despertador, su cuerpo controlaba el tiempo. Miquel supo que había abierto los ojos porque le bajó la mano por el vientre aunque sin llegar a lo más profundo e íntimo de sí mismo. La caricia se detuvo.

—¿Qué vas a hacer hoy? —la oyó preguntar.

—Ir a la compañía de tranvías para dar con el conductor del atropello. Después, tratar de localizar al amigo del padre Jiménez. Con eso probablemente ya se me irá la mañana. O todo el día, vete tú a saber. Luego seguiré dando palos de ciego hasta que algo, una simple pieza, encaje y dé forma al engranaje que mueve el caso. Si no doy con ella…

—Darás.

—Gracias.

—Ya me gustaría a mí tener tu cabeza.

Estuvo a punto de decir «y a mí tus años», pero se abstuvo.

Sabía que no era justo.

En cambio dijo:

—El trabajo policial es un noventa por ciento tiempo y un diez por ciento instinto. Como mucho ochenta-veinte.

—Vaya por Dios… —suspiró de pronto Patro.

Raquel estaba allí. Subía ya por la parte baja de la cama para ponerse entre ellos y reclamar toda la atención.

23

Tranvías de Barcelona estaba en la ronda de San Pedro, en el número 19. Eso sí era el centro. Peligro de multitudes yendo de un lado a otro. Franco llegaría a mediodía, pero, según le había dicho Ramón el domingo, el cardenal Tedeschini iba a ir de un extremo a otro de la ciudad, a lo largo de la mañana, para que la gente le ovacionara en olor de multitudes. El destino final de su ruta sería el altar levantado en la plaza de Pío XII, al final de la avenida del Generalísimo, donde Franco probablemente se reuniría con él.

Cuando se subió al taxi y le dio la dirección cruzó los dedos. Hubiera podido ir a pie, pero no quería jugársela. El taxista no le dijo nada y el trayecto lo hizo sin problemas. Eso sí, al bajarse, escuchó el himno del Congreso a través de uno de los altavoces colocados en las partes más céntricas de Barcelona.

Pemán se había lucido con la patética letra.

Subió una escalera de mármol hasta una especie de recepción detrás de la cual estaban sentados dos hombres. A un lado, un botones esperaba paciente a que le encargasen un cometido. Llevaba la gorra redonda ladeada y tenía cara de pilluelo. Miquel se acodó en el mostrador, con la licencia a punto por si acaso.

—Buenos días. —Fue cortés—. Me gustaría saber dónde puedo encontrar al conductor Mateo Salvá, si está de servicio, a qué hora termina y dónde…

Uno de los hombres le miró de reojo sin levantar la cabeza. El otro se puso en pie.

Debía de haber muchos conductores, pero en aquellas circunstancias todos sabían quién era Mateo Salvá Carabén.

—El señor Salvá está de baja, señor —le informó el hombre.

—¿Podrían darme sus señas? Vengo de parte del convento de San Gabriel, de donde era el padre Santos, el sacerdote atropellado.

Eso le hizo parpadear, pero mantuvo el tipo.

—Pues lo lamento, pero no tengo esa información, caballero —dijo.

—¿A quién debo pedírsela? —Mantuvo el tono cordial, pero le confirió un poco más de autoridad.

El hombre que se había puesto de pie miró al que seguía sentado en busca de ayuda. Éste no tuvo más remedio que reaccionar.

—Siga por ese pasillo. Despacho 9. Pregunte por el señor Mira.

—Gracias.

El despacho 9 tenía la parte superior de la puerta acristalada. Un cristal grueso de conglomerado que permitía la luz, pero no la visión de lo que sucedía al otro lado. No supo si llamar o entrar, y decidió entrar. Se encontró en una amplia sala llena de hombres y mujeres trabajando. El tecleteo de las máquinas de escribir era monótono. La ventana, abierta, facilitaba que el humo de los cigarrillos no cargara el ambiente como sucedía en invierno. Miquel se acercó a la primera persona que tenía a la vista, una mujer joven con un vestido ceñido con falda de tubo hasta mitad de las pantorrillas.

—¿El señor Mira?

—Allí. —Se lo señaló.

Era la mesa más apartada y un poco separada del resto. A medida que se acercaba, el hombre levantó la cabeza. Para cuando Miquel llegó frente a él, ya se había puesto en pie. Iba en mangas de camisa, llevaba tirantes y tenía manchas de humedad en las axilas. El intercambio de saludos fue rápido. La petición, deliberadamente cauta.

El señor Mira puso cara de dolor de estómago.

—Me temo que no puedo… —comenzó a decir.

—Necesitamos hacerle unas preguntas —dijo Miquel amable pero firme—. El convento de San Gabriel confía en que no deba intervenir el señor obispo para intermediar, y más en estos días. Le aseguro que es esencial y no le molestaremos lo más mínimo.

—Pero ese hombre está enfermo, entienda. Ya declaró lo que tenía que declarar a la urbana y la policía. ¿No pueden esperar a que esté mejor?

La resistencia fue mínima. Bastó el aguante y la seriedad de Miquel. El hombre suspiró, se resignó, se sentó, abrió un grueso libro de anotaciones y encontró lo que buscaba. Apuntó las señas en una hoja de papel. Miquel respiró al ver que era por la zona de Penitentes, al pie del Tibidabo.

Cuando subió al nuevo taxi pensó en David Fortuny.

La lista de gastos.

El movimiento por la ciudad ya empezaba a ser considerable. Ríos humanos se movían en todas las direcciones, los más hacia el puerto y las Ramblas. Otros para coger sitio en la avenida del Generalísimo. Esta vez, el taxista, más que hablador, era informador.

—Dentro de un rato ya no se podrá circular, mire usted. En cuanto el buque insignia de la Segunda Flota, el crucero Miguel de Cervantes, arribe a puerto… El cañonero Magallanes disparará las veintiuna salvas de honor al pasar el Caudillo por el muelle de Barcelona justo antes de atracar. Y no son los únicos barcos, que ahí van a estar los destructores Álava, Gravina y Liniers, los minadores Eolo y Tritón, los auxiliares RR-10 y Azor y el transporte Tarifa. ¡Van a llenar todo el puerto!

—Habrá que verlo por el nodo —se le ocurrió decir a Miquel.

Le hizo reír.

—¡Pues mire, no lo había pensado! Yo es que no tengo tiempo de ir al cine, ¿sabe? ¡Con cinco hijos que corren por casa y otro que me viene en camino…!

Le tocó darle una mayor propina.

La casa en la que vivía el conductor del tranvía era casi de pueblo. Calle sin asfaltar y edificio de solo dos plantas, con ropa tendida y basura por las aceras. Ni Franco ni Tedeschini iban a pasar por allí. Le abrió la puerta del entresuelo una mujer de más o menos cincuenta años. La desconfianza con la que le miró se vio acentuada al preguntar por Mateo Salvá.

Su marido.

—¿Qué quieren ahora de él? —Se enfadó—. ¿Más declaraciones? ¡Por Dios, déjenle en paz! ¿No ven por lo que está pasando?

—Lo siento señora. —Comprendió su estado de ánimo—. Hay detalles…

—¿Qué detalles quiere que haya? —Se enfadó aún más—. ¡Ese hombre se le echó encima! ¡Aunque hubiera ido a diez por hora, el golpe le habría matado igual! ¡Mi marido no le atropelló, el dichoso cura resbaló o se echó bajo las ruedas! ¡No hay más, señor! ¡Mateo nunca había tenido siquiera un roce con otro coche!

—Serán cinco minutos —le prometió.

La mujer era un baluarte, pero no impenetrable. Acabó apartándose sin dejar de protestar por lo bajo, más enfadada que preocupada. Mateo Salvá estaba en un patio, al sol, con la mirada perdida en ninguna parte. Tendría la edad de su mujer, pero daba la impresión de haber envejecido súbitamente.

—Mateo —le avisó—. Este señor viene de parte del convento y quiere hablar contigo.

El conductor del tranvía levantó la cabeza. Frente a él había otra silla, como si su mujer le hubiese estado haciendo compañía. Movió la mano indicando a su visitante que se sentara. Miquel lo hizo.

—Siento molestarle, se lo aseguro —inició sus excusas.

La cara del hombre fue de dolido abatimiento.

—Quiero que esto acabe cuanto antes, porque es una pesadilla.

—Lo entiendo.

Mateo Salvá acentuó el rictus de dolor.

—Le juro que nunca olvidaré en la vida ese ruido, ni se me borrará de la cabeza ese momento en que le vi caer de pronto.

—De eso quería hablarle precisamente —intervino Miquel—. Estamos investigando si la caída pudo ser accidental o no.

—Claro que tuvo que ser accidental. Eso de que se tiró no tiene el menor sentido, era un cura.

—¿Puede decirme si cayó a peso o si levantó las manos para parar el golpe?

—¿Cómo dice?

—Verá, cuando uno se desmaya, cae a plomo, con los brazos caídos. Si se tira, como mínimo, se protege instintivamente la cara. Pero imagínese que le empujaron por detrás. Entonces lo normal es agitar los brazos, como si quisiera cogerse a algo.

—Pero significaría… que le mataron —balbuceó incrédulo.

—Haga memoria —le pidió Miquel.

La respuesta llegó casi de inmediato.

—Agitaba los brazos —dijo.

—¿Seguro?

—Sí, sí, seguro. Ya le digo que tengo esa imagen clavada aquí. —Se llevó un dedo a la frente y casi lo hundió en ella.

—¿Le vio la cara?

—De susto, sí. Terrible. —Se estremeció—. Tenía los ojos como desorbitados. Todo fue muy rápido, visto y no visto. Pero esa fracción de segundo… —Arrugó el rostro—. Oiga, ¿en serio me está diciendo que alguien pudo empujarle?

—Es una posibilidad, sí. Por eso investigamos.

—¿Y por qué la policía no me dijo nada de esto? Solo me hicieron preguntas y…, bueno, creo que piensan en lo del tropezón. Incluso comentaron eso del suicidio, pero lo que me está diciendo usted… Si le empujaron, aún tendría menos culpa, ¿no?

—Usted no tiene la culpa en ningún caso, señor Salvá.

—Dígaselo a la compañía —resopló.

—Confíe en mí y en mi investigación —le aseguró Miquel.

—Lo malo es que no sé si eso va a ayudarme. —Volvió a venirse abajo el hombre—. Todo seguirá aquí. —Repitió el gesto con el dedo en la frente.

—Me ha dicho su mujer que nunca ha tenido ni un percance.

—Y llevo media vida conduciendo, mire usted. Me sé ese trayecto de memoria. Cada detalle, cada cruce…

—Usted dijo que los pasajeros no vieron nada y que al bajar se fueron.

—Sí, con el lío… La gente no quiere problemas, y menos ver aquel desastre.

—En esa imagen mental que tiene de la caída, ¿vio gente esperando para cruzar la calle, en la acera?

—Había gente, sí.

—¿Muchos?

—No podría precisarlo. Dos, tres… No estoy seguro. Nada más producirse el atropello aquello se llenó de gente, pero no sé si esas personas eran las de la acera. Yo bastante tenía con lo mío.

Luego, a la que sonaron las sirenas y aparecieron los de uniforme, todo el mundo desapareció. Y lo entiendo, vaya si lo entiendo. ¿Quién quiere tener que ir luego a declarar a la policía veinte veces o en un juicio? Bastante tiene cada cual con lo suyo.

—Tampoco recordará si los de la acera eran hombres, mujeres…

—No, nada, lo siento. Y ya le digo que para mí no son más que manchas. Yo solo recuerdo al cura, su cara, el golpe…

Apareció la mujer por detrás de su marido. Mantenía la severidad, el rostro de pocos amigos y la animadversión en la mirada. Mateo Salvá notó su presencia.

—Este señor quiere ayudar, Teresa.

—¿Ah, sí? —expresó todas sus dudas en el tono.

Miquel se levantó de la silla.

—Gracias por su tiempo, señor Salvá. Y siento haberle molestado. Yo… —No le gustaba dar consejos. No creía en la gente que daba consejos. Pero se sintió con un hálito de necesidad al decir—: Cuanto antes vuelva a su trabajo, será mejor para usted, créame. Le costará coger los mandos del tranvía, pero lo hará.

—Parece hablar desde la experiencia. —Dulcificó la mirada.

—Un poco, sí. O mucho, según se mire.

—He pedido otra línea —le confesó el conductor—. Para no pasar por ese cruce nunca más.

Miquel le tendió la mano.

—Cuando todo esto termine, volveré o le buscaré para contarle el final.

Le creyó.

Lo vio en sus ojos.

—Gracias. —Le apretó la mano el hombre.

24

Las tres posibles direcciones de Federico Balsareny no estaban precisamente en el centro ni cerca la una de la otra. Pero, con la ciudad copada por los desfiles y la llegada de Franco, era absurdo coger un taxi. Ni siquiera un autobús. Le tocaba ir en metro y caminar lo suyo hasta agotarse.

Mientras lo hacía, recordó aquellos días de enero del 39, cuando iba de un lado a otro de Barcelona a pie para resolver su último caso. Un autómata guiado, impulsado por la negación de la realidad.

Claro que de eso hacía trece años.

Era mucho más joven.

—Tú nunca fuiste joven —le dijo a su sombra, a la que pisaba sistemáticamente.

Todavía había gente yendo a última hora a los lugares de paso de la comitiva. Gente de fiesta. Predominaban los pañuelos blancos en las manos y los cuellos engalanados. Era uno de los símbolos del Congreso. No faltaban los rosarios entre los dedos o en las cinturas de algunas mujeres, así como los escapularios, que por una vez no se ocultaban bajo la ropa, sino que se mostraban como una medalla colgada del cuello. Lo que más le sorprendió fue ver a enfermos, tullidos con muletas, sillas de ruedas… Quizá fueran a la misa multitudinaria, quizá esperasen de Franco un milagro.

Ya solo faltaría que lo hicieran santo.

El Transversal le dejó a diez minutos de la primera dirección escogida. Subió las escaleras de la parada del metro y se encontró ya con el calor de la mañana, que empezaba a producir su efecto con el sol en lo alto. Cuando llegó a su destino, no esperaba tener suerte, y su mal presagio se confirmó de inmediato. El primer Balsareny con la letra F de inicial del nombre era un hombre mayor que se le quedó mirando como si estuviera loco.

—Perdone, estaba buscando a una persona, pero ya veo que me he equivocado.

—¡Pues claro que se ha equivocado! —le gritó enfadado—. ¡Yo a usted no le conozco de nada! Desde luego…

Volvió al Transversal y se bajó en la parada de Arco de Triunfo. Otra caminata de diez minutos. Mientras la hacía sonó el primer cañonazo.

El primero de los veintiuno con los que se saludaba la llegada de Franco a Barcelona.

Soportó los tres primeros.

Tuvo que detenerse en el séptimo al temblarle las piernas.

Y se vino abajo con el décimo.

No había forma de escapar de aquello. Ni tapándose los oídos. Las explosiones le recordaban los bombardeos de Barcelona, sobre todo los de 1938. Y le recordaban el miedo en los ojos de Quimeta, la forma en que bajaban las escaleras, un cuarto piso, en realidad un sexto contando entresuelo y principal, para llegar a los refugios. Eso cuando la salud de ella se lo permitía.

Porque al final ya les daba igual.

—Quince…, dieciséis…, diecisiete…

Notó que le faltaba el aire.

Volvió a sentirse derrotado, angustiado. Preguntarse cómo había sobrevivido al Valle de los Caídos no le servía de nada. ¿Sabía entonces que tendría una segunda oportunidad, una nueva vida? ¿Qué le había hecho mantenerse en pie? Quizá las palabras de su compañero Nicanor Buendía: «Cada uno de nosotros que sobreviva es una derrota para ellos».

—Diecinueve…, veinte…

El último se hizo esperar, como si transcurriera una eternidad antes de que sonara.

El sabor de la victoria.

¿Cuánto hacía que no pensaba en Nicanor Buendía?

Obrero, anarquista, de mente rápida…

—Tienes que sobrevivir, Mascarell. Mira, la gente como yo sobra. Hay muchos. No tenemos estudios y contamos poco. Pero la gente como tú… Tú hacías falta, coño. No tenías que haber acabado aquí. Y más falta harás. Cuando caiga Franco, ¿quién va a poner este jodido país en marcha?

Nicanor Buendía había muerto el último invierno, el del 46 al 47.

—Veintiuno —suspiró.

Abrió los ojos. Tenía los puños apretados.

Sudaba.

Reanudó el paso, pero con el cuerpo tembloroso y el vértigo azuzándole la mente. Tuvo que preguntar dos veces para dar con la calle. La dirección correspondía a la de un comercio dedicado al transporte: Balsareny Hermanos. Preguntó por Federico Balsareny y se encontró con la mirada extraviada de una muchacha huesuda y poco agraciada.

—Creo que se equivoca, señor.

—Lo siento, me habían dicho…

—Hay un Pere, un Javier y una Mariona Balsareny, pero ningún Federico.

Le quedaba un último albur.

Empezó a deprimirse.

Por suerte, la tercera dirección quedaba del lado de la Barcelona por la que no iba a moverse Franco. Esta vez pudo tomar un taxi. Se dejó caer en el asiento de atrás como un fardo, ante la

mirada expectante del conductor.

—Espero que no quiera ir por la zona del paseo de Gracia y la avenida del Generalísimo, señor —le advirtió.

—No, no, ya lo sé. —Le dio las señas—. Esta parte está bien, ¿no?

—Espero que sí. Yo he hecho un servicio por el centro y, la verdad, es un verdadero río humano.

No le contestó, para no darle pie a una cháchara inútil, y siguió retrepado en su asiento hasta que el taxi se detuvo en la puerta de la casa, un edificio relativamente nuevo y elegante. Volvió a recordar las palabras de la madre de Patricio Jiménez al hablar del amigo de su hijo: «Un muchacho de muy buena familia, de posición. Sus padres han muerto y él tuvo que hacerse cargo de todo».

No había portera. Sí un conserje serio y muy puesto en su papel de celador de la casa. Le cortó el paso casi en la misma puerta.

—¿Federico Balsareny? —preguntó Miquel.

—Es el tercero primera, pero el señor no se encuentra ahora en su piso —le informó con aire circunspecto—. Suele regresar sobre las tres, aunque tampoco es de horas fijas.

—¿Trabaja?

—Sí, claro. —Le extrañó la pregunta.

—¿Podría darme la dirección?

—Pues me temo que no la sé. —Se estiró un poco—. Siendo corredor de seguros…, va y viene.

Le dio las gracias y se apartó de él y echó a caminar sin rumbo calle abajo. Sentía los ojos del conserje fijos en la espalda y los sintió así hasta doblar la esquina. Era ya un poco más de la una del mediodía. Disponía de dos horas y las opciones pasaban por ir a casa a comer deprisa y corriendo o quedarse por el barrio y esperar al amante del padre Jiménez.

Buscó un bar o un restaurante y entonces se le doblaron las piernas.

El dolor en el pecho le asustó.

No, no había superado el maldito efecto de los cañonazos de bienvenida a Franco. No solo se trataba del recuerdo de los bombardeos en la guerra. También eran los barrenos con los que se volaban las piedras en el Valle de los Caídos. Explosiones continuas, a cuál peor.

Aquella Barcelona en fiestas le dolía tanto…

Se sentó en el bordillo de la acera. No era la primera vez que le sucedía algo parecido. Siempre se asustaba un poco, se masajeaba el pecho con los dedos y se calmaba despacio. A veces, sin embargo, el pasmo, o lo que fuera, se prolongaba algo más.

Ésa era una de las veces.

Miró la calle. Ni siquiera veía cómo se llamaba. Se imaginó a Patro recibiendo la visita de la

policía o la urbana para darle la noticia de su muerte.

—¡Mierda…! —rezongó.

La exclamación debió de alarmar a una mujer que pasaba a su espalda, porque apareció por el lado izquierdo, inclinada, para preguntarle:

—¿Se encuentra bien, señor?

—Sí, sí —le mintió forzando una sonrisa—. Solo descanso.

—¡Ay, sí! —Se solidarizó con él—. Podrían poner bancos y sillas en algunas esquinas, ¿no le parece? No se tienen para nada en cuenta las necesidades de la gente mayor.

La gente mayor.

—Estoy bien, descuide.

No lo estaba. La vio alejarse hablando en voz alta y continuó en el bordillo frotándose el pecho con tres dedos de la mano derecha. Inevitablemente pensó en Franco, tan cerca, como si la comitiva fuera a pasar por allí delante de él como lo había hecho en mayo del 49. Y pensó en el intento de atentado del que fue el único y silencioso testigo. Aquel absurdo complot que casi casi estuvo a punto de salir bien.

Si aquella granada hubiese estallado en el coche, a los pies del Caudillo…

—Habría habido otra guerra. —Se pasó la mano por los ojos—. Y habrían arrasado Barcelona.

Siguió frotándose el pecho hasta calmarse lo suficiente para saber que no era un infarto ni iba a morir. La tensión del momento y nada más. La tensión y lo que, sin apenas darse cuenta, le estaba afectando el dichoso caso de los tres curas.

Sabía que había algo.

Y cuando lo encontrase…

Dos calles más abajo compró *La Vanguardia* en un pequeño quiosco que, además, era tienda de chucherías. Mientras esperaba para pagar el periódico, leyó la parte que la portada de *El Mundo Deportivo* dedicaba a la visita de Franco:

> Fundidos en dos personalidades —el Cardenal Legado y Franco— queda plasmado el ideal de nuestra gloriosa Cruzada, contra los invasores y contra el comunismo. Que si Dios y Patria, fueron los nombres que invocaron nuestros ejércitos libertadores, no hay duda que Monseñor Tedeschini y el Caudillo, son quienes mejor los representan en estos momentos de verdadera unión Eucarística, que habrá de asombrar al mundo católico precisamente por ser España, por sentir nuestro pueblo, la Religión, de una manera tan personal que, quizá, en ninguna otra parte del orbe se vive y se practica como aquí.
>
> Barcelona formará en la calle; en los balcones del recorrido; a través de todos los hogares, para rendir al Jefe del Estado el homenaje que se merece y que no puede serle regateado. La cortesía de la ciudad de los condes tendrá ocasión de exteriorizarse y puede afirmarse que nunca, en forma tan merecida como en esta ocasión, ya que no debe ser olvidado que si Barcelona puede ofrecer al mundo católico el impresionante aspecto del Congreso Eucarístico Internacional, a Franco se debe. Primero, por haber instaurado en España la

unión, la paz y la tranquilidad en los hogares y en los espíritus y, en segundo lugar, por haber hecho posible que se nos concediera el alto honor, a los barceloneses, de ser la sede del Congreso.

La dependienta le pilló abstraído al llegar su turno.

—¿Señor?

—¡Oh, sí, perdone! —Reaccionó dejando *El Mundo Deportivo* en su lugar para pagar *La Vanguardia* dándole una peseta—. ¿Hay algún bar cerca donde se pueda comer algo?

—Aquí mismo, al doblar la esquina. —Le devolvió los treinta céntimos del cambio y agregó con cariño—: ¡Se come bien y es barato!

El bar tenía teléfono público, así que, antes de sentarse a la mesa, pidió una ficha y llamó a la mercería calculando que quizá pudiera pillar a Patro por los pelos.

No se equivocó.

Después de oír la voz de Teresina, tardó un poco más de lo normal en escuchar la de su mujer.

—¡Mira que eres oportuno, estaba en el lavabo! —se excusó—. ¿No vienes a comer?

—No, mejor no. Barcelona está patas arriba.

—Y que lo digas. Esta mañana apenas han entrado media docena de clientas.

—Increíble —suspiró.

—¿Estás bien?

Quimeta también le notaba cuando estaba mal, o simplemente preocupado. Era cosa del sexto sentido de las mujeres.

—Sí —mintió.

—¿De verdad?

—Ya sabes que cuando ando liado o con muchas cosas en la cabeza…

—¿Has oído los cañonazos?

—¿Y quién no? —Prefirió no seguir por ahí—. ¿Ha llamado Fortuny?

—No.

—Tendré que ir al convento. —Volvió a suspirar—. Bien, voy a comer algo.

—Que sea sano.

—Sí, mujer, no te preocupes.

Solo había pedido una ficha, y se empezó a escuchar el sonido de final de su tiempo. Se despidió y colgó. Luego le dijo al camarero que se sentaba y comería algo. Buscó una mesa apartada, según su costumbre, y también cerca del ventanal principal, el que daba a la calle y estaba lleno de letras escritas anunciando comidas, tapas y precios. Una vez pedida la comida, sin excesos porque no tenía hambre, desplegó el periódico y le echó una primera ojeada.

«Barcelona recibe triunfalmente al Cardenal Legado de Su Santidad».

—¿Triunfalmente? —masculló en un susurro.

Cuatro fotos. La llegada a Barcelona al bajarse del tren, la subida por las Ramblas en coche descubierto y de pie junto al alcalde Antonio María Simarro, una más camino de la catedral y la última con el ministro de la Gobernación «en nombre de S. E. el Jefe del Estado».

Eso había sido el día anterior.

—Mañana, lo de hoy: Franco.

Sin querer se fijó en la foto inferior, en el conductor del coche descubierto: un hombre con gafas oscuras, gorra militar y guantes, de aspecto siniestramente grave.

Se estremeció.

Tanto que cerró el periódico sin siquiera abrirlo.

Ya había visto a demasiados hombres iguales.

Llegaba la comida.

25

Después de comer todavía le sobraba demasiado tiempo, así que se quedó en la mesa haciendo lo único que podía hacer: leer el periódico. A las tres menos cuarto se levantó y se dispuso a vigilar el edificio donde vivía Federico Balsareny.

En parte, ser detective privado, o jugar a serlo, le había devuelto a los orígenes, cuando la mayoría de las horas de un policía consistían en seguir a alguien o vigilar a un sospechoso. Se plantó en la acera de enfrente de la casa y empezó a dar paseos cortos de apenas unos metros sin perderla de vista. El buen tiempo, al menos, ayudaba. Seguía luciendo el sol, como si el cielo también contribuyera al esplendor del Congreso y de todos los actos que iban a celebrarse en Barcelona.

Federico Balsareny apareció a las tres y cuarto de la tarde.

Le reconoció de inmediato. Por supuesto, ya no lloraba, aunque estaba muy serio. Vestía un traje de verano de color beis claro, elegante, con una corbata a juego. Llevaba los zapatos relucientes. Sostenía una cartera de piel con la mano derecha. Su dolor y luto se mantenía con la tira de tela negra cosida en el antebrazo de su manga izquierda. Caminaba despacio y sin prisas.

Miquel le vio desaparecer por la puerta.

Se tomó su tiempo. Cinco minutos más.

Luego entró en el vestíbulo, se cruzó con el conserje, que ya no le preguntó a dónde iba, y subió al tercer piso en un ascensor metálico que olía a desinfectante.

De cerca, el Federico Balsareny que le abrió la puerta no se alejaba mucho del que había visto en la iglesia. Profundas ojeras, ojos tristes y melancólicos y un dolor que se manifestaba a través de todo su ser. Miquel no pudo evitar el recuerdo de la foto en la que estaba desnudo, con sus atributos bien visibles y de generosa presencia. Una foto en un esplendor que ahora mismo distaba mucho de mostrar. Pese a todo, su belleza masculina no dejaba de resplandecer y, de cerca, resultaba casi femenina, poseedora de una delicadeza etérea.

—¿Señor Balsareny?

—Sí —dijo no sin cierto fruncimiento de ceño.

—Mi nombre es Miquel Mascarell y me veo en la necesidad de hacerle algunas preguntas.

Sabía el efecto que sus palabras causarían en él.

Un desconocido, hombre mayor, con traje, serio.

Apareció el miedo en sus ojos.

—¿Preguntas? ¿Sobre qué?

—Sobre Patricio Jiménez —habló con un poco más de suavidad, pero sin bajar la guardia—. Estuvo en su entierro y le vi llorar.

Federico Balsareny tragó saliva de manera ostensible y fingió apoyarse en la puerta, aunque en realidad lo hizo para no caer o evitar que se le doblaran las rodillas. Iba en mangas de camisa, solo se había quitado la americana. El miedo se hizo evidente. Intentó controlarlo. Aquel hombre le tenía miedo a la autoridad. A toda clase de autoridad. Miquel pensó que tal vez ya hubiera sido detenido en alguna ocasión.

Demasiadas leyes preservaban la moralidad y la decencia.

—Escuche, voy a ir directo al grano. —No quiso forzar más la situación, pero dejó a un lado el tacto—. Soy detective privado. No me interesan para nada su vida ni qué hace y lo que menos deseo es meterle en líos, se lo juro. Lo único que intento averiguar es quién asesinó a Patricio Jiménez. —Por segunda vez obvió llamarle «padre Jiménez».

La palabra «asesinar» penetró como una cuña en la mente de su interlocutor.

—Perdón… ¿Cómo dice?

—¿Puedo entrar? No me gustaría tener que hablar de esto aquí, en el rellano.

El hombre vaciló solo un par de segundos. Parpadeó. De pronto estaba pálido y sus ojos ya no parecían tristes, sino espantados. Se apartó de la puerta como lo haría un sonámbulo. Miquel se coló en el piso. No había recibidor, la entrada daba directamente a una sala-comedor bastante espaciosa, como si hubieran tirado un tabique para darle más amplitud. Ni siquiera esperó a que el dueño de la casa le invitase a sentarse. Lo hizo por su cuenta en una silla. Federico Balsareny le imitó con mansedumbre, con absoluta impotencia. Seguía con la misma expresión alucinada.

—¿Qué es lo que… ha dicho? —balbuceó.

—Creo que le mataron. —Fue conciso Miquel.

—Pero… ¿de qué está hablando?

—Escuche. —Le tocó hablar con paciencia para que su anfitrión lo asimilara—. El convento de San Gabriel ha pedido a nuestra agencia de detectives que investiguemos este asunto, y, por lo poco que he averiguado, mi teoría es que al padre Jiménez —ahora sí empleó el término— le asesinaron, pero de forma que todo apuntase a un suicidio.

Fue como si se agarrara a su propia voz.

—¿Quién iba a querer matar a Patricio? —musitó.

—No lo sé.

—Entonces…, ¿por qué…?

—En su habitación de la parroquia tiene instrumentos de castigo, látigos, cilicios… Y también una fotografía de usted desnudo.

Federico Balsareny cerró los ojos y se estremeció. Se tapó la cara con una mano.

A Miquel se le antojó una muñeca rota.

—Le repito que eso me da igual —insistió Miquel—. No estoy aquí para juzgar la moral de nadie, ni siquiera la de un sacerdote. Después de todo, no es más que un ser humano como otro cualquiera. —Hizo una leve pausa—. Responda a mis preguntas, me iré y se acabó.

Seguía en shock.

Le costó ordenar sus ideas tanto como sus sentimientos.

—Mire —continuó Miquel—. Si se hubiese quitado la vida, antes habría destruido esa foto tan reveladora. Puede que también los instrumentos con los que se autocastigaba. Por eso pienso que le mataron. El asesino no se molestó en mirar sus cosas. El suicidio fue un montaje.

—Dios mío… —Ahogó un atisbo de llanto.

—¿Tenía motivos para suicidarse, y más siendo cura?

—No, ninguno. —Movió la cabeza con energía.

—¿Enemigos?

—¿Patricio? ¡No! ¡Todo el mundo le quería! ¡Era un sacerdote extraordinario, entregado, lleno de energía!

—¿Le contó algo que le haga sospechar de alguien?

—No, nada.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—El jueves.

—¿Cómo estaba?

—Bien. —Arrugó la cara con un gesto de amargura—. Era complicado vernos, y más a solas, pero quedamos para el sábado por la tarde.

—¿Dónde, en la parroquia?

—No, aquí.

—Pero usted también iba a la parroquia.

—A verle, a oír misa… Solo queríamos estar cerca el uno del otro. —Bajó la mirada de nuevo avergonzado—. Usted no entiende…

—¿Cuándo se conocieron? —No hizo caso de su defensa a ultranza.

Federico Balsareny tocó fondo.

—Acabada la guerra, al volver él al seminario antes de ser ordenado. Bueno, no era el mismo seminario en el que empezó. El de San Agustín fue destruido.

Miquel se envaró.

Era la segunda vez que oía ese nombre.

Recordó, como si repicaran campanas, las palabras de Petra Sanjuán, la hermana de Dalmacio Sanjuán: «Era profesor del seminario de San Agustín. Ayudaba a los futuros sacerdotes en sus pasos iniciales y más difíciles».

Finalmente… ¿un nexo?

—Perdone, ¿ha dicho San Agustín?

—Sí.

—¿Sabe dónde estaba ese seminario?

—No, nunca lo mencionó.

—¿Le habló alguna vez de su vida en ese sitio?

A Federico Balsareny le tembló un poco la voz.

—Pues… no. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Por si hizo amigos. Quizá como él.

Fue como si una sombra le fatigase todavía más el semblante. El amante de Patricio Jiménez acabó envolviendo las dudas en un profundo suspiro.

Evadió la mirada de su visitante.

—No, lo único que me contó fue que allí inició sus primeros pasos, nada más. —Le tembló de nuevo la voz.

Miquel pensó en decirle que mentía. Pero no quería perderle y, si le apretaba demasiado, él se cerraría en banda.

—¿Ya era homosexual? —Aceleró un poco más.

Fue como abrir dos pequeños grifos en las profundas bolsas de los ojos del hombre. Un puñetazo en el plexo solar no le habría causado más impresión. La palabra pesó como una losa de hierro entre los dos.

Homosexual.

Una palabra maldita.

—Tranquilo —insistió Miquel.

—Señor…

—Acabemos esto y me iré. No volverá a verme. —Repitió la pregunta—: ¿Patricio Jiménez ya era homosexual?

—Han sido años de mucho sufrimiento, dolor, y él…, siendo sacerdote…

—Responda, por favor.

—Sí. —Aflojó los músculos—. Empezó en el seminario. Cuando nos conocimos… Su amor por Dios era lo único superior a su amor por mí.

—Y seguían juntos pese a no tener futuro.

—Sí —asintió desfallecido.

—Usted sabía que se mortificaba.

No había sido una pregunta, sino una certeza.

—Lo sabía —admitió.

—¿Nunca trató de impedírselo?

—¡Claro que lo intenté! —Se agitó—. ¡Lloraba cada vez que le veía las marcas, las cicatrices! ¡Llegué a decirle que me iría si no se detenía! ¡Pero él me contestaba que era la única manera de estar juntos, que si no pagaba sus pecados de una forma lo haría de otra! ¡Él no podía evitar quererme y hacer lo que hacíamos, pero después me repetía que tenía que pagar ese precio y que no bastaba con rezar! ¡Tuve que acostumbrarme! ¡Tuve que hacerlo, y más ahora! —Rompió a llorar finalmente.

Miquel sintió pena por él.

A fin de cuentas, no era más que un ser humano enamorado.

—¿Por qué ha dicho «y más ahora»? —preguntó después de dejarle expulsar sus emociones.

—Porque ahora… nos veíamos más —gimió—. Darle esa parroquia fue una bendición para él…, para los dos. Se sentía muy orgulloso de lo que estaba desarrollando en ella. Por fin hacía algo de verdad por los demás. Patricio era sacrificio puro, ¿entiende? Amaba su labor pastoral.

—¿Alguien más conocía sus inclinaciones sexuales?

—No.

—¿Seguro?

—Éramos muy precavidos, tanto por su condición de sacerdote como por tratarse de algo ilegal.

—¿Notó algún cambio reciente en él?

—No. El único cambio era lo contento que estaba por lo del Congreso Eucarístico.

—¿Cuál fue su reacción cuando le dijeron que se había suicidado?

Su cara reflejó lo mismo de lo que estaba hablando.

—Estupor, incredulidad… Y, desde luego, es lo que siento ahora después de lo que acaba de decirme acerca de sus sospechas.

—¿Nada más?

—¿Qué quiere que le diga? —manifestó inundado por una súbita desesperación—. ¿Que pensé que se habría matado por el peso de la culpa, por nuestros actos?

—¿Fue así?

—¡No! —Se estremeció como si alguien acabase de abrir una ventana en el Polo Norte—. Él no… Nunca… —Se mordió el labio inferior de pronto y puso los ojos de nuevo asustados en Miquel—. Van a encontrar esa foto, ¿verdad?

—Sí.

—Dios mío…

—Le he dicho al hermano del padre Jiménez que vaya cuanto antes a por sus cosas. Vista la escena, la policía definió el suceso como un suicidio y, de momento, todo parece seguir igual, pese a algunos indicios extraños. No registraron la habitación y, si lo hicieron, no abrieron esa

caja. Si Augusto Jiménez la recupera, no habrá problemas. Será el primero en no querer que a su hermano le salpique un escándalo más allá de que crean que se mató por su propia mano.

—¿Usted le ha pedido eso al hermano de Patricio?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ya le he dicho que no me gusta juzgar a nadie. Allá cada cual con lo suyo.

—Es usted…

—No lo diga. —Levantó una mano—. Lo único que puedo asegurarle es que siento todo esto y lamento que un hombre pueda ser acusado de suicidio siendo más que probable que se trate de un crimen.

—Acaba de decir que hay «algunos indicios extraños»…

—Al parecer, el padre Jiménez se lavó la cara con jabón antes de sumergirse en la bañera, o estando en ella, porque también había restos de jabón en el agua.

—¿Y esto es…?

—Cuando menos, peculiar. Nunca había oído decir que un suicida se lavase la cara antes de cometer su acto. A esto hay que añadirle lo de la fotografía. No creo que jamás la hubiera dejado en esa caja.

La conversación empezaba a declinar. Federico Balsareny parecía agotado.

Miquel también lo sentía.

—Es usted una buena persona —dijo suavemente el hombre.

—Hago mi trabajo, nada más. ¿Usted a qué se dedica?

—Seguros. Tengo un despacho en la Mutua General de Seguros, aunque por lo general siempre estoy fuera de él. —Hizo la pregunta más natural—: ¿Cómo me ha encontrado?

—La madre de Patricio me ha dicho su nombre. He mirado en la guía telefónica. Había tres Balsareny con una F como inicial del nombre y he probado con los tres. Usted ha sido el último.

—¿Cómo están los padres de Patricio? —Ignoró la explicación.

—Destrozados.

—Creo que Augusto odia a los curas… —vaciló.

—Lo sé —admitió Miquel poniéndose en pie—. Pero se trata de su hermano. Si fue asesinado, no le devolverá la vida, pero, aunque no menos duro, será un alivio para todos saber que no lo hizo él por su mano.

A Federico Balsareny le costó levantarse. Aunque había algo de alivio en él por el fin de la visita.

Miquel alcanzó la puerta y la abrió. Hizo la última pregunta.

—¿Tenía amigos?

—Conocidos. Amigos no. Me habría hablado de ellos.

Le estrechó la mano. Era frágil y delicada. No la apretó por miedo a rompérsela. Cuando cruzó el umbral, por alguna extraña razón, se sintió mucho más que un intruso. Volvió la cabeza justo en el momento en que el amante del sacerdote muerto cerraba despacio.

Sintió pena por él.

Y no por el hecho de ser lo que era.

Homosexual o no, había perdido a la persona que amaba.

Lo peor de la vida.

26

La fiebre religiosa estaba momentáneamente detenida o, mejor dicho, contenida. Ya no se veían pañuelos blancos, rosarios o escapularios por las calles; pero lo mismo que el semblante de muchos barceloneses, el domingo por la noche y todo el lunes, había sido de éxtasis y felicidad por la victoria futbolera, ahora la mayoría de las personas exteriorizaban otra clase de éxtasis, mucho más íntimo: el de su fe católica y la paz interior que les producía lo que estaba sucediendo a su alrededor, con la ciudad convertida en el epicentro de la cristiandad.

Le costó encontrar un taxi.

Llegó al convento de San Gabriel a la hora en que empezaban a regresar muchos sacerdotes después de su primer gran día de Congreso. Unos lo hacían a pie, otros en coches y también vio un taxi del que salían cuatro sotanas como cuatro barras negras sobre el fondo gris de la calzada. Los oyó hablar, exteriorizar su alegría, y captó algún comentario al vuelo. Era como si vinieran de ver una película maravillosa protagonizada por los actores y las actrices más importantes.

Una vez en el interior del convento, buscó a alguien que pareciera que ya estaba allí antes de que se les llenara de invitados. Sin embargo, no llegó a abordar a nadie. Al pasar por el claustro vio a David Fortuny hablando y riendo con un cura que más bien parecía embarazado aunque solo estuviese gordo. Miquel se detuvo a unos metros y esperó a que el detective reparara en él. Cuando lo hizo, todavía le dio palique al sacerdote durante unos segundos.

Luego se excusó y se le acercó.

Ya no reía. Su cara era mitad de enfado, mitad de funeral, mitad de resignación contenida… Demasiadas mitades.

Miquel trató de ser amable.

—¿Cómo le va, socio?

Fortuny captó la indirecta.

—¿Socio? ¿Ahora sí somos socios? —Bajó la voz—. ¡Maldita sea, Mascarell! ¡Ya me gustaría verle aquí no ya un día, solo una hora! ¡Esto es el infierno!

—Hombre, el infierno…

—¡Esta noche me voy a casa!

—Ni se le ocurra.

—¡Nadie va a notar que no estoy aquí un par de horas! —siguió gritando en voz baja—. Voy, le echo un tiento a Amalia y vuelvo.

—Venga, no sea bruto.

—¿Que no?

—¿Cómo se las ha ingeniado para no ir a los actos del Congreso?

—Mire, no me haga hablar. ¿No ve que yo tengo tanto de cura como un boxeador de bailarín clásico? ¡Esto es una pantomima, y encima es imposible que nadie diga nada! ¡Esta mañana he soltado una palabrota y se han quedado todos…! ¡Creía que me expulsaban, o que me excomulgaban, qué sé yo!

—¿Y por qué ha soltado una palabrota?

—¡Porque he tropezado! —Se cogió la sotana por los lados a la altura de los muslos—. ¿Usted ha probado a caminar con esto?

Miquel se cansó de las quejas de su compañero.

—Así que no ha sacado nada —resopló.

—¡Qué voy a sacar! —Se encrespó aún más—. ¡En cuanto menciono a cualquiera de los tres muertos, hacen lo de siempre, santiguarse, elevar los ojos al cielo y suspirar! ¡O no saben nada o son herméticos! Siempre responden con elusivas. Yo pregunto algo y ellos me contestan con otra pregunta: «¿Conocía al padre Tal? Oh, era un gran hombre. ¡Qué tragedia!». Y yo que insisto: «¿Pero le conocía usted a él?», y el de turno que me dice: «Nunca se acaba de conocer bien a nadie», mientras que otro agrega: «Dios nos une como ovejas en el rebaño y nos hace semejantes los unos a los otros». ¡Y así todo! ¡Se quedan tan panchos! ¡No vamos a sacar nada de aquí, que se lo digo yo!

Le tocó el turno de calmarle.

—Yo he venido a decirle que tengo una certeza y una posible pista.

—¿En serio? —Levantó las cejas Fortuny—. ¿Y cuál es la certeza?

—Cada vez estoy más seguro de que los mataron.

—¿Aún tenía dudas?

—Ya me conoce. Hasta que no ato el último cabo…

—¿Qué ha descubierto?

Le contó todo lo relativo a Patricio Jiménez, la homosexualidad, la aparición de un amante, los instrumentos de flagelación y tortura, la fotografía hallada en la caja de su armario, y también los detalles más curiosos, como el de haberse lavado la cara con jabón antes de su presunto suicidio.

—Igual quería irse limpio —argumentó Fortuny.

—No. —Fue terminante Miquel—. Patricio Jiménez era un hombre joven. Para asesinarle, antes tuvieron que dormirle, quizá cloroformizarle. Eso habría dejado rastro, olor. Lavándole la cara con jabón se pretendió ocultar eso.

—¡Sopla! —Se quedó pasmado Fortuny.

—Según su amante, el padre Jiménez no tenía motivo alguno para matarse. Era feliz. Estaba al

frente de su propia parroquia y tenía la cabeza llena de ideas renovadoras. —Dejó de hablar unos segundos porque pasaban dos sacerdotes justo por su lado—. Y, si al padre Jiménez le asesinaron, y fue el tercero, es obvio que a los padres Sanjuán y Santos también se los quitaron de encima con la suficiente astucia como para que pudieran pasar por suicidios, especialmente el primero.

—¿Y el segundo?

—Sebastián Santos cayó delante del tranvía agitando los brazos y con cara de susto. Me lo ha dicho el conductor.

—O sea que le empujaron.

—Tiene toda la pinta. Ese gesto es muy claro.

David Fortuny se quedó un par de segundos callado. Interiorizaba a marchas forzadas lo que acababa de contarle Miquel.

—¿Cómo lo hizo el asesino para matar al padre Sanjuán de un tiro en la sien?

—Según el informe, al arma le faltaban dos balas. Mi teoría es que el asesino se le acercó por la espalda y le disparó en la sien. El ángulo de entrada indica una ligera diagonal de arriba abajo. Lo normal es que el cañón esté en línea recta o incluso haciendo un pequeño ángulo de abajo arriba. Luego, para que encontraran restos de pólvora en la mano, le puso la pistola en ella y efectuó un segundo disparo.

—¿Y qué hacía en ese parque?

—Debieron de citarle.

—O sea que conocía al asesino.

—Todo indica que sí.

—Joder, Mascarell… —suspiró Fortuny.

—¿Qué le pasa?

—No, nada. Pero es que cuando lo clava…

—No me haga la rosca. Solo estoy sumando dos y dos.

—Ha dicho que tenía una certeza y una pista —recordó el detective.

—La pista es que, por primera vez, tengo un nombre que une a dos de los implicados, el padre Dalmacio Sanjuán y el padre Patricio Santos.

—¿Y cuál es?

—El seminario de San Agustín.

—¿Dónde cae eso?

—Ya no existe. Por lo visto, se destruyó en la guerra. Dalmacio Sanjuán era profesor en él y Patricio Jiménez estudió allí siendo adolescente.

—¡Ay, ay, ay! —rezongó Fortuny.

—¿En qué está pensando?

—En nada, en nada, solo es que me da muy mala espina. —Reflexionó un momento con la consternación en la cara—. Si ese lugar fue destruido, no quedarán archivos, ni documentos, ni pruebas ni nada que nos sirva.

—¿Qué se juega a que Sebastián Santos también tuvo que ver con el seminario de San Agustín?

—Eso es lo que me temo. Círculo cerrado.

—Salvo que eso no nos lleva de momento a ningún lado si no fuera porque usted está aquí.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que ahora tiene un hilo del que tirar. No pregunte directamente sobre los tres curas. Pregunte cosas de San Agustín, de los que enseñaban y de los seminaristas de antes de la guerra, de si sucedió algo… Invente. Sanjuán era profesor. Jiménez, seminarista. Tuvieron que conocerse y, si es así, ése es el nexo. Me apuesto lo que quiera a que más de un cura de aquí también estudió en ese seminario antes del 36. —Hizo una breve pausa—. Dalmacio Sanjuán partió a Ecuador en 1935, y, según su hermana Petra, fue algo inesperado. Una súbita decisión del obispado o una epifanía propia. Da igual. Se marchó, estuvo diecisiete años fuera de España, y justo cuando regresa le matan con la suficiente astucia como para hacerlo pasar por un suicidio. ¿Por qué? ¿Quién esperó todos estos años? ¿Y por qué, estando los otros dos curas aquí, en Barcelona, no se les mató antes si se trata de una venganza o lo que sea?

—Dalmacio Sanjuán fue el detonante.

—Eso parece.

—Su regreso tuvo que abrir una caja llena de truenos.

Miquel ya no le contestó. Bajó la cabeza y se miró la punta de los zapatos. El jardín y el propio claustro iban llenándose de sacerdotes. No había rezos, sino risas y comentarios en voz alta. Por una vez, el cielo estaba allí, en la tierra.

Pensó que, de todas formas, él tenía su propio cielo en casa: Patro y Raquel.

Aunque antes hubiera pasado por un largo infierno.

—¿En qué piensa? —volvió a hablar el detective.

—Nada, cosas mías.

—Ya —resopló—. Como que no es de darle vueltas a todo.

—Escuche, Fortuny: hable con los curas que puedan tener la edad de Sanjuán, o sea, en torno a los sesenta años. Después tire un poco por arriba y un poco por abajo. Y recuerde que ahora el punto en común que los une es ese seminario. Pruébelo esta noche, que con la adrenalina subida por todo lo que está pasando quizá tengan la lengua más suelta. ¿Beben vino?

—Sí, ¿por qué?

—Emborrache a uno.

—¡Pues sí que vamos bien!

Miquel le palmeó el brazo derecho, el sano.

—Tiene trabajo —le dijo—. Yo ya me voy.

—¿A dónde?

—A casa. A estas horas…

—Eso, como un señor. —Puso cara de fastidio—. No sé para qué soy el jefe.

—Para dar ejemplo. —Le palmeó el brazo por segunda vez antes de iniciar la retirada y agregar—: Mañana nos llamamos.

David Fortuny ya no le contestó. Se quedó en el patio, rodeado por los sacerdotes que ahora eran multitud charlando y esperando la hora de la temprana cena.

Miquel ya no habló hasta llegar a la calle.

Entonces refunfuñó:

—¡A ver dónde encuentro yo un taxi ahora!

27

Echó a andar en dirección a la avenida, la vía más populosa en los alrededores de San Gabriel, y no precisamente cercana. Al parecer, el flujo de la llegada de sacerdotes al convento ya había terminado durante los minutos en los que había estado hablando con Fortuny. Todos de vuelta al redil. Ni siquiera se veía animación por la zona, despoblada y a la espera de que alguien comenzara a edificar las casas de los nuevos barrios de la Barcelona rica y burguesa o de la Barcelona pobre y obrera. Todo dependía de si la zona se ponía de moda o se la consideraba un suburbio. Mientras caminaba pensaba en los datos extraídos de *La Vanguardia* que todavía llevaba en el bolsillo para aprovechar el papel en casa. Datos apabullantes. Sobre todo para una Barcelona todavía depauperada que tan solo estaba empezando a salir de la larga posguerra anterior. En aquel momento había ya en la ciudad 49 cardenales, 225 arzobispos y abades, 20.000 seminaristas y sacerdotes, 356 corresponsales de prensa nacionales y 124 extranjeros, con un total de 300.000 congresistas inscritos. No era de extrañar que cualquier rincón útil para dormir se hubiera aprovechado. Y de no ser por los grandes transatlánticos que servían de hoteles flotantes en el abarrotado puerto, todo habría sido mucho peor, casi imposible. El SS Constitution y el SS Independence habían llegado con mil trescientas personas procedentes de Estados Unidos y Canadá, que seguían durmiendo a bordo. De Argentina el Corrientes, de Israel el Negbah, de Italia el Pace. Por parte española, hacían el mismo papel el Conde de Argelejo, el Ciudad de Sevilla, el Ciudad de Cádiz, el Rey Jaime I y el Cabo de Hornos, todos más pequeños pero aprovechados al máximo. Y había más barcos, al menos utilizados en el transporte, los buques Augustus, Saturnia, Homeland, Auriga, Surriento, Foch… A eso había que sumar los llegados por tierra, autobuses, coche o tren, y los más afortunados en avión.

El mundo se había detenido en Barcelona durante aquellos días.

Y estaba seguro de que la huella sería indeleble, tanto para lo bueno como para lo malo: volver a poner a Barcelona en los mapas lo mismo que agudizar todavía más el fanatismo religioso de la Nueva España.

La reserva espiritual de Occidente.

Pensó en los tres sacerdotes muertos.

Un hombre que regresaba después de diecisiete años y se enfrentaba a un destino tal vez aplazado; otro del que, de momento, no sabía cómo relacionar con el primero y el tercero; y el último, un pobre cura homosexual con una vida entregada a Dios y otra a su humanidad. Un

sacerdote joven y fiel a una causa en una modesta parroquia de barrio de la que ni siquiera era el titular.

—¿Qué os pasó? —se preguntó en voz alta.

El infinito mundo de la Iglesia.

Sus secretos, sus misterios, su hermetismo oscurantista disfrazado de amor, piedad…

Estaba seguro de que, con las riquezas almacenadas por la Iglesia a lo largo de los años, podría darse de comer a todos los pobres de España. ¿Cuántas viudas de misa diaria morían dejando bienes, terrenos, casas y dinero a sus parroquias para así ganarse el cielo?

Estaba llegando a la avenida. Por allí ya había casas. Una mezcla de edificios nuevos con algunos, la mayoría, viejos y mantenidos dignamente en pie. Aceleró el paso para tratar de meterse en un taxi cuanto antes.

Y entonces se tropezó con ella.

Casi de bruces.

La reconoció al instante porque, pese al paso de los años, seguía igual. La misma cara hermoseada por la luz de sus ojos y la mancha rosada de los labios. La misma expresión dulce y tierna. Casi el mismo peinado, una media melena que apenas si le rozaba los hombros. Llevaba una chaquetilla corta y una falda de amplio vuelo.

También empujaba un cochecito con un niño de unos dos años.

Se detuvieron al mismo tiempo.

—¿Señor Mascarell? —preguntó ella boquiabierta.

—Hola, Olivia —la saludó él.

Olivia.

Olivia Canals, la novia de Roger.

La muchacha que pudo haberse casado con su hijo, convertirse en su nuera y darle nietos.

Como el que llevaba en el cochecito.

Roger muerto en el Ebro. Ella, de pronto, casada y madre.

La vida.

El abrazo de Olivia fue inesperado. Dejó el cochecito, con el niño dormido, y se le echó encima. También le abrazó fuerte, muy fuerte. Miquel la oyó jadear, suspirar y llorar junto a su oído.

—¡Señor Mascarell! ¡Está vivo, vivo! ¡Oh, Dios mío…!

Miquel dejó que le abrazara. También la rodeó con los brazos y cerró los ojos. Permanecieron así mucho rato, tal vez un minuto, quizá una eternidad. El tiempo suficiente para aceptar el regalo con el que se encontraban y serenarse despacio, muy despacio.

Cuando ella logró volver a mirarle, estaba mucho más que emocionada.

Tan feliz…

—Le creía muerto —apenas logró decir.

—Ya ves. —Subió y bajó los hombros.

—Me dijeron que la señora Quimeta había fallecido, que a usted se lo habían llevado preso, que le sentenciaron… —Pasaba del estupor a la alegría—. ¿Cómo es posible?

—Estuve preso hasta el 47, luego me soltaron.

—¡Ocho años!

—Y medio —quiso bromear.

—¡No me lo puedo creer! —insistió ella.

Miquel levantó una mano y le acarició la mejilla. Recordó la edad del noviazgo de Roger. Olivia tendría ahora unos treinta y dos o treinta y tres años. Eran tan jóvenes cuando se enamoraron…

—Estás muy guapa —le dijo.

—¡Y usted! ¡Pero si está igual!

—No, no tanto. —Señaló al niño—. ¿Tuyo?

—Sí. —Su madre le miró con arrobo.

—Claro.

—Señor Mascarell… —Se puso seria, como si estuviera a punto de volver a llorar—. Tardé mucho en comprender que Roger ya no regresaría, que me lo habían matado. Fueron años…

—No has de justificar nada, Olivia —la detuvo—. La vida sigue.

—No me justifico —dijo con dulzura—. Usted sabe que él fue el amor de mi vida, el primero, el único, el que nunca se olvida. Cuando supe de su muerte me sentí vacía, y al acabar la guerra… Me juré que jamás me enamoraría de otro. Y lo mantuve muchos años, tal vez demasiados. — Miró de nuevo a su hijo—. Fue una época muy mala, mucho, hasta que conocí a mi marido —suspiró—. Es un buen hombre. No es Roger, pero es un buen hombre. Él también lo pasó mal en la guerra, tuvo que cumplir un nuevo servicio militar. Nos casamos en el 45.

Miquel le enseñó el anillo.

—Yo también me he vuelto a casar. —Sonrió.

Olivia abrió tanto los ojos que casi se le salieron de las órbitas. Su expresión fue la de una niña a la que acaban de dar un premio.

—¿Pero qué me dice?

—También tengo una hija de catorce meses.

—¡Dios, qué alegría! —Se le echó encima por segunda vez para abrazarle y darle un enorme beso en la mejilla.

Un beso que a él le ardió y le quemó por dentro.

Al separarse, ella buscó un atisbo de serenidad.

—¡Es increíble los giros que da la vida! —exclamó.

—Muchos. Algunos insospechados.

—Y hay que cerrar los ojos y apretar los puños ante todo lo que nos rodea, ¿verdad?

Miquel la recordó como una anarquista convencida.

Una combatiente.

—No sé si cerrarlos o tenerlos muy abiertos, por si acaso.

—Hay que pensar en ellos. —Señaló al niño.

—Sobre todo por ellos —estuvo de acuerdo.

—Más de una vez he sorprendido a mi marido llorando, ¿sabe? Ver en qué han convertido España…

—No durará siempre.

—Pero nos toca a nosotros, aquí y ahora. Usted era el mejor policía de Barcelona. ¡Lo orgulloso que estaba Roger! ¿Qué hace ahora?

—Soy detective privado.

Logró volver a sorprenderla.

—¿En serio? —Se agitó.

—Algo hay que hacer.

—Sí, ya. Usted no era de los que se quedaba con los brazos cruzados. Roger me lo decía siempre: «Mi padre es tenaz, una roca. No sé si ama más su trabajo o a Barcelona».

—¿Roger te decía eso? —intentó parecer tranquilo.

—¡Y más! Le admiraba mucho.

Miquel tragó saliva. A veces la distancia entre padres e hijos era inmensa. Todos los abrazos perdidos, todas las palabras no dichas, todas las verdades calladas y los secretos ocultos…

Se oyó a sí mismo decirle:

—Un compañero suyo me dijo en enero del 39 dónde lo habían enterrado, en la ribera del Ebro. Fui a la zona, encontré la tumba en la que estaban él y otros…

Se quedaron callados de pronto.

El dolor siempre era traicionero. Esperaba agazapado para asomar cuando más daño hacía.

Miquel hubiera querido echar a correr.

—¿Vives por aquí? —Rompió la inesperada catarsis.

—A tres calles, sí.

—¿Estáis bien?

—Sí, sí. —Pareció sincera—. Tenemos lo justo, pero no nos falta de nada. Antonio, mi marido, trabaja duramente. Y usted, ¿dónde vive?

—En la confluencia de Gerona con Valencia. Mi mujer tiene una mercería muy cerca.

Parecía todo dicho. Olivia movió la cabeza de lado a lado y plegó los labios. Sus ojos seguían brillando como luces en la recta final de la tarde, con las primeras sombras del anochecer

acechando a lo lejos en la primavera que alargaba un poco más cada día.

—Señor Mascarell…

—Anda, vete o acabaré llorando yo. —Miró al niño y entonces dijo—: ¿Cómo se llama?

Olivia se puso seria. Dulcemente seria.

—¿Cómo quiere que se llame, señor Mascarell? Roger, por supuesto.

El abrazo final fue extraño. Tan intenso, tan poderoso, tan cargado de emociones. Y, al mismo tiempo, como si sonara a despedida.

Probablemente lo era.

Cogió un taxi sin apenas darse cuenta. Y sin apenas darse cuenta se vio bajando en su esquina, frente a su casa. Solo reaccionó al abrir la puerta del piso y encontrarse seguro, apartado de todo, lejos del mundo.

Una reacción que le abrió en canal de arriba abajo.

Entonces apareció Patro y le preguntó:

—Miquel, ¿qué pasa, por qué estás llorando?

Día 5

Jueves, 29 de mayo de 1952

28

Esta vez, cuando extendió la mano antes de abrir los ojos, lo único que encontró en el lado de la cama que ocupaba Patro fue el vacío. Un espacio todavía caliente pero vacío.

Se resignó.

Después de la explosión de sentimientos y las lágrimas de la noche anterior, al llegar a casa y venirse abajo, lo había dejado dormir sin despertarle. Desde luego, ella era capaz de levantarse sin apenas mover nada, como si flotase.

Siguió con la mano extendida, absorbiendo ese calor.

Los pensamientos le atraparon entonces.

De vuelta a la realidad.

Dalmacio Sanjuán, Sebastián Santos, Patricio Jiménez. Tres sacerdotes. Tres suicidios enmascarados. Tres hábiles asesinatos. Una mente astuta. Algo así no era ni mucho menos fácil. Matar a alguien era difícil, a dos mucho más, y a tres…

La policía no era tonta. El suicidio de tres sacerdotes tenía que ser suficiente motivo de alarma social como para que comprendieran que no podía ser una casualidad. Seguro que investigaban por su cuenta. O quizá se lo tomasen con calma, a la espera de que el Congreso terminara.

Y, al mismo tiempo, también podía ser que mantuvieran la teoría del suicidio en Sanjuán y Jiménez y la del accidente en Santos.

Todo era posible.

Por desgracia, él ya no tenía ningún hilo más del que tirar.

Estaba en el clásico callejón sin salida.

Intentaba reordenar las ideas, volviendo al punto de partida, cuando Raquel hizo una de sus triunfales apariciones abriendo la puerta de golpe y subiéndose a la cama después de trotar hasta los pies de ella. Miquel ya la esperaba porque la muy bruta solía echársele encima a peso. La recibió con los brazos abiertos, amortiguando el golpe, y luego la estrujó hasta que la niña quedó cabalgando sobre su pecho. Incluso hizo el gesto, como si fuera a caballo.

Su carita luminosa resplandeció en la penumbra de la habitación.

—Mira que eres guapa, ¿eh? —Le sonrió su padre.

—¡Pfff…! —babeó ella.

Luego puso los brazos en jarras, esperando lo que más le gustaba: que le hiciera cosquillas.

Se las hizo.

Raquel se carcajeó como una loca hasta caer de lado en la cama, con Miquel deslizando los dedos como avispas por ambos costados del cuerpo de la pequeña. Los gritos eran contagiosos. Un soplo de vida y energía. Patro también apareció por la puerta y, sonriendo, acabó sentándose en el lado de la cama a donde había ido a parar la niña.

No intervino. Los dejó a ellos.

La batalla se prolongó un minuto más, hasta acabar jadeando padre e hija, ella sin dejar de babear. Luego se quedó quieta y se acurrucó al lado de él.

Una ligera calma.

Patro le pasó una mano por la frente a Miquel, apartándole un mechón de pelo. La bajó por la mejilla y la dejó ahí quieta un momento.

La pregunta era inevitable.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Anoche…

—Tengo momentos, ya lo sabes.

—Es lógico encontrarte con el pasado a veces.

—Lo sé.

—Y encima este caso es de los duros —convino ella.

—Mucho —reconoció él—. Demasiado. Ahoga un poco.

—Todo lo que tiene que ver con la Iglesia pesa.

—Hay algo escabroso detrás de todo esto, lo sé. Pero no doy con ello.

—Que no des no significa que no pienses en algo o no tengas ya alguna teoría.

Miquel no le contestó.

Patro supo captar ese silencio.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó.

—Cuando me quedaba sin pistas en un caso y no había a dónde ir ni a quién interrogar, pasaba el día en el despacho, reflexionando, y volvía a empezar desde el principio, por si se me había olvidado algo o se me había pasado por alto.

—O sea que te quedas en casa.

—Sí, en plan gandul.

—Anda, levántate. Date una buena ducha en nuestro nuevo y hermoso cuarto de baño. Eso siempre ayuda. Deja que te caiga el agua por encima y cierra los ojos.

—Placer de dioses.

—Yo me voy a la mercería. —Extendió las manos en dirección a la niña, que solía estarse quieta cuando ellos hablaban, sin dejar de mirarlos—. ¿Vamos, Raquel?

Patro cargó con ella en brazos. Miquel puso los dos pies en el suelo. Estaba frío, así que los

metió en las zapatillas de andar por casa y se levantó. Salió de la habitación en pijama, pero apenas pudo dar media docena de pasos.

Sonó el timbre de la puerta.

Y no una vez, ni dos. Fueron varias, imperiosas, urgentes.

Abrió el mismo Miquel.

Se encontró con David Fortuny, de sotana. Parecía excitado no solo por el brillo de los ojos. También por los gestos y la forma en que se precipitó hacia él para sujetarle por los brazos.

El tono de voz estuvo a juego.

—¡Lo tengo, Mascarell, lo tengo! —gritó.

Miquel cerró la puerta porque la furia del visitante era incontenible y sabía que su voz acabaría alertando a más de un vecino.

—¿Qué es lo que tiene?

—¡El nexo! —siguió gritando—. ¡Lo que une a los tres curas! ¡El dichoso seminario es la clave! ¡Los tres estaban ahí en el 35! ¡Y no solo eso! —Sacó pecho, triunfal—. ¡Por fin he dado con alguien que los conoció y sabe la historia!

—¿Qué historia?

—¡Tiene que oírla por sí mismo! ¡Vamos, vístase! —El detective se dio cuenta de que Patro estaba a un par de metros, con Raquel en brazos agarrada a su cuello y un poco asustada por la irrupción y la inesperada vestimenta que lucía. Lo único que se le ocurrió hacer fue levantar la mano derecha en un rápido gesto de saludo y decir—: ¡Ah, hola, Patro! ¡Hola, Raquelita! —Luego retornó su atención a Miquel y le insistió—: ¡Pero venga, ya! ¿A qué espera para vestirse, hombre? ¡Ese cura es tan viejo que igual le da por morirse de un momento a otro!

29

Desde luego, el padre Gómez era viejo.

Mucho.

Miquel le calculó unos ochenta años. Pero ochenta años castigados, gastados. Apenas le quedaban unas hebras blancas de cabello a ambos lados de la cabeza y tenía los ojos hundidos y separados por la prominencia de una nariz alargada y tan huesuda como sus manos, dos sarmientos en los que ya había hecho mella la artrosis. Los labios eran tan finos que parecían no existir, y, al hablar, se le veían los dientes delanteros, amarillentos y arqueados hacia delante. La sotana debía de haber sido lavada muchas veces. Brillaba por el uso y el gasto. El bastón en el que se apoyaba era negro, con una empuñadura de plata o, al menos, algo parecido a ella.

Cuando miró a Miquel, tuvo que levantar un poco la cabeza hacia arriba. Daba la sensación de sentirse feliz y contento de que alguien quisiera hablar con él. Y más si era acerca de sus recuerdos.

—Me ha dicho el padre Fortuny que está interesado en esa historia —canturreó con escasa voz.

«Esa historia».

—Sí, sí, con su permiso… —dijo Miquel sin querer parecer ansioso.

—Ahí toca un poco el sol. —Señaló un retazo del patio con un banco de piedra—. Qué primavera tan bonita hace, ¿verdad?

Le acompañaron al banco. El padre Gómez se sentó en el centro, con David Fortuny a su izquierda y Miquel a su derecha. De buenas a primeras cerró los ojos y levantó la cara para recibir el calor del ya fuerte sol primaveral. Ninguno de los dos se atrevió a interrumpir ese instante de recogimiento y paz. No había muchos curas cerca. Volvían a estar en algunas de las numerosas actividades del Congreso.

Inesperadamente, el sacerdote se puso a hablar.

—Fue en el 35, sí —desgranó como en una letanía—. Antes de la Cruzada.

Se calló de nuevo.

—¿Lo recuerda usted bien? —se atrevió a decir Miquel por miedo a que se quedara dormido.

—Claro. —Abrió los ojos con más determinación que lucidez—. Mi memoria no está tan gastada como yo, aunque hay cosas… —Volvió a callarse y movió levemente la cabeza—. Uno recuerda detalles de su juventud y, en cambio, no lo que comió ayer, ¿verdad? Y con el tiempo

también esos detalles se emborronan, se mezclan. Bueno… —Deslizó la mirada en dirección a Miquel con un destello de ánimo en lo más profundo de sus pupilas—. Sí, el seminario de San Agustín, un magnífico lugar, lleno de inspiración divina, cuna de futuros buenos sacerdotes que solo esa guerra pudo destruir. Ah, todavía recuerdo el ambiente, ese jardín…

—Pero incluso en el Paraíso anida la incertidumbre —dijo Miquel en tono retórico.

—No sabría si llamarlo incertidumbre. —Levantó una mano marcada por lo excesivo de los nudillos y las falanges apergaminadas—. Toda historia encierra varias verdades en sí misma.

—Sin embargo, según me ha contado por encima el padre Fortuny, ésta llega a rozar… lo escabroso —dijo, sin reírse por lo del «padre Fortuny».

—Sí, sí. —Lo aceptó, dejando caer la cabeza sobre el pecho antes de mirarle de nuevo—. Pero se resolvió casi satisfactoriamente y, lo que es más importante, sin que saliera de las puertas del seminario y con daños mínimos. El interés del padre Fortuny ha hecho que pensara en ello. —Puso las dos manos sobre la empuñadura del bastón—. ¿Puedo preguntarle por qué le interesa esto ahora?

—Porque han muerto tres sacerdotes.

—¿Tres? —Frunció el ceño.

—Todos de esta congregación.

Pareció sorprendido.

—Usted ha estado enfermo algunos días, ¿verdad, padre? —intervino Fortuny ayudándole—. Se levantó ayer y es lógico que no le llegaran las noticias, y mucho menos las malas.

El octogenario dio unas primeras muestras de estar confundido.

El pasado, el presente…

—¿Quién ha muerto? —preguntó con voz débil.

—Los padres Dalmacio Sanjuán, Sebastián Santos y Patricio Jiménez.

Asintió un par de veces, despacio.

Y del presente saltó otra vez al pasado.

—Sí —musitó—. Estaban allí.

«Esa historia».

—¿Qué sucedió? —dijo Miquel.

—Todo fue culpa de aquel chico —lamentó el cura.

—¿Qué chico?

—El que le denunció.

De pronto era como si tuviera que arrancarle las palabras una a una. Sentado al sol, igual que una pasa arrugada, el padre Gómez se empequeñecía por momentos.

—¿Podría contarlo desde el principio, por favor? —le incitó Miquel.

—Aquel chico… —vaciló, inseguro.

—Padre Gómez, ¿qué hacía Dalmacio Sanjuán en el seminario de San Agustín?

—Era profesor.

—¿Y el padre Sebastián Santos?

—Él era el rector.

—¿El superior del seminario?

—Sí.

—¿Y Patricio Jiménez? Entonces no sería más que un estudiante, un seminarista, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca. Patricio era un buen muchacho, listo, entregado, tan vivaz… —Los ojos se perdieron en algún lugar frente a sí mismo, velados por un deje de amargura—. Patricio dijo que todo era mentira, pero, aun así…, el padre Sanjuán tuvo que irse, ¿sabe? Se marchó para evitar… Bueno, supongo que se lo pidió el padre Santos. Todos sabíamos que era necesario y… —Levantó una vez más la cabeza. Pese a que el sol le daba de lleno, inquirió—: ¿Está anocheciendo?

—No, es de día —intervino Fortuny—. Padre Gómez, cuéntele a mi amigo lo que me dijo anoche, ¿recuerda? El motivo por el que el padre Sanjuán tuvo que marcharse a Ecuador.

—Ecuador —repitió—. Hay que llevar la palabra de Dios a todas partes.

Miquel se esforzó en reconducir la conversación.

—¿Qué obligó al padre Dalmacio Sanjuán a irse de San Agustín?

—Le denunció aquel seminarista.

—¿Quién?

No respondió a la pregunta. Continuó hablando.

—Era un chico joven que llevaba apenas unas semanas —suspiró—. Acusó al padre Sanjuán de haber abusado de él.

Miquel sintió un ramalazo de frío.

—Eso debió de ser grave —dijo.

—Claro, mucho, aunque se habló poco de ello y solo los sacerdotes de más edad, como yo, supimos la historia. Lo más importante era tapar cuanto antes el escándalo, cierto o no.

—¿Y se hizo?

—El padre Santos reunió a los implicados para enfrentarlos. Yo estaba presente. El muchacho insistió en su acusación. El padre Sanjuán se mantuvo en su defensa. No había abusado del chico, ni siquiera era un asunto de acoso. Dijo que él trataba con el mismo cariño y amor a todos los seminaristas, algunos muy necesitados de afecto dado el hecho de que para estudiar en el seminario hubieran tenido que abandonar a sus familias. Según el padre Sanjuán, el joven había malinterpretado su atención hacia él.

—¿Era la primera vez que sucedía algo así en el seminario?

—Sí.

—¿Qué pasó entonces?

—El testimonio de otro seminarista fue determinante en favor del padre Sanjuán.

—¿Ese seminarista era Patricio Jiménez?

—Sí —le confirmó el sacerdote.

—¿Cuál fue ese testimonio?

—Jiménez dijo que, en efecto, el padre Sanjuán trataba a todos con el mismo afecto y devoción, y que era un ángel para la mayoría. Según él, su compañero estaba equivocado. Quizá no mentía, pero sí había confundido las cosas.

—¿Qué dijo el acusador?

—Defendió su versión de manera incluso obcecada. Hubo gritos, lágrimas… Siguió aferrado a su historia. Recuerdo haberle visto con los brazos abiertos, caído de rodillas, implorando a Dios… Nunca olvidaré su dulce rostro constreñido por el dolor.

—¿Se enfrentaron los dos seminaristas?

—No. El testimonio del joven Jiménez se hizo aparte. El muchacho de la denuncia nunca supo nada de su declaración. Eran menores, niños…

—¿Cuál fue el veredicto?

—Con el testimonio del que luego fue el padre Jiménez, la razón se decantó por el lado del padre Sanjuán. Sin embargo, la armonía del seminario se había visto seriamente dañada, y hubo que actuar en consecuencia antes de que los rumores se expandieran. El joven seminarista fue expulsado y a los pocos días el padre Sanjuán fue enviado a Ecuador.

—¿Fue determinante en esto el padre Santos?

—Sí, claro, ya se lo he dicho antes. O lo ordenó o lo recomendó al obispado. Pero fue él.

—¿Cuántos más conocían esta historia, padre Gómez?

—Allí, durante el… llamémosle juicio, en el despacho del rector, apenas éramos tres personas además de los implicados. Todo se hizo con mucho tacto en consideración al seminario, a la Iglesia y los afectados.

—¿Sucedió algo más?

—Relativo al incidente… no. Menos de un año después estalló la guerra y… —Se quedó un instante en suspenso y miró a David Fortuny—. Ganamos, ¿no?

—Sí, sí, ganamos —se apresuró a tranquilizarle el detective—. La Cruzada, ¿recuerda? La ha mencionado hace un momento. Franco aplastó a los rojos.

—¡Gracias a Dios! —Siguió empeñado en desafiar al sol, mirando al cielo con la barbilla proyectada hacia delante, aunque sus dos compañeros estaban empezando a quemarse.

Al padre Gómez ya le quedaba poca resistencia.

Miquel hizo la gran pregunta.

—¿Cómo se llamaba el seminarista expulsado?

—No estoy seguro, aunque… —Hizo memoria—. Sí, creo que Enrique, ahora lo recuerdo, porque un sobrino mío se llamaba igual y lo asocié. No había vuelto a pensar en ello desde entonces y…, bueno, mi sobrino acabó en la cárcel y ese seminarista en la calle. Yo conocía al padre Sanjuán y al padre Santos, y luego vi aquí al padre Jiménez cuando se ordenó, pero de aquel chico…

—¿Nunca supo nada más de él?

—No.

—¿Ni si fue a otro seminario?

—¿Habiendo sido expulsado de San Agustín? No, no, imposible.

—Y el apellido, ¿lo recuerda?

—Solíamos utilizar el nombre, para dar mayor sensación de familiaridad. Los profesores sí, eran el padre Tal o el padre Cual, pero los muchachos no.

—¿Hay aquí, en San Gabriel, más sacerdotes que hayan pasado por el seminario de San Agustín?

—Sí, pero, como le digo, lo que sucedió solo estuvo al alcance de unos pocos. Los que estuvimos ese día en el despacho del padre Santos.

—¿Alguien puede saber el apellido de ese chico?

Se quedó callado unos segundos.

—No —se resignó—. Unos muertos, otros en distintos lugares… Fue hace mucho tiempo, demasiado. Me asombra que haya podido recordar esa historia.

«Esa historia».

De nuevo.

Miquel y su socio detective intercambiaron una rápida mirada en la que no hizo falta decir nada.

—Ha sido usted muy amable —aseguró el primero.

—Sí, de verdad, padre Gómez. Hay que ver la buena memoria que tiene —mintió a medias David Fortuny.

—Hay tantas cosas a lo largo de una vida… —suspiró el anciano.

Miquel fue el primero en levantarse.

—¿Quiere que le acompañemos adentro? —preguntó.

—No, me quedo aquí, al solecito —dijo el cura.

—¿No se va a quemar con este sol? —mencionó Fortuny.

—Ya pasé demasiado frío en la Cruzada —se justificó el padre Gómez.

La maldita Cruzada.

—Que tenga un buen día —le deseó Miquel.

Le dejaron en el banco, como una lagartija quieta, y salieron del patio y del claustro. El convento parecía desierto. Caminaron hasta el despacho de Amancio Delgado, solo para que un sacerdote que parecía resignado a estar de servicio les dijera que no se encontraba allí, que iba a pasar el día metido en los diversos eventos del Congreso. Miquel recordó que era el día del acto para obreros y campesinos en la basílica de Santa María del Mar. Lo único que le quedó por preguntar fue:

—¿Recuerda el seminario de San Agustín?

—Sí, de antes de la guerra.

—¿Sabe dónde estaba?

30

Algunas personas se volvían al verlos pasar en la moto, por la novedad o por lo insólito. Un cura a los mandos y un hombre mayor con cara muy seria en el sidecar. En un semáforo incluso oyeron comentar a una mujer:

—No, si a este paso incluso van a llevar pantalones.

Lo hizo en voz lo suficientemente alta como para que la oyeran, molesta por tanta modernidad.

El seminario de San Agustín, en efecto, ya no existía. Entre sus remozadas ruinas, convenientemente rehabilitadas tras la guerra, se erigía ahora un convento de monjas. El rótulo decía que era el de Santa Bernardina. Lo único conservado milagrosamente y en pie era la iglesia, no mucho más grande que la de la parroquia del padre Jiménez, pero sí más bonita, con dos torres acampanadas y un reloj en el centro. Lo mismo que en San Gabriel, una epidemia parecía haber sacudido a las habitantes del recinto, que daba la impresión de estar desierto. La única monja a la vista era una mujer con más papada que cara que leía algo sentada detrás de unas cristaleras en la entrada. Al verlos, se guardó el libro.

Miquel habría jurado que era una novela de amor.

La religiosa se levantó al darse cuenta de que uno de los dos aparecidos era un sacerdote.

—Perdone, hermana —habló Miquel—. Venimos del convento de San Gabriel.

—Ustedes dirán —los invitó a seguir.

—Tenemos entendido que aquí, hace años, se levantaba el seminario de San Agustín.

—Sí, así es —confirmó ella—. Quedó muy dañado y después de unos años nosotras lo recuperamos —lo dijo con tanto orgullo que dio la impresión de que ella misma se había puesto manos a la obra con los ladrillos y el cemento.

—Estamos realizando una investigación por cuenta del convento, y nos preguntamos si, por casualidad, encontraron entre las ruinas restos de los archivos. —El tono de Miquel era de lo más académico—. Cualquier documento de antes de la guerra…

El rostro de la monja lo dijo todo antes de que terminara.

—No queda nada, señor. —Miró a Fortuny como si se sintiera más cómoda con él—. El seminario fue ocupado por anarquistas y grupos sindicales de ésos. Lo arrasaron y quemaron todo. Una pena porque, además de papeles, había documentos valiosos, reliquias, cuadros,

tapices… —volvió a dirigirse a Miquel—. Un legado perdido y cien años de historia barridos por la estupidez y la ignorancia.

—¿Quién podría saber los nombres de los seminaristas que estudiaban aquí en 1935?

—Pues… quizá el obispado tenga un registro, no lo sé. —Puso cara de duda—. Además, estos días no creo que estén para rebuscar papeles.

—Usted no conocerá a nadie de aquellos años —la tanteó Fortuny.

—No, qué va. Yo misma por entonces estaba en Lérida.

—Perdone que la hayamos molestado —se excusó Miquel.

Regresaron al exterior, cabizbajos y sin prisas. Ni siquiera alcanzaron la moto. David Fortuny fue el primero en detenerse, con la mirada extraviada en el suelo.

—Se da cuenta, ¿no? —rezongó preocupado.

—¿Cuenta de qué?

—¿De qué va a ser? ¿Con lo que nos ha contado el padre Gómez? ¡Es un caso de pederastia! ¿Piensa que, aunque lleguemos hasta donde sea en el obispado, nos van a ayudar? ¡Si la misma Iglesia enterró el asunto mandando al padre Sanjuán a Ecuador!

—Así que cree en la culpabilidad de ese cura.

—¿Usted no? ¡Un seminarista no monta un lío así sin una causa! ¡Y está claro que al rector del seminario lo que más le convenía era defender a su profesor para evitar el escándalo! Lo que no entiendo es el papel del otro chico, Patricio Jiménez.

—Quizá defendiera a su profesor, el padre Sanjuán, o quizá el recién llegado le hubiera quitado los privilegios que él mismo tenía como favorito suyo —dejó ir Miquel midiendo cada palabra—. El padre Jiménez era homosexual, y lo más seguro es que lo fuera ya… o que se iniciara entonces.

La idea fue dando en la diana del ánimo de Fortuny.

—Coño… —masticó la palabra muy despacio.

—Su veredicto es…

—Que los han matado ahora por lo que pasó entonces. —Abrió las manos como si la evidencia fuese absoluta.

—¿Tantos años después?

—Si enviaron al padre Sanjuán a Ecuador, y solo sabían la historia unos pocos, está claro que el regreso de él a España dinamitó el asunto —manifestó—. Alguien se enteró de ese regreso.

—¿Y por qué antes no asesinó a los otros dos? Tuvo diecisiete años para hacerlo.

—Ni idea —concedió Fortuny tras pensárselo un poco—. ¡Cualquiera entiende a una mente criminal! No irá a pensar que razona como usted o como yo.

—Los asesinos también tienen su lógica —aseveró Miquel—. Y no todos son estúpidos o se mueven por impulsos. Algunos son muy listos, tienen la mente fría, saben esperar su momento o

las circunstancias adecuadas. Si lo que pasó en ese «juicio» —remarcó la palabra— fue tan secreto, es posible que las incógnitas hubiesen estado ahí todo ese tiempo.

El detective soltó una bocanada de aire.

No se rindió.

—Sea como sea, hemos resuelto el caso —dijo.

—No corra tanto —le frenó Miquel.

—Encontremos a ese chico, Enrique Comosellame, que hoy tendrá más o menos la edad del tercer cura, el padre Jiménez, y aquí se acaba la historia. —Fue categórico.

Miquel se mordió el labio inferior.

Su cara exteriorizó las dudas que todavía le invadían.

—¡Vamos, hombre! —se enfadó Fortuny—. ¿No me irá a decir que no lo tiene claro? ¡Buscábamos un nexo y ahí está! ¡Es lo que los une a los tres! Uno es un abusador, el otro no solo no le castiga, sino que expulsa al chico y se encarga de mandar al cura lejos, y el testigo de cargo, el seminarista, miente o protege al primero. ¡Es un círculo cerrado!

—Todavía con muchos interrogantes abiertos —repuso Miquel.

—¡Demos con el tal Enrique y los cerramos del todo! —Fortuny hizo chocar sus manos y sonrió abiertamente exclamando—: ¡Se acabó el convento! ¡Fin de la pesadilla!

En ese momento vieron que la monja con la que habían hablado salía por la puerta del convento a la carrera, o al menos desplazando sus cortas y regordetas piernas a más velocidad de la normal.

Se dirigió a ellos bamboleándose de un lado a otro.

—¡Ay, padre! —empezó a hablar antes de detenerse delante de los dos—. ¡Menos mal que aún les alcanzo! —Miró a David Fortuny—. ¿Tiene tiempo de hacer una confesión, padre?

El detective se quedó blanco.

—¿Cómo dice?

—Es que le he comentado a la hermana Socorro su visita, y como estos días todo es una locura y lleva sin confesarse desde el domingo…

—Bueno, estamos a jueves… —Trató de contemporizar.

—¡Uy, la hermana Socorro es de confesión diaria! ¡Tiene noventa y siete años y quiere que cuando llegue la hora todo esté en regla! —La mirada se hizo dolorosa y preocupada—. ¿Andan con mucha prisa? Solo será un momentito. ¿Qué pecadillos va a tener la pobre, si es una santa? Una absolución y la deja feliz.

El detective iba a decir algo. Abrió la boca.

Miquel no le dejó.

—Ande, padre Fortuny. —Empleó el más seráfico de sus tonos—. Cumpla con su deber, que la hermana Socorro y Dios se lo agradecerán. Yo le espero tan tranquilo en el sidecar, ¿de

acuerdo? No hay nada más importante que la paz espiritual.

David Fortuny todavía tenía la boca abierta.

Ya no dijo nada.

—Venga por aquí. —Le cogió del brazo la monja. Y, mientras tiraba de él en dirección a la puerta del convento, Miquel aún tuvo tiempo de oírla decir—: Tendrá que hablarle un poco alto porque la pobre está más sorda…

31

David Fortuny ni le había hablado al salir del convento. Miquel estaba en el sidecar, envuelto en sus reflexiones. El detective apareció de repente, se arremangó la sotana, se sentó en la moto y arrancó sin decir nada, a toda mecha.

Su venganza consistió en acelerar al máximo y pasar casi rozando un trolebús primero y un tranvía después. Siempre por el lado del sidecar.

Miquel optó por cerrar los ojos.

La carrera duró menos de cinco minutos.

De pronto, el candidato a suicida paró la moto junto a una acera desierta.

—¿Se puede saber a dónde vamos? —le espetó.

—¿Me lo dice a mí? —se sorprendió Miquel—. Con lo directo que iba pensaba que lo sabía.

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Miquel le vio la cara. Roja, encendida.

—Está enfadado —dijo.

—¿Enfadado yo? —y lo repitió—: ¿Yo? ¡Lo que estoy es furioso!

—¿No le ha encontrado el punto irónico a la situación?

—¡Es usted un ateo inconfeso! —estalló el detective—. ¿Y si esa pobre mujer se muere hoy?

—Se habrá confesado, irá al cielo.

—¡Confesado con un falso cura!

—Vamos, Fortuny. —Trató de contemporizar—. ¿Qué quería? Si le decimos que tenemos prisa, quedamos mal. Piense que ha hecho un bien.

—¡Si es que…! —contuvo su enfado—. ¡Desde luego…!

—Tampoco le habrá revelado muchos pecados.

—¡Aunque así fuera! —Abrió los brazos—. ¡No voy a decírselos siendo secreto de confesión!

Miquel estuvo a punto de echarse a reír.

Pensó que no era el momento.

Llegó el punto de inflexión.

La calma.

—¿Y ahora qué? —se rindió Fortuny finalmente.

—Hay que hablar con Federico Balsareny —dijo Miquel—. Me mintió y es hora de saber por qué.

—¿Cuándo le mintió?

—Cuando me dijo que no sabía nada de lo que hizo Patricio Jiménez en el seminario de San Agustín, ni si tenía amigos. Está claro que, siendo amantes, Jiménez tenía que haberle contado su vida, y más tratándose de lo que pudieron ser sus primeros pasos en la homosexualidad.

—¿Por qué no le apretó un poco al hablar con él?

—Porque no era el momento, Fortuny. Cada cosa a su tiempo. Ahora sí tenemos una base para hacerle las preguntas oportunas. Ayer solo tuve la intuición. Hoy lo sé seguro.

—¿Y dónde trabaja?

—En la Mutua General de Seguros.

—¿Calle Balmes con la avenida de José Antonio?

—Sí.

—¿Puedo ir primero a casa a cambiarme de ropa?

—No, ya lo hará luego —objetó Miquel—. Me dijo que tenía un despacho en la Mutua, pero que, siendo agente de seguros, pasaba mucho tiempo fuera de él. Mejor tratar de pillarle cuanto antes. Ahora mismo es el único que puede cerrar el círculo en torno a lo que pasó en el año 1935.

David Fortuny no quedó muy convencido.

—¿No cree que si ve a un cura se cortará y no dirá nada?

—No lo sé. Puede que sea al revés. —Se acomodó otra vez en el sidecar—. Venga, arranque.

Fue un trayecto menos acelerado. El impresionante edificio de la Mutua General de Seguros quedaba a menos de treinta metros de donde había estallado la bomba que destrozó justo la otra esquina de la calle. La bomba que, en agosto de 1950, doce años después, le había obligado a remover aquel caso inconcluso de 1938.

Toda la ciudad seguía estando llena de recuerdos.

A veces eran puñales.

Entraron en el edificio por la puerta principal y subieron los escalones hasta la recepción. A la pregunta de si estaba el señor Balsareny le respondió un ordenanza que no lo sabía, que mirasen en la primera planta. Preguntaron dos veces más antes de encontrarse en una zona de oficinas en la tercera. Allí no necesitaron de más ayuda, ni siquiera de una posible secretaria. Vieron a Federico Balsareny al otro lado de una puerta entreabierta, sentado detrás de una mesa atiborrada de papeles que parecía estudiar atentamente.

Miquel metió la cabeza por el hueco.

—¿Señor Balsareny?

El amante del padre Jiménez levantó la cabeza. Se quedó blanco. Y más aún al reparar en que, por detrás, asomaba la sotana de un cura. Miquel no le dio tiempo a reaccionar y se coló en el despacho, o despachito, porque tampoco era muy grande. La ventana daba directamente a la calle Balmes. David Fortuny fue el que cerró la puerta para quedar aislados del resto.

—¿Qué… quiere? —vaciló el hombre echándose para atrás.

—Hablar con usted. Diez minutos. Cinco si me cuenta lo que necesito saber. —Fue directo Miquel—. Luego es probable que no vuelva a verme nunca más.

—Pero si ya le conté…

Dejó la frase sin acabar al ver que sus visitantes se sentaban en las dos sillas habituales al otro lado de la mesa. Las sillas de las visitas. Miquel siguió llevando la iniciativa.

—Me contó todo menos lo esencial —mencionó.

—No entiendo… —Federico Balsareny miró a David Fortuny.

—No tema —le tranquilizó Miquel—. No es un sacerdote de verdad. Es mi socio, también detective.

No le tranquilizó demasiado. Solo lo justo para que cambiara el sesgo de la mirada y volviera a centrarla en él.

La belleza masculina de Federico Balsareny empezó a marchitarse muy rápido, como si ahora cada segundo fuese un año de vida.

—¿Qué es lo que no le conté? —musitó.

Miquel fue directo.

—Me mintió al decirme que Patricio Jiménez no le habló nunca del seminario de San Agustín, ni tampoco de sus amigos o lo que hizo allí.

—Yo…

—Llevaban años juntos. ¿Cómo no iba a referirle pasajes de su vida, su juventud, y más tratándose del momento en que, posiblemente, descubrió su homosexualidad o el padre Sanjuán le condujo a ella?

La palidez se acentuó hasta hacerse mortal.

Miquel le vio dominar una arcada.

No quitó el pie del acelerador.

—Voy a serle sincero —dijo—. Le doy una oportunidad, y por su bien será mejor que la aproveche, o yo mismo le denunciaré. Cuénteme lo que necesito saber y le repito que me iré y no volverá a verme.

—¿Cómo sé que me dice la verdad? —balbuceó casi a punto de llorar.

—No lo sabe —fue claro Miquel—. Pero míreme a los ojos.

Lo hizo.

Allí se quebró la última resistencia.

—¿Qué quiere saber? —exhaló.

—Conocemos la historia, pero nos faltan detalles y, sobre todo, nombres —continuó Miquel —. Patricio Jiménez era seminarista en San Agustín antes de la guerra. Como le he dicho, puede que ya tuviera inclinaciones homosexuales, o puede que le condujera a ellas uno de sus

profesores, el padre Dalmacio Sanjuán, un sacerdote pederasta. Hasta aquí todo más o menos controlado. Pero un buen día aparece otro seminarista, un chico llamado Enrique. Y el padre Sanjuán se fija en él. Para su desgracia, Enrique no traga, es fiel y devoto. En cuanto el padre Sanjuán le acosa, el muchacho le denuncia. Ahí se forma el lío. Un profesor acusado por un seminarista adolescente. Un caso, sin duda, grave. El rector del seminario, el padre Sebastián Santos, los reúne a los dos en su despacho y trata de esclarecer los hechos. El acosado insiste en su denuncia. El acosador se defiende diciendo que el chico ha malinterpretado sus gestos de cariño. Un empate, la palabra de uno contra la del otro. Y entonces aparece el testigo clave: Patricio Jiménez, llamado aparte para dar su testimonio. Él se decanta por Dalmacio Sanjuán, rebate las palabras de Enrique y salva a su profesor, tal vez con la esperanza de recuperar su puesto de favorito. —Hizo una pausa para tomar aire—. Falsamente aclarado el caso, el rector del seminario toma la decisión de expulsar de San Agustín al acosado, que se encuentra así apartado de su vocación y se le priva de un futuro como sacerdote. Si ha mentido, ha de ser castigado. Sin embargo, ese mismo rector, alarmado por lo que entiende que es verdad y no puede seguir consintiendo, no tiene más remedio que apartar al padre Sanjuán del seminario. Y no solo del seminario, también de la ciudad y del país. O él o el obispado, siguiendo su recomendación o petición, lejos de enfrentarse al problema, se lo trasladan a otros. Que Sanjuán haga lo que quiera en Ecuador. La táctica del avestruz. Con Dalmacio Sanjuán fuera y el chico, Enrique, expulsado, todo vuelve a la calma. La vida sigue. Después… Ya lo sabe, la guerra y el fin del seminario, del que ya no queda nada, ni siquiera papeles. ¿Voy bien?

—Sí. —No tuvo más remedio que reconocer Federico Balsareny.

—Ahora veamos qué ha sucedido en estos últimos días —no se detuvo Miquel—. Han pasado diecisiete años y Dalmacio Sanjuán, el pederasta, regresa a Barcelona. Está enfermo. Le operan y le salvan. Pero, ¡oh, casualidad!, nada más salir feliz y contento del hospital, se pega un tiro. Incredulidad, no solo porque se suicide un sacerdote, sino por ese detalle: que acababan de salvarle la vida. Hubiera sido un hecho aislado, misterioso, pero, al cabo de cinco días, otro de los implicados en el caso del seminario muere misteriosamente atropellado por un tranvía: el rector, el padre Sebastián Santos. ¿Se ha arrojado él? No tenía motivos. ¿Ha resbalado o tropezado? Tal vez, porque cojeaba y tenía setenta y cinco años. Pero ya van dos. Y el viernes pasado llega la guinda: Patricio Jiménez, el seminarista que defendió al padre Sanjuán y condenó al chico acosado, aparentemente se quita la vida en la bañera, abrazado a una cruz y con una Biblia al lado, pero sin borrar de su propia habitación las huellas de su homosexualidad ni dejar una nota explicando su acción.

—Tres de tres —intervino Fortuny por decir algo.

Federico Balsareny se tomó su tiempo.

Más calmado.

—Si ya sabe todo esto, ¿qué es lo que quiere? — interpeló a Miquel.

—Primero, necesitaba confirmarlo. Segundo, conocer el apellido de ese joven: Enrique.

—Señor… —Pareció buscar las palabras—. Yo en el fondo no sé nada de eso. Patricio me contó la historia, sí, pero me dio su versión…

—¿Acaso Patricio no tenía también relaciones con el padre Sanjuán?

—Sí, las tenía.

—¿Y no le defendió, aun sabiendo que el tal Enrique decía la verdad acerca de sus actos?

El hombre bajó la cabeza.

—Sí —reconoció antes de agregar rápidamente—: Toda su vida ha cargado con ello, se lo aseguro. Lo único que puedo decirle es que, cuando dos personas se enamoran, toda razón sobra, y en aquellos días Patricio veía a ese hombre poco menos que como un santo…

No pudo seguir. Se llevó el puño de la mano derecha a la boca y lo mordió.

—Sea como sea, Patricio Jiménez se abrió a usted —mencionó Miquel obviando el gesto.

Federico Balsareny dejó caer la mano.

—Claro —manifestó.

—¿Dice que se sentía culpable?

—Por supuesto. Pero entonces era un chico de quince años. Por Dios, ¿quién no se ha equivocado a esa edad? ¡Él estaba deslumbrado por ese hombre, el padre Sanjuán, su profesor, un ser culto y sabio! Al contármelo todo me aseguró que llevaba ese peso sobre la conciencia. —Quiso reafirmar sus palabras—. Patricio era una buena persona y, lo más importante, un buen sacerdote. Cuando se ordenó y empezó a ejercer, se dio aún más cuenta de su error, del mal que había hecho. No podía dejar de ser lo que era, y más cuando nos enamoramos los dos, pero el peso de aquel testimonio le atormentó siempre. Me dijo que el otro chico era más joven y que, por lo visto, lo que más deseaba en la vida era ser sacerdote. La suya era una vocación pura, por eso denunció a su acosador. Patricio lloró más de una vez diciendo que por su culpa se había perdido un buen servidor de la Iglesia. Fue al contármelo a mí, a modo de expiación, cuando quiso enmendar su error.

—¿Lo hizo? —Levantó las cejas Miquel.

—Lo intentó.

—¿Cómo?

—Le buscó, para ayudarle de alguna forma.

—¿Le encontró?

—No.

—¿Y no recuerda el apellido?

—Siempre se refería a él por el nombre. Pero cuando dio con la hermana… Bueno, ella se llamaba Soledad Llorente. Así que ha de ser Enrique Llorente.

—¿Cuándo dio con la hermana? —Volvió a tensarse Miquel.

—Hará cosa de cinco o seis años.

—¿Y ella no sabía dónde estaba Enrique? —se extrañó.

—No. Había desaparecido.

—¿Insistió?

—Sí, por supuesto, pero nada.

—Tuvo que mentirle. Lo más lógico es que una hermana sepa el paradero de un hermano. Otra cosa es que, de alguna forma, quisiera protegerle y apartarle del pasado. Que le buscara un sacerdote…

—Tal vez. —Federico Balsareny hizo un gesto de amargura—. Patricio insistió en que eran viejos amigos, que necesitaba encontrarle, pero ella le gritó que se fuera, que no quería saber nada de curas y que por culpa de la Iglesia su familia había quedado destrozada.

—¿A qué se refería?

—No lo sé. Quizá al hecho de que hubieran expulsado al chico del seminario años atrás. Todo fue muy confuso. Es más, le sacó a empujones de la casa. —Se mostró agotado, desfallecido, como si hubiera llegado extenuado al final de la conversación—. Señor, por favor, le juro que no sé qué más pueda contarle.

—¿Dónde vive Soledad Llorente?

El amante del padre Jiménez cerró los ojos. Hizo memoria.

—Patricio me habló de la calle Jaime Giralt, un par de calles por encima del mercado de Santa Catalina, pero no sé el número. Lo recuerdo por lo de Giralt. Un primo lejano mío se llama igual.

—¿No le acompañó?

—No. Fue solo.

Se quedaron callados. Los tres. Miquel sin preguntas, David Fortuny quieto y Federico Balsareny derrengado. Los papeles diseminados por encima de la mesa parecían haber aumentado. O eso o el empleado de la Mutua había empequeñecido.

—Ha tenido suerte de que sea yo quien está investigando esto. —Se puso en pie el primero Miquel.

El hombre no abrió la boca. Captó el mensaje. Le miró con respeto.

—Gracias —asintió un par de veces.

—Tenga cuidado. —Miquel le tendió la mano derecha.

Fue como apretar por segunda vez una figura de cera.

32

Al llegar a la calle, antes de que Miquel pudiera decir nada, lo hizo David Fortuny.

—¡Voy a mi casa a cambiarme, ni me lo discuta! ¡Como me encuentre a algún conocido y me reconozca…!

—De acuerdo, no hay prisa.

—¿Ahora no hay prisa? ¡Menos mal!

—¿No piensa volver al convento?

—¡Ni hablar! ¡Yo ya he hecho mi parte! ¡No sé qué más pueda descubrir allí! Habiendo dado con ese cura, el padre Gómez, ¡todo resuelto!, ¿no?

—¿Y su ropa?

—¡Ya la iré a buscar, o le pediré a mi primo que me la recoja y me la envíe!

Un sacerdote gritando en la calle no era algo usual. Un par de personas volvieron la cabeza al pasar cerca. Una, la mujer, incluso puso cara de «¡hay que ver!».

—¿Qué opina acerca de lo que acaba de contarnos ese hombre? —Miquel señaló en dirección al edificio de la Mutua.

—Pues que cada vez parece más claro que, si se trata de una venganza por lo sucedido en el seminario, el tal Enrique Llorente tiene todos los números.

—Siguen quedando cabos sueltos.

—¿Y qué quiere, que todo cuadre y encaje?

—Pues sí.

—Mascarell, que ahora no es inspector, es detective. No hace falta que detenga a nadie. Basta con descubrir la verdad.

—Ya, pero…

—¿Pero qué?

—Hace falta mucho ingenio, y no menos maestría, para matar a tres curas y fingir que son suicidios.

—¿No cree capaz al exseminarista?

—No lo sé.

—No sabemos nada de él, a qué se dedicó, qué hizo en estos años. La gente cambia. Puede que fuera un buen chico cuando estudiaba para cura, pero tras la expulsión… —Fortuny se sentó en la moto—. Ande, suba de una vez y no maree más la perdiz, que mire que es tozudo, ¿eh?

Miquel le obedeció.

Esta vez, el trayecto hasta la casa del detective fue más tranquilo. Ni corrió ni pasó a escasos centímetros de ningún tranvía o trolebús. Con el buen tiempo, a Miquel incluso le empezaba a gustar moverse en el sidecar.

Aunque prefería no admitirlo.

Subieron primero hasta el despacho. En la puerta encontraron un letrero escrito a mano que decía: Para consultas, tercer piso. Era de Amalia. Llegaron arriba y entraron directamente, sin llamar. En el momento de aparecer ella por el pasillo y ver a David Fortuny vestido con sotana, todo cambió.

No fue solo que Amalia se riera, es que acabó doblada sobre sí misma con las lágrimas saliéndole por los ojos y apoyada en la pared.

—¡Jaaa…, ja, ja…!

El detective no se lo tomó nada bien.

—¡Amalia! —protestó.

Ella siguió riendo. A duras penas consiguió decir:

—¡Creo que…, creo que no podré volver a meterme en la cama contigo! ¡No después de verte así! —Y vuelta a las carcajadas.

—¡Bueno, ya está bien! ¡Se acabó!

Pero no había acabado. A Amalia empezaba a dolerle el vientre de tanto reír.

—¡Pensaré que soy una pecadora!

—¡Pero si eres comunista!

Fue como si la halagara. Las carcajadas volvieron a aumentar.

—¿Ve lo que consigue con sus gracias? —le dijo Fortuny a Miquel muy serio y molesto.

—¿Yo?

—¡Voy a cambiarme, quédese con ella, a ver si se calma!

Desapareció pasillo arriba y Miquel se quedó con la novia de él. El efecto de verle con sotana permaneció en ella casi un minuto más. Al final, la mujer se secó los ojos con las manos.

—Por Dios… —exhaló—. ¡Qué imagen!

—Está muy sensible —le advirtió él—. Mejor un poco de cariño.

—¿Más?

—Piense que ha estado en un convento, solo, comiendo allí y aguantando rezos y misas mientras trataba de dar con alguna pista del caso. Y lo ha hecho bien, muy bien.

—No, si cuando se pone…

—Al final será verdad que formamos un buen equipo.

—¿Acaso lo duda? —ponderó Amalia—. Usted es un lince. Y le hace mejor a él.

—Gracias. ¿Dónde tienen la guía telefónica?

La hojeó mientras esperaba el regreso de Fortuny. No había Llorentes con una E de inicial ni tampoco ninguno en la calle de Jaime Giralt. No era la primera vez que tenían que ir puerta por puerta buscando a alguien. La única solución. Por suerte, no era una calle larga como las del Ensanche.

Reapareció el detective vestido con su ropa normal.

—¡Qué alivio! —le oyeron decir.

Entró en la sala y miró a su novia esperando más risas. Esta vez Amalia se acercó a él, le rodeó con los brazos y le dio un beso en la mejilla.

—Mi héroe —le dijo.

—¿Ahora soy un héroe?

—Me ha dicho que te has portado bien y has dado con lo esencial para resolver este caso.

David Fortuny miró a Miquel.

No dijo nada.

—¿Algún cliente? —se dirigió de nuevo a ella.

—Una señora, ayer. Me dejó el número de teléfono para que la llamaras cuando pudieras. Cree que su marido se la pega.

—Vaya novedad —rezongó él.

—Por lo visto, es del Movimiento. Incluso hizo un chiste con eso. Dijo que por eso se movía mucho. Humor macabro. No parecía una de esas esposas sumisas que lo aguanta todo estoicamente. Tienes el número abajo, encima de la mesa.

El detective se acercó a Miquel al verle con la guía telefónica abierta.

—¿Ha encontrado algo?

—No. Puede que no tengan teléfono o que, si esa mujer está casada, esté a nombre del marido.

—Así que nos toca el paripé de ir puerta por puerta.

—Me temo que sí.

—Y, si damos con ella, ¿cree que nos dirá algo de su hermano? Al padre Jiménez le despachó sin más sin querer hablar con él.

—Él era un cura. Nosotros somos diferentes.

—¿Y si sabe que su hermano es un asesino?

—No adelante acontecimientos, Fortuny.

—Yo no adelanto nada, pero está claro que su hermano Enrique se ha convertido en el principal sospechoso de todo esto.

—Y yo le digo que me sigue chirriando algo.

—¡Venga, hombre!

—¿Cómo supo Llorente que el padre Sanjuán había vuelto a España?

—¡Vaya usted a saber!

—Tampoco son esos diecisiete años. ¿Y la diferencia de los tres hechos entre sí? Del primero al segundo pasan cinco días, pero del segundo al tercero apenas dos.

—Planear cosas así requiere tiempo. Igual siguió al padre Santos dos o tres días antes de meterle bajo las ruedas de ese tranvía.

—Tiene su lógica, pero…

—Pero nada, va, ¿nos ponemos en marcha?

Miquel comprobó la hora.

—Yo comería algo antes —dijo—. Luego seguro que se nos echa el tiempo encima. —Le preguntó a Amalia—: ¿Nos acompaña y comemos los tres? Paga la agencia.

33

Pese a que le tocó pagar a «la agencia», es decir, a David Fortuny, la comida fue agradable. Distendida. La presencia de Amalia era tan poderosa en el ánimo de los dos como solía serlo la de Patro cuando se daba la circunstancia. El ambiente cambiaba. En un momento en que ella se fue al servicio, Miquel le dijo a su compañero:

—Tenemos suerte, Fortuny. Mucha suerte.

—¿Va a venirme otra vez con eso de que me case o se cansará de mí?

—No, no, allá usted. Yo solo le he hecho un comentario. Usted y yo, sin ellas, no seríamos nada.

El detective miró en dirección a la puerta por la que acababa de desaparecer su novia.

—Desde luego, es maja —comentó.

—No sea burro. Sabe que es mucho más que «maja» —se lo recalcó—. Amalia es una mujer de pies a cabeza, fuerte y segura. No encontrará nada mejor, salvo algún ligue ocasional y sin sentido. No sé por qué, pero le quiere.

—Soy un tipo cojonudo.

La mirada de Miquel lo dijo todo.

—¡Yo sí que no sé cómo esa belleza que tiene en casa le quiere a usted! —protestó Fortuny.

—Yo también soy cojonudo. —Le guiñó un ojo.

David Fortuny frunció el ceño.

—Hoy le veo animado —proclamó.

—Sí, ¿no?

—¿Algo de nuevo?

—Ayer me encontré con la novia de Roger.

—¿En serio?

—Casada, con un hijo.

—¡Ahí va! —Su compañero se quedó tenso.

—No, la vida sigue. Mírelo así. Primero me sentí mal, pero después… Solo lloré al llegar a casa.

—¿Y por qué lloró?

—Porque al niño le había puesto Roger de nombre.

—Ya digo yo que es un sentimental.

—Si no eres sentimental a mis años…

No hubo respuesta ni dio tiempo a ningún comentario. La expectación del detective quedó truncada con la reaparición de Amalia acercándose a la mesa con su paso vivo y bajo la atenta mirada del resto de los hombres que comían en el lugar.

—¡Qué rápida! —dijo Fortuny.

—Solo he ido a empolvarme la nariz —mintió con su habitual descaro ella—. Una dama no habla de lo que hace vulgar su presencia en el baño.

—Es pura poesía. ¿A que sí? —le dijo su novio a Miquel.

—Venga, pague y vámonos a trabajar —repuso éste.

Mientras el camarero les cobraba, Miquel le echó una ojeada al periódico del bar, que estaba sobre una mesa contigua. No trató de cogerlo. En la portada se veían varias imágenes de una Barcelona engalanada y repleta de gente en las calles, con Franco desfilando con su solemne autoridad entre ellos, de pie en el coche descubierto y con gorra de marino. El titular lo decía todo: «Triunfo y apoteosis de Franco en Barcelona».

Se les acababan los términos elogiosos.

¿Triunfo?

Se despidieron de Amalia en la puerta del bar y subieron a la moto. La calle de Jaime Giralt quedaba a media distancia, pero circular por el entramado de calles y callejuelas del casco antiguo no siempre era sencillo. Cuando llegaron también les costó dejar la moto con el sidecar en algún lugar que no molestara ni interceptara el paso de coches, camiones o carretas. Tuvieron que hacerlo en las proximidades del mercado de Santa Catalina y luego subir a pie por Baja de San Pedro.

—Venga, usted por la derecha y yo por la izquierda. —Se dispuso a cambiar de acera Miquel.

—Siempre escoge la izquierda —le hizo notar su compañero.

—¿Yo?

—Sí.

—Pues no me había dado cuenta.

—Ya, ya. —Chasqueó la lengua Fortuny—. Lo lleva dentro.

Miquel no le hizo caso. Se pasó a la otra acera y entró en la primera tiendecita que encontró. El procedimiento era simple: para empezar las tiendas y las casas con portera. Después, el resto, anotando los lugares en los que no conseguían nada. El resultado casi siempre solía ser desolador, máxime cuando allí la mayoría de los edificios carecían de portera.

Fue a media calle, casi en la esquina de Pou de la Figuereta, cuando le sonrió la suerte.

La carnicera se lo dijo mientras golpeaba con un enorme cuchillo un buen pedazo de carne roja. Con cada tajo separaba un perfecto filete.

—¿Soledad Llorente? ¿La Sole? Bueno, aquí la conocemos como señora Novell. Pero sí, sí,

vive ahí enfrente, en esa casa con el arco de piedra.

Miquel miró al otro lado. A Fortuny aún le quedaban diez metros para llegar hasta el lugar.

—Gracias, señora.

Salió de la carnicería y movió la mano para que su compañero le viera. La seña hizo efecto. David Fortuny aceleró el paso.

—¿Ya?

—Sí, la tengo. Por aquí la conocen como señora Novell, el apellido del marido. Es ahí.

El portal era el clásico de las casas viejas y añejas, oscuro y cargado de aromas pegados a las paredes. También la escalera. Llamaron a la primera puerta que encontraron y un hombre viejo les dijo que fueran arriba. Los escalones eran de madera y estaban muy combados por los miles de pisadas almacenadas en ellos a lo largo de su historia. Se detuvieron frente a su destino y fue Miquel el que pulsó el timbre.

Apenas lo oyeron al otro lado.

El hombre que les abrió la puerta, sin preguntar quién llamaba, iba en camiseta y olía a sudor. Una corriente de aire procedente del piso les impactó a los dos al arrastrar el aroma hasta ellos. Por encima de la camiseta asomaba una enorme pelambrera pectoral, tan despeinada como el cabello de su cabeza. No llevaba zapatos. Se le veían las uñas sucias.

No le gustó encontrarse con dos desconocidos.

—¿Qué? —preguntó con voz gruesa.

Miquel se revistió de su mejor talante.

—Buenas tardes. ¿El señor Novell? Nos gustaría hablar un momento con su esposa.

No le dio resultado.

—¿Mi mujer? —Miró a uno y a otro—. ¿Y para qué quieren ver a mi mujer, si puede saberse?

—Se trata de su hermano, Enrique.

Se puso tieso, le cambió la cara. De enfadado pasó a muy enfadado. Sus ojos expresaron tanto como su voz el malestar que sentía.

—¿Qué le pasa a ése ahora?

—Nada, es sobre…

No pudo ni terminar la frase.

El hombre se calentó lo suficiente tras el primer instante.

—¡Lárguense de aquí, maldita sea! —gritó—. ¡No queremos saber nada de ese tarado!, ¿entienden? ¡Nada, coño! ¡Y, si está muerto, mejor para todos, le entierran y en paz!

El impacto de la puerta al cerrarse hizo temblar todo el edificio.

Miquel y David Fortuny se quedaron un momento en el rellano.

—¿Volvemos a intentarlo? —susurró el detective.

—Mejor no —reconoció Miquel—. Ese hombre no es de los que parezcan tener paciencia ni

aguante.

—Entonces…

—Vamos a esperarla en la calle.

—¿Y si nos tiramos horas?

—Volvemos mañana.

—¿Y si tampoco quiere hablar? Ya ha visto cómo se ha puesto el marido.

Miquel bajaba las escaleras despacio.

—El marido es el marido y la hermana es la hermana. La sangre siempre es la sangre.

—Ya, pero si no quiere abrir la boca…

—Yo creo que sí lo hará. Si es necesario, le mentamos la gravedad del caso.

—Le veo muy seguro.

Estaban ya en la calle.

—Cuanto más borde es un marido, más amable suele ser la esposa.

—Menuda teoría.

—Experiencia.

—Según Balsareny, fue ella la que también le estampó la puerta en las narices al padre Jiménez, ¿lo ha olvidado?

—El padre Jiménez era un cura. Nosotros no. ¿Quiere apostarse algo?

—¿Con usted? —Negó con la cabeza—. No, nada. Y, por cierto, ¿cómo la reconocemos?

—¿No ha visto la foto de detrás del marido, colgada en la pared del recibidor?

—No me he fijado.

—Yo sí. Venga. —Empezó a cruzar la calle en dirección a la carnicería.

La carnicera ya había dado buena cuenta del pedazo de carne. Una ristra de filetes se alineaba en el mármol. El olor era fuerte y la sensación de escabechina animal flotaba en el ambiente. Dos parroquianas esperaban el final de la operación con aire de estar presenciando un ritual poco menos que satánico. La visión de la carne hizo recordar a Miquel los años de hambre en el Valle de los Caídos.

—¿Otra vez usted? —le espetó la carnicera.

—No estaba en casa. ¿Conoce usted sus hábitos, si trabaja, a qué hora regresa…?

La mujer le observó con desconfianza. Debía de estar calibrando si eran policías o no. Debió de colegir que sí, aunque siguió mostrándose reticente.

—¿Cree que estoy todo el día pendiente de quién entra y quién sale en el vecindario? —Intentó parecer menos adusta—. Ella viene a comprar por las mañanas, temprano. A esta hora de la tarde no tengo ni idea de qué hace o no hace.

—Perdone que la hayamos molestado. —Inclinó la cabeza cortésmente Miquel.

Salieron de la tienda.

Por detrás de ellos, el silencio.

—¿Dónde la esperamos? —preguntó el detective buscando algún lugar apto arriba y abajo de la calle.

No había ningún bar cerca, y, si se alejaban, perderían el factor sorpresa en caso de aparecer su objetivo.

—Tendremos que quedarnos aquí de pie —se resignó Miquel.

—Pues sí que…

—Más me fastidia a mí, que ya tengo unos años. —Le hizo ver él.

—Pero si es un andarín.

—Andar es una cosa. Otra muy distinta esperar como un palo. Le damos una hora y, si no aparece, volvemos mañana. ¿Le parece?

—Por mí… —Se encogió de hombros.

Apenas pasaron un par de minutos de silencio. Fue Miquel el que rompió la calma.

—Su primo no se va a poner nada contento —dijo.

—¿Por qué?

—Imagino que preferirá la noticia de los asesinatos antes que la de los suicidios, aunque sea igual de escandaloso. Lo malo será cuando le digamos el motivo de todo esto. Un cura pederasta que, además, contó en su día con el encubrimiento de la Iglesia… A saber lo que hizo Dalmacio Sanjuán allí, en Ecuador.

—Mientras me pague todo este trabajo…

—Va a ser una factura buena, y llena de gastos.

—Ésos tienen dinero, seguro.

Miquel prefirió no opinar. Observó a su compañero. A veces era más inocente de lo que ya parecía. Quizá por eso empezaba a caerle incluso bien.

Todas las fachadas se desmoronaban con el tiempo.

Al final no hizo falta esperar una hora. Soledad Llorente, señora de Novell, apareció por la parte derecha de la calle. No parecía tener prisa. Caminaba ensimismada. Miquel la reconoció al momento por el cabello rubio, tal y como lo tenía o lo llevaba en la fotografía del recibidor de su casa. Cruzó la calzada de inmediato y la detuvo a unos metros del portal del edificio.

—¿Señora Soledad? —Prefirió el nombre antes que uno de los dos apellidos.

Ella los miró con miedo.

Mucho miedo.

—Perdone que la molestemos aquí, en plena calle. —El tono de Miquel se hizo amable, casi adulador. No era el de un secreta o alguien peligroso—. Lo que pasa es que su marido no ha querido hablarnos y necesitamos hacerlo con usted.

—¿Conmigo? ¿De qué?

—De su hermano Enrique.

Cerró los ojos y dejó caer los hombros. La sensación fue de cansancio, de agotamiento almacenado durante años.

—¿Qué ha hecho? —quiso saber.

—No somos policías —la tranquilizó Miquel—. Estamos llevando a cabo una investigación encargada por el padre Amancio Delgado, del convento de San Gabriel, sobre un suceso en el que se vio involucrado su hermano en 1935, cuando era seminarista en San Agustín.

El agotamiento tocó tierra.

—Pero eso fue… hace mucho —logró decir tras la primera sorpresa.

—Lo siento.

—Jesús…

—Solo serán unos minutos, se lo prometo. ¿Quiere que hablemos aquí mismo, en la calle?

Ella levantó la cabeza y miró el edificio en el que vivía.

De nuevo hubo temor en sus ojos.

—No —dijo—. Si mi marido se asoma y me ve…

—¿Dónde podríamos ir?

Soledad Llorente ya no opuso resistencia.

—Vengan. —Tomó la iniciativa—. Hay un bar aquí cerca. Si me invitan a un café…

34

Apenas cinco años antes, como mucho, una persona se podía tomar una taza de achicoria. ¿Café? Un lujo. No había. Y, si había, era caro, del mercado negro. Más que negro, negrísimo. Cuando llegó a Barcelona en julio del 47, el contrabando era la única posibilidad de permitirse algún exceso quien pudiera pagarlo. Fue lo primero con lo que se dio de bruces en aquel regreso tan amargo y extraño.

Eran los días en los que, sin embargo, se había reencontrado con Patro y, de nuevo, su vida había dado el más inesperado de los giros.

Ahora incluso era detective.

La palabra se la devolvió David Fortuny como un eco al contestar a la pregunta que les estaba formulando Soledad Llorente:

—Somos detectives. Todo lo que nos diga quedará entre nosotros. Usted siéntase tranquila.

—¿Tranquila, cuando quieren que les hable de mi hermano?

—No pasa nada, ya lo verá. —El tono de Fortuny trataba de ser convincente—. Pura rutina.

—¿Pero para qué les interesa una cosa que pasó hace tantos años?

—Bueno. —Fortuny miró a Miquel para que le ayudara—. El tema ha salido de improviso y nuestro deber es hacer preguntas, atar cabos… Ya sabe.

Pero no, no sabía. Soledad Llorente se dirigió a Miquel.

—¿Dice que la investigación la ha encargado el convento de San Gabriel, señor?

—Sí, señora.

—¿A estas alturas, después de todo lo que le hicieron a Enrique?

—Conocemos parte de la historia, pero necesitamos corroborarla. Y, desde luego, nadie mejor que usted para hacerlo.

Los cafés llegaron a la mesa. Uno para David Fortuny, otro para ella. Miquel había pedido un simple vaso de agua. La mujer se quedó mirando el negro líquido, como si fuese un remedo de su ánimo.

—Yo solo sé lo que me contó Enrique entonces. También era muy joven, cuatro años mayor que él. Imagínense, fue una conmoción para todos. Que un sacerdote hiciera eso… —Se detuvo y los observó con temor.

—Sabemos que el padre Sanjuán quiso abusar de su hermano. —Le hizo ver Miquel.

—Pues si ya lo saben…

—Por favor, siga —la invitó.

—Cuesta hablar de eso, ¿entiende? —Hizo un gesto de pesar.

—Nosotros no somos sacerdotes. Ésa es la diferencia.

—Claro —asintió ella mientras se llevaba la taza a los labios por primera vez—. Yo… todavía tengo la imagen de Enrique contándonos cómo y por qué le habían expulsado del seminario. Pobrecillo…

—Tenemos entendido que era muy católico y que ser sacerdote era su máxima ilusión.

—No lo llame ilusión. Llámelo vocación. Les aseguro que era extrema, como la de mamá. Consagrarse a Dios fue lo único a lo que aspiraba mi hermano desde que era niño. Lo suyo parecía casi…, no sé, visceral. Una pasión fuera de lo común. A veces daba la impresión de estar iluminado, como si realmente Dios le hubiera tocado con una varita. —Bebió un segundo sorbo sin soltar la taza de entre las manos—. Por eso al expulsarle cambió tanto, perdió la fe, lo único que realmente tenía.

Miquel comprendió que ya estaba a punto.

—Díganos qué le contó exactamente su hermano —le propuso.

—Un cura, el padre Dalmacio Sanjuán, fue el culpable de todo. —Empezó a narrar despacio, con la mirada un tanto extraviada—. Nada más llegar Enrique al seminario, se fijó en él. Enrique era muy guapo, rostro limpio, piel suave. Un encanto. Las vecinas le decían a nuestra madre que le querían para sus hijas. Era dulce pero también firme, para nada infantil. La forma en que creía en Dios le hacía fuerte, le daba seguridad. Por eso reaccionó como reaccionó a lo que le hizo ese cura, el padre Sanjuán. —Tercer sorbo de café—. Empezó a tocarle a los pocos días, primero en plan cariñoso, una caricia en la mejilla, un beso en la frente, una mano apretándole el brazo con suavidad… Hasta que, poco a poco, las caricias fueron más directas, incisivas, y los besos cambiaron de la frente a la mejilla, y cada vez más cerca de la comisura de los labios. Un día…

Miquel no la forzó de inmediato.

La dejó sobreponerse.

—Es difícil de contar —dijo ella.

—Lo imagino.

—Y más a dos extraños. —Fue sincera.

—No querríamos saber los detalles escabrosos, se lo aseguro, pero necesitamos toda la información que podamos reunir. Piense que, si llegamos al final de todo esto, su propio hermano se beneficiará de ello.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Quedará exonerado.

—¿Y no cree que es demasiado tarde para eso?

—Nunca es tarde, señora. Y si Enrique sigue creyendo…

—Ya le he dicho que no, que perdió la fe. Desde entonces odia todo lo que tenga que ver con los curas y con la Iglesia. Se sintió tan traicionado… ¡Santo Cielo, era un niño, y fue como si Dios le abandonara! ¿Se da cuenta de lo que es eso para un creyente? —Crispó las manos en torno a la taza—. ¿Por qué le interesa ahora esto a la Santa Madre Iglesia?

—A veces la justicia tarda, pero siempre hay que confiar en que llegue.

—¡Pues a buenas horas! —lamentó acentuando la amargura.

—¿Qué le hizo el padre Sanjuán a Enrique?

La taza acabó en el plato porque sus manos temblaron un poco. Soledad Llorente tenía el rostro tenso. Sin embargo, Miquel supo que la puerta estaba abierta y que también ella, en el fondo, quería contarlo.

Quizá después de muchos años.

—Un día ese cura le pidió que se desnudara. Enrique le preguntó por qué y él le contestó que para mostrarse tal cual era ante el Señor, limpio y puro. Naturalmente le obedeció. No solo era su profesor, también un sacerdote muy admirado en la comunidad. Cuando estuvo desnudo, Sanjuán le tocó el sexo y le preguntó: «¿Sabes para qué sirve esto?». Enrique contestó que para orinar. Siguió tocándole y entonces le dijo: «Sirve para mucho más que eso. Y, desde luego, es algo hermoso. ¿Ves cómo al tocarlo yo se pone duro?». «Sí», respondió Enrique. Y el siguiente paso del padre Sanjuán fue decirle: «¿Quieres ver el mío?». Entonces, sin esperar siquiera una respuesta, se quitó la sotana. Enrique me dijo que no llevaba ropa interior. Una vez desnudo, le pidió que se lo tocase a él. Enrique vaciló. Sanjuán repuso: «Si Dios no hubiera querido que lo tuviéramos, no nos lo habría dado. Vamos, cógelo, siéntelo en tu mano. Verás qué milagro nos ha dado el Señor». —Soledad Llorente tragó saliva con esfuerzo y bajó la mirada—. Sanjuán le pidió entonces que… lo moviera, arriba y abajo… Bueno, ya saben. Y, mientras Enrique le obedecía, él cerró los ojos y pareció entrar en éxtasis. Así es como me lo describió mi hermano. Éxtasis. Lo que sucedió a continuación… ya lo imaginan. Para mi hermano debió de ser poco menos que un milagro. Sanjuán le dijo que aquello era «la leche de Dios» y que «todos la llevamos dentro». Enrique se dio cuenta, a pesar de todo, de que aquello no era normal, pero no sabía qué hacer. ¡Tenía catorce años y él era su profesor! Antes de darse cuenta de nada más, Sanjuán ya le estaba masturbando a él y… —Apretó las mandíbulas—. Al acabar todo aquello el maldito cura le dijo que había superado la prueba, pero que ése sería su secreto, que nadie debía saberlo. Cuando se quedó solo, Enrique estaba muy desconcertado. No sabía nada de la vida ni del sexo, pero una voz interior le gritaba que algo no iba bien, que había cometido sin saberlo un pecado contra natura. Rompió a llorar y, por supuesto, calló. Pensó que todo había sido cosa de aquella vez. —Suspiró—. Naturalmente no fue así. Cuando volvió a las andadas, no solo le rechazó, sino que decidió dar el paso y denunciarle al rector del seminario.

—Abrió la caja de los truenos.

—Absolutamente. Y bien que estallaron. Pero él no supo qué sucedió a partir de ese momento.

—Creíamos que habían confrontado las dos versiones, la de Dalmacio Sanjuán y la de su hermano —repuso Miquel—. Es decir, que los habían sometido a un cara a cara.

—Sí, eso sí. Fue muy doloroso, traumático, declaró la verdad con todo lujo de detalles, de manera abierta y sincera, siempre apoyado en su fe y creyendo en el buen juicio de Dios, pero verbalizar aquello… Ni me lo imagino, ¿saben? Sin embargo, tras esa especie de juicio en el despacho del rector, con apenas dos o tres testigos, ya no hubo más. Le recluyeron en su habitación hasta el momento de la expulsión.

—¿Cómo que ya no hubo más?

—¿Qué más quería usted que hubiese?

—Hubo un testigo de cargo que apoyó al padre Sanjuán.

Soledad Llorente frunció el ceño.

—¿Qué testigo de cargo? —preguntó.

—Otro estudiante, seminarista, dos o tres años mayor que Enrique. Se llamaba Patricio Jiménez.

—Yo no sabía eso —repuso ella.

—¿Ni Enrique?

—Me lo habría contado.

—¿No le habló de ese chico, Patricio Jiménez?

—No, es la primera vez que oigo ese nombre.

—¿Y al rector le mencionó?

—No lo recuerdo.

—Se llamaba Sebastián Santos.

—No, lo siento.

Miquel intentó ordenar sus ideas. Soledad Llorente acababa de confirmarle lo que le había contado Federico Balsareny: que Enrique desconocía el papel de Patricio Jiménez.

—¿Quién pensó Enrique que le había expulsado?

—Pues… el obispado, ¿no? Quiero decir que estas cosas… —Se quedó cada vez más perpleja —. No entiendo qué tiene que ver esto con lo sucedido. Si creyeron al padre Sanjuán, mi hermano ya no tuvo nada que hacer. Eso del testigo de cargo, o como se llame…

—Después de la expulsión, ¿sabe si buscó al padre Sanjuán?

—Buscarle, no lo sé. Pero me dijo que había sabido que lo enviaron fuera de España. Quizá sí lo intentó, y con ese maldito cura lejos… ¿qué se podía hacer ya?

—Así que Enrique nunca le habló de Patricio Jiménez ni de Sebastián Santos —insistió Miquel.

—No, no lo hizo. De eso hace años, pero, dada la gravedad de lo que sucedió, creo que habría

recordado al menos esos nombres. Lo de ese testigo me ha dejado muy sorprendida. Además, ¿cómo pudo ser testigo si lo que le había hecho el cura a mi hermano fue estando los dos solos?

—El otro chico también tenía que ver con el padre Sanjuán, y, desde luego, no estaba en la misma situación que Enrique. A él le gustaban los favores de su profesor.

—Dios mío…

—¿Qué pasó después?

—¿De verdad quiere saberlo? —argumentó Soledad Llorente más y más hundida en su desazón.

—Por favor.

—¿Qué quería que pasara? —rezongó—. Para Enrique su vocación lo era todo, absolutamente todo. Sin ella se quedó sin nada. Un pájaro con las alas cortadas obligado a moverse por tierra en lugar de volar libre por el aire. —Respiró con fuerza, como si hablase de sí misma—. Dios le falló. Pero no le culpó a Él, se culpó a sí mismo. Y con esa culpa en el alma se hundió en el abismo, aunque ni siquiera eso fue lo peor.

—¿Qué fue lo peor?

—Nuestra madre era aún más católica que él. Devota hasta lo irracional, de misa diaria. Todo lo daba y lo quitaba Dios. Ella le dijo siempre a Enrique que tenía que servir a Dios. Soñaba con un hijo sacerdote. Los nietos ya se los daría yo, que para algo era una mujer. Enrique tenía que ser santo.

—¿Se lo inculcó desde niño?

—Sí —se lo certificó.

—¿Y su padre?

—Murió al poco de nacer Enrique. Estábamos solos con ella. A mi hermano le predestinó. Cuando entró en el seminario se sintió realizada, sus sueños colmados. Enrique estaba en el camino. Después, al ser expulsado, mamá se vino abajo, ni lo entendió ni lo resistió. Su depresión fue tal que murió en pocos meses, al comienzo de la guerra.

—¿Qué fue de Enrique?

—Le crio nuestra tía, la hermana de nuestra madre. Yo estuve apenas un año con ellos, hasta la muerte de mi tío en la guerra. Tengo cuatro años más que él. Me casé pronto, sobre todo para tener una vida propia. Alejarme no sirvió de mucho porque, aunque de lejos, pude ver el deterioro de Enrique. Ya no volvió a ser el mismo. —Exhaló un poco de aliento que casi sonó como un gemido—. Todo fue muy duro, señor. Por eso que lo investiguen ahora… Llegan ya demasiado tarde, mucho.

—¿Cómo se llama su tía?

—María Lago.

Miquel hizo la pregunta como si se tratase de una más, siguiendo la inercia de la charla.

—¿Dónde está Enrique ahora?

—No lo sé —suspiró ella.

—¿No lo sabe?

—No —se reafirmó en ello—. Aparece una temporada, luego desaparece otra, trabaja en esto, luego en aquello… Llevo dos meses sin saber de él.

Miquel tuvo la misma sensación que había tenido al interrogar la primera vez a Federico Balsareny.

La sensación de que Soledad Llorente mentía.

Podía asustarla, pero… ¿valía la pena? No era más que una hermana mayor protegiendo a su hermano pequeño. Si la acorralaba, la perdería.

Se encontró con la mirada inquieta de David Fortuny, que, como siempre, le dejaba hablar a él.

—Suceda lo que suceda con esta investigación, no le pasará nada a él —mintió Miquel con el rostro grave.

—Pero lo removerá todo otra vez —advirtió la mujer—. Así que espero que no aparezca en otros dos meses, se lo aseguro. —Apuró el último sorbo de café—. Enrique perdió la fe, señor. No solo la perdió: se fue al otro lado, el del resentimiento. Ahora odia a la Iglesia y todo lo que tenga que ver con ella. Casi me alegro de que mi madre muriera, porque si hubiese visto en lo que se ha convertido Enrique… —Se enfrentó a los ojos de Miquel con mucha acritud—. Aquello nos destrozó la vida a todos, ¿entiende? Aquel hombre y su acto impuro…

—Sentimos haber removido el pasado, puede creerme.

Soledad Llorente le echó un vistazo a su reloj de pulsera. Hizo un gesto de contrariedad.

—He de irme o tendré bronca —dijo sin tapujos.

—Su marido nos ha echado hace un rato, ya se lo he dicho al presentarnos —la advirtió Miquel—. Por eso la esperábamos en la calle.

—No me extraña. Ignacio no soporta a mi hermano. Le saca de quicio. A mí me sabe mal, pero… a veces le entiendo. Enrique se comporta en ocasiones como si fuera autista, apenas habla, es un autómata. Viéndole así no entiendo cómo en aquellos días no se volvió loco. Y si ahora dan con él y vuelven a sacar el tema a la luz… —Se estremeció.

Miquel ya no supo qué decir.

No quería engañarla más fingiendo investigar una vieja historia que, de pronto, volvía a ser nueva.

—Ha sido usted muy amable. —Inclinó la cabeza.

Hizo algo más: extendió la mano derecha por encima de la mesa, la colocó sobre el dorso de la de ella y la presionó con suavidad un instante.

35

Nada más salir del bar, mientras Soledad Llorente se alejaba en dirección a su casa con el paso vivo, Miquel le dijo a David Fortuny:

—Vaya a por la moto, rápido.

—¿Cree que…?

—Usted vaya. Yo vigilo la casa. Si cuando llegue no estoy, es que ella ha ido más rápido, aunque antes tendrá que discutir con su marido y eso le llevará unos minutos.

El detective echó a correr.

Miquel se apostó en la esquina.

Se tranquilizó al ver aparecer a su compañero pilotando la moto menos de cinco minutos después. Fortuny aparcó en la esquina, aunque no era el mejor de los lugares, y más si aparecía un coche grande. Por suerte, lo único que pasaba cerca en ese momento era un carro tirado por un jamelgo lleno de visibles costillas. Lejos de sentarse en el sidecar, Miquel siguió de pie y el que se bajó fue Fortuny, todavía serio.

—¿Está seguro de que saldrá? —le hizo la primera pregunta.

—No, no lo estoy, pero es la mejor de las posibilidades —convino Miquel—. Estoy casi convencido de que ella sabe dónde está su hermano. Ahora a ver si quiere avisarle cuanto antes de nuestra visita.

—¿Y por qué no nos lo ha dicho?

—Porque sigue protegiéndole.

—Entonces, también sabrá lo que ha hecho.

Esta vez, Miquel no contestó.

—Vaya, ya estamos con los silencios —protestó Fortuny.

—Cuando no tengo una respuesta convincente…

—Vamos, Mascarell, está claro que ese joven…, bueno, Enrique Llorente, se enteró de alguna forma del regreso de Dalmacio Sanjuán, y así perpetró su venganza.

—Si es el asesino, sí.

—¿Cómo que «si es el asesino»?

—¿Cuántas veces le he dicho que no hay que dar nada por sentado, y más sin pruebas convincentes?

—¿Quiere más pruebas? ¡Es el único que se relaciona con los tres curas muertos! ¡Ha de ser él!

—La pregunta es la misma: ¿y Santos y Jiménez? Su hermana ha dicho que solo le mencionó al padre Sanjuán. No sabía nada del testimonio de Patricio Jiménez. Y ahí sí la creo. Esa mujer ha sido sincera.

—Puede que Enrique la engañara.

—¿Por qué? No tiene sentido. Le contó lo que sabía. Visto así, las muertes de Sebastián Santos y Patricio Jiménez son extrañas. Más aún: son consecuencia de la muerte de Dalmacio Sanjuán.

—A mí me parece absurdo que Enrique Llorente no hiciera preguntas entonces —insistió Fortuny.

—¿Un chico de catorce años expulsado del seminario? ¿Qué quería que hiciera? Lo único de lo que se enteró fue del traslado de Sanjuán a Ecuador. Fin de la historia. El juicio, o lo que fuera aquello, se hizo en el despacho del rector con dos o tres testigos, como el padre Gómez. Patricio Jiménez declaró en secreto. Que hayan pasado diecisiete años y, de pronto, los mate a los tres no tiene sentido, es absurdo. Sigue habiendo claroscuros que llenar.

—¿Por qué no le ha dicho a esa mujer lo de los tres curas muertos?

—¿Y alarmarla más? Si su hermano ha tenido que ver con eso, se habría cerrado en banda.

—¿Y si está al corriente?

—No lo sé —reconoció Miquel volviendo a mirar la entrada de la casa por si aparecía Soledad Llorente—. Puede que no salga y estemos perdiendo el tiempo. O que decida hacerlo mañana. Sea como sea, ahora mismo es nuestra única oportunidad.

—Si va a salir, se las estará teniendo con el marido —afirmó Fortuny.

Entre la búsqueda de la moto y la charla, llevaban ya diez minutos. Dejaron de hablar al menos otro. Hasta que Miquel dijo:

—Si sale, yo voy tras ella a pie y usted nos sigue a los dos en la moto. Si solo camina o va al metro, es cosa mía. Si, por el contrario, se sube a un tranvía o un autobús, me monto en el sidecar y la seguimos los dos, ¿de acuerdo?

—Sí, jefe.

Miquel le lanzó una de sus miradas, mitad irónica, mitad grave. David Fortuny iba a decir algo más, pero se calló porque en ese instante su objetivo reapareció por el portal de su casa, con un pañuelo en la cabeza, como si quisiera pasar desapercibida.

Su paso era vivo, justo en dirección contraria a donde se encontraban ellos.

Miquel fue tras la mujer sin decir nada más. A su espalda escuchó el ronroneo de la moto al ponerse en marcha. El paso acelerado de la hermana de Enrique Llorente le hizo caminar a él más rápido. Por fortuna, no fue un trecho muy largo. Ella se detuvo en la parada del tranvía de la

calle de la Princesa. Lo complicado fue mantener la moto cerca sin obstaculizar el paso de ningún vehículo. Por si acaso, Miquel no se instaló todavía en el sidecar.

Lo hizo cuando Soledad Llorente se subió al tranvía 66.

Fue una persecución lenta, con el tranvía traqueteando por las vías en dirección a la montaña. Dejaron atrás el casco viejo primero y el centro después. A cada parada, mantenían los nervios en tensión por si el seguimiento debía reiniciarse a pie. Superada la avenida del Generalísimo, el 66 siguió por la avenida de Sarriá y enfiló el paseo de San Juan Bosco, al que muchos seguían llamando Dom Bosco.

Su perseguida se bajó en la última parada.

Miquel volvió a seguirla a pie.

Fue otra caminata de unos cinco minutos, primero por la calle Bonaplata y después por un entramado de callejuelas de su margen izquierdo, ya con más tierra y descampados que calles y casas. El destino de la mujer fue, finalmente, una edificación destartalada y vieja de la calle Domínguez Miralles. Fortuny detuvo la moto a unos diez metros y Miquel se bajó con rapidez, aunque la casona solo tenía dos plantas. Al llegar al portal escuchó ruido en el piso superior. La posibilidad de subir y tratar de escuchar a través de la puerta era complicada. No había escapatoria posible e intuía que ella no pasaría allí mucho rato.

Quedaba el factor sorpresa.

Esperar a que se marchara.

Regresó a la calle y a la moto.

—Toca esperar —le dijo a su compañero—. Si subo me pillan, seguro.

—Pues nos iría bien oír qué dicen —lamentó el detective.

Miquel se cruzó de brazos. La zona tenía su encanto, entre el aire de pequeño y silencioso pueblo, las calles que parecían seguir viejos caminos de montaña, el verdor de los campos y la languidez de la tarde primaveral. Siempre que se encontraba con un paraje así, apacible y evocador más allá de la humildad, trataba de imaginar cómo sería en cincuenta o cien años, cuando la ciudad creciera tanto que acabase por engullir sus propias raíces.

A veces sentía que Barcelona le dolía.

—Cuando salga volverá a coger el tranvía, así que echará a andar calle abajo —consideró Miquel de pronto.

No hizo falta decir más. Dejaron la moto en la calle y se apartaron de ella para que la mujer no los viese al pasar. Se ocultaron al amparo de otro portal. Entre esa casa y la siguiente se abría otro terreno virgen, sin vallar, lleno de plantas silvestres y matorrales.

—Mascarell.

—¿Qué?

—Cuando nos vea aparecer igual se siente acorralado.

—Es posible.

—Sabe que no podemos detenerle por muy sospechoso que nos parezca.

—Quiero ver su reacción.

—¿Y luego?

—Informamos a su primo en el convento.

David Fortuny arrugó la mitad derecha de su cara.

—A veces creo que deberíamos ir armados —dijo.

—Mejor no.

—Sí, supongo —admitió el detective.

La espera no fue larga, pero sí tensa. Soledad Llorente salió a los diez minutos de haber llegado. Si a la ida su paso había sido vivo, ahora era una carrera. La vieron caminar cerca de ellos mirando al suelo y visiblemente afectada. Quizá incluso alterada. No se movieron hasta perderla de vista calle abajo.

Sin decir nada, enfilaron la entrada del edificio.

Subieron a la primera planta.

No había timbre de llamada, sino una manivela que girar, como la de muchos apliques de luz, situada en la pared. Lo hicieron y al otro lado se oyó una especie de campanilla de sonido agudo, más bien un chirrido. Escucharon tres pasos y luego la puerta se abrió.

Enrique Llorente no aparentaba los treinta y un años que tenía, sino algunos más. Si de niño había sido guapo, bello y tan angelical como para despertar las más bajas pasiones en el padre Dalmacio Sanjuán, ahora era un adulto nada atractivo, hinchado, mofletudo, bajo, con una incipiente calvicie y ojos pequeños de mirada angosta. Daba la impresión de ir a salir: llevaba puesta una americana.

La reacción del exseminarista los pilló por sorpresa.

O casi.

Probablemente Soledad acababa de describirlos, porque los reconoció al instante. Su expresión pasó del asombro al miedo y, aunque daba la impresión de estar hecho de carnes blandas y poco armónicas, reaccionó más rápido de lo previsto. Primero dio un paso atrás. Casi a continuación les cerró la puerta con la mano derecha, empleando todas sus fuerzas.

El pie de Miquel, no menos rápido, evitó que lograra su objetivo.

—¡Espere, solo queremos…!

Las palabras de Miquel se perdieron en el vacío. El hombre ya les había dado la espalda. Los tres metros de ventaja no eran demasiados en aquel reducido espacio. Sin embargo, lo inesperado fue que Enrique Llorente no se detuviera y saltase por la ventana.

—¡Coño! —gritó Fortuny.

Llegaron a ella al unísono y se asomaron al otro lado. Las ventajas de la edad siempre se

asociaban con la rapidez y la agilidad de movimientos. Su perseguido no solo había caído de pie, tres o cuatro metros más abajo, sino que ya corría por un descampado rumbo a lo más impenetrable de la zona, si bien a lo lejos se veían las luces del paseo de la Reina Elisenda.

Miquel crispó las manos en el alféizar.

—¡Mecagüen…! —protestó su compañero.

Dejaron de verle. Se convirtió primero en una sombra y después en nada. Una vez perdido su objetivo, se encontraron en una pequeña sala con tres puertas, todas abiertas. Al otro lado de la primera vieron una diminuta cocina con un fogón. La siguiente comunicaba con un retrete y la tercera con una habitación. La cama estaba revuelta y deshecha. Había ropa por el suelo.

—¿Y ahora qué? —farfulló Fortuny a regañadientes.

—Vamos a ver qué encontramos. —Se puso en movimiento Miquel.

—Supongo que ya tiene claro que es el asesino de los tres curas, ¿no?

La pregunta flotó en el aire y acabó cayendo como una fina llovizna. Miquel estaba inspeccionando la habitación. David Fortuny fue tras él.

—¿Me ha oído?

—Le he oído.

—¡Pues diga qué le parece! ¡Nadie salta por la ventana si es inocente!

—¿Por qué no me ayuda en lugar de empezar a hacer conjeturas apresuradas?

—¡Si es que…! —No pudo creerlo el detective—. ¿Conjeturas apresuradas?

Miquel estaba abriendo los cajones de un armario que parecía haber sido recogido de la calle. Tenía agujeros de carcoma por todos los lados y le faltaba una de las dos puertas. En el interior, apenas había ropa. Lo más destacado era un uniforme.

—Fíjese en eso —suspiró Miquel.

—¿Un uniforme de la Cruz Roja?

—Son los que llevan los voluntarios que van al fútbol, a los toros o a cualquier espectáculo muy concurrido y multitudinario, por si hay alguna emergencia —le hizo ver Miquel.

—¿Y significa…?

—Bueno, da la impresión de que nuestro Enrique Llorente sigue siendo buena persona. Algo así no lo hace todo el mundo.

—Igual es para ver los espectáculos gratis.

—No me sea retorcido, va.

Fortuny no contestó, pero soltó un resoplido. Dejaron el uniforme en la cama y lo examinaron un poco mejor. No había en él nada relevante. En los demás cajones únicamente encontraron un par de calcetines y dos calzoncillos. Tampoco había ropa de invierno.

Junto a la cama, pero en el suelo, una vieja fotografía insertada en un marco de madera barato, sin ningún relieve.

Una mujer mayor, seria, de mirada grave.

—¿Su madre? —dijo Fortuny.

—Probablemente —asintió Miquel.

—No veo un billetero, ni llaves… —El detective paseó una mirada rápida a su alrededor.

—Llevaba puesta la americana. Si iba a salir, seguro que lo tenía todo encima.

Pasaron de la habitación a la destartalada sala. La única mesa era un rectángulo de madera apoyado en cuatro patas desmontables que formaban dos equis. Encima de ella, artilugios varios: un martillo, una pequeña sierra, dos limas y otros tantos destornilladores, hilos, mechas, clavos y ganchos. En el suelo y al lado, en cajas, la sorpresa fue hallar varias granadas de la Guerra Civil, vacías y sin carga explosiva la mayoría. Todavía útiles algunas.

Sobre la mesa, restos de un polvillo oscuro.

—¿Es lo que parece? —vaciló el detective.

Miquel cogió una pizca con los dedos. La olió. No llegó a probar el sabor.

—Sí —dijo. Y se lo confirmó—: Pólvora.

—¿Pero qué estaba haciendo ese tipo?

—Ni idea.

—Pues ya me dirá cómo se está poniendo esto. —La expresión de Fortuny era todo un poema.

El resto de la inspección no les aportó nada nuevo. Enrique Llorente vivía en precario. Eso era todo. Saltando por la ventana se había llevado sus secretos con él.

Aunque iba a volver.

Miquel estaba seguro de eso.

—Venga, vamos a ver si en el piso de abajo hay alguien. —Inició el camino de la retirada.

36

Les abrió una mujer de rostro bondadoso y mirada dulce. Llevaba unas gafas de montura casi en la punta de la nariz, así que los observó por encima de ellas. Su cabello era blanco, aunque no debía de tener todavía los sesenta años. Vestía una bata de estar por casa y calzaba unas pantuflas descoloridas. El piso era un calco del superior; por lo tanto, no tenía recibidor y daba directamente a la sala. Sin embargo, aquello sí era un hogar. Por detrás de ella vieron una mesa cubierta por un tapete de puntilla, sillas acolchadas, un aparato de radio, un patio con macetas…

—Perdone que la molestemos, señora —se apresuró a hablar Miquel empleando su tono más cordial—. Estamos buscando a su vecino de arriba, el señor Enrique Llorente.

—¿Y por qué buscan a Quique? —Ensombreció la expresión.

—Tranquila, no somos policías ni ha hecho nada malo. Es por una investigación que estamos llevando a cabo y en la que ha salido su nombre.

—No, si ya me imagino que no será por nada malo. —Recuperó parte de su sonrisa—. Sería incapaz.

—¿Le conoce bien?

—Sí, bastante bien —aseguró—. Lleva aquí cinco años, desde que le alquilé el piso de arriba. Siempre va muy justito, pero nunca ha dejado de pagar el alquiler. Ojalá todos los inquilinos fueran como él. —Recuperó el impacto de la sorpresa—. ¿Qué están investigando?

—Un suceso ocurrido hace unos años y del que Enrique fue testigo —se lo aclaró Miquel.

—Nunca me ha comentado nada —repuso ella.

—Fue en el año 1935.

—Ah, ya.

—¿Suelen hablar mucho?

—Bueno, a veces mi marido y yo le invitamos a cenar. No tenemos hijos. —Su cara fue de resignación—. Quique tiene un corazón de oro, siempre dispuesto a ayudar a quien sea. ¿Saben que es voluntario en la Cruz Roja? Estos días, con lo del Congreso, no para.

Miquel intentó no perderla. Empleó algo más que su mejor mano izquierda para mantener el interrogatorio sin que se notara que lo hacía.

—Sí, es lo que nos habían comentado, por eso nos urgía hablar con él. ¿Tiene amigos?

—Pues… yo no he visto subir o bajar nunca a nadie, aunque tampoco es que me dé por cotillear. Solitario sí es.

—¿Novia?

—No, que yo sepa. —Puso cara de madre—. A veces le decimos que ha de buscarse a una buena chica y casarse, pero él se ríe y dice que, si ha de ser, será, pero que no la necesita, que está bien así.

—Quizá podamos localizarle en el trabajo —tanteó Miquel.

—Pues en eso no puedo ayudarles. Siempre trabaja en dos o tres cosas a la vez, y se lleva muchas horas extras, como casi todos. Hace bastante que no me comenta que esté en un lugar fijo, con un horario convencional.

—Entonces es una lástima, porque habrá que volver mañana.

—Como no tenga servicio esta noche en la Cruz Roja, no creo que tarde mucho. Claro que con tantos actos como hay con motivo del Congreso estos días… Ya ven, me dijo varias veces que lo estaba esperando. Es así de buena persona. —Se le inundó la mirada de luz—. Hace un rato creía que habría llegado a casa, estaba segura de haber oído ruido arriba. De a lo que se dedica el resto del día no me cuenta demasiado. Creo que cambia a menudo de ocupación porque no le gustan los espacios cerrados ni los horarios fijos. —Hizo un gesto de resignación no exento de la misma bondad con la que se lo tomaba todo—. Muy muy hablador sí que no es.

Si la alarmaban más y Enrique Llorente regresaba antes de que dieran con él, sería peor.

Miquel se despidió de ella con afecto.

—Ha sido muy amable. Lamentamos haberla molestado. Estas investigaciones son pura rutina, pero hay que hacerlas.

—Pero si no son policías, ¿qué son? —preguntó la mujer.

—Detectives privados. Ya sabe, como en las películas. —Le guiñó un ojo como un falso Humphrey Bogart dándose importancia.

Ella se rio.

Ya no hubo más. Al cerrarse la puerta, la sonrisa desapareció de la cara de Miquel. Salieron al exterior y caminaron despacio en dirección a la moto. La tarde languidecía a pasos agigantados y por allí no había mucha luz.

—¡Mire que tiene labia! —ponderó Fortuny.

—Llámelo experiencia.

—«Detectives privados. Ya sabe, como en las películas». —Imitó el tono de voz de Miquel exagerándolo un poco.

—Yo no hablo así.

—¿Así, cómo? —continuó imitándole su compañero.

Llegaron a la moto. El silencio del barrio era tan grande que invitaba al relajamiento. Barcelona estaba allí mismo y, sin embargo, parecía lejos.

Miquel se quedó mirando la moto, sin moverse.

—¿Esperamos? —preguntó Fortuny.

—A saber si volverá —se resignó él—. Igual nos quedamos aquí y perdemos el tiempo miserablemente.

—Entonces, ¿qué, vamos y le apretamos las tuercas a la hermana?

Miquel lo consideró.

Fue rápido.

—Mejor no, Fortuny —decidió—. Estará el marido y fijo que no nos dejará hablar con ella. Ya le ha visto antes. Y, aunque no estuviera él, ahora puede que la hayamos puesto sobre aviso y no se fíe, al margen de que sepa o no más de todo esto que nos ha contado. Tampoco son horas. Vamos a esperar a mañana. Le damos un margen y tendremos una mejor oportunidad. La carnicera ha dicho que salía a hacer la compra temprano.

—¿Así que hemos terminado por hoy?

—Sí —se lo confirmó poniendo un pie en el sidecar—. Lléveme a casa, venga.

—Se está acostumbrando, ¿eh? —le dio por bromear a Fortuny mientras ocupaba su lugar a los mandos de la máquina.

Miquel estiró los brazos, como si se desperezara.

—Nunca me acostumbraré a ese ataúd de metal, pero, por lo menos, ahora no hace el frío del invierno y, a veces, hasta es agradable.

—Si aprendiera a ir en moto…

—Tampoco se pase. Si le parece mal llevarme, cojo un taxi.

—¡No, hombre, no! ¡Ande, suba!

El trayecto hasta el cruce de las calles Valencia y Gerona fue tranquilo. Los altavoces repartidos por los puntos neurálgicos de la ciudad ya no emitían el dichoso himno del Congreso, cuya letra empezaban a aprenderse de memoria todos los barceloneses. David Fortuny detuvo la moto en el chaflán y esperó a que su compañero bajara.

—Sigo pensando que es el culpable de todo y que ha puesto pies en polvorosa —dijo el detective refiriéndose a Enrique Llorente—. Uno no salta por la ventana si es inocente.

—¿Qué me dice de las granadas y la pólvora?

—Pues que eso sí es raro, pero no veo que tenga relación con lo de los tres curas. Pienso que…

Miquel levantó la mano.

—Mañana, Fortuny. Mañana —le pidió.

Vio la resignación en la cara de su socio. Cuando resolvía un caso, o creía resolverlo, se animaba, se excitaba lleno de felicidad. Probablemente porque el paso final era cobrar el trabajo.

—De acuerdo, don cerebro pensante —se rindió—. Yo también me voy a casa a celebrar que ya no soy cura. Espero que Amalia haya dejado de reírse, porque es muy capaz de darme la vara

con eso durante días.

—¿Me recoge mañana?

—¡Cómo no, señor marqués!

—Si lo prefiere…

—¡Ya: coge un taxi, sí! —Arrancó la moto y Miquel le vio alejarse como un moderno Cid Campeador mientras el eco de sus palabras se esparcía por el aire.

37

Patro todavía no había regresado de la mercería.

Llegó al comedor y conectó la radio. Le envolvió una suave y agradable música. Con ella de fondo se dirigió a su nuevo y maravilloso cuarto de baño. Abrió la puerta acristalada y contempló aquella bañera.

Era una tentación.

Nunca había tomado tantos baños.

Un lujo.

No se lo pensó dos veces y se quitó la ropa mientras la bañera se llenaba de agua. No sabía por qué, pero se sentía de buen humor. Al menos de mejor humor que otros días. Y eso a pesar de que, dijera lo que dijese Fortuny, el caso no estaba resuelto aunque el comportamiento de Enrique Llorente hubiera sido de lo más incriminatorio. Algo le decía que lo de la pólvora no tenía nada que ver con lo de los sacerdotes muertos.

—¿Cómo te enteraste de que Patricio Jiménez había declarado en tu contra? —le dijo a su otro yo reflejado en el espejo.

Si la hermana decía la verdad, Enrique Llorente había pasado diecisiete años ignorando ese detalle. Para él, todo acabó cuando enviaron a Dalmacio Sanjuán a Ecuador.

—Entonces… ¿qué ha pasado ahora? —volvió a preguntarse en voz alta—. ¿Cuál es el punto de inflexión? ¿Qué ha cambiado?

Lo único que había cambiado era el regreso del padre Sanjuán.

Tras ello…

Se metió en la bañera despacio, para no quemarse, y fue sumergiéndose en el agua caliente hasta quedar solo con la cabeza fuera. La sensación de alivio y paz fue única. Cerró los ojos. La música de la radio seguía llegando hasta él.

Un música romántica.

Una música romántica que duró muy poco, un par de relajantes minutos más, porque, de pronto, irrumpió no solo la voz enfervorizada de un locutor lleno de pasión religiosa, sino también, casi a continuación, el maldito himno del Congreso, con la música de Luis Aramburu y la letra de José María Pemán.

De rodillas, Señor, ante el sagrario,
que guarda cuanto queda de amor y de unidad.

Venimos con las flores de un deseo,
para que nos las cambies en frutos de verdad.
Como estás, mi Señor, en la custodia
igual que la palmera que alegra el arenal,
queremos que, en el centro de la vida,
reine sobre las cosas tu ardiente caridad.
Como siervos sedientos que van hacia la fuente,
vamos hacia tu encuentro, sabiendo que vendrás.
Cristo en todas las almas y en el mundo la paz.

No podía salir de la bañera mojado para ir al comedor a apagar la radio. Lo pondría todo perdido y Patro se enfadaría con él. Por otra parte, secarse y luego volverse a meter era demasiado brusco. Cada momento tenía su punto. Optó por cerrar los ojos y resignarse. Tras el himno, llegó una especie de «parte del día», con un resumen de los acontecimientos del Congreso seguido por otro resumen de lo que iba a acontecer en la jornada siguiente.

—… por lo que los prelados se distribuirán por toda la ciudad para visitar hospitales y casas de caridad, a fin de llevar esta magna obra, orgullo de Barcelona, de España y de la cristiandad, a todos los enfermos y desfavorecidos que, de esta forma, recibirán en sus alborozados corazones…

¿Alborozados corazones? ¿Los enfermos y los desfavorecidos?

Se hundió del todo, metió la cabeza bajo el agua y contuvo la respiración.

No aguantó mucho.

Sin embargo, cuando emergió de nuevo, no escuchó nada.

¿Nada?

La radio estaba apagada.

Volvió la cabeza en dirección a la puerta del cuarto de baño y se encontró a Patro apoyada en el quicio, mirándole, mitad fascinada, mitad sorprendida, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿El señor quiere que le frote la espalda? —preguntó divertida.

—¿Raquel está despierta?

—Acabamos de llegar y está dormida en el cochecito, ¿por qué?

Miquel le guiñó un ojo.

—¿Te metes aquí conmigo? —la invitó.

Día 6

Viernes, 30 de mayo de 1952

38

David Fortuny ya le estaba esperando. Miquel salió del portal y cruzó la acera hacia él y la moto. Le notó algo raro de entrada. Luego se dio cuenta de que era el traje. Se había puesto elegante.

—¿Y eso? —preguntó Miquel.

—Celebro haber dejado de ser cura. —Abrió los brazos—. Necesitaba sentirme una persona de nuevo.

—El hábito no hace al monje —le recordó Miquel.

—¡No me venga con frasecitas! ¿Ha desayunado?

—Arriba, en casa, sí.

—Entonces, ¿qué? —Se frotó las manos—. ¿Vamos a ver a mi primo y le decimos lo que hemos averiguado o todavía piensa en visitar a la hermana de Enrique Llorente?

—Primero la hermana.

—¿Seguro?

—Sí, ¿por qué?

—Le he estado dando vueltas, Mascarell. ¿Qué más podemos hacer? Mi primo nos encomendó un trabajo y lo hemos hecho. Los tres curas muertos estuvieron metidos en lo del 35. ¡Ése es el nexo que buscábamos, y hemos dado con él! El regreso de Dalmacio Sanjuán lo precipitó todo.

—Se lo repito, ¿cómo supo Enrique Llorente que su abusador había vuelto a España?

—Alguien se lo diría.

—¿Quién?

—¡Y yo qué sé! ¡Como si fuera un dato trascendental!

—Es que lo es, Fortuny.

—¡Pues yo creo que es lo de menos! ¡Tuvo que enterarse de alguna forma y ya está!

—¿Y lo preparó todo mientras Sanjuán estaba en el hospital?

—¿Por qué no? Si tiene granadas de la guerra en casa, también podía tener la pistola con la que le mató.

—¿Y el papel de Patricio Jiménez? —insistió Miquel—. Eso lo conocían solo los que estuvieron en aquel interrogatorio, en el despacho de Sebastián Santos. Los dos o tres testigos eran curas mayores que deben de estar más que muertos, salvo el padre Gómez.

—¡Es más tozudo que una mula! —se desesperó Fortuny.

—Enrique Llorente no está metido para nada en cosas de la Iglesia. —Miquel hizo una mueca cansina—. Ya oyó a su vecina anoche: no tiene amigos. Yo lo veo como un solitario. Resentido, lo que sea, pero solitario. Por eso hace cosas que le recuerden a su antigua vocación, como ser voluntario de la Cruz Roja, para sentirse útil o… qué sé yo. ¡Ese hombre no me da el perfil de asesino capaz de simular tres suicidios!

—¡El perfil, el perfil! —Agitó las manos—. ¡Usted y su instinto!

—Por lo general, acierto.

—¿Y lo de la pólvora? ¿Qué me dice de eso? ¡Venga, don Listo!

—Ni idea —admitió Miquel.

—¿Quién tiene granadas en casa, las vacía y prepara vaya usted a saber qué?

—¿Fuegos artificiales?

—¡Sí, hombre! —se burló Fortuny—. ¡Venga ya! Oiga, mire. —Trató de exponérselo según su criterio—: Lo que le pasó a Llorente en el 35 no solo le costó ser cura a él. Ya oyó a su hermana: la propia madre murió del disgusto y acabó criado por una tía. Es una cadena de fatalidades y, encima, con la guerra de por medio. ¡La venganza está más que justificada! Lo que deberíamos hacer es dejarlo aquí, dar el parte a mi primo porque ya no habrá más muertes, y que la policía se ocupe del resto.

—Nos darán una medalla —gruñó Miquel.

—A la poli nunca le gusta que les hagan el trabajo, ya lo sé, y a lo mejor también ellos están sobre la pista, o lo estarán en cuanto acabe el Congreso. Pero a mí este caso, con tanto cura metido, ya me está dando mal fario, qué quiere que le diga.

Miquel se metió en el sidecar.

—Vamos a ver a Soledad Llorente y después al convento.

—¿Me lo jura?

—Salvo que nos diga algo que…

—¡Ay, señor! —gimió el detective—. ¿Algo como qué?

—Ni idea, vamos, venga, tire de una vez. —Se acomodó como siempre hacía en aquella angostura, aunque peor era en invierno llevando abrigo.

David Fortuny acabó arrancando la moto. Y, como siempre que estaba alterado o enfadado, le dio al gas.

Esta vez no se encontraron con tráficos cortados, vueltas innecesarias ni retenciones, aunque el ambiente seguía siendo festivo y por todas partes se veían sacerdotes y monjas, pañuelos blancos y rosarios, banderas de España y de la Santa Sede. Miquel empezaba a odiar el dichoso himno que sonaba de forma intermitente. Todo el centro era un altavoz constante. Al llegar a su destino consiguieron aparcar más cerca de la casa que el día anterior.

No se detuvieron ni hablaron hasta poner un pie en el rellano del piso de Soledad Llorente.

Una vez en él, guardaron un instante de silencio prestando atención por si oían algo al otro lado. Finalmente, Fortuny pulsó el timbre. El día anterior les había abierto el marido, en camiseta y oliendo a sudor. Ahora lo hizo ella, vestida como si fuera a salir o acabase de llegar de la primera compra del día. Al reconocerlos se vino abajo. Fue algo notorio y evidente. La sombra de los ojos, la caída de los hombros, la respiración detenida…

—¿Qué quieren ahora? —Intentó mantener su voz serena.

—Hablar con usted —dijo Miquel.

—¿De qué?

—Ya lo sabe, señora. ¿Podemos pasar?

—No. —Se puso en medio de la puerta—. Váyanse y déjenme en paz.

Miquel se lo tomó con calma.

Pero su voz sonó como un flagelo.

—Ayer nos mintió.

—¿Ah, sí? —La mujer dibujó un rictus de dolor en su rostro—. ¿Por eso me siguieron? Porque me siguieron, ¿no?

—Veo que ha hablado con su hermano.

Fue a cerrar la puerta. Miquel lo esperaba y lo impidió, esta vez con la mano.

—Hable con nosotros —le pidió.

—¿Y si no?

—Tendrá que hacerlo con la policía.

—¿La policía? —Frunció el ceño asustándose por primera vez—. ¿Qué pinta la policía en eso?

Miquel no contestó a la pregunta.

—¿Por qué huyó su hermano al vernos?

—Por miedo, ¿qué se creen? No le gustan los desconocidos, y más si es para remover el maldito pasado. Es como un síndrome frente a los imprevistos y las sorpresas. Síndrome o defensa, da lo mismo. Él suele ponerse nervioso por cualquier cosa. No me extraña que reaccionara así.

—Díganos dónde está. Solo queremos hablar con él.

—¿Para qué? —Se desesperó casi a punto de llorar—. ¿Qué coño están investigando ahora? ¡No ven que ya le destrozaron la vida entonces! ¡Bastante ha sufrido ya!

Miquel se lo soltó premeditadamente, a bocajarro.

Necesitaba ver su reacción.

—Ha habido tres muertes, señora.

Soledad Llorente acusó el golpe.

—¿Cómo dice?

—Ayer le hablé de dos sacerdotes, los padres Santos y Jiménez.

—¿Y qué?

—Dalmacio Sanjuán, el sacerdote que abusó de Enrique, regresó a España y fue asesinado. Después han matado a esos dos padres, Sebastián Santos y Patricio Jiménez.

—¿Y eso qué tiene que ver…? —vaciló ella.

—Se lo dije. El padre Santos era el rector del seminario de San Agustín. Tuvo la última palabra en todo aquel asunto y, por supuesto, optó por proteger el buen nombre de la Iglesia aun a costa de expulsar a un inocente. El padre Jiménez era el seminarista que declaró que Enrique mentía, motivo por el que la balanza se decantó en contra de él y fue expulsado. Los tres fueron los causantes de la desgracia de su hermano.

—¿Y creen que él…?

Se encontró con la mirada impasible de Miquel. A su lado, David Fortuny parecía una estatua.

—Mi hermano no ha matado a nadie, señor —dijo de nuevo ella apretando las mandíbulas.

—¿Está segura?

—¡Sí, lo estoy!

—¿Por qué?

—¿Cómo iba a saber lo del regreso de ese hombre? —exclamó furiosa—. ¿Y cómo iba a matar a esos otros dos sacerdotes si ni siquiera sabía nada de ellos ni si tomaron parte en aquello? ¡Me lo habría contado a mí, o a nuestra tía! ¡Ya le dije que era la primera vez que oía esos nombres! ¡Enrique nos dijo que la orden de mandar al padre Sanjuán fuera de España, lo mismo que la de su expulsión, tuvo que venir del obispado!

David Fortuny intervino inesperadamente, cortando la línea de interrogatorio de Miquel.

—Señora, el regreso del padre Sanjuán a España para ser operado en el Hospital Clínico ha sido el detonante de todo esto, ¿no cree?

Miquel percibió el aldabonazo.

El temblor en las pupilas y la tensión de los labios.

Pese a todo, ella logró gritar:

—¡Y yo qué sé!

—¡La venganza estaba más que justificada! —insistió Fortuny acosándola más que preguntándole—. Primero, Enrique apartado de su vocación, después, su madre que muere de tristeza… Usted misma nos dijo que odia a los curas, a toda la Iglesia por lo que le hicieron.

Seguían hablando en la puerta del piso. Soledad Llorente venció una arcada, o un mareo. Se la veía súbitamente débil, derrotada. Tuvo que apoyarse en el quicio. La fotografía colgada de la pared del recibidor, en la que se la veía con su marido, los mostraba sonrientes y felices a los dos en el día de la boda. Daba la impresión de haber pasado una eternidad de eso.

Ya no respondió a la arenga de David Fortuny.

Miquel retomó el hilo de su conversación con ella, hablándole despacio, pero con una velada contundencia, pese al tono en apariencia amigable.

—¿Sabe que Enrique tenía en su piso pólvora y otros componentes para hacer explosivos?

—Sí, me contó que era para montar una especie de fiesta.

—¿Con pólvora y materiales de granadas de la guerra?

—Es un manitas. —Quiso justificarlo.

—¿De dónde sacó todo eso?

La mujer no supo qué decir.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, hastiada.

—¿Por qué no se van de una vez y me dejan en paz? —exhaló.

—Con todo lo que sabemos, podemos ir a la policía y fin de la historia —la advirtió Miquel.

—¿Y por qué no lo hacen, eh? —los desafió de improviso—. ¡No tienen nada, solo conjeturas y estúpidas teorías sobre un hecho que sucedió hace años! ¡Si estuvieran seguros de que Enrique tiene algo que ver con lo que están diciendo, no estarían aquí!

—Queremos ayudar a su hermano, ¿no lo entiende?

—¿Entender? —gritó—. ¿Qué he de entender?

—Se lo pregunto por última vez: ¿dónde está Enrique, aquí, en casa de su tía…?

—¡Váyanse a la mierda!, ¿quieren? —gimió rompiendo a llorar al tiempo que, esta vez sí, lograba cerrar la puerta de su piso sin que Miquel se lo impidiera.

39

Volvieron a la calle y se enfrentaron al tibio sol de la mañana, intuido más allá de la estrechez de las casas, apretadas de acera a acera. El silencio ensimismado de Miquel hizo que Fortuny hablase primero.

—¿Y ahora qué? —quiso saber.

Miquel se lo pensó tres segundos.

—Vamos a esperar a ver qué hace —dijo.

—¿Qué quiere que haga?

—Creo que volverá a salir a la carrera.

—¿Quiere seguirla otra vez? —se asustó el detective.

—Sí.

—¿Está loco? ¡No tragará, hombre!

—¿Ha visto su reacción?

—¡Pues claro! ¡Es su hermano!

—No —repuso Miquel—. Su reacción cuando usted ha dicho que a Dalmacio Sanjuán le operaron en el Clínico.

David Fortuny arrugó la frente.

—Pues…

—Algo se ha roto en ella —se lo explicó—. La ha descompensado de arriba abajo y, finalmente, se ha puesto a gritar.

—¿A la defensiva?

—Más o menos. Ojos perdidos, labios temblorosos… No sé si ha sido por la palabra «operación» o por lo del Clínico, pero algo ha cambiado en su ánimo.

—¿Seguro?

—¿Usted no se ha dado cuenta?

—La verdad, no. Yo la he visto todo el rato muy enfadada, en guardia, y sacando uñas y dientes —vaciló Fortuny—. Pero, si vuelve a casa de su hermano, ya sabemos dónde es. No la necesitamos.

—No creo que vuelva a casa de Enrique ni que él esté allí.

—Entonces…

—No sé. —Hizo una mueca—. Pero me da que sigue habiendo algo que se nos escapa y que ella puede tener el siguiente movimiento en esta partida.

—¿De verdad quiere seguirla porque cree que la ha puesto nerviosa? —insistió Fortuny.

—Vaya a por la moto, va.

El detective no se movió.

—¡Mascarell, que ya no es inspector! ¡No va a detener a Enrique Llorente!

—No voy a detenerle, pero sí necesito hablar con él.

—¿Para qué? ¿Qué espera que le diga? ¡Ese hombre está chalado! ¡Mi primo nos contrató para investigar y prevenir que no hubiera más muertos! ¡Pues ya está, lo hemos hecho, no habrá más muertes y hemos desentrañado el caso! ¡Fin de la historia!

Miquel le dirigió una de sus miradas serias.

Ni siquiera alzó la voz.

—¿Quiere dejar de dar la tabarra e ir a por la moto? O, si no, vaya al convento y pásale el parte a su primo. Ya seguiré yo a Soledad Llorente.

—¡No va a salir!

—¿Qué se juega?

—¡Ay, Dios! —Levantó las manos al cielo David Fortuny dando media vuelta para ir a buscar la moto—. ¿Por qué no me buscaría yo un socio primerizo y novato?

Miquel le vio alejarse.

Sonrió cansino.

Era un buen tipo. Se le cogía cariño con el tiempo. Pero en el fondo seguía siendo un *rara avis* peculiar que solo buscaba lo fácil. Para Fortuny, las mejores investigaciones eran las más simples con respuestas lógicas.

Y todo caso entrañaba riesgos, verdades, mentiras.

Si no fuera porque le gustaba volver a sentirse policía…

—Ahora eres detective —se dijo en voz alta—. Incluso tienes una licencia.

David Fortuny regresó casi de inmediato. Detuvo la moto en la esquina, como el día anterior, y se quedó sentado en ella poniendo cara de resignación. Incluso se revistió de un digno enfado. Miquel no se sentó en el sidecar.

La espera duró veinte minutos.

Excesiva para dos personas que no hablaban.

—Ahí está —dijo finalmente Miquel asomado a la esquina de la calle.

La mujer, de nuevo con un pañuelo en la cabeza, como si así pasara desapercibida, miró a derecha e izquierda, buscando algo. Al no encontrarlo caminó, como el día anterior, en dirección contraria a la que estaban ellos. Llevaba zapatos planos y pudo moverse más rápida. Miquel

ocupó su lugar en el sidecar y Fortuny puso en marcha la moto. La persecución, a no mucha distancia, duró poco. Lo que tardó ella en parar un taxi.

David Fortuny se pegó a él.

A mitad de camino, Miquel empezó a intuir a dónde se dirigía.

Y lo confirmó cuando el taxi se detuvo en la puerta del Hospital Clínico.

—¡Coño! —Oyó que decía su compañero cuando frenó la moto.

Una vez fuera del taxi, Soledad Llorente empezó a correr en serio. Lo hizo tan inesperadamente que a Miquel apenas si le dio tiempo a bajar del angosto sidecar para seguirla. Para entonces, ella ya le llevaba bastantes metros de ventaja. David Fortuny no tuvo más remedio que buscar dónde aparcar, un poco más arriba, y también él echó a correr siguiendo a su compañero.

Cuando Miquel entró en el hospital, ya no vio a su perseguida. De pronto, aquello parecía una extensión del Congreso Eucarístico: había sacerdotes por todas partes, y no simples curas, también altas jerarquías eclesiásticas. La curia no llevaba galones, como los militares, pero poco les faltaba. Las togas y los bonetes eran bien visibles, lo mismo que las sonrisas y las reverencias, los besamanos y la sensación de que todos iban regalando paz y amor.

Miquel se frenó en seco.

—¡Maldita sea…! —rezongó.

Fortuny llegó a su lado jadeando.

—¿A dónde ha ido?

—No lo sé.

—¿Qué es todo esto? —masculló el detective.

—Hoy iban a visitar hospitales y centros de caridad —le informó él.

—¿Y ahora qué?

—Solo se me ocurre una cosa.

—¿Cuál?

No se lo dijo. Recordó el camino del día que había estado allí y se orientó por el dédalo de pasillos y salas del Clínico. Mantuvo el paso apresurado con Fortuny trotando a veces incluso por detrás de él.

El mismo hombre que el lunes le había dicho que Prudencio Suñol estaba operando le reconoció y le informó empleando prácticamente las mismas palabras:

—¿El doctor Suñol? Está en quirófano. Hoy tiene programadas tres intervenciones. Vamos un poco desbordados con tanta gente en Barcelona, y la mayoría son ancianos, imagine.

Miquel se apartó unos metros, pensativo.

—¿Suñol? —preguntó Fortuny—. ¿El que me dijo que operó a Sanjuán?

—Es un tiro al azar, pero tiene mucho de lógica. —Mantuvo su abatimiento él.

David Fortuny se tomó su tiempo, pero al final formuló la misma pregunta que unos minutos antes:

—¿Y ahora qué?

—Vamos a ver a su primo —se rindió Miquel.

Salieron del hospital caminando despacio, con la cabeza baja y en silencio. Soledad Llorente podía estar en cualquier parte. Era absurdo esperarla habiendo más de una puerta para entrar o salir. El detective no habló hasta que llegaron a la moto.

—Dígame qué piensa —le pidió a Miquel.

—No estoy seguro —admitió él.

—Pero tenía razón: ella se ha puesto nerviosa cuando yo le he mentado lo de la operación de Dalmacio Sanjuán y que le había sido practicada en el Clínico.

—¿Sabe qué significa eso?

—No.

—Sí lo sabe, Fortuny. Usted mismo se lo ha dicho a esa mujer. Significa que definitivamente todo empezó ahí. —Miquel movió la cabeza en dirección al hospital—. El detonante fue esa operación tras el regreso del cura.

—¿Y cómo sabía Soledad Llorente…? —dejó la pregunta sin terminar.

—No lo sé. —Miquel ocupó su lugar en el sidecar—. Vamos a ver a su primo. Ya seguiremos con esto luego.

—No creo que mi primo pague más horas si ya le hemos resuelto el caso —refunfuñó Fortuny.

—Ya lo haré yo. Es cosa mía. —Se puso serio él.

El detective abrió la boca para decir algo, pero la cerró de inmediato. Optó por sentarse en la moto, arrancar y alejarse del hospital rumbo al convento de San Gabriel. Esta vez no le dio por correr.

La llegada a San Gabriel fue diferente. De entrada porque había algunos sacerdotes en el exterior, y, ya en el interior, porque también había algunos grupos hablando en voz baja. Se respiraba un aire extraño.

Como de funeral.

Sin preguntar a nadie, caminaron hasta el despacho de Amancio Delgado. No hubo señales de reconocer al «padre Fortuny» sin los hábitos. Miquel alcanzó a verle la cara a su compañero. No quería pincharle, pero lo hizo.

—Ahora viene cuando dice que le paga con oraciones —le previno.

—¡No sea agorero! —protestó Fortuny—. ¡Hemos resuelto el misterio! ¡Menudos cinco días si contamos hoy!

—Seis. El domingo por la tarde también cuenta.

—¡Así me gusta! —se animó el detective.

Fue al llegar al despacho cuando se les apareció uno de los curas que ya habían visto otras veces. Miquel se dio cuenta de que tenía los ojos vidriosos.

—¿Está el padre Delgado? —preguntó Fortuny.

El sacerdote acentuó la vidriosidad de su mirada.

Se mostró consternado.

—¿Es que no lo saben? —dijo.

—¿Saber qué? —se alarmó Miquel.

La respuesta fue como un golpe.

Seco, silencioso.

—El padre Delgado murió anoche.

Miquel tuvo que dominarse. De paso cogió a David Fortuny por el brazo, por si se le doblaban las rodillas.

—¿Que murió? —logró articular.

—Se desplomó, en plena calle, víctima de lo que pareció ser un infarto fulminante —dijo el cura tragando saliva antes de añadir—: Dios… ¡Dios, qué tragedia!

El detective estaba catatónico. Miquel no.

—¿A qué hora fue eso?

—Sobre las diez o diez y media de la noche, no están seguros. Le encontraron tirado en la calle.

—¿Qué hacía el padre Delgado fuera del convento a esas horas?

—No lo sé. —Frunció el ceño como si no entendiera las preguntas—. Recibió una llamada telefónica y…

—¿Sabe quién la hizo?

—No, no, señor. ¿Por qué?

—¿Y la voz? ¿Era de un hombre joven, mayor…?

—Atendí la llamada yo mismo y se la pasé a él —manifestó sin abandonar su preocupación—. Lo único que recuerdo es que era una voz… grave, gutural. No sé muy bien la manera de explicarlo. Como si la persona estuviera acatarrada, ¿entiende?

—¿Y el padre Delgado salió de inmediato?

—Sí, casi de inmediato. Estaba en una reunión, después de cenar. Le vi salir con prisa, eso es todo.

—¿Le dijo a dónde iba o a quién iba a ver?

—No. —Acabó de asustarse del todo—. ¿Por qué me hace estas preguntas? ¿Qué está pasando?

—¿Ha dicho algo la policía? —No le hizo caso Miquel.

El sacerdote acabó de ponerse pálido.

—¿La policía? —repitió—. ¿Por qué tenía que decir algo la policía?

40

Casi no habían hablado al salir del convento. Esta vez, David Fortuny no puso ninguna objeción a la indicación, más bien orden, de Miquel.

La calle Domínguez Miralles mostraba el verdor mañanero de los campos que la circundaban, sobre todo por la margen izquierda. La sensación de que estaba en un remanso de paz volvió a Miquel cuando bajaron de la moto frente al edificio donde vivía Enrique Llorente. Le gustaba el silencio, y más desde que Raquel se había apoderado de sus vidas con sus risas y todo lo que arrasaba allá por donde pasaba.

Por eso disfrutaba de sus inmersiones en la bañera.

Lo que menos les extrañó fue que nadie respondiera cuando llamaron a la puerta del piso. Miquel estuvo a punto de tratar de abrirla con algún sujetapapeles, como había hecho con la caja del armario de Patricio Jiménez. Siempre llevaba uno encima. Decidió no jugársela y bajaron a casa de la vecina.

La mujer apareció en el quicio de la puerta igual que una pequeña rosa marchita pero todavía viva.

—Buenos días —les deseó animosa.

—El señor Llorente…

No acabó la frase. No fue necesario. El rostro de la mujer se inundó de paz y tristeza, a partes iguales. El eco de su voz se hizo casi cantarín.

—No está. —Se encogió de hombros con resignada dulzura—. Se fue anoche. Recogió sus cosas, se despidió y me dijo adiós.

—¿Sabe a dónde?

—No, no me lo dijo. Me supo mal porque era un buen hombre. Después de cinco años… Y, encima, tan inesperado…

—¿Qué razón le dio?

—Familiar. —Fue escueta—. Sí, un tema familiar.

—¿Cómo se llevó sus cosas?

—Bueno, tampoco tenía mucho. Pero se marchó en un taxi.

Todo estaba dicho. No iban a sacarle nada más porque no había nada que sacar. Enrique Llorente había huido.

—Gracias, señora. Y perdone. —Le sonrió Miquel.

—Si conocen a alguien que quiera alquilar el piso… No estamos en pleno centro, pero esto es muy tranquilo, se lo puedo jurar. Bajando por la calle Cruz se llega en dos minutos a la parada del 66.

—Seguro que no tarda en tener cola —se despidió Miquel por segunda vez.

—Me gustaría un matrimonio joven, y, si puede ser, con algún niño o niña. —Su expresión fue de ensueño—. Eso sí sería maravilloso.

La dejaron en su casa, solitaria, y se encontraron en la calle.

La cara de Miquel lo decía todo.

Frustración, duda, sentimientos encontrados…

—¿Estará en casa de su hermana? —evaluó la situación Fortuny.

—No lo creo. ¿Con el marido de ella? Antes le mata. La única lógica sería su tía, y tampoco sabemos dónde vive. Además, no querrá hablar con nosotros aunque demos con ella. Se llamaba…

—María Lago —le recordó el detective.

Miquel siguió quieto, como si le hubieran plantado en la calle.

Le gustaba el sol.

—Le han matado por mi culpa —suspiró.

—Venga, hombre. No sabemos si fue un asesinato.

—¿Otra casualidad? ¿Nos encarga que investiguemos por miedo a que haya más muertes, y le toca a él tener un infarto? ¡Vamos, Fortuny!

—De acuerdo, supongamos que le han asesinado, ¿cómo van a haberlo hecho por su culpa?

—Porque yo le dije a Soledad Llorente que trabajábamos por encargo del padre Delgado.

David Fortuny se quedó parado.

—¿Se lo dijo?

—Sí, una sola vez. Ella sabía lo que estábamos haciendo. Y muerto él, muerto el encargo.

David Fortuny hizo una mueca.

—¿Cómo puede enmascararse un asesinato para que parezca un infarto? —preguntó.

—Hay drogas. Basta con saberlas emplear. De todas formas no creo que a la policía se le pase un pinchazo en el cuello, por ejemplo. Y más cuando usted les cuente lo que hemos averiguado.

—¿Vamos a ir por fin a la policía?

—Usted. Yo no.

—¿Y qué va a hacer?

—Ya me conoce. Seguir.

—¿Cómo? —se asustó el detective.

—No lo sé —reconoció él.

—¡Mañana es sábado, pasado domingo, y Barcelona va a estar patas arriba con los actos

finales del Congreso, lo de Montjuich y la misa de cierre!

—Pues me moveré el lunes. Tendré el fin de semana para pensar.

—¡Por Dios, Mascarell! ¿Pensar en qué? ¿No está claro que lo hizo Enrique Llorente?

No le contestó.

Por una vez, David Fortuny dio la orden:

—¡Venga, suba!

—¿Y a dónde vamos?

—¡Al despacho! ¡A ver si se tranquiliza un poco!

—No, si tranquilo ya estoy —le aseguró.

—¡Uy, sí, tranquilísimo, míralo a él!

No quiso discutir. Por allí tampoco pasaban taxis. Se encajó en el sidecar y dejó que su compañero le transportara desde la parte alta de la ciudad hasta las inmediaciones de la Modelo. El edificio de cinco plantas en el que vivía y tenía el despacho Fortuny estaba entre el matadero de reses y el cuartel de Numancia. Es decir, entre las calles de Aragón y Valencia. En la calle, el letrero junto a los timbres seguía diciendo: Detectives Fortuny - Primer piso.

Amalia estaba allí echando una mano.

Cuando los vio entrar, adivinó enseguida que sucedía algo malo.

—¿Qué pasa? —se preocupó.

Se lo dijo su novio:

—Han matado a mi primo.

—¿Qué? —Tuvo que sentarse para asimilar la noticia.

—Anoche —continuó David Fortuny—. Dicen que fue un infarto, pero no cuela.

—¿Pero por qué habrían de matarle? ¡Me contaste que esos tres curas estaban relacionados entre sí con lo de ese acoso del 35! ¿Qué tiene que ver tu primo con eso?

—Él nos encargó la investigación —habló Miquel—. Sin cliente, no hay trabajo. Siempre es más fácil asesinar a un cura que deshacerse de dos detectives.

—¡Pero esto es una locura! —se espantó ella.

—Toda la semana perdida y sin cobrar —masculló Fortuny con todo su pesar.

Amalia y Miquel le observaron.

Daba la impresión de estar muy abatido, aunque no sabían si era por Amancio Delgado o por el dinero.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Amalia.

—Él ir a la policía y contarles lo que sabemos —suspiró Miquel—. Yo ir a mi casa a pensar.

—¿Pensar en qué?

—En lo que no encaja de este caso y en lo que no sabemos ver.

—No lo entiendo —objetó Amalia.

—Mascarell dice que Enrique Llorente no da la talla como asesino.

—¿Una de sus intuiciones? —Frunció el ceño ella.

—Es más que eso —respondió él—. La clave sigue estando en el regreso del primer muerto, el padre Sanjuán. El detonante tuvo que originarse en el Hospital Clínico, no hay otra. Por desgracia, el médico que le operó tenía hoy varias intervenciones, y quizá mañana no trabaje, con lo cual nos vamos al lunes y esto no puede esperar más.

—No quiero que me quiten la licencia por retener información —apuntó Fortuny.

Miquel se acercó a Amalia para darle un beso y despedirse.

Ella hizo algo más: abrazarle.

—Seguro que da con la tecla —dijo.

—Quizá la policía logre asustar a la hermana de Enrique Llorente y hablar con su tía. Son las dos únicas que pueden saber dónde está. Si ese hombre no aclara un poco el misterio…

—Dele un beso a Patro.

—De su parte, gracias.

—Y a la niña.

—También.

Miquel le puso una mano en el hombro a su compañero.

—Llame a la mercería si hay alguna novedad, ¿de acuerdo?

David Fortuny asintió con la cabeza.

Diez minutos después, en el taxi de vuelta a casa, Miquel se preguntó cómo había llegado a cogerlo, porque no recordaba nada desde la despedida en el despacho de la agencia. Reaccionó al oír al taxista decir:

—¡Qué buen tiempo hace!, ¿verdad?

41

Llevaba casi toda la tarde sentado frente a la mesa del comedor, con las notas repartidas por encima de ella. Los nombres de los implicados, formando un semicírculo arriba, detallando aspectos y frases recogidas de los interrogatorios. En el centro, solitario, el de Enrique Llorente. En la hoja de dudas acababa de escribir:

1. ¿Qué sabe Soledad Llorente?
2. ¿Dónde vive María Lago, la tía de Soledad y Enrique?
3. ¿A qué fue Soledad Llorente al Hospital Clínico? ¿A ver al doctor Suñol? ¿Casualmente a otro paciente? ¿Por qué?
4. ¿Qué va a hacer Enrique Llorente con la pólvora?

Había leído y revisado una docena de veces sus notas. Y, aun así, volvió a leerlas.

«Dalmacio Sanjuán: un tiro en la sien en ángulo descendente. Una segunda bala disparada casi con toda seguridad para dejarle rastros de pólvora en la mano. Acababa de salir del hospital. Principal responsable de los sucesos en el seminario de San Agustín en 1935».

«Sebastián Santos: si Sanjuán y Jiménez fueron asesinados, lo más lógico es que él también lo fuera. Lo certifica la declaración del conductor del tranvía sobre la forma en que se cayó. Aunque Enrique Llorente no lo sabía, pensando que era cosa del obispado, Santos fue quien acabó determinando su expulsión y con ella el fin de su sueño de ser sacerdote».

«Patricio Jiménez: el factor sorpresa. El testigo inesperado. Con Enrique expulsado, es prácticamente imposible que él supiera lo de su declaración en favor del padre Sanjuán. Era menor de edad, así que a la fuerza tuvo que estar protegido».

Las muertes de Sanjuán y Santos podían ser, en cierto modo, fáciles: un tiro y un empujón. Pero la de Patricio Jiménez implicaba algo más. Era un sacerdote joven, de treinta y dos años. La persona que le cloroformizó, por mucho que lo hiciera de improviso, tenía que ser lo bastante fuerte como para dominar su primera reacción de defensa. Después tuvo que desnudarle y meterle en la bañera. Y estaba claro que siguió cloroformizándole mientras se desangraba en el agua. Luego le lavó la cara con jabón para borrar el olor.

¿Era Enrique Llorente tan fuerte como para hacer algo así?

—No —suspiró en voz alta—. Por lo que vi mientras te escapabas y saltabas por la ventana, eres un poco alfeñique y fofo.

De nuevo en la casilla de salida, en el mismo callejón con una pared al otro lado.

Se sintió derrotado.

Si Enrique Llorente era la clave…, ¿qué clase de clave era?

Se pasó una mano por los ojos y estiró los brazos. Faltaba más o menos una hora para que cerrara la mercería. Mejor lo dejaba y se reunía con Patro y Raquel. ¿Un paseo antes de cenar? ¿Por qué no? En ocasiones eso funcionaba tanto como estarse toda una tarde revisando las anotaciones de un caso tan confuso como aquél.

Todavía no se levantó.

Recordó algunas de las frases que le habían dicho del principal sospechoso del caso:

«Ser sacerdote lo era todo para él».

«Al ser expulsado se le negó lo que más deseaba».

«Su propia madre murió de pena tras aquello. Era aún más católica que él. Devota hasta lo irracional, de misa diaria. Todo lo daba y lo quitaba Dios. Ella le dijo a Enrique siempre que tenía que servir a Dios. Soñaba con un hijo sacerdote».

«Al morir su madre, le crio su tía María».

«Es una persona insegura, retraída, silenciosa».

«Tiene un corazón de oro, siempre dispuesto a ayudar a quien sea».

«La forma en que creía en Dios le hacía fuerte, le daba seguridad».

«No lo llame ilusión. Llámelo vocación. Era extrema. Consagrarse a Dios era lo único a lo que aspiraba desde que era niño. Lo suyo era casi…, no sé, visceral. Una pasión fuera de lo común. A veces daba la impresión de estar iluminado, como si realmente Dios le hubiera tocado con una varita. Por eso al expulsarle cambió tanto, se quedó sin nada».

«Se sintió tan traicionado… Perdió la fe. No solo la perdió: se fue al otro lado, el del resentimiento. Ahora odia a la Iglesia y todo lo que tenga que ver con ella».

«Dios le falló. Pero no le culpó a Él, se culpó a sí mismo. Y con esa culpa en el alma se hundió en el abismo».

«Se comporta en ocasiones como si fuera autista, apenas habla, es un autómata. Viéndole así no entiendo cómo en aquellos días no se volvió loco».

«Si hubiese visto en lo que se ha convertido Enrique…».

—¿En qué te has convertido? —le preguntó al viento Miquel.

¿Era la respuesta la clave del caso?

Se rindió. Sabía que estaba cerca de algo, pero no encontraba la forma de llegar a ello. No conseguía cerrar el círculo. Se pasó una mano por los ojos y acabó levantándose para disponerse a salir de casa. Necesitaba la calma de Patro y la infantil inocencia de Raquel. De pronto eran como un taburete de tres patas. Se necesitaban por mera estabilidad.

Enfiló el camino de la mercería andando cansinamente. El 30 de mayo de tres años antes lo

había pasado en comisaría, junto con un montón de delincuentes comunes detenidos como prevención por la visita de Franco a la ciudad. Aquella noche se reencontró con Agustino Ponce, Lenin. Parecía haber pasado una eternidad. Ahora el exchorizo trabajaba y se portaba bien.

—Le salvaste de una buena medio año después. —Recordó el caso de los cuadros y del Monument Men asesinado.

También la muerte del maldito comisario Amador.

Nuevos recuerdos.

Ya no solo almacenaba los de su vida anterior. También empezaban a amontonarse los de su nuevo presente.

Llegó a la mercería y le dijo hola a Teresina. La chica estaba atendiendo a una pareja de ancianos que examinaba unas madejas de grueso hilo de lana. Ella le preguntaba a él qué color prefería y él le contestaba que le daba igual, que lo escogiese y decidiese ella. La mujer insistía y el hombre le consultaba la opinión a Teresina. Miquel intuyó que debían de llevar toda la vida juntos. Y toda la vida era toda la vida.

Se metió en la trastienda. Patro estaba haciendo cuentas, como siempre a fin de mes, algo que le admiraba a él por la facilidad que mostraba para los números. Raquel jugaba en el suelo sobre una manta. Nada más verle se levantó para echarse en sus brazos. Miquel la llenó de besos. Luego ni siquiera pudo acercarse a Patro porque la niña le cogió de la mano y le obligó a sentarse frente a ella.

—¡Calma, calma, que ya no estoy yo para doblarme mucho y tirarme por el suelo!

—¿Cómo te ha ido? —quiso saber Patro sin levantar los ojos de la libreta de contabilidad.

—Estoy estancado —admitió.

—Lo resolverás —aseguró su mujer.

—Gracias.

Ahora ella sí dejó el lápiz. Cerró la libreta y se le quedó mirando.

—¿Qué es lo que más te ha desconcertado hasta ahora de este caso? —le preguntó.

Sin dejar de jugar con Raquel, Miquel dijo:

—Todo. No se mata a tres curas así como así, y menos haciéndolo pasar por suicidios. Se necesita inventiva, capacidad, una mente fría…

—Y no es la de ese hombre, Enrique, ¿verdad?

—No —manifestó—. El caso gravita en torno a él, sin duda, pero desde el momento en que le eché el ojo encima… Y lo curioso es que sí da la imagen de psicópata, o al menos de persona que no está mucho en sus cabales.

—Cambio la pregunta —insistió Patro—. ¿Qué es lo que más te ha desconcertado de él, sospechoso o no?

—Primero, que sea voluntario en la Cruz Roja. Eso muestra un espíritu solidario. Después, la

dichosa pólvora que encontramos en su casa. —Maquinalmente le dio de comer una sopa ficticia a la muñequita que Raquel sostenía en las manos—. Son piezas difíciles de encajar entre sí.

Patro se levantó de la silla, rodeó la mesa y se sentó junto a él en el suelo. Raquel le entregó a su madre otra cucharilla de aluminio para que colaborara en la alimentación de la muñeca. No hablaba, pero sus gestos eran siempre imperiosos y claros. Cuando los tenía a los dos para ella sola, era como una directora de orquesta.

O una dictadora precoz.

Por supuesto, irresistible.

No intercambiaron palabra alguna durante los siguientes dos minutos, salvo para decirle a la muñeca que se lo comiera todo. Raquel fingía preparar platos y más platos. A veces Patro observaba a Miquel. Otras era él quien la observaba a ella. Miradas cómplices. Miradas que ya no necesitaban verbalizar nada.

Si el mundo se hubiera quedado quieto en ese instante, lo habrían agradecido.

Pero el mundo seguía. Y la vida también.

La escena se detuvo cuando oyeron el timbre del teléfono en la tienda. Miquel ya se estaba poniendo en pie cuando Teresina apareció por la puerta.

—¿El señor Fortuny? —le preguntó Miquel antes de que la chica hablara.

—Sí, sí, señor.

—Ahora vuelvo, cielo. —Le dio un beso en la cabeza a Raquel.

Por suerte, no había nadie en la tienda en ese momento. Se sentó en la silla y cogió el auricular. El cordón negro que lo conectaba con el aparato estaba ya bastante retorcido. Fue como si se diera cuenta entonces.

Retorcido como el caso de los tres sacerdotes.

—¿Sí, Fortuny?

—¿Ha sacado algo en claro el gran cerebro pensante? —le endilgó el detective.

—Menos coñas, va.

—No, si no es coña. Ya me gustaría a mí quedarme a pensar. Si supiera la tarde que he llevado…

—¿Qué dice la policía?

Escuchó un resoplido a través del hilo telefónico.

—Mire, Mascarell: ésos, en cuanto me ven entrar y me reconocen, empiezan a reírse. Se creen el no va más. ¿Detective privado? ¡Ja, ja, ja! A ver, yo era policía en la República. Ahora me ven como un tullido. ¿Franquista? Hombre, sí. Por ahí me salvo. Pero nada más. —Masculló algo ininteligible por lo bajo, como si estuviera haciendo otra cosa—. Lo malo es que están los que son nuevos, y, para que me escuchen, es como tratar de hablarle a un sordo. Y me han tocado éstos, porque el resto… Ya se lo imagina, ¿no? Congreso, Congreso, Congreso. Hasta la misa del

domingo y la vuelta de todos a casa, esta ciudad no está para nada más. Y menos para hablar de tres curas que resulta que ya no están suicidados, sino más bien asesinados.

—¿Pero les ha contado lo que hemos averiguado?

—Tendría que haber visto sus caras.

—¿No le han creído?

—Al final sí. Es más, me han hecho esperar una hora en una sala, han debido de hacer algunas llamadas y, por lo visto, alguien ha ido a echarle una ojeada a mi primo al depósito. Por supuesto, teníamos razón —habló en plural—. Le han encontrado a Amancio un pinchazo apenas perceptible en el cuello, por la parte de la derecha.

—Si se le acercó por detrás, el asesino es diestro.

—Todo el mundo es diestro, no fastidie —gruñó Fortuny.

—Todo el mundo menos los zurdos. ¿Qué más?

—Nada. Les he contado los detalles y supongo que se pondrán a ello el lunes.

—¿Mañana no?

—¡Y yo qué sé! Le digo lo que pienso. A fin de cuentas Enrique Llorente ha huido, ¿verdad? Si viera lo mal que me han mirado todo el rato… Y, al final, ¿darme las gracias? No, ni hablar. No sé si ya estaban en ello antes, con la mosca detrás de la oreja con tanto cura suicidado, pero, con todo lo que les he contado, les ha caído un buen paripé encima. —Dejó ir una risa fría—. Lo cierto es que yo me he marchado ciscándome en sus muertos. Ahora resolverán el caso y se pondrán la medalla por ello y por salvaguardar el buen nombre de la Iglesia evitando los cargos de suicidio. Mientras, nosotros sin cobrar.

—Presente una factura al convento.

—Es lo que pienso hacer, pero esperanzas… pocas. Le juro que dan ganas de…

—¿Ganas de qué? —le animó a seguir.

—¡Bah, nada! —se resignó su compañero—. Hay un par de encargos pendientes. Uno es el del otro día, el de la señora y el marido que cree que la engaña, y el otro es sobre un posible desfalco. Amalia ha tomado los datos. ¿Se viene mañana y los estudiamos?

—El lunes.

—¿Usted también?

—Mañana es lo de la ordenación sacerdotal masiva en Montjuich, y pasado, lo de la misa —le recordó—. Vamos a esperar a que amaine esta tormenta religiosa y Barcelona recupere la normalidad, ¿le parece?

—Me voy a cenar con Amalia —fue su respuesta.

—Y yo a jugar con mi hija —dijo Miquel.

—Venga el lunes temprano —se rindió Fortuny.

Miquel colgó el auricular.

Se quedó mirando el retorcido cordón negro y luego se puso a darle vueltas al auricular para desenredarlo.

Darle vueltas.

Desenredarlo.

Darle vueltas.

Desenredarlo.

—Miquel. —Le despertó de su abstracción la voz de Patro—. ¿Qué haces ensimismado jugando con el teléfono?

Día 7

Sábado, 31 de mayo de 1952

42

Dio la enésima vuelta en la cama.

Y otra más.

Pensó en levantarse. Pero, si lo hacía, a lo peor despertaba a Patro. Ella era capaz de notar si se encontraba mal o pasaba una noche de perros.

Miquel miró la oscuridad con los ojos abiertos.

El silencio era absoluto, y los gritos de su cabeza también.

Gritos, alarmas.

«¡Lo tienes!».

«¿No lo ves?».

«¡Está ahí, delante de tus narices! ¡Solo has de sumar dos y dos!».

Pero ¿qué era lo que estaba ahí?

Casi siempre se trataba de lo inexplicable, lo insólito, la equis misteriosa en la ecuación.

—¿Qué es lo que no encaja? —susurró para sí mismo.

Volvió a martillear su mente la retahíla de frases que había oído en torno a Enrique Llorente. Por lo menos las más elocuentes:

«Ser sacerdote lo era todo para él».

«Al ser expulsado se le negó lo que más deseaba».

«Su propia madre murió de pena tras aquello».

«Al morir su madre, le crio su tía María».

«Es una persona insegura, retraída, silenciosa».

«La forma en que creía en Dios le hacía fuerte, le daba seguridad».

«A veces daba la impresión de estar iluminado, como si realmente Dios le hubiera tocado con una varita. Por eso al expulsarle cambió tanto, se quedó sin nada».

«Se sintió tan traicionado… Perdió la fe. No solo la perdió: se fue al otro lado, el del resentimiento. Ahora odia a la Iglesia y todo lo que tenga que ver con ella».

«Se comporta en ocasiones como si fuera autista, apenas habla, es un autómata. Viéndole así no entiendo cómo en aquellos días no se volvió loco».

«Si hubiese visto en lo que se ha convertido Enrique…».

¿Qué más había?

¿Qué olvidaba?

Se levantó muy despacio, mucho, a cámara lenta. Puso los pies en el frío suelo y se calzó las zapatillas de estar por casa. Salió de la habitación y caminó hasta la galería. Primero, pasar por el cuarto de baño. Después, ir a la cocina a por un vaso de agua. Cuando le echó un vistazo al reloj se dio cuenta de que se aproximaba el amanecer. Clarearía en pocos minutos. Una noche medio en vela solía pasarle factura. Los reflejos se entorpecían. Se resignó a lo inevitable y regresó al dormitorio para intentar dormir aunque solo fuera un ratito. Repitió la operación a la inversa, meterse en la cama despacio sin mover demasiado el colchón para no despertar a Patro. Lo consiguió y volvió a cerrar los ojos.

De nuevo el silencio.

De nuevo los gritos.

¿Qué era lo que no encajaba?

—La pólvora —susurró.

«Ahora odia a la Iglesia y todo lo que tenga que ver con ella».

Pólvora. Odio. Resentimiento.

Escuchó la voz de la vecina de Enrique:

«Como no tenga servicio esta noche en la Cruz Roja, no creo que tarde mucho. Claro que con tantos actos como hay con motivo del Congreso estos días… Ya ven, me dijo varias veces que lo estaba esperando. Es así de buena persona».

¿Esperaba el Congreso?

¿Por qué? ¿Para qué?

Ahora apareció su propia voz diciéndole a David Fortuny, tras encontrar el uniforme de la Cruz Roja en casa de Enrique Llorente:

«Son los que llevan los voluntarios que van al fútbol, a los toros o a cualquier espectáculo muy concurrido y multitudinario, por si hay alguna emergencia. Da la impresión de que nuestro hombre sigue siendo buena persona. Eso no lo hace todo el mundo».

La respuesta de Fortuny:

«Igual es para ver los espectáculos gratis».

¡No, no era para ver los espectáculos gratis!

La misa multitudinaria del domingo era en la avenida del Generalísimo, un enorme espacio abierto difícil de controlar. Pero el gran evento en un lugar cerrado se iba a celebrar en unas horas.

La ordenación masiva de sacerdotes en el estadio de Montjuich.

Miquel notó el escalofrío.

Más de ochocientos nuevos curas dispuestos a iniciar sus vidas pastorales.

Algo que a Enrique Llorente se le había negado.

Finalmente, la última pieza.

—¡No puede ser! —gimió Miquel.

43

Todos los caminos conducían a Montjuich.

Formaban ríos humanos, oscuros, enlutados. Ríos de sacerdotes y monjas, ríos de rosarios y misales, de escapularios y biblias. También había padres, abuelos, hermanos y hermanas de algunos de los ochocientos veinte sacerdotes que recibirían la bendición a lo largo de la histórica efeméride. Sin embargo, ningún color era estridente. El dominante era el negro de los hábitos y el blanco de las mantillas femeninas. Bajo el silencio, pocas voces, como para no contrariar al cielo. Pocas voces y algunas risas, comedidas, felices.

Devotas.

Era, sin duda, el gran acto, el más simbólico, más aún que la misa del día siguiente, a la que seguramente asistirían un millón o un millón y medio de personas. Una misa siempre era una misa, la impartiera quien la impartiese, pero ver el impresionante marco de un estadio abarrotado de fe y amor, de sueños y esperanzas, de religiosidad y catolicismo a rebosar, era otra cosa.

La ordenación sacerdotal más grande de la historia.

Allí, en el Congreso Eucarístico.

El primero tras la Segunda Guerra Mundial.

El primero en tiempos de paz.

En el nuevo orden.

En Barcelona, renacida de sus cenizas y de su derrota tras la Guerra Civil.

En la maltratada Cataluña, que resistía con su lengua a escondidas y la pausa del *seny* catalán a la espera de un tiempo mejor.

En España, la reserva espiritual de Occidente.

Ochenta mil almas reunidas bajo un primaveral cielo de mayo.

Miquel era una más. En su caso, un alma pequeña y angustiada. Un alma que buscaba una aguja en aquel inmenso pajar y con solo una probabilidad de dar con ella. Trataba de abrirse paso en la lenta ascensión. Una gota en la riada que iba montaña arriba. No lo tenía fácil. Había salido de casa sin un maldito taxi a la vista y, hasta mitad de camino, a pie, no consiguió subirse a uno.

—Le dejaré lo más cerca que pueda —le advirtió el taxista—. Pero no dejan llegar hasta el estadio. La Guardia Urbana lo controla todo desde las seis de la mañana y únicamente se permite conducir hasta La Font del Gat, ahora de subida y después, al acabar el acto, de bajada. En estos

momentos ya estamos en el apogeo, señor. Yo calculo que antes de que empiece todo, a las nueve, el colapso será monumental.

Todavía se estaban instalando altavoces para las personas que se quedasen fuera. Los autocares y camiones eran desviados. Los escasos aparcamientos, incluso para motos o bicicletas, estaban ya saturados. Era un hormiguero humano.

Antes de bajarse del taxi, el hombre le dijo:

—Por la parte de atrás del estadio se han instalado cientos de tiendas de campaña. Una ciudad entera. ¿Se imagina? Yo nunca había visto nada igual. Desde luego, ¡lo que daría por entrar y ser testigo de esto! Supongo que será de esas cosas que no se olvidan nunca.

El primer puesto de asistencia de la Cruz Roja lo encontró a unos treinta metros de donde le había dejado el taxi. El símbolo destacaba en el extremo de un pequeño poste. Se acercó a él. Lo atendían un par de personas, una de cada sexo, jóvenes y preparados, luciendo sus uniformes como si fueran nuevos. Ella parecía afable y simpática.

—¿El puesto de mando de la Cruz Roja? —le preguntó Miquel.

Ella apuntó con un dedo hacia el estadio.

—En la explanada, señor. Lo verá enseguida.

Reemprendió la marcha. Entre el cansancio por la ascensión y la imposibilidad de conseguir que la marea humana le permitiera el paso para ir más rápido, se resignó a caminar como uno más.

Tenía tiempo.

No mucho, pero lo tenía.

Pasara lo que pasase, Enrique Llorente no actuaría hasta alguno de los momentos álgidos.

Cuando llegó a la explanada, jadeaba y sudaba pese a que el sol todavía no golpeaba la tierra. Se pasó el pañuelo por la frente y se recompuso un poco. Corbata, americana, camisa. Incluso se frotó los zapatos por la parte de atrás de la pernera del pantalón. Necesitaba dar la imagen de una persona seria, con autoridad y de las que admitían pocas réplicas. Lo que no esperaba era que en la entrada del puesto de mando se agolpase un gentío imprevisto.

—¿Ha sucedido algo? —se alarmó.

—Han llegado la duquesa de la Victoria y el doctor García Tornel —le informó uno de los que siempre parecían saberlo todo—. Ya sabe que ella es la presidenta de la Asamblea Suprema de la Cruz Roja Española y él es el director del Hospital de la Cruz Roja en Barcelona.

—Están visitando la enfermería y el botiquín de urgencia —lo remató alguien más—. Se nota que esto es algo muy serio.

Miquel se imaginó que, en ese momento, entrar allí sería complicado. Se mordió el labio inferior y vaciló unos segundos. ¿Cuánto podía durar una visita de cortesía institucional?

Iba a dar la vuelta, por si encontraba otro acceso por el otro lado, cuando, de pronto, la

atención se desvió hacia el mismo estadio. Renació un griterío mezclado con el ruido de varios motores.

—¡Mirad, ya llegan!

—¡Puntuales, a las nueve menos cuarto!

—¿Nos acercamos?

Miquel observó la fila de autocares presidida por dos motoristas de la Guardia Urbana. Más que una fila era una caravana ingente. Los contó. Cuarenta y cinco. En su interior, los ochocientos veinte ordenandos y los acólitos que debían actuar en las ceremonias. No sabía si los obispos y arzobispos también los acompañaban o los esperaban ya a pie de césped. Siguió escuchando voces informativas a su alrededor.

—Leí que salían a las siete y media de la mañana del Seminario Conciliar. Imagínate lo que han tardado en llegar para tan poca distancia, ¡hora y cuarto!

—Ahora bajarán en la Puerta de Marathon, se formarán las comitivas y se dirigirán a sus altares respectivos.

—¡Veintiún altares a lo largo y ancho del césped!

—¡Qué organización!

—¡No vamos a hacer el ridículo ante el mundo, digo yo!

Empezaron los aplausos, como si de unos héroes futboleros se tratase. Aplausos y vítores. Gracias a ello el acceso al puesto de mando de la Cruz Roja se aclaró un poco. La masa humana se desplazó hacia el nuevo punto de atención, alrededor de la Puerta de Marathon del estadio.

Miquel entró en el pabellón de la Cruz Roja. Ya no había rastro de las autoridades que lo acababan de visitar. Todo el mundo quería estar en su sitio a las nueve de la mañana.

Esta vez no se dirigió a un simple voluntario. Buscó a alguna persona con capacidad de mando. La encontró en una mujer que llevaba una gorra con algo que parecían ser galones y estaba impartiendo instrucciones. Tenía un aire marcial. No se presentó, fue directo al grano nada más despachar ella al último de sus subordinados.

—Señora, siento molestarla. —Inclinó la cabeza con respeto—. No lo haría, y menos en estas circunstancias, si no se tratara de algo urgente. Necesito encontrar a uno de sus hombres.

La mujer le miró de arriba abajo.

—¿Sabe cuántos voluntarios hay hoy aquí?

—Lo imagino —dijo él sin arredrarse—. Pero también imagino que ustedes dispondrán de un listado y un plan operativo para todos ellos, en qué acceso van a estar… He visto el orden que hay y es impresionante —la ensalzó.

—¿Quién es usted?

Miquel sacó su credencial.

No era más que un detective privado, pero para ella una credencial significaba algo.

—¿Para qué necesita ver a ese hombre? —quiso saber.

—Un asunto familiar muy grave.

—¿Y va a llevárselo? —se preocupó.

—No, pero es esencial que sea informado. Por favor. —Dejó de parecer un sargento de la Guardia Civil y se humanizó un poco—. Solo indíqueme en qué zona está.

La duda se disipó con rapidez.

—Venga por aquí —le dijo a Miquel.

No caminaron mucho. Llegaron hasta una mesa detrás de la cual se sentaba otra mujer de unos cuarenta años. Ni siquiera hubo presentaciones.

—Mercedes, este señor busca a uno de los nuestros. ¿Le ayudas? —Se volvió hacia él con rostro grave—. Hoy necesitamos a todo el mundo, ¿entiende? Hemos tenido que echar mano hasta de algún jubilado. ¿Sabe la marabunta que hay ahí afuera? —Resopló—. ¡Como la ceremonia dure mucho y el sol se ponga duro, a más de un y de una octogenaria les va a dar algo! ¡Santo Dios!

—Gracias, señora.

La vio alejarse y se enfrentó a Mercedes.

—Se llama Enrique Llorente —le dijo.

La mujer examinó unos listados. Iba rápida, pero realmente parecía que allí hubiera todo un ejército de la Cruz Roja. Miquel empezó a pensar que, tal vez, su perseguido no actuara con su nombre real.

Se equivocó.

—Sí, aquí está —le localizó ella—. Tiene servicio dentro del estadio, en la puerta 47.

—¿Cómo puedo entrar? —preguntó él—. Necesitaría que alguien me acompañase.

—Yo no puedo moverme de aquí, señor. —Vaciló lo justo antes de apartar la mirada de él y llamar a una de las jóvenes que pasaba cerca—: ¡Petra!

Era una muchacha agraciada, menuda y de ojillos vivos, pero a la que el uniforme le sentaba realmente mal, como si ella y la ropa hubieran entrado en conflicto desde el mismo instante de encontrarse. Mercedes le dio una simple orden:

—Acompaña a este señor a la puerta 47, hazle entrar y vuelve rápido, ¿estamos?

—Sí, señora —casi se cuadró Petra—. Venga por aquí, señor.

La siguió con el paso vivo. Iban a dar las nueve. Iba a dar comienzo la gran ceremonia. La puerta 47 no estaba precisamente enfrente. Todos los accesos se veían todavía medio colapsados por más que los celadores trataban de acelerar el ingreso al estadio.

—¿Va a ver la ceremonia, señor? —le preguntó la joven.

—No, me temo que no.

—Pues va a estar muy bien —aseguró ella—. Nos la han explicado para que estemos sobre

aviso y calculemos los tiempos —continuó hablando como si tal cosa—. Los futuros sacerdotes y los acólitos creo que han llegado hace un rato. Ahora estarán montando el cortejo, con los veintiún prelados al frente más los maestros de ceremonias, los ayudantes de altar… Todos accederán al césped a las nueve en punto y cada cortejo se dirigirá a su respectivo altar. ¡Yo no creo que nunca haya habido tantos obispos, arzobispos y patriarcas juntos en Barcelona! ¿No es impresionante?

—Sí, lo es. —Jadeó de nuevo, cansado, sin dejar de trotar a su lado.

—¿Se imagina a esos ordenandos que han venido de Perú, México, Cuba, Francia, China, Portugal, Argentina… —Movió la mano derecha de arriba abajo—. Nunca olvidarán este día, ¿no cree?

Estaban ya en la dichosa puerta 47.

Petra le cogió de la mano. La de ella era menuda y cálida, como la de una niña.

—¡No se suelte!

No se soltó.

El resto fue rápido. Ni siquiera la detuvieron para preguntarle nada. Pasaron junto al hombre que cuidaba la puerta, y a Petra le bastó una sonrisa y enseñar que iba cogida de la mano de Miquel. Una vez dentro, se la soltó.

—¡Pues ya está! —Quedó complacida—. ¿Puedo irme?

—Gracias. —Le sonrió él.

La vio regresar a la puerta a toda prisa. Un soplo de aire fresco. Había muchas como ella.

Llenas de vida.

La olvidó al momento.

Estaba dentro del estadio.

Finalmente, cerca de Enrique Llorente.

44

No había nadie de la Cruz Roja por allí.

Los que llegaban con el tiempo justo corrían por los pasillos para entrar cuanto antes en el recinto. Miquel se aseguró de que el grupo de voluntarios adscrito a la puerta 47 no estuviera cerca. Una vez comprobado, accedió también él al interior del estadio.

Le detuvo el impacto.

Bajo un sol que amenazaba con ser de justicia al paso de las horas, el espectáculo le hizo estremecer.

Religioso o no, católico o no, aquélla era sin duda la manifestación más grande de fervor humano que jamás hubiese visto. En el interior del estadio, todo era un contraste. Los colores, la fiesta, el respetuoso murmullo de tantos miles de personas unidas por esa entelequia llamada fe.

A veces, Miquel sentía envidia.

Envidia de los que sí creían en algo.

Atados a una esperanza eterna.

El lleno era ya absoluto. Gradas, tribunas y pasillos rebosaban con el gentío que se agolpaba en todas partes. Las banderas nacionales y pontificias ondeaban en lo alto de los graderíos. También brillaban las cincuenta y seis correspondientes a los países participantes en el Congreso. Había terciopelos granas en la tribuna presidencial, ya con las autoridades ocupando sus lugares. En el césped, los veintiún altares orlados con claveles rosas y separados entre sí por escasos metros circundaban el terreno de juego, dejando el centro para el inmenso coro formado por trescientos cincuenta seminaristas procedentes de toda Cataluña. Cada altar enlazaba con la parte próxima del público mediante una alfombra granate, para que en ella se situaran los diáconos que iban a recibir las sagradas órdenes mayores. También había sillas para las familias de los ordenandos.

Por la Puerta de Marathon, se iniciaban en aquel momento las procesiones. Los distintos colores de los hábitos de las órdenes religiosas eran una nota de luz. También las púrpuras cardenalicias. Contrastaban con los hábitos negros y las mantellinas blancas que inundaban las gradas. El estadio se quedó en silencio, pero a continuación se puso en pie para aplaudir.

Comenzaba la gran fiesta de la cristiandad.

Miquel tuvo que olvidarse de lo que estaba viendo.

Porque lo importante era lo que no veía.

¿Dónde estaba Enrique Llorente?

Localizó a dos miembros de la Cruz Roja escaleras abajo y se afanó por llegar hasta ellos. Intentó evadirse de cuanto le rodeaba, concentrarse en su único objetivo. Bajó la escalinata y los alcanzó antes de que avanzaran por el pasillo interior.

—Perdonen… ¿Está por aquí Enrique Llorente?

—¿Quién? —Fue amable el primero.

—Enrique Llorente, un hombre joven, como ustedes, treintañero, bajito, mofletes… Me han dicho que estaba en esta puerta.

—¡Ah, sí! —saltó el otro—. Es que todos no nos conocemos, ¿sabe? Mírele, ahí está.

Miquel volvió la cabeza.

Enrique Llorente estaba justo en el lugar que acababa de abandonar él, junto a la boca de acceso al estadio. Iba a salir por ella.

Miquel subió escaleras arriba, resollando y maldiciendo.

Cuando le interceptó, apenas había ya gente corriendo para ocupar sus lugares. Con la ceremonia iniciada, todo el mundo estaba pendiente de ella. Su objetivo llevaba una pequeña mochilita a la espalda, como si cargase material de primeros auxilios.

Una mochilita que, por la forma en que caía hacia abajo, daba la impresión de ser algo pesada.

—¡Enrique! —utilizó su nombre de pila.

El hombre se detuvo.

Tardó en darse la vuelta.

Miquel temió que echara a correr de nuevo, pero esta vez no lo hizo. Se quedó tal cual. Ni siquiera cambió la expresión de su rostro o el tono neutro y aséptico de la mirada.

Allí parecía no haber sentimientos.

«Se comporta en ocasiones como si fuera autista, apenas habla, es un autómata. Viéndole así no entiendo cómo en aquellos días no se volvió loco».

Loco.

Pero no, no lo era ni lo estaba.

—Usted… —exclamó de manera mecánica.

—Sí, yo —dijo Miquel.

—¿Qué quiere? —le preguntó con un deje de amargura.

—Pedirle que no lo haga.

—¿Hacer qué?

—Por favor…

—¿Hacer qué? —lo repitió.

—Sé que ha preparado una bomba.

—Se equivoca.

—No, no me equivoco —insistió Miquel señalando la mochilita.

—Y yo le digo que sí —insistió él mientras se desabrochaba el chaleco del uniforme de la Cruz Roja para mostrarle las cargas que llevaba adosadas al cuerpo a modo de cinturón—. La bomba soy yo.

Miquel tragó saliva.

Pensó en Patro y en Raquel.

Enrique Llorente estaba a unos tres metros. Ahora no había nadie más cerca de ellos. No tenía ni idea de cómo pensaba detonar el explosivo principal. Probablemente lo de la mochilita fuese para expandir más el efecto y hacer más daño. Tres metros, a su edad, eran muchos para tratar de saltar sobre él, la mitad de años más joven.

—Escuche. —Levantó las manos a modo de pantalla—. ¿Qué espera conseguir con eso, además de matarse usted? ¿Acabar con veinte, cincuenta, cien personas? ¿Desatar el pánico?

No hubo respuesta.

Solo aquella mirada carente de luz y de vida.

—Enrique, usted creía en Dios. —Imprimió un toque de súplica en la voz.

—Exacto: creía.

—¿Ha olvidado cómo era antes de que le destrozaran la vida en 1935?

—¿Ingenuo? ¿Inocente?

—¡Mírelos a ellos! —Miquel apuntó con un dedo la boca que llevaba a las gradas—. ¡Mire a esos futuros sacerdotes y a la gente que está hoy aquí! ¡Ellos siguen creyendo!

—¿Y usted? —preguntó de pronto.

Miquel tuvo miedo de responder.

—Soy ateo, o como quiera llamarlo —se aventuró con la verdad.

—Entonces, ¿qué más le da lo que pase hoy aquí?

—¡A usted le arrebataron los sueños, las esperanzas, el futuro, pero ellos los tienen aquí! ¡No se los quite!

—Todos son iguales —proclamó con renovada amargura.

—¡No es verdad! ¡Ahí abajo hay muchos Enriques como era usted en el seminario antes de que el padre Sanjuán le destrozara la vida! ¡Y muchas madres como la suya contemplándolos!

—No hable de mi madre —le pidió.

Miquel dio un paso al frente con la mano derecha extendida.

Enrique Llorente retrocedió la misma distancia.

La advertencia fue seca.

—No se acerque o saltará por los aires.

—No pienso irme —dijo Miquel.

—¿Qué es usted, un mártir, un iluminado…?

—¿Puedo decirle algo?

—Adelante.

Miquel pareció relajarse de pronto. Metió las manos en los bolsillos del pantalón, miró al suelo y levantó de nuevo la vista para posar los ojos en su oponente. Antes de la guerra se había visto involucrado un par de veces en situaciones similares: un hombre armado y él delante, sin nada. En momentos así dejaba de ser policía. Se convertía en mediador.

Y, para mediar, tenía que ser más listo, emplear otras tácticas, buscar otros argumentos.

Además de ser y parecer sincero.

—Mi mujer dice que tengo un amor especial por esta ciudad, mi ciudad, mi Barcelona —comenzó a decir de forma pausada, casi ceremonial.

Como si arropara sus palabras, el coro del césped del estadio se puso a cantar.

—No le entiendo. —Hizo una mueca Enrique Llorente—. Y si lo que pretende es engatusarme…

—Amo Barcelona —se lo repitió Miquel—. Da igual quién o cómo mande. Ella está por encima de todo, de nosotros y de la historia. Amo sus calles, el mar, sus monumentos, sus casas, su aire y su gente. —La mirada se hizo penetrante—. Si usted hace lo que pretende, no solo matará a unas pocas personas, también la matará a ella.

—¡No diga estupideces! —exclamó el de la Cruz Roja.

—Ahora mismo Barcelona es el centro del universo —habló más y más despacio—. No importa que sea por la religión o ese fanatismo católico desbordado. Lo somos. El mundo entero nos mira. Si estalla esa bomba, mañana saldremos en todos los periódicos del orbe y este día acabará marcado como el de la peor de las ignominias. Quedará señalado en la historia de Barcelona, y seguirá así. Pasarán cien años, y seguirá así. El daño que se causará a las generaciones venideras será irreparable. Eso sin olvidar que mañana mismo estará aquí el ejército y las represalias serán peores que las de la Guerra Civil. Morirá mucha más gente de la que usted pretende matar hoy aquí.

Enrique Llorente esbozó una sonrisa. Pareció incrédulo.

—¿Quiere convencerme de que no haga esto… hablándome de Barcelona?

—Le hablo de Barcelona porque es lo mismo que hablarle a su corazón, a su ser humano, ése que sigue ahí —señaló su pecho— y no ha muerto. Hoy todos somos Barcelona.

—Es usted un romántico, ¿sabe?

—¿Usted nació aquí?

—Sí.

—¿Y qué es lo que siente?

La pregunta flotó en el aire. Buscó una respuesta que no llegó a producirse. En lo más profundo de la mirada del hombre, Miquel apreció un atisbo de desconcierto.

—Usted no es así, Enrique. —Le sonrió.

—¿Así, cómo?

—Un asesino.

—No me conoce. —Negó con la cabeza—. Llevo años esperando este momento, este Congreso, este día.

—Pero no es un asesino. No ha matado a nadie todavía. Sigue a salvo.

—¡No trate de confundirme!

—Intento ser la voz de su conciencia, nada más. —Llevó aire a sus pulmones—. Sabe que Dalmacio Sanjuán, Sebastián Santos y Patricio Jiménez han muerto, ¿verdad?

El giro en la conversación le hizo arrugar la frente.

—Me lo contó mi hermana —asintió.

—Toda la vida odiando al padre Sanjuán, sin saber que el rector y otro seminarista habían dictado su sentencia.

Volvió el silencio.

—Acabo de decirle que no es un asesino. Porque evidentemente usted no los mató, ¿me equivoco?

—Qué más da. —Se encogió de hombros.

—No lo hizo —insistió Miquel.

—Es muy listo.

—De hecho, ahora que sabe…, que comprende quién fue, también creo que quiere morir para salvarla.

El golpe verbal casi le tambaleó.

Miquel continuó inmóvil, empleando únicamente su voz.

—Ya es tarde, Enrique. Aunque muera, no la salvará a ella. Usted puede salirse de todo esto, vivir. Usted, aunque ahora odie a la Iglesia, es una buena persona. Por eso ayuda en la Cruz Roja.

—¡Me apunté para estar aquí hoy! —gritó perdiendo un poco los nervios.

—Hay muchas formas de servir y ayudar a la gente. No solo los curas lo hacen. Si estalla esa bomba, también les hará daño a ellos, a esos cientos de voluntarios. Ni Barcelona ni la Cruz Roja lo merecen. Se lo repito: ¿por qué no piensa en vivir? Ahora todo ha terminado, ellos han muerto. Pero queda usted.

Enrique Llorente empezó a venirse abajo.

Buscó la serenidad que le faltaba.

—¿Por qué ha dicho que no puedo… salvarla? ¿A quién…?

—Vamos, Enrique…

—¿Cómo sabe tanto?

—Porque su hermana Soledad fue al Hospital Clínico a contárselo a alguien. ¿A quién? A la última pieza del engranaje: su tía María. Ella, desde el primer momento. Es enfermera y trabaja allí. ¿Me equivoco acaso? Primero pensé en el médico, el doctor Suñol, pero he comprendido que no pudo ser él, y menos después de operar con éxito al padre Sanjuán. Si hubiera sido el asesino, le habría dejado morir en la mesa de operaciones. Una enfermera, en cambio… Ni siquiera con su propio apellido, sino con el de su marido, pasando desapercibida. Una mujer fuerte y capaz de mover pacientes, con conocimientos y acceso a sustancias para dejar inconsciente a un hombre, una más entre tantas aunque llevase galones. Una enfermera que se encontró, de pronto, con el causante de todos los males de los Llorente: el pederasta que hundió la vida de su sobrino y llevó a la tumba a su hermana. ¿Cómo dejar que sobreviviera? ¿Cómo dejarlo pasar? Primero, Dalmacio Sanjuán, después, al conocer el resto de la historia, ya no se detuvo y cerró el círculo con Santos y Jiménez. Venganza cumplida.

—Mi tía…

—Su tía, sí. Lo malo es que ha acabado perdiendo el norte. —No le dejó seguir—. No tenía que matar también al padre Delgado.

—¿A quién?

—Al sacerdote que nos encargó la investigación para el convento de San Gabriel.

Enrique Llorente se puso pálido.

—Ya veo que no lo sabía —suspiró Miquel.

—No —admitió.

—Cuatro muertos son muchos muertos. Demasiados.

Se hizo el silencio entre ellos. Desde el interior del estadio les llegaba el parlamento de uno de los oficiantes, difundido a través de los altavoces bajo un silencio sepulcral. Miquel estaba ahora pendiente de cada gesto y cada señal del hombre capaz de provocar una masacre. Un hombre que, de pronto, era como si se estuviera fundiendo dentro del uniforme.

—Deme esa bomba y váyase, Enrique. Por favor.

Ninguno de los dos se movió.

—Su tía se ha vengado por usted —continuó Miquel—. No tiene por qué matar a nadie más, y menos a inocentes. Usted está limpio. Ya no hay motivo para seguir. Piénselo. Hay un mundo ahí afuera. Un mundo para la buena gente y que le necesita. Asia, África, América Latina… Váyase de aquí. Da igual cómo llamemos a aquello en lo que creemos. Solo es un nombre. Lo que importa es lo que sentimos. Lo que tenemos aquí —se tocó el corazón— y aquí —se tocó la frente—. Tiene una oportunidad. Márchese y aprovéchela. Nadie le buscará. Deje atrás todo esto y comience de nuevo. Se puede servir a Dios de muchas formas, sin necesidad de vestir un hábito.

—¿Y eso lo dice un ateo?

—Lo dice un ser humano, simplemente. Alguien que estuvo preso ocho años y medio, trabajando en el Valle de los Caídos, sin haber hecho nada. Y ya ve, hoy estoy aquí tratando de corregir un error. Enrique —empleó el resto de su vehemencia—, ¡viva por lo que le hicieron, no muera por ello!

A veces unos segundos pueden ser eternos.

Luego…

Fue inesperado.

El hundimiento.

Las lágrimas.

La bajada a los infiernos.

Ahora sí, Miquel llegó hasta él y, simplemente, le abrazó.

45

Tuvo tiempo de desarmar los explosivos bajando del estadio de Montjuich. No era un experto, pero tampoco lo era Enrique Llorente fabricando bombas. Todo consistía en separar las partes con calma. Por suerte, los bosques de la montaña eran frondosos. Se sentía como un conspirador, y no le abandonó el miedo hasta que la última porción de pólvora acabó en la última de las alcantarillas por las que pasó. Una vez a salvo, levantó la vista para ver el lugar del que acababa de irse.

El lugar que, anónimamente, había salvado.

¿Y con cuántas vidas?

De manera instintiva pensó en la bomba del Liceo, en 1893.

La maldita historia.

Se miró las manos. Le temblaban. Sudaba, pero no por el primer calor de la mañana. A duras penas recordaba qué había dicho, cómo lo había dicho. Tampoco sabía de dónde había sacado la entereza para hacerlo. De lo único que estaba seguro era de que había hablado con el corazón y todo era cierto: Barcelona no merecía aquello.

Y Enrique Llorente sí merecía una oportunidad, después de toda una vida prisionero de sí mismo, de su madre muerta y de su tía…

Su tía María.

Bajó la montaña envuelto en sus pensamientos y no encontró un taxi hasta la plaza de España. Resistió las preguntas del taxista acerca de dónde venía y lo que estaba pasando en el estadio de Montjuich, y siguió recordando su primera visita al Hospital Clínico.

Sabía que la jefa de enfermeras se llamaba María, pero el apellido era Carduch, no Lago. Salvo que, lo mismo que había hecho Soledad Llorente, hubiera adoptado el apellido del marido.

—Maldita sea… —gruñó.

Siempre había estado ahí. Siempre.

Se bajó en la puerta principal, la de la calle Casanova, y entró en el recinto por tercera vez en una semana. La primera había sido para interrogar al médico que operó a Dalmacio Sanjuán. La segunda siguiendo a Soledad Llorente. Ahora, por fin, sabía qué buscaba.

La actividad era la misma que cualquier día. No importaba que fuera sábado. En la planta donde estuvo ingresado el sacerdote después de la operación se encontró con la primera enfermera con la que había hablado el lunes: Carmen Almirall. La muchacha de cabello corto,

pómulos rojos y ojos grandes, que fumaba a escondidas en el exterior, le reconoció al momento al verle.

—¡El señor detective! —exclamó cantarina.

—¿Cómo va todo? —Se acercó a ella.

—Pues ya ve: aquí, de turno. Hoy me toca. ¿Y usted? ¿Sigue haciendo preguntas?

—Yo siempre hago preguntas, querida —dijo en tono amoroso—. Al menos hasta que consigo todas las respuestas.

—Entonces, ¿está aquí por trabajo?

—Sí.

—¿Puedo ayudarle?

—¿Cuántas enfermeras se llaman María en esta planta?

La joven levantó las cejas y agrandó los ojos.

—Todas somos Marías —dijo—. María de la Paz, María Eulalia, yo soy María del Carmen…

—¿María Lago?

Carmen Almirall echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una breve risa.

—¡Uy, Lago! —se burló—. Nadie la llama así. Es de las que utiliza el apellido del marido. Usted ya habló con ella el otro día.

Miquel tuvo la sacudida final, la sospecha confirmada, el encaje de la última pieza. No hacía falta que la enfermera se lo explicase.

María Lago era…

La sacudida se mantuvo al asentarse la verdad en su mente.

Allí mismo, en aquel pasillo, frente al mostrador de las enfermeras, aquel diálogo, el lunes:

«¿Ya estás bien, María?». «Sí, sí. ¡Menuda semanita! Ya tenía ganas de volver». «Debió de darte fuerte. Para que tú faltes al trabajo tantos días…». «Está claro que no soy de hierro…».

La voz de Carmen Almirall le estalló en la cabeza:

—Aquí es la señora Carduch…

Aquella mujer grande, imponente, a la que no le había extrañado que llamasen «sargento de infantería» y que daba la impresión de ser fuerte, y no solo físicamente. También de carácter.

Miquel recordó sus ojos, como dos piedras oscuras.

—¿Trabaja hoy? —Consiguió articular las dos palabras.

—No, este fin de semana libra. El lunes. —Siguió igual de risueña la enfermera—. ¿Quiere hablar con ella?

—¿Sabe su dirección?

—¿Yo? —Puso cara de susto—. No, ¿para qué?

—¿Quién podría dármela?

—No sé. —De pronto se quedó seria y dijo—: Oiga, ¿qué le pasa?

—¿La sabrán ahí? —Señaló el mostrador de las enfermeras.

—Supongo, pero…

Miquel ya no estaba a su lado. Se puso en el mostrador con tres zancadas. La mujer que levantó la vista al otro lado se encontró con su rostro serio y, en este momento, avinagrado. Carmen Almirall también llegó junto a ellos manteniendo los ojos muy abiertos.

—Necesito las señas de María Lago, la señora Carduch —pidió él.

—No podemos… —empezó a decir la mujer.

—Entonces, páseme el teléfono para llamar a la policía.

—¿La policía? —Se quedó paralizada—. ¿Por qué ha de llamar a la policía?

—Es detective —habló Carmen Almirall.

Los ojos de la mujer se encontraron con los de Miquel.

Fue algo muy rápido.

Después, sin dejar de mirarle, alargó la mano para buscar en un archivo situado a la izquierda de su atiborrada mesa de control.

Día 8

Domingo, 1 de junio de 1952

46

La había esperado todo el sábado por la tarde.

La había esperado todo el domingo por la mañana, mientras en Barcelona un millón y medio de personas se congregaban en la parte alta de la avenida del Generalísimo para estar presentes en la santa misa que clausuraba el Congreso Eucarístico.

La llevaba esperando ya buena parte de la tarde.

Sin ir al cine con Patro.

Atado a una sola idea.

Y, ahora, finalmente, allí estaba ella.

Llegando a casa a las siete de la tarde con una cartera de mano en la que podía llevar cualquier cosa.

—Sigues aquí —le dijo Miquel al rastro de su sombra viéndola entrar en el edificio donde vivía.

Sí, seguía allí.

Ni siquiera imaginaba por qué.

Cerró *La Vanguardia*, con el minucioso detalle de lo acontecido el día anterior en el estadio de Montjuich, y por una vez no dobló el ejemplar para guardarlo en algún bolsillo. Prefirió tirarlo. Necesitaba las manos libres y el cuerpo ligero.

Aunque no sabía por qué.

¿Quizá por si ella le atacaba?

Desde luego, era una mujer lo bastante fuerte y fornida como para derribarle.

Desde luego.

Subió la escalera a pie, despacio, intentando centrar las ideas y serenarse. Llevaba dos días sereno, pero, llegado el momento, todo era posible.

Uno nunca sabe cómo va a reaccionar un asesino.

Una asesina en este caso.

La mujer que había matado a cuatro sacerdotes.

—Vete, Miquel. No tienes más que llamar a la policía. ¿Por qué has de hacerlo?

La voz de su mente rebotó en algún lado y debió de escaparse por las muchas rendijas de su ánimo. Sabía que nunca dejaría de ser un maldito policía. Sabía que ya desde joven se veía obligado por una fuerza desconocida a cerrar todos y cada uno de sus casos. Importaban las

preguntas sin respuesta o los flecos sin resolver. Importaban porque ellos daban sentido final al todo. Se trataba de estar en paz con uno mismo.

Se trataba de ética.

—Ética en tiempos de dictadura —se burló de sí mismo.

El último paso.

Llamó a la puerta y esperó. Cuando María Lago, la señora Carduch, le abrió, los dos se quedaron mirando mutuamente con una simbólica fijeza. Dos témpanos. Dos icebergs con apenas una parte visible en la superficie. El resto, oculto bajo sus calmas. En el trasfondo, quizá, expectación para Miquel y cansancio para ella.

Miquel fue el primero en hablar.

—¿Puedo pasar?

La mujer se apartó de la entrada.

Fue un incierto camino hasta una sala amueblada con gusto y calor femenino. Una sala, no el comedor. Había una mesa camilla, con un brasero para el invierno, y una butaca junto a una lámpara de pie. En los estantes, libros, muchos libros. Parecían novelas de amor, pero Miquel no se acercó para comprobarlo. Se fio de su instinto al ver las alambicadas letras de los lomos y alguna ilustración apasionada. La única ventana tenía unas cortinas de color azul claro.

La habitación invitaba al sosiego.

Miquel no esperó a que le invitara a sentarse. Lo hizo en una silla, junto a la mesa camilla. La señora Carduch ocupó la butaca. Fue la última pausa acordada tácitamente.

—¿Ha estado con su sobrino? —preguntó él.

—Sí —manifestó ella.

—¿Se lo ha contado?

—Sí. Era lo justo.

—¿Qué ha dicho?

—Nada.

—¿Nada?

—No, nada. ¿Qué podía decir? Yo no sabía lo de su venganza en el estadio. Él no sabía lo de la mía. En cierta forma…

—Siga. ¿En cierta forma qué?

—Da igual, ¿no cree? —Se encogió de hombros—. Usted está aquí, y eso es todo.

—¿Sabía usted que yo vendría?

—No.

—¿No?

—Mi sobrino estaba muy alterado. Ha sido un poco… incongruente. Me ha abrazado llorando, me ha dado las gracias… Ni siquiera me ha dicho a dónde se iba. —Sonrió—. Lejos. Sí, me ha

dicho que lejos. Nada más. Y yo le he dejado marchar. Una madre, aunque sea postiza, entiende o ha de entender cuándo se llega al final del camino.

—Señora Carduch…

—No, espere. —Levantó una mano en un claro gesto de determinación—. Encuentra a Enrique, se presenta aquí… —Hizo una mueca insatisfecha—. Ni siquiera sé quién es.

—Se lo dije el lunes pasado.

—Ya ni me acuerdo.

—Miquel Mascarell. Detective privado.

—Ya. —Le miró como si no le creyera—. ¿Y qué sabe usted, o qué cree saber, señor detective?

—¿Quiere un resumen de la historia?

—Sí, por favor.

Hablaba en serio. Era pura sangre fría. De pronto, Miquel comprendió que, pese a todo, la que dominaba la situación era ella. Estaba en su casa, en su terreno.

Afiló las defensas.

Pero hizo lo que le pedía.

—De acuerdo. —Tomó impulso—. Tenemos el regreso a España de un sacerdote llamado Dalmacio Sanjuán, diecisiete años después de haber sido enviado a Ecuador tras un escándalo de pederastia en el seminario de San Agustín sucedido en 1935. Aquel escándalo supuso, primero, la expulsión de su sobrino Enrique, y, segundo, la muerte de su hermana a causa del disgusto. Lo único que supieron usted, Enrique y Soledad fue que el padre Sanjuán, el depredador, había sido trasladado y mandado lejos, en una típica maniobra de la Iglesia para tapar sus pecados en lugar de enfrentarse a ellos. ¿Que Sanjuán podía seguir mancillando a otros niños? Bueno, tal vez, pero estaban al otro lado del mundo. Aquí, paz y luego gloria. —Hizo la primera pausa—. Nadie supo, a lo largo de estos años, que hubo un testigo sorpresa, otro seminarista, Patricio Jiménez, que se puso de parte de Dalmacio Sanjuán, ni que fue el rector, el padre Sebastián Santos, el que determinó la expulsión. Con Sanjuán lejos, se acababa la historia. Quedaban las secuelas, de todo punto dramáticas. Diecisiete años hasta que Dalmacio Sanjuán regresó inesperadamente. Y apareció justo en el Hospital Clínico.

—Yo lo llamaría justicia poética —dijo María Lago.

—Usted, naturalmente, supo reconocerle. El nombre, su calidad de sacerdote, el tiempo de alejamiento de España… Todo coincidía. Y lo tenía allí, a su merced. Era la jefa de enfermeras de la tercera planta, así que le cuidó, como era su deber, pero se decidió de inmediato a fraguar su venganza. Primero, confiando en que su enfermedad le matara. Después, cuando Suñol le salvó, decidida a asesinarle. Hacerlo en el hospital era complicado. Podía haber una investigación. Pero una vez que él saliera…

—El muy hijo de puta quería vivir —dijo con un deje de sorna—. Lloraba pidiéndole a Dios que le salvara. Se me revolvieron las tripas.

—¿La pistola era de su difunto marido?

—Sí.

—¿La conservó desde la guerra?

—Siempre me dijo que un día podía necesitarla.

—¿Cuándo descubrió el papel de Santos y de Jiménez? —preguntó Miquel.

—¿No lo imagina?

—Fue antes de matarle, claro. Porque usted quería que él supiera por qué iba a morir.

María Lago asintió con la cabeza. Sus ojos se empequeñecieron un poco más.

—Le cité en el parque. Fue fácil. Le puse una nota en el bolsillo. Nota que luego me llevé, por supuesto. Me bastó con decirle que, o acudía a la cita, sin hablar con nadie, o saldría a la luz el incidente de 1935. Y, por supuesto, vino. Entonces me presenté, le apunté con el arma y le dije quién era. —Chasqueó la lengua—. Se echó a llorar. ¿Puede creerlo? Rompió a llorar y me lo contó todo. Fue entonces cuando escuché los nombres de Santos y Jiménez como responsables de lo sucedido a mi sobrino junto con él. No era uno, eran tres. Tres cabrones con sotana: el depredador, el que miró para otro lado y el mentiroso. Ya no bastaba con matarle a él.

—Le pegó el tiro en la sien sin más, sin darle tiempo a reaccionar, y luego le puso la pistola en la mano e hizo un segundo disparo para que se encontraran restos de pólvora en ella.

La enfermera arqueó las cejas.

—Muy bien —dijo.

—Entre la muerte de Dalmacio Sanjuán y la de Sebastián Santos pasaron cinco días. El tiempo que tardó en dar con este último y con Patricio Jiménez. Por eso dijo en el hospital que estaba enferma. Estuvo muy ocupada durante esos días.

Ella siguió con las cejas arqueadas.

—Es usted listo —aseguró.

—Gracias.

—Listo y mayor para jugar a ser detective.

—Fui inspector de policía antes de la guerra.

Lo valoró por espacio de tres segundos.

—¿Qué más sabe? —le invitó a seguir.

—Una vez localizados, improvisó el resto del plan. Siguió a Sebastián Santos. Fue el más fácil. Un hombre mayor, que cojeaba un poco. Claro que no podían verla empujándole. Tenía que esperar su momento. Le encontró en esa esquina al paso del tranvía. Bastó con un suave toque, probablemente. Luego se esfumó sin dejar rastro. El tercero, el padre Jiménez, fue el más complicado. Era un hombre joven. Tenía que reducirle. Se presentó en la parroquia de noche, le

cloroformizó, le metió en la bañera y le cortó las venas mientras seguía durmiéndole. Para que la gente creyera en un suicidio, orquestó muy bien la escenografía: la Biblia, el crucifijo… Pero tuvo que lavarle la cara con agua y jabón para que no se oliera ni se detectara el cloroformo cuando se encontrase el cadáver.

—Agua y jabón —repitió ella admirada.

—No sé si la policía lo estará investigando o no, ni si lo hará ahora que ha terminado el Congreso —mintió Miquel—. Pero, con el Congreso Eucarístico a las puertas, lo mejor era no menear demasiado el asunto y esperar. Los tres curas daban la impresión de haberse quitado la vida. Incluso el padre Santos, aunque podía pasar como un accidente. Sin embargo…

—Creo que va a contarme por qué sospechó usted y de qué manera ha llegado hasta mí.

—No fue muy difícil.

—Vamos, no presuma —objetó ella.

—Podría hablarle de instinto.

—¿No se tragó que tres curas se suicidaran con una semana de diferencia?

—Había algo más. En las tres muertes. Detalles gruesos y sutiles a partes iguales. El primero de ellos, Sanjuán, estaba loco por vivir. Usted misma lo ha dicho: le pedía a Dios más tiempo. Dios, o mejor dicho el doctor Suñol, se lo concedieron. ¿Para qué iba a quitarse la vida alguien que llora por seguir respirando? Desde luego, era el más evidente. En el segundo caso, el conductor del tranvía me contó cómo había caído el padre Santos, qué gestos hizo y cuál era su expresión. Por la cara y las manos, era un hombre sorprendido, no por haber tropezado, sino por el susto. Es un matiz, pero esencial. Cuando uno tropieza, se protege de la caída. Cuando a uno le empujan y se ve con un tranvía encima, el gesto es defensivo. —La pausa fue breve—. Así llegamos al padre Jiménez, con el que usted cometió el primer error.

—¿Lo del jabón?

—No. —Miquel seguía pendiente de la calma de la señora Carduch—. Su error fue no registrar la habitación del cura.

—¿Y qué había en ella?

—Patricio Jiménez era homosexual. Lo era ya en el seminario, o puede que el padre Sanjuán le iniciara, y por eso declaró en favor de él en aquel juicio: para seguir siendo el favorito. En la habitación de la parroquia había pruebas de su homosexualidad. Pruebas que, de haberse suicidado, habría eliminado antes para no involucrar, por ejemplo, a su amante.

María Lago ya no mostraba suficiencia. Ahora estaba seria.

Contrariada.

—Tenía prisa, ¿verdad? —dijo Miquel.

No hubo respuesta.

—Es usted una mujer fuerte. Lo bastante como para cargar con el padre Jiménez, desnudarle,

meterle en la bañera…

—He de lidiar con pacientes fornidos. —Levantó la barbilla.

—Hizo una puesta en escena maravillosa, pero, como le digo, no se molestó en registrar la habitación del muerto.

—Por lo visto, usted sí lo hizo.

—Necesitaba dar consistencia a lo que me gritaba mi instinto.

—¿Tan difícil es que se suiciden tres curas?

—Lo difícil es que lo hagan tan seguidos, que todos sean de la misma orden y, lo más definitivo, que sus nombres aparezcan juntos por primera y única vez en un momento de 1935. Además, ya no han sido tres: han sido cuatro.

La señora Carduch movió la cabeza, como si acabase de recordarlo.

—¿Por qué tuvo que matar al padre Delgado? ¿Lo hizo porque creyó que, sin el que encargó la investigación, ya no habría por qué seguirla?

Ella sostuvo la mirada de Miquel.

—Se sintió acorralada —intentó pincharla él.

—¿Le parezco acorralada? —le desafió la enfermera.

—No —reconoció—. Es una mujer de los pies a la cabeza. Sé que no se arrepiente de lo que ha hecho. Es más, sé que lo ha disfrutado, porque toda venganza produce placer al ser ejecutada.

—Desde luego, no me arrepiento.

—¿Tan duro fue para que llegara a este punto de odio?

Logró abrir la grieta.

El pequeño hueco por el que meter un punto de emoción en su frialdad.

—Ellos acabaron con la vida de mi sobrino en un abrir y cerrar de ojos. —Chasqueó los dedos —. De un plumazo. Aquella expulsión hizo daño a cuatro personas y mató a dos de ellas. A una, incluso, físicamente. A la otra, anímicamente. —Por primera vez, hubo un quebrantamiento emocional en su voz—. Vi morir a mi hermana por lo que le hicieron a su hijo. La vi morir lenta y gradualmente, perdida, destrozada. No hubo forma de recuperarla. Fue peor que un cáncer que la devorase. Dios los había abandonado, ¿entiende? ¡Abandonado! Para alguien tan creyente como ella, esto era superior a sus fuerzas. Un día llegué a gritarle que Dios no existía, y entonces me miró como si me hubiera vuelto loca y me contestó como si estuviese ida: «Entonces, solo quedaría un gran vacío». —Trató de sonreír con ironía, pero únicamente consiguió parecer más amarga que sarcástica—. ¡El gran vacío! ¡Véngase unos días al Clínico y verá los grandes vacíos de este mundo! ¡Dígaselo a los enfermos sin cura, o a los niños que se mueren sin haber vivido! Mi hermana y yo… —Apretó los puños—. Tan distintas, tan opuestas. Y sin embargo…

—La quería —la ayudó Miquel.

—¡Claro que la quería! ¡Estábamos solas, nos teníamos la una a la otra! ¡Ella con sus dos

hijos, sí, pero yo era su hermana!

—¿Y Enrique? —Miquel intentó no perderla.

—Enrique mantuvo una degradación constante desde su expulsión. No era más que un niño. Un niño creyente, fervoroso, inocente y puro. Lo que le hizo aquella bestia fue inhumano, pero carnal, fruto de las bajas pasiones que anidan en nosotros. Lo peor fue lo que le hicieron al no creer en él y expulsarle…, o creerle, pero preferir la salvaguarda de la Iglesia antes que la verdad. Se cebaron en el eslabón más débil y frágil. Y le condenaron de por vida. Se lo arrebataron todo. Enrique ya nunca volvió a ser el mismo. Nunca. Su hermana Soledad y yo misma lo sufrimos en nuestras carnes de una manera u otra. Llegó a volverse casi impenetrable. Yo… no sabía lo que planeaba ayer, pero no me extraña. Lo increíble es que su venganza contra la Iglesia haya coincidido con la mía contra esos hijos de puta.

—Es difícil de creer.

—Pues créalo. —Se encogió de hombros—. De todas formas, me da lo mismo. —Le miró con expresión dolorida—. Entiendo que usted evitó una masacre.

—Enrique supo darse cuenta de su locura.

—Siempre suele hacer caso de las personas más sabias, o justas, o mayores…

—A veces planeamos actos durante mucho tiempo, nos mueve algo extraordinario, nos empujan cosas como el amor, la ira, la rabia, y al llegar el momento… nos venimos abajo. Enrique solo necesitaba que alguien le despertase y le hiciera reaccionar.

—Es usted un poco simplista, ¿no cree?

—Yo lo llamaría experiencia. Pero sí, también puede ser eso. —No quiso discutírselo—. Señora Carduch…

No le dejó seguir. Le interrumpió.

—¿Hizo usted la guerra?

—No. Era policía de la República. Inspector.

—¿Y cómo está vivo?

—Pasé ocho años y medio esclavizado en el Valle de los Caídos, sentenciado a muerte, luego indultado…

Ella exageró su expresión de incredulidad.

—Éste es un país de mierda, ¿sabe?

—Entiendo que es republicana.

—¿Hay que ser republicano para decir eso? —No esperó respuesta—. ¡España, Una, Grande y Libre! —Soltó una risa hueca—. Somos Una porque hubo una guerra que mató a la mitad de la gente y dejó sin voz a los supervivientes. Somos una nación Grande cuando ya no nos queda nada en ninguna parte y eso no es más que un eufemismo. Y somos un país Libre con una dictadura de hierro. ¿Ha visto estos días lo que ha pasado con el Congreso? Eso es lo que somos,

o eso es en lo que nos hemos convertido. Mi marido y los que murieron como él deben de estar revolviéndose en sus tumbas. Y por lo menos están muertos. Pero gentes como mi sobrino Enrique viven con el peso de las culpas que otros vertieron sobre ellos. —Levantó las manos—. ¡Dios debe de hacer siestas de muchos años porque es cuando aparecen los tiranos!

No parecía loca.

Y sin embargo…

Algo había cambiado en ella.

—No será siempre así —dijo Miquel a la expectativa.

—¿Habla en serio?

—Hitler afirmó que el Reich sobreviviría mil años, y ya ve cómo acabó. Franco tampoco será eterno.

—¿De qué estamos hablando ahora? —rezongó la enfermera cada vez con más desprecio en su tono de voz y, antes de que él le contestara, se levantó de golpe y soltó—: Cuando hablo demasiado me da sed. ¿Quiere un vaso de agua?

—No, gracias.

—Yo sí. Lo necesito.

Pasó por su lado y salió de la sala. Miquel se puso en guardia. Escuchó los pasos en el pasillo y luego ruido en la cocina, que debía de estar cerca. Un grifo, una pausa y más pasos de regreso. Temió que ella apareciera con un cuchillo en la mano, pero no fue así. Ya no sabía si estaba loca o cuerda. La señora Carduch entró de nuevo en la sala llevando una bandeja con dos vasos. La dejó en la mesita camilla y cogió uno. Miquel no hizo nada por alcanzar el otro.

La tía de Enrique Llorente bebió dos largos sorbos.

—Debió de ser un buen policía si ha atado tantos cabos sueltos en este caso —dijo. Y agregó con orgullo—: Ha dado incluso conmigo.

—Desde que mi compañero y yo iniciamos esta investigación por cuenta del convento de San Gabriel, su nombre, señora, era el único que nunca salía. Tardamos en ver aparecer el de Enrique, sí, pero, incluso uniendo las piezas con él y relacionándolo con las muertes de los tres sacerdotes, usted siempre aparecía como «la hermana de la madre de Enrique», «la tía que le crio al morir ella»… Hasta que salió el nombre y, entonces, también fue simplemente María. O María Lago. Solo lo aclaró todo el hecho de que todo empezase forzosamente en el Clínico y que Soledad fuese a verla después de mi segunda visita. Pensé que la clave era el doctor Suñol. Después, solamente quedaban las enfermeras, las que siempre están ahí, lo ven todo y lo saben todo.

—El mundo se iría a la mierda sin nosotras. —Bebió otro sorbo de agua—. ¿Qué va a hacer ahora?

Miquel esperaba la pregunta.

La respuesta fue ambigua.

—No hay muchas salidas, ¿no cree?

—Lo imagino. —Sonrió con desgana—. ¿De verdad no tiene sed?

Miquel miró el vaso que no había cogido.

Luego se fijó en el que sostenía ella.

Le vio los ojos.

El diablo siempre se escapaba por un agujero del infierno.

—¿Qué ha hecho? —apenas pudo preguntar Miquel.

La forma en que sonrió su anfitriona no tuvo nada de amable.

Había en ella una mezcla de triunfo, de desprecio, de provocación…

—No voy a dejar que me condenen al garrote vil —explicó con la mayor de las naturalidades —. Ni voy a darles la satisfacción de verme llorar o suplicar.

Miquel se levantó de un salto.

La señora Carduch continuó sentada, impasible.

—Ya es tarde —le advirtió—. Y no se preocupe. Pensaba hacerlo igual. Antes o después… — Sufrió un primer estremecimiento—. Aunque tampoco imaginé que un…, que un viejo policía entrometido…

Miquel le cogió el vaso de la mano. Lo dejó en la mesita y se arrodilló a su lado. Ella se estremeció de nuevo y, mientras los ojos se le ponían en blanco, tuvo una convulsión.

Por la comisura del labio apareció una leve baba blanca.

—¡María!

Demasiado rápido.

Miquel lo comprendió enseguida.

Ella logró centrar la mirada en él un instante más.

—En su vaso… solo hay… agua. —Fue lo último que pudo decir antes de la convulsión final.

47

Tardó en levantarse.

Se la quedó mirando unos segundos, con una mezcla de piedad y lástima, de tristeza y derrota. Le bajó los párpados y ella, de pronto, simplemente pareció dormida. No la tocó más. No le limpió la baba.

Todo había sido muy rápido.

Demasiado.

Al ponerse de pie, activó todas las defensas.

Primero, eliminó sus huellas, por si acaso. Limpió el vaso de agua que acababa de quitarle de las manos y, sujetándolo con un pañuelo, volvió a colocárselo en la diestra para que en él solo aparecieran las de ella. Completada la acción, recogió la bandeja protegiéndose de nuevo con el pañuelo y la llevó a la cocina. Olió el agua que María Lago le acababa de ofrecer. No detectó nada. Le quedaría la eterna duda de si la mujer había querido envenenarle o no. Echó el agua en el fregadero, limpió el vaso y lo dejó en su lugar, junto a los otros. Luego, caminó hasta el recibidor y entreabrió la puerta.

No se oía nada al otro lado.

Se resignó a su suerte.

Salió al rellano, cerró la puerta y bajó la escalera. Lo mismo que a su llegada, la portería estaba vacía. Un domingo cualquiera en una casa normal. Salió a la calle y se sintió a salvo. En parte porque estaba desierta.

Nadie iba a fijarse en él.

No cogió un taxi de inmediato. Caminó diez minutos. Lo que más quería era llegar a casa y besar a Patro, abrazar a Raquel, mirar a la vida después de haber mirado a la muerte.

Como tantas veces, una historia del pasado acababa resolviéndose tiempo después.

Dejando tras de sí un reguero de dolor.

Debería estar habituado.

Debería.

Escuchó una sirena de policía acercándose por alguna calle próxima. A lo mejor iban ya a por la señora Carduch. A lo peor tardaban dos o tres días en dar con ella.

Tampoco importaba demasiado.

Miquel siguió caminando, caminando, caminando por una Barcelona que, con el Congreso Eucarístico recién terminado, trataba de volver a recuperar su identidad más allá de la exaltación religiosa de los últimos días.

ALGO ESPECIAL…

El 22 de noviembre de 2022, mientras escribía el capítulo 8 de esta novela, la número 15 de la serie del inspector Mascarell, Antonia, mi esposa, fue atropellada mortalmente por un camión que, tras cometer una grave infracción de tráfico, la mató mientras ella iba en moto. Eran las 13.31 del mediodía. Ajeno a lo sucedido, seguí escribiendo hasta las 14.30, momento en que empecé a sospechar que algo podía estar pasando. La última frase que escribí en ese instante está en el comienzo del capítulo 9:

Ya no se fusilaba en el Campo de la Bota, pero el garrote vil seguía funcionando.

Reemprender la escritura del primer libro que la mujer que me había acompañado durante toda mi existencia no iba a poder leer ha sido quizá lo más duro de mi vida de escritor. La soledad después de 53 años, 5 meses y 11 días (19.521 días juntos) es difícil de explicar.

Más que un agradecimiento o unos créditos, ésta es, pues, una carta a los fans y lectores de la serie Mascarell, la más querida por Antonia. Cuando lleguéis a lo que estáis leyendo aquí, a estas líneas, os ruego que volváis a donde lo dejé aquel 22 de noviembre, esa frase casual del capítulo 9. No importa en sí misma (pudo haber sido ésta u otra), sino el momento, el punto de inflexión que representó. Haciéndolo será como si también le agradecierais a ella, de alguna forma, lo que este personaje ha significado para muchas personas.

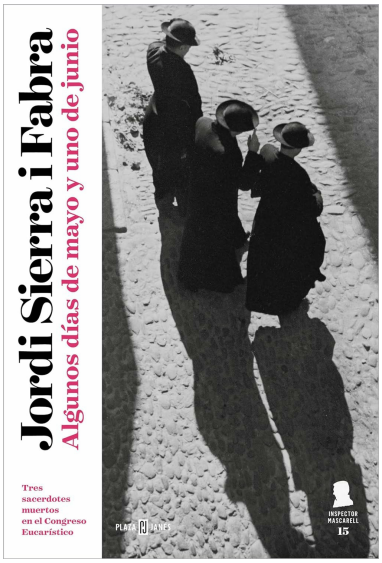
El caso número 15 de Miquel Mascarell se gestó durante mucho más tiempo que los otros porque quería cerrar este segundo ciclo de títulos en los días de exaltación que vivió Barcelona durante el Congreso Eucarístico de 1952. Escribiendo los títulos 12, 13 y 14 de la serie, ya imaginé la historia. Una vez finalizada la exhaustiva investigación, hice un preguión en julio de 2022 en Islaplana, Murcia, y el guion definitivo del 24 al 31 de julio, también en Islaplana y Vallirana. Después de comenzar la escritura en Barcelona el 19 de noviembre, la odisea que acabo de explicar me llevó a terminarlo mucho más allá de lo previsto, en enero de 2023.

Gracias, como siempre, a las hemerotecas de *La Vanguardia* y *El Mundo Deportivo*, a mi asesor Virgilio Ortega, a mi agente Isabel Martí y a mi editora Laura Álvarez. Y gracias a los miles de personas que han hecho y hacen de Miquel Mascarell parte de sus vidas literarias.



Estadio de Montjuich, 31 de mayo de 1952

La última aventura de Miquel Mascarell.



Mayo de 1952. En Barcelona se celebra el Congreso Eucarístico, la ciudad se convierte en el foco del mundo y la vida empieza a tomar otro color con el fin de las cartillas de racionamiento, la apertura de las cárceles franquistas y la atenuación de las restricciones. Barcelona hierve de fervor religioso: Franco, personalidades de todos los ámbitos, el enviado del papa y miles de sacerdotes, monjas y católicos llegan en coche, tren, barco o avión de todas partes del mundo.

En ese contexto, el rector de un convento llama al detective David Fortuny para pedirle ayuda: tres sacerdotes se han suicidado con apenas unos días de diferencia.

Miquel Mascarell sabe que «sacerdotes» y «suicidio» son dos palabras que no encajan, y más siendo tres, sin que tuvieran contacto entre sí ni aparente relación. Comienza así una investigación que desentrañará un drama personal entretejido a través del tiempo que amenazará no solo la paz del Congreso, sino la vida futura de la ciudad, porque Barcelona y Mascarell pueden estar en el ojo del huracán.

Jordi Sierra i Fabra (Barcelona, 1947) es uno de los autores más leídos y populares del panorama literario español y, con quince millones de libros vendidos y más de cincuenta premios literarios, uno de los más sorprendentes por la versatilidad de su obra, que aborda todos los géneros. Viajero impenitente, circunstancia que nutre buena parte de su extensa producción, y comprometido con la realidad, ha creado dos fundaciones en Barcelona y Medellín (Colombia) para impulsar la lectura y ayudar a jóvenes escritores a dar los primeros pasos (anualmente otorga el premio literario que lleva su nombre a un autor menor de dieciocho años). Por esta obra social, sus fundaciones merecieron el Premio IBBY-Asahi de Promoción de la Lectura en 2010, máximo galardón internacional en la materia, y la Fundació Jordi Sierra i Fabra fue condecorada en 2015 con la Medalla de Honor de Barcelona en reconocimiento a su labor. Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil en 2007 y cuatro veces candidato al Premio Andersen, el autor también recibió en 2012 el Premio Cervantes Chico; en 2013, el Premio Iberoamericano de Literatura; la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes en 2017, y la Creu de Sant Jordi en 2018. Su trayectoria como autor policiaco se vio recompensada con el Premio González Ledesma en 2020.

Para más información:www.sierraifabra.com

Primera edición: abril de 2024

© 2024, Jordi Sierra i Fabra
Autor representado por IMC Agencia Literaria
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.,

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: Sortida d'ofici, © Antoni Campañà Bandranas (1935)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03366-7

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Algunos días de mayo y uno de junio

Día 1. Domingo, 25 de mayo de 1952

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Día 2. Lunes, 26 de mayo de 1952

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Día 3. Martes, 27 de mayo de 1952

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Día 4. Miércoles, 28 de mayo de 1952

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Día 5. Jueves, 29 de mayo de 1952

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Día 6. Viernes, 30 de mayo de 1952

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Día 7. Sábado, 31 de mayo de 1952

Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Día 8. Domingo, 1 de junio de 1952
Capítulo 46
Capítulo 47
Algo especial…

Sobre este libro
Sobre Jordi Sierra i Fabra
Créditos